

del banquero N. C. etc., etc.—cuyos nombres les avergonzaría tanto a ellos ver impresos como a mi lealtad satisface poderlos citar—, no llega lo por mí gastado en cuarenta y cinco años a 54.000 duros; de los cuales 13.000 no pueden entrar en la fabulosa suma que me han valido mis versos, porque no se los debo a éstos, sino a la protección y a la generosidad de mis amigos.—Conque, con 24 a 30.000 reales anuales, puede ahorrar ochavo a ochavo un tendero de aceite, jabón y velas, pero tiene aún que salir empeñado cualquiera que tenga que vestir frac y calzar guante, llamando la atención por más o menos justamente famoso.

Pero desventurado de aquel a quien hace Dios famoso en nuestra tierra.—Si le ven comer un día en la fonda o convidar una noche a dulces o a flores a unas amigas, ya le aplican las aleyuas de la vida del hombre malo: *gasta en francachelas y va con pindongas*.

Pero ¿a qué mil diablos ocuparse de semejantes cuentas ni de tan inevitables miserias? Tal es la vida social: tomémosla conforme viene, y preparémonos a morir cayendo con gracia y en posición académica, como gladiadores de nuestra edad y de nuestra tierra de María Santísima, burlándonos de nuestro propio entierro, entre las mesas de un café flamenco una noche de Navidad, o una tarde de junio a la salida de los toros.

Adiós, mi querido Velarde; usted será famoso, porque para serlo tiene tamaños; pero se alegrará mucho de no verlo su agradecido amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

HOJAS TRASPAPELADAS

DE LOS

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

I

Corrían los años de 1827 al 29; reinaba el señor rey Don Fernando VII, a quien llamaron el *Deseado* sus buenos vasallos, que por él se batieron contra Napoleón, y de otro modo los que se arrepintieron de haberse por él batido; era ministro de Gracia y Justicia y secretario de Estado don Tadeo Calomarde; corregidor de Madrid, don Tadeo Ignacio Gil, último corregidor de coleta, zapato de hebilla y sombrero de tres picos de la monarquía española; era inquisidor general el doctor Verdeja, latino emperado que llamaba coplas a cuanto en verso castellano han escrito desde Juan de Mena hasta Meléndez Valdés y Arriaza, de quienes fué amigo; comisario general de Cruzada el espléndido doctor Varela, opulento y mundano eclesiástico, protector a su modo, y al modo de aquellos tiempos, de los literatos y artistas que a su protección acudieron; director del Seminario de Nobles, el P. Gil; director empresario y autócrata del teatro el inteligente y diestrisimo italiano Grimaldi, y, por fin, Superintendente general de policía el padre del que escribe estas líneas.

Para dar razón de cada uno de estos personajes desde Calomarde a mi padre, podría escribirse un tomo de tan curiosas como ignoradas anécdotas, características de aquella época calificada de década ominosa, y de la cual queda aún no poco que aclarar. Cúmpleme aquí solamente decir cómo llegó el último a la superintendencia de policía, magistrado tan íntegro como severo, juez tan incorruptible como hombre consecuente con su partido, por cuyas altas y nobles cualidades cargó alguna vez con ajenos pecados y altas responsabilidades; que es lo menos que puede hacer un hijo, perdido por no haber nunca seguido partido alguno, por un padre que se perdió por ser caballerescamente leal al de quien él creía su legítimo rey y señor; el hijo, por no tener fe más que en Dios, ha vivido siempre al amparo de la Providencia y de su trabajo; y el padre, por poner su fe en sus manos los secretos y los destinos de la mitad de la nación. El hijo puede, pues, haciendo caso omiso de las opiniones de su padre, resucitar la memoria del integérrimo magistrado y del Superintendente de policía que limpió de ladrones, rufianes y vagos la capital y obligó al Municipio y al Corregidor a cuidar de su alumbrado y policía urba-

na por primera vez, después del desorden y abandono en que la dejaron las guerras extranjera y civil que desmoralizaron a España desde 1808.

Mi padre debió a la protección del Asistente de Sevilla, Arjona, y del duque de San Carlos y del Infantado, el ser nombrado gobernador de Burgos, donde recibió en latín, a su paso, al duque de Angulema; digo en latín, porque la oficialidad francesa de aquel general se entendió en aquella lengua con la autoridad de aquella provincia: desde la cual fué mi padre trasladado a la Audiencia de Sevilla, para que pudiera ingresar en la Sala de alcaldes de Casa y Corte, y después en el Consejo de Castilla, antes de entregarle la superintendencia general de policía del reino, lo cual sucedió a fines de 1827.

Madrid, mal empedrado, peor enacerado, y alumbrado tan sólo por algunos malos faroles de aceite que se apagaban pronto, y por los que los vecinos estaban obligados a poner en los portales, que cerraban más pronto por evitar gasto y escándalo en sus sucios rincones y tortuosas escaleras, se cubría desde el anochecer de ladrones y gentes de mal vivir, que impedían las reuniones y tertulias de las gentes honradas y las buenas entradas en los teatros, por temor a los riesgos que corrían a la vuelta a sus hogares. Mi padre puso por condición a su aceptación de la superintendencia, el vivir en Madrid estudiándole unos cuantos meses, como uno de sus alcaldes de Casa y Corte; y cuando tuvo arreglada su policía (en otra ocasión diré cómo), se instaló con sus oficinas en el piso principal de la casa que hoy habitan los duques de Santoña, en la calle del Príncipe, esquina a la de las Huertas, como tal Superintendente general de policía.

Atajó y puso cotos a aquel fanatismo realista basado en la tremenda Real Orden de 9 de octubre de 1814, expedida por el general Aymerich, cuyos once artículos declaraban reos de lesa majestad y condenados a la horca a la mitad de los españoles; modificó el reglamento de policía que databa del 1815, desde el primer ministro de ella el mariscal de campo don Pedro Agustín Echávarri; y a pesar de estar todavía sostenidos los delatores y apaleadores de Chaperón y de Capapé por Ugarte y Chamorro, que aún privaban con el Rey, el Superintendente refrenó vigorosamente sus agresivas demostraciones ahorcando como por equivocación a varios jefes de aquellas partidas de la porra, muchos de cuyos individuos habían buscado la impunidad de delitos ordinarios y de condenas judiciales bajo la capa de su acedrado amor al soberano absoluto. En vano se importunó al Rey y al Superintendente en favor de estos acérrimos realistas; éste reclamó de aquél las facultades omnímodas y la absoluta libertad de acción que había pedido, y se declaró dispuesto a presentar la dimisión de su cargo si S. M. no le creía digno de toda su confianza.

Basta con lo dicho para comprender que si bien Madrid vivía bajo la opresión política de un partido, cuyos elementos, maleados por la fanática exageración del sentimiento religioso y del absolutismo realista, producían lastimosos errores y mal justificadas persecuciones, la autoridad velaba por el orden y la seguridad pública; y el vecindario, aunque no libre del todo de una sospecha o de una delación, podía dormir tranquilo y descuidarse en cerrar las puertas de la calle de vuelta de las representaciones de *La Pata de Cabra*, en las cuales hacía Guzmán las delicias del pueblo y de la Corte.

Ambos vivían, pues, en ese abandono meridional que apenas se ocupa del mañana, y echando poco menos que a broma todos los enojos y pesadumbres de la vida.

Ejemplos.—Estaban absolutamente prohibido a todos los españoles de las provincias venir a Madrid sin una razón justificada, y el Superintendente visó 72.000 pasaportes por esta poderosa e irrecusable razón, escrita en ellos a favor de sus portadores:

«Pasa a Madrid a ver *La Pata de Cabra*.»

Estaba asimismo rigurosamente prohibido el usar bigote a los paisanos, y un día

dió de manos a boca con el Superintendente, Ventura de la Vega, que se lo había dejado crecer.

—¿Es usted oficial del ejército?—preguntó aquel a éste.

—No, señor—respondió Ventura.

—Será usted, pues, oficial de voluntarios realistas?

—Tampoco, señor.

—Pues, ¿por qué usa usted bigote?—dijo con severidad el Superintendente.

—Porque son los únicos bienes raíces que poseo—repuso hipócritamente el taimado Venturita.

Volvióse el Superintendente a uno de los alguaciles que le seguían; y le dijo:

Lleve usted al señor a una barbería, y que le afeiten el bigote.

Y dirigiéndose a la futura celebridad, añadió:

—Si le vuelvo a usted a encontrar embarbado, le envío a usted a la cárcel con todas sus posesiones.

Afeitado Ventura en la primera barbería cercana, salióse éste a la calle, cuando el barbero y el alguacil le preguntaron:

—Se va usted sin pagar?

—Por supuesto—respondió Ventura—. Que le pague a usted S. E., que le mandó afeitarme.

Y el Superintendente pagó la barba.

Prohibidas estaban también las máscaras, y prohibidas deben estar para que tengan aliciente. El Rey las temía por miedo a los conspiradores; la autoridad las temía por miedo a los tumultos; el clero las anatematizaba por miedo a clandestinas venganzas; pero el pueblo deliraba por ellas, porque estaban prohibidas; y el pueblo y la clase media tenían bailes de máscaras, más encantadores cuanto más misteriosamente verificados. Dos o tres opulentas familias de la clase media abrían sus salones a primeras horas de la noche a nobles y blasonadas eminencias envueltas en sencillos dominós, sobre los cuales cerraban cuidadosamente sus puertas y sus ventanas, para bailar hasta las doce, al son de discreta o sordina música. El Rey, que detestaba las máscaras y era a veces muy celoso de su autoridad, dijo una noche en su tertulia al Superintendente de policía:

—A pesar de su absoluta prohibición, hay máscaras en Madrid. ¿Lo ignora la policía?

—La policía lo sabe mejor que V. M., puesto que sabe el por qué las hay—respondió con respeto, pero con firmeza, el Superintendente.

—El Rey espera que la policía le manifestará ese por qué.

—Y S. M. quedará satisfecha—repuso el Superintendente a la orden embozada que encerraban las palabras del Rey.

La infanta Carlota y la princesa de Beyra, que asistían a la tertulia, tuvieron durante este diálogo, la primera, los ojos tenazmente fijos en los serenos del Superintendente, y la segunda, constantemente bajos los suyos.

Tres noches después, a las once y tres cuartos, entraba por la puerta de las caballerizas reales una berlina de dos caballos, sin blasones ni libreas, de la cual se apearon dos damas envueltas hasta las cejas en espesos mantos. Atravesaron sin luz el patio, abriéndolas un postigo un embozado que las acompañaba y entraron en palacio por una de las escaleras de servicio; pero al desembocar por su puerta en el piso principal, hallaron con asombro tras ella al Superintendente con toga y vara, a quien un ujier alumbraba con un candelabro de plata; y entre aquella extraña autoridad y aquellas misteriosas damas, se trabó este breve diálogo:

UNA DAMA.—¿Aquí tú a estas horas?

EL SUPERINTENDENTE.—Esperando a Vuestras Altezas para acompañarlas.

—¿A dónde?

—Al cuarto de S. M. el Rey, Vuestras Altezas saben que tengo llave y entrada en su cuarto a todas horas, y los monteros de Espinosa orden de dejarme pasar.

La dama que había tomado la palabra irguió fieramente la cabeza, y dijo plantándose ante el inflexible togado:

—¿Y si yo no quisiera seguirte y me volviera atrás?

—Hallaría Vuestra Alteza tras de todas las puertas, cruzadas las alabardas del zaguanete.

Vació un instante la dama enmascarada, y tembló todo su cuerpo como atacado de una convulsión bajo los pliegues de la seda que la envolvía; pero dominada por su fuerza de voluntad o no queriendo estrellarse contra la del Superintendente, le dijo:

—Vamos.

Y echó tras él con resuelto paso, seguida por su trémula compañera. El Rey esperaba aún en su despacho; el montero de Espinosa se le anunció, y presentóse ante Su Majestad el Superintendente seguido de las dos enmascaradas damas, pues llevaban aún sus dominós bajo los mantos.

—¿Qué me traes ahí?—preguntó el Rey al magistrado.

—El por qué hay máscaras en Madrid—respondió éste mostrando a las damas, que no eran otras que SS. AA. las infantas doña Luisa Carlota y la princesa de Beyra.

Quando, muchos años después, me contaba la primera, en la casa número 40 de la calle de la Luna, donde habitaba accidentalmente, esta escena que yo sabía por las notas de mi padre, me decía aquella señora, tan notable por su belleza como por su resolución:

—Hoy, sólo por los buenos ratos que me han hecho pasar las comedias del hijo, perdono al padre los malos ratos que me dió.

Y efectivamente, aquella princesa era la más asidua espectadora de mi *Sancho García* y del *Zapatero y el Rey*, en algunas representaciones la veía en su palco de proscenio antes de levantarse el telón.

II

Entre nueve y diez de una noche lluviosa de octubre de 1828, en la calle del Caballero de Gracia, en la hostería de *El Caballo Blanco*, y en el cuarto de tres mesas del fondo de su corredor, conversaban de sobrecena en la del rincón tres individuos, a quienes por forasteros delataban su traje, maneras y conversación.

Era el primero, y el que ocupaba la cabecera, un hombre rechoncho, colorado y entrecano, cuya larga y cuellialta levita, cuyo chaleco abrochado hasta arriba, cuyo pañuelo negro, anudado sin arte al cuello, y el gorro de seda con que cubría su tonsurada cabeza, acusaban a tiro de ballesta al cura de pueblo con licencia en Madrid.

El que a su derecha rumiaba las últimas almendras de un sequillo, con las cuales saboreaba las últimas gotas de un añejo Peralta que en su vaso quedaban, mientras atentamente escuchaba al beneficiado que llevaba la palabra, era un viejo alto y enjuto, de espesas cejas y tostada piel, cuyas manos rojas y encallecidas, cuyo chaquetón y chaleco de paño de Nieva, y cuyo cuello sin corbatín, le declaraban por un segoviano y acomodado labrador.

El segundo comensal del beneficiado, porque indudablemente era éste quien a los otros convidaba, era un mozo trigüeño y ojinegro, de naciente bozo y agraciada figura, provinciano, pero listo, tal cual vestido, como estudiante que ya había cursado más de dos aulas y visto más de dos ciudades.

De la provincia de Segovia eran los tres, sin que pudiese dudarse, y no era desagradable ni enojoso el asunto que a Madrid los había traído, ni escasos estaban de fondos cuando tan alegre, abundante y descuidadamente cenaban.

En la primera mesa de junto a la puerta, enfrente de la segunda que nadie había en toda la noche ocupado, rumiaba también las últimas almendras de su sequillo y saboreaba los últimos tragos de su ordinario Arganda, un hombre flaco y de color cetrino, abrigado en un gran carrick de cuatro esclavinas, sumida la barba en un corbatín de cuero con vivo blanco, cubierto con un sombreroñ, bajo cuyas alas desaparecían su frente y ojos, y absorto, al parecer, con una amorosa delectación en el trasiego del líquido de una botella a su tal vez mal alimentado estómago. Este hombre, que parecía un bendito, suspiraba de cuando en cuando satisfecho, y debía de ser no poco sordo, porque cada vez que el mozo respondía a sus demandas, se hacía repetir sus respuestas adelantando un ¿qué? y torciendo la cabeza a la derecha, para oír sin duda mejor con el oído izquierdo, que debía ser el más sentido de sus dos orejas.

Una vez que el beneficiado le había dirigido la palabra, había él seguido comiendo sin oírle, al parecer; y la única vez que levantó su voz atiplada, fué para preguntar a los tres segovianos si les incomodaba el humo de un puro de a dos cuartos que iba a encender en el braserillo de barro que para eso acababa de pedir al mozo.

Contestóle el beneficiado que no eran señoritas, que podía encender su tagarina, y que si era servido le daría él de mejor tabaco de que él se servía; pero el del carrick, que al primer signo de asentimiento del beneficiado pareció echarse de bruces sobre el braserillo para encender, a fuerza de pulmón, su tagarina, no oyó, sin duda, las palabras del cura, y se contentó con su primer movimiento de cabeza para entregarse a su segundo vicio. El cura y sus comensales no volvieron de él a ocuparse; y decía el cura al labriego, continuando su plática:

—Pues así he visto yo *La Pata de Cabra* con mi sobrino, pidiendo permiso para venir a examinarle de escribano; que mi Prelado no me hubiera concedido para venir a echar una cana al aire.

—De modo—dijo el labrador—que *La Pata de Cabra* es cosa digna de verse.

—Maravillosa—respondió el mozo—. Mi tío se rió tanto con Guzmán, que no pudo dormir ayer por la noche, porque aún se reía soñando con don Simplicio.

—Y tú con aquellas bailarinas que ataban a los cíclopes—dijo el cura a su sobrino—. No es el teatro espectáculo para gente joven.

—¡Bah!, ¡bah!—dijo el sobrino al labrador—. Escrupulos hipócritas de mi tío: tres chicas que parecía que enseñaban los brazos y las pantorrillas, pero no era más que la seda de que iban vestidas; engaña bobos y saca dinero. Y luego, que al salir y encontrarnos los que salíamos de la galería con los de los paleos, que le dió a mi tío yo no sé qué que se puso tan pálido, y cuando llegamos al hospedaje se coló una copa de Jerez, dijo que para pasar el mal trago.

—No hablemos de eso—exclamó el cura—que tampoco es cosa de muchachos.

—Lo que yo veo—dijo el labrador—es que el tío y el sobrino se dan ustedes a la *cita bona* en Madrid, y la pasan a tragos.

—La verdad es—dijo el beneficiado—que dos botellas de Peralta no son para tumbar a dos hombres como nosotros, vecino; pero yo me siento un poco caliente la cabeza; y a mí me da por lo triste, y en cargándome un poco más de lo regular..., vamos, cada cual tiene sus secretos..., y sus recuerdos..., y su conciencia.

—¡Otra!—exclamó el labriego—tendría que ver que quien arregla la conciencia de los demás tuviera la suya llena de trastos.

—Bueno está, vecino, y no hable de lo que no entiende. Los curas y los médicos

son los que tienen más sobre su conciencia la de los otros; y ayer oí yo una voz que, si es de quien yo me figuro, ya hace tiempo que debía habérsela atajado el verdugo en la garganta.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el labriego.

—Vamos, vamos—exclamó el cura, levantándose y pidiendo la cuenta—, vámonos, que si los confesores pudiéramos hablar claro de nuestros confesados..., y yo recibí un día una confesión que todavía me eriza los pelos.

—Esa es la embriaguez de mi tío; en bebiendo un poco, tiene miedo de que le llamen para confesar a nadie.

—Vámonos, vámonos—dijo el cura, pagando y saliendo apresuradamente de la fonda—. Mi sobrino tiene razón, y yo necesito tomar un poco de aire y encerrarme a dormir en mi cuarto; para no dar mal ejemplo ni hablar disparates.

Pagó el beneficiado; colocóse su sobrino la capa sobre los hombros, sirvióle el labrador su sombrero, y saludando al del carrick, que se quitó el suyo tambaleándose, y les dijo cuatro palabras incoherentes a través de una enorme bocanada de humo, salieron a la calle diciendo el cura del del carrick: ése sí que tiene mal estómago; trabajillo le va a costar el salir con su botella.

—En verdad—dijo el labriego, dando un primer traspies—, que hay hombres a quienes embrutece la bebida.

—Y uno es el sordo ése—dijo el cura, echando por la calle del Clavel a la de San Bartolomé, donde se hospedaban.

Despidióse el labrador del tío y del sobrino; y tirando por la de Peligros, fuese a buscar la de Barrionuevo, donde tenía su alojamiento, llegando a él, con el frío y el movimiento, completamente sereno, y despejado el cerebro de los vapores del Peralta.

No así llegó al suyo el beneficiado; quien, morigerado y metódico por costumbre, se resentía del exceso cometido, y tuvo que apoyarse en el brazo de su sobrino.

Entraron al fin en su casa como pudieron; y cerrando tras ellos la puerta con llave, dejaron libre la calle a otro que, más beodo que ellos, la media descompasadamente de cera a cera, llevando en el brazo un abrigo que hubiera hecho mejor en cuidar de colocarse sobre los hombros, para guarecer su cuerpo de la helada y menuda lluvia que incesantemente sobre la tierra se depositaba.

III

Durmióse el beneficiado, a quien su sobrino ayudó a desnudarse, y despertóse avergonzado de lo sucedido y receloso de lo dicho. Vistióse y lavóse, y tomó su breviario para rezar sus horas, y pidió devotamente perdón a Dios de su no consuetudinaria intemperancia, y salió a confesarse antes de decir misa en el vecino convento de Capuchinos, que ocupaba entonces el lugar que hoy la plaza de Bilbao, dejando a su sobrino durmiendo como un lirón.

Encontróse vestido a su vuelta y esperándole para tomar el chocolate. Bebiendo estaba el beneficiado con gran placer su gran vaso de agua con azucarillo, cuando la patrona entró a anunciarle que un desconocido preguntaba por él y deseaba hablarle.

—Que entre quien sea—dijo el cura.

Y entró, sin esperar a que la patrona le diese la venia del eclesiástico, un hombre cano, de mediana edad, de mediana estatura y de mediano porte, que con una cortesía algo zurda y con una atención un poco forzada le preguntó:

—¿Tengo el honor de hablar con el señor don Pedro Conchillos, beneficiado de...? (y le nombro su pueblo).

—Sí, señor—respondió el eclesiástico—. ¿En qué puedo servir a usted?

—En venirse detrás de mí, si su merced no lo toma a mal—respondió el ambiguo interlocutor.

—¿Y a dónde?—volvió a preguntar el beneficiado.

—A la superintendencia de policía; el señor Superintendente desea hablar a solas con vuestra merced; y como sus ocupaciones y su dignidad no le permiten venir a visitar a vuestra merced en esta casa, vengo a rogarle de su parte que me siga a la superintendencia.

Y así diciendo, mostró un papel sellado al asombrado eclesiástico, quien tranquilo en su conciencia, pero asustado con la fama de severo del Superintendente, siguió trémulo, cabizbajo y meditando, a su poco simpático mensajero; dejando a su pobre sobrino en la mayor zozobra e inquietud, hasta saber el fin con que S. E. el Superintendente llamaba al beneficiado a su palacio de la calle del Príncipe, ante cuya fachada fué a esperar impaciente la salida de su atribulado tío.

IV

Por aquel tiempo de prohibiciones, persecuciones y represiones, en que todo yacía inerte bajo la presión del miedo universal, la revolución medrosa de la policía, la policía del pueblo, el pueblo del Gobierno, el Gobierno de sí mismo, y todos del Rey, había una extraña cosa que renacía y se regeneraba de la más extraña manera: el teatro.

Todo en España ha sido así siempre, inconsciente, inesperado, fenomenal, casi absurdo. El teatro renacía y se regeneraba en manos de un extranjero, Grimaldi, y con una casi inocente estupidez: *La Pata de Cabra*.

Había Grimaldi venido a España con los franceses de Angulema y quedádose en España; halló en el teatro los restos de las compañías y de la tradición de Múiquez y Carretero; y con Guzmán, la Llorente, Rafael Pérez (la primer peluca, como se llamaba entonces a los barbas, hoy sin nombre), la Generoso, Pedro Montaña, Fabiani, Cubas, Caprara, Campós, Azeona y otros (de quienes hablaremos este invierno, al tratar de la Corte y el teatro de Fernando VII), formó una compañía que comenzó bajo su impulso y dirección un renacimiento tan extraño como desapercibido, y cuya influencia en lo venidero nadie pudo prever. El germen de nuestro teatro moderno lo incubó y lo dió vida el italiano Grimaldi, con *El hechizado por fuerza*, *Blanca y Mocasín* y *La Pata de Cabra*; esta última obra, única suya, único pasto digerible para el público de aquella época, y cuyo éxito no ha tenido jamás igual en los teatros de Madrid. Grimaldi había comprendido perfectamente nuestro país en aquel tiempo, y le dió la tontería más adecuada a la ignorancia en que yacía, como base de un tratamiento higiénico a que se proponía someterle para nutrirle y regenerarle. *La Pata de Cabra*, intachable para la censura eclesiástica, comprensible para el vulgo, popular por la misma crítica de nuestro país, que el extranjero hacía de nosotros en don Simplicio Bobadilla Majaderano Cabeza de Buey, hizo las delicias de aquel público, a quien Guzmán hacía reír de sí mismo, bajo la cáustica intención del privilegiado ingenio del sagacísimo italiano, afrancesado primero y españolizado después. Grimaldi, con *La Pata de Cabra*, distrajo de la política al público de Madrid por algunos meses; y ya he dicho otra vez que mi padre firmó 72.000 pasaportes para venir a Madrid a ver *La Pata de Cabra*; entonces nadie, ni clérigo ni seglar, ni militar ni extranjero, podía venir a la Corte sin explicar al Superintendente general de policía el objeto de su venida y el tiempo en que se proponía conseguirlo; y todo el mundo tenía miedo del Superintendente, porque éste lo tenía de todo

el mundo en nombre del rey Don Fernando VII; y he aquí el modo de ser de la sociedad madrileña de aquellos años de 27, 28 y 29, en que fué Superintendente mi padre. Se vivía del miedo: la revolución se desperdigaba medrosa en la emigración, y mi padre vivía avizor sobre la emigración, para que el Rey durmiera medroso en palacio en medio de los espías de mi padre y de los de la invisible, lejana, pero inevitable revolución.

Divago: otra vez hablaremos de los elementos de disolución, de los gérmenes de discordia que en aquella Corte fermentaban y que produjeron nuestra revolución; volvamos ahora al cura segoviano que, con pretexto de examinar a su sobrino, había venido a Madrid a ver *La Pata de Cabra*.

El agente de policía le introdujo en el despacho del Superintendente y le dejó allí solo con él, como si le hubiera dejado en la jaula de un león. La alta estatura del magistrado, envuelto en su toga de terciopelo, con su golilla y vuelillos de encaje abotonados con esmeraldas, detrás de aquella inmensa mesa cargada de papeles, armas y objetos raros, cuerpos de delitos y pruebas de crímenes, hizo, sin duda, en el pobre cura un efecto tremendo; porque, pálido y silencioso, permaneció unos momentos con sus espantados ojos fijos en la cara tranquila, severa y toda afeitada del alcalde de Casa y Corte, que se había puesto en pie para recibir al sacerdote de la religión que profesaba.

—Síntese usted, padre, y tranquilícese; está usted delante de una autoridad que respeta la sagrada de usted, y nos entenderemos en pocas palabras: yo tengo poco tiempo y no las gasto inútiles.

—Estoy a disposición de V. E.—dijo el cura, un poco repuesto con las corteses frases del magistrado.

—Deje usted el tratamiento a un lado. Usted comió ayer en la fonda del *Caballo Blanco*, e hizo mal en beber de aquel Peralta, que es un vino traidor, aunque es de una tierra en que no hay traidores.

—Sí, señor, hice muy mal—dijo compungidamente el cura.

—Y dijo usted—siguió el magistrado—que había usted oído en Madrid al salir del teatro una voz que, si es la de quien usted se figura, hace ya tiempo que el verdugo debiera habérsela cortado en la garganta. Nunca es tarde para la justicia: hablemos un poco de eso. ¿Dónde oyó usted por primera vez la voz que se figuraba usted haber oído a la salida de *La Pata de Cabra*?

La imagen del sordo de la fonda se levantó en la memoria del beneficiado, como la del Profeta en el festín de Baltasar; sintió que su cuerpo temblaba; sintió el sudor frío que se oreada en su frente, y no supo qué responder. El Superintendente esperó con la más tranquila paciencia a que responderle pudiera. Al fin dijo:

—Es un secreto, y debo guardarlo *sub sigillo confessionis*.

—No, no le pido yo a usted, señor cura—dijo el Superintendente—la revelación de una confesión: no. Sólo necesito saber dónde y cómo fué la confesión, las circunstancias que la ocasionaron: nada más; el nombre del pecador, ni el pecado, no se lo pregunto a usted. Oyó usted una voz, y juzgó usted criminal al individuo cuya garganta la produce: la historia de esa voz es la que yo quiero saber. ¿Dónde la oyó usted? ¿Esa voz es de su confesado de usted?

—¡Oh!, no—dijo inocentemente el cura—; la confesada fué una infeliz mujer.

—Tanto mejor: nada pregunto de la confesada ni de su confesión; del de la voz es de quien se trata.

El cura estaba ante el magistrado como una liebre entre las uñas de un gato montés, y se decidió a hablar por ver si podía escapársele:

—Señor, yo diré a V. E. lo que buenamente pueda de lo sucedido. Sin tocar...

—A nada secreto, a nada sagrado—le interrumpió el Superintendente—, a nada

que pueda comprometer al hombre, ni al sacerdote. ¿Encontró usted al hombre de la voz?...

—En un camino real.

—¿Solo o acompañado de la mujer?

—No, señor; de otro hombre enmascarado como él, y jinetes ambos en dos poderosos caballos.

—¿Dos?

—Pero habló solamente el uno.

—¿Y dijo?...

—Que era preciso que fuera con ellos a confesar a una mujer que se hallaba *in articulo mortis*. Yo no podía negarme a ejercer mi ministerio, y respondí que no tenía inconveniente; que guiasen adonde estaba la moribunda. Entonces el hombre que había hablado añadió: «Es que hay una condición, y es que no queremos que vea usted el lugar en que está, y que es preciso que se deje usted vendar los ojos y conducir a ciegas.»

—¿Usted se resistió?

—Cuanto pude: pero el sitio estaba desierto; aquellos caballeros tenían cada uno un par de pistolas enfundadas, en sus sillas, y el que llevaba la palabra dijo, sacando una de las pistolas: «Padre cura, no se le pide a usted más que lo que está obligado a hacer, y lo hará usted por bien o por mal.»

—¿Y no pudo usted menos que dejarse vendar?

—Y me condujeron vendado entre los dos, llevando cada uno una de las bridas de mi mansa cabalgadura hasta una casa, cuya puerta oí abrir cuando me mandaron apear. Me tomaron de la mano, me hicieron subir una escalera...

—¿De cuántos peldaños? ¿Se acuerda usted, por ventura?

—Perfectamente; dos tramos de a catorce; pasamos una pieza, que creí antesala; después otra que tenía una mampara, que sentí cerrarse de golpe tras de nosotros; y cuando me quitaron el pañuelo con que me habían vendado los ojos, me hallé en un aposento, donde en una cama yacía la que debía confesar. No puedo decir más; señor, suplico a V. E. que nada más me pregunte.

—Nada de la confesión ni de la confesada; ¿pero a usted le sacaron de allí?

—Del mismo modo que me llevaron; y cuando volvieron a dejarme, me dijeron: «Cuando no sienta usted el galope de nuestros caballos, puede usted quitarse el pañuelo: no antes, porque arriesga usted la vida.»

—¿Y esperó usted?

—Hasta que no oí nada; más de lo que ellos necesitaban; y cuando me quité de los ojos el pañuelo, me encontré en el mismo lugar del camino real en que me había encontrado con ellos.

—¿Y reconocería usted ese lugar?

—Sin duda: he tenido mil veces que pasar después por él.

—¿Y duró mucho el trayecto de ese lugar a la casa?

—Más de dos horas y media. Los encontré al mediodía, y eran las cuatro dadas cuando me vi libre de ellos.

—Está bien, señor cura; dispénsame usted la molestia que le he ocasionado—dijo el Superintendente tras unos momentos de meditación—. Lo que más siento—añadió—es la que aún le voy a dar: no salga usted de Madrid hasta que reciba orden mía.

—La licencia de mi Prelado se me acaba dentro de cinco días.

—No importa; un dependiente mío irá a ver a usted y le llevará el permiso para permanecer indefinidamente en la Corte.

—Es que yo no he calculado más que los veinte días de mi permiso...

—Mi dependiente dará todas las órdenes necesarias, y yo le abro a usted crédito en la caja de la Superintendencia.

Abrió el magistrado un cajón de su mesa, dió al asombrado cura un puñado de monedas de a ochenta reales, y le dijo entregándoselas:

—Coma usted en su casa y no beba Peralta; responda usted a todo lo que mi dependiente le pregunte: es un hombre tan instruido como desconocido, con quien puede usted ir donde quiera; le llevará a usted a lo reservado del Retiro, a la Historia natural, a la Armería y aún al teatro, sin alzacuello; haremos la vista gorda y le abonaremos a usted con el Prelado; pero cuidado con moverse de Madrid.

Y diciendo y haciendo el Superintendente, acompañaba al cura hacia la puerta del despacho con la mayor cortesía. Allí le confió al portero que lo había introducido; quien, conduciéndole a través de las oficinas, le abrió, saludándole, la mampara que daba al descanso de la escalera; al fin de la cual encontró a su sobrino que hasta allí, impaciente, se había arriesgado a llegar.

—¿Qué hay, tío?—le preguntó ansioso el estudiante.

—Nada, sobrino; vámonos a casa—respondió el tío—; el señor Superintendente quería saber a qué habíamos venido.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—Pues que hemos venido a ver *La Pata de Cabra*.

—Pero, tío, ¿qué habrá pensado de usted el Superintendente?

—Nada malo por ver *La Pata de Cabra*, porque me ha mandado quedarme en Madrid para volver a verla otra vez.

Y así diciendo, llevóse el cura a su sobrino a su casa y no se dejó por él arrancar una palabra más sobre el caso.

V

Recibió al cuarto día el beneficiado Conchillos la autorización de su Prelado para permanecer indefinidamente en Madrid, y llevóle dicha autorización un hombre alto, cejijunto y amojamado, pero el más cortés y divertido del mundo.

—Yo soy—dijo al beneficiado al presentarse en su habitación—un empleado de la Superintendencia; tengo el encargo de acompañar a usted a ver Madrid, y de tratar a usted como al mejor amigo del Superintendente, bajo cuyo patrocinio directo está usted desde hoy colocado. Así, pues, no tiene usted que pensar más que en distraerse y ver Madrid; desde el palacio real, cuando los Reyes no estén en él, hasta la cárcel de Corte, aunque estén en ella los presos; porque éstos no suelen salir de ella más que para los presidios, excepción hecha de los que salen para la horca.

Maldita la gracia que debió hacer al beneficiado la presentación y el proemio del agente de mi padre; pero acordándose de las palabras de éste al despedirse de su despacho, respondió al que en nombre suyo se le presentaba:

—Sea usted quien quiera, señor mío, yo estoy a su disposición de usted, según lo que el señor Superintendente me ordenó.

—Es que no se trata—respondió el agente al beneficiado—de que usted se resigne a orden alguna, sino de que aproveche usted con alegría la ocasión de gozar, sin la más mínima inquietud, de un tiempo y de una autorización que el Prelado le acuerda a usted para descansar de las penosas tareas de su cura de almas. Comience usted, pues, por enviar a su Universidad o a su pueblo a su sobrino, y vámonos entretanto a ver cuatro cosas de las muchas que hay que ver en esta coronada villa.

Bien comprendía el beneficiado que los consejos de aquel hombre eran hijos legíti-

mos de las órdenes del Superintendente; y aunque esperaba poca diversión de su compañía, la aceptó con sus consejos y envió a su pueblo, a la mañana siguiente, a su sobrino, embanastado en una galera que para la capital de su inmediata provincia salía; conminándole y rogándole por todos los santos de cuyos nombres se acordó, que no dijese allá una sola palabra de la situación en que él en Madrid quedaba. Prometióselo el mozo, y engalerosé triste y preocupado por lo que ocurrir pudiera a su tío entre las garras de aquel esbirro, que no de otra cosa calificaba el despierto mozo al de quien dejaba a su buen tío acompañado.

Pero engañóse éste de medio a medio acerca de su acompañante, que venía todas las mañanas a llevarle a la iglesia y a ayudarle la misa, y tomaba después con él un riquísimo chocolate; del cual le regaló un par de libras, diciéndole que provenía de la última tarea hecha en la plazuela de Santa Ana para las señoras monjas Calatravas. Llévóle luego a ver la Armería y el Museo, y la Historia Natural, y lo reservado del Retiro, y el león viejo de la vieja rotonda, que entonces componía la casa de fieras, y los conejos de la Casa de Campo, y las lavanderas del Manzanares, y las muñeiras y las palizas de los aguadores y carboneros en Nuestra Señora del Puerto; y ya comían en la fuente de la Teja, o en la calle del Carmen, en la hostería de Buttarelli, o cenaban en *El Caballo Blanco*, después de asistir sin alzacuello a las galerías oscuras del Príncipe y de la Cruz a las representaciones de *La Pata de Cabra* y *El Diablo Verde*; pero en cuanto al Peralta de la hostería del Caballero de Gracia, no hubo medio de que el agente le hiciese volver a enviar una gota por su garganta al fondo de su poderoso estómago.

El agente le contaba la historia de todo y de todos los que veían, sazonzando sus relatos con picantísimas observaciones sobre el de la vida de algunas de las muchas mozas que le saludaban al paso por todas partes, y a quienes él daba siempre un empleo honroso de doncellas de grandes casas, o de costureras, aprendizas y menestralas de grandes modistas o establecimientos conocidos de comercio. Lo único que al cura enojaba en las divertidas conversaciones de su acompañante, era la insistencia de éste en intercalar en todas algún recuerdo o alguna pregunta de aquella misteriosa confesión, de la cual se había tenido que confesar con el Superintendente: si había sentido durante el tiempo que anduvo vendado si su caballo marchaba sobre piedras, arena o césped; si se había apercebido de que atravesaban algún puente o vadeaban algún arroyo; si había pasado por bajo o cerca de alguna arboleda, de cuyas hojas hubiera apercebido el rumor o sentido la sombra o la frescura; si había oído ruido de alguna presa con batanes o con molinos; y otras mil semejantes preguntas de mil diferentes maneras hechas y con muchísima destreza, pero cuya taimada premeditación no había podido escapar a la medrosa suspicacia del intranquilo beneficiado; quien tenía siempre en la memoria y delante de sus pupilas, aquel gabinete del palacio de la calle del Príncipe, donde tras aquella mesa cargada de papeles había visto por primera vez a aquel severo magistrado, vestido de terciopelo y engolillado de encaje como una figura escapada de un cuadro del Ticiano.

Al cabo de dos semanas de esta vida vagabunda y regalona, anunció el agente una tarde al beneficiado que una ineludible obligación y un viaje que por ella tenía que emprender, le iban a privar de su compañía por unos cuantos días, tal vez por más de una semana. No supo muy bien darse cuenta el beneficiado de si se afligía o se alegraba de aquella separación: el hecho fué que pronto echó de menos a su cicerone: que comenzó a ver irse uno tras otro los duros que, de cuatro en cuatro, componían el puñado de ochentines que el Superintendente le había dado; y que comenzó a comprender y a temer que no tendría jamás valor para irle a decir que se le habían acabado.

Comenzaba a recordar y a echar de menos el buen servicio y las previsoras atenciones

de su ama y de sus dos sobrinas, mujeres respetuosísimas y sinceramente adictas a su persona, cuyos cuidados y servicios no podía nunca reemplazar la maritornes alcazarra que servía a los pupilos de la patrona que le hospedaba. Comenzó, pues, a vagar solo por las calles de Madrid, sin atreverse a entrar solo en aquellos sitios de distracción en los cuales le había metido su compañero; comía en la calle del Carmen, en la hostería de aquel buen Buttarelli a quien saqué yo más tarde a la escena con mi *Don Juan Tenorio*, el cual Buttarelli servía cubiertos de a ocho y diez reales con una profusión que concluyó por arruinarle; y comía allí porque no se atrevía a volver solo al *Caballo Blanco*, en uno de cuyos aposentos tuvo origen su desventurada posición actual y su entrevista con el Superintendente; ante cuyo palacio pasaba todos los días como un sonámbulo el silencioso, escamado y solitario cura, sin atreverse a entrar en él para preguntar por su porvenir al engollado morador de aquellos salones, convertidos en temerosas oficinas de averiguaciones, prendimientos, destierros y estrangulaciones.

Así pasaron otros cuantos ya para el beneficiado insoportables días. A las dos del veintuno, estaba dando fin a una de las sabrosas chuletas de Buttarelli, cuando entró de rondón en la sala de la hostería su desaparecido compañero, el agente de la superintendencia, quien con aquel su proverbial buen humor y su poca aprensiva franqueza, se sentó frente al beneficiado y pidió otro cubierto, diciendo:

—Acá estamos todos.

Tembló y alegróse de volverle a ver el buen presbítero; porque aunque bien sabía que no era más que un centinela de vista, ya que no un espía, el tal agente le hacía tolerable la ausencia del ama y las sobrinas, y era para él una especie de sombra protectora en Madrid y una garantía contra la severidad de su Prelado, a quien sólo el agente podría explicar su tan prolongada permanencia en la Corte. Recibióle, pues, con alegre sonrisa y cordial apretón de manos, y comieron en amor y compañía, y al fin de su imprevista francachela, dijo el agente al presbítero:

—Mañana al rayar el alba es preciso que esté usted listo para salir de Madrid. Acabo de ajustar y pagar sus cuentas de usted con su patrona.

—Pero, ¿a dónde vamos?

—No lo sé. Al alba iré a buscarle para que vayamos a la superintendencia, que es de donde hemos de salir. ¿Necesita usted dinero? ¿Tiene usted alguna cuenta pendiente? ¿Alguna compra que hacer para el pueblo?

—¿Pero vamos a ir a mi pueblo?

—Usted irá desde donde le deje el señor Superintendente, a quien iremos acompañando. Vámonos, que no hay tiempo que perder.

Y tal diciendo, saldó el agente la cuenta con Buttarelli, y se llevó poco menos que a remolque al aturullado cura, que no acertaba a volver en sí del susto que le había causado la noticia del viaje en compañía de aquel togado tan amable, pero a través de cuya sonrisa alcanzaba a ver el pobre presbítero la vara inflexible de su inexorable justicia.

Hizo su maleta, en la cual metió unos pañuelos de seda y unas muy abrigadoras medias de lana para los cuellos y pantorrillas de su ama y sobrinas, y al cabo de una noche insomne y atribulada, esperó, presto a partir, a que la luz de la aurora tiñese con sus albores matutinos los emplomados vidrios de la ventana de su aposento.

A las cinco y media vino su compañero a buscarle; y metiéndole en el coche en que venía, le condujo a la superintendencia, en cuyo patio vió una silla de posta, en la cual le acomodó el agente; quien envuelto en un gran carrick de cuádruple esclavina, le dijo que era orden de S. E. que así y allí le aguardasen.

Mientras lo hacían, reconoció el asombrado cura el carrick del borracho que ocupaba la mesa inmediata a la en que se embriagó con su sobrino y el labriego en *El Caballo*

Blanco; y creo que no necesito decir al lector lo que pensó, adivinó y temió el pobre presbítero, cavilando y sacando consecuencia de sus cavilaciones. Bajó y montó el Superintendente al lado del beneficiado; y dándole la derecha, envuelto en un capotón de viaje forrado de pieles, saludóle con una sonrisa y unos buenos días; y metiendo en las bolsas un par de pistolas que debajo del capote traía, mandó montar al agente en el cabriolé que cobijaba al conductor, y arrancaron con la silla de posta los cuatro vigorosos caballos a ella enganchados, lanzándolos el conductor a galope desde que salieron por la puerta de Segovia.

Seis horas duró aquella carrera, sólo interrumpida para cambiar dos veces de tiro; en la segunda posta brindó el Superintendente al beneficiado con las provisiones y el Peralta que el agente llevaba en el cajón del cabriolé. El cura no había podido familiarizarse con la compañía del severo, aunque risueño, magistrado. Su conversación no había podido sostener la del Superintendente, ni su pobre latín del misal podido hacer frente al ciceroniano del juriconsulto, que era *doctor en ambos Derechos* y latino como lo somos hoy los que a las letras nos damos en nuestro latino país.

A las doce y media paró de repente en firme la silla de posta, que había visto el cura de trecho en trecho escoltada por algunos soldados, que no pudo ver nunca de dónde salían. Abrió el agente la portezuela izquierda, apeóse el Superintendente, ayudó al cura a sacar del carruaje su entumecida persona, y preguntóle sin más preámbulo:

—¿Fué aquí donde los enmascarados vendaron a vuestra reverencia?

Echó el absorto eclesiástico una mirada en derredor, y respondió balbuceando:

—Aquí mismo; entre estos tres olmos, junto a los cuales arranca ese sendero.

—Acerquen esos caballos—mandó el Superintendente a unos mozos que de las bridadas tenían cuatro; y volviéndose al atónito beneficiado, le dijo con su cortés sonrisa, detrás de la cual había siempre una orden ineludible: —Ahora es preciso que vuestra reverencia se vuelva a dejar vender.

Lo cual hecho, y montados en las prevenidas cabalgaduras, echaron por el sendero, conduciendo por el roncal el caballo en que cabalgaba el bueno del beneficiado Conchillos.

VI

Un hombre a quien se conduce con los ojos vendados, tiene forzosamente que mirar dentro de sí mismo; y dentro su cerebro es donde se figura ver la parte del mundo por donde camina, que fuera y en torno de sí mismo no pueden percibir sus órganos visuales.

El más que nunca atribulado Conchillos miraba dentro de sí mismo buscando el pedazo de mundo que atravesaba; pero todo en su imaginación se le representaba menos lo que ver quería, a través del miedo que su acompañamiento le inspiraba. ¿Qué fin iba a tener aquella extraña excursión, y qué consecuencias iba de ella a sacar, y qué iba de él a exigir aquel togado, que no vacilaba en dejar su palacio y la Corte para verle a traer por aquellos para él tan invisibles como nunca vistos andurriales?

El silencio absoluto en que caminaban, sin duda por el respeto que sus subordinados tenían a aquella tan absoluta y absolutista autoridad, le dejaban en libertad completa para coordinar sus recuerdos y hacer a solas y a oscuras un comparativo estudio de los de su primero y su actual vendamiento y entenebrada caminata; pero la pavora en que su incertidumbre le sumía, desperdigaba sus recuerdos, como banda de gorriones espantados de un granero en que entran repentinamente los medidores del vendido grano.

Inútilmente quería Conchillos prestar atención a los ruidos y a los pasos y a los accidentes exteriores: sólo sus temores, que a cada momento se acrecentaban, presentaban a su imaginación, y a su consideración sometían, las alarmantes circunstancias de su situación actual. Si se le iba a exigir la revelación de una confesión; si se le iba a obligar a presentarse como revelador y testigo de un misterioso crimen; si iba tal vez a ser acusado de encubridor y cómplice, y hasta se le ocurría que su Prelado le degradara y le hiciera secuestrar de por vida en una prisión eclesiástica, o cuando menos en aquel solitario convento de la Cabrera, en donde sería el ludibrio de los legos, sin tener ya ni ama ni sobrinas que le consolaran; y ésta era la más pavorosa de todas sus aprensiones.

En tal estado pasó Conchillos poco más de una hora, sin apercibirse más que de que había pasado por un puente de madera y que había vadeado un ancho arroyo; de repente, la bestia en que cabalgaba se detuvo, y oyó la voz conocida del agente, su acompañante, que le decía: «Déjese vuestra reverencia venir sin cuidado en nuestros brazos»; y sintiendo que del derecho le aseguraban, hizo lentamente lo que le decían, y se halló de pie en tierra; y conducido por la mano, echó a andar sin saber por dónde. A poco le advirtieron de que estaba al pie de una escalera que era preciso subir; tanteó con el pie derecho la altura de su primer escalón, y subiendo dos tramos, dejó de sentir en lo que del rostro llevaba a él expuesto la impresión del aire libre, comprendiendo por ello fácilmente que estaba dentro de un aposento. Sintióse de repente quitar el pañuelo con que venía vendado, y oyó la voz del Superintendente que le preguntaba:

—¿Es éste el cuarto en donde confesó usted a aquella mujer?

Tendió el beneficiado sus miradas en torno suyo; y viéndose a solas con el grave magistrado, examinó atentamente las paredes, el techo y el suelo de la ruinosa habitación en que con él se encontraba; y brotándole a las sienas imperceptibles gotas del frío sudor del miedo, y comenzándole a temblar la barba, respondió:

—Sí, señor, sí; aquí es; pero había ahí una alacena, frente a la cual estaba la cama de la confesada.

Llamó el magistrado, y a poco el agente del carrick picó la pared con un grande azadón que de fuera trajo; cayeron rotos los sobrepuestos ladrillos que la alacena tapaban y dijo el cura, mirando y remirando escrupulosamente por todas partes:

—Sí, señor, sí; aquí fué.

—Mírelo usted bien, y que no le quede de ello la duda más mínima; ¿puede usted asegurar bajo juramento que éste es el cuarto en que tuvo lugar la confesión de aquella mujer?

Volvió a reconocer Conchillos el aposento, y volvió a repetir lo dicho y en ello se ratificó; con lo cual el magistrado volvió a suplicarle por segunda vez que se dejara vendar, para volver como había venido.

Entonces el pobre beneficiado rompió en súplicas y en protestas, formulando en palabras ante el magistrado, que sonreía, todos los temerosos pensamientos y las acongojadoras aprensiones que por el camino a la venida le habían atribulado el corazón.

El togado le tendió la diestra, y poniéndole la siniestra en el hombro derecho, con tranquilizadora familiaridad le dijo:

—Nada tiene usted que temer, ni para nada más tiene usted que intervenir en lo que a consecuencia de su ida a Madrid, y de su venida conmigo, aquí pueda suceder. Sólo le encargo a usted, señor Conchillos, que no hable una palabra con nadie de lo hasta hoy sucedido. Voy a dejar a usted muy cerca de la capital de la diócesis a que su curato de usted pertenece. Usted, sin ver al señor Obispo, se irá a su pueblo, en la caballería que sus sobrinas de usted le habrán enviado hoy al mesón en donde acostumbra usted a parar. Usted no dirá sino que yo le he detenido a usted en Madrid para aclarar

ciertas dudas sobre una partida de casamiento mal extendida años atrás, y el señor Obispo recibirá el aviso y las prevenciones que hagan al caso.

Prometió Conchillos, y no dudó el magistrado que el miedo le haría cumplir su promesa, un absoluto silencio; y volviendo el agente del carrick a vendar al beneficiado, tornó éste a bajar los dos tramos de la subida escalera, guiado por aquel su antiguo compañero; tornáronle a montar en su manso caballejo los invisibles brazos de los que al magistrado escoltaban, y tornaron todos en silencio a deshacer lo andado. Al cabo de un tiempo igual al empleado para venir, volvieron a descabalar al eclesiástico, a quien no quitaron el pañuelo de los ojos hasta que ya hacía un cuarto de hora que corría en la silla de posta con el Superintendente.

Estaba ya próximo a expirar el día, cuando avistaban cercana una ciudad. Detúvose el carruaje, despidió el Superintendente al beneficiado, bajaron su baúl de la baca, apeóse el del carrick, y volviendo a arrancar a galope los caballos, desapareció la silla de posta con el Superintendente, quedando el beneficiado y su compañero abandonados en mitad de la carretera.

Sentóse el del carrick sobre el baúl del cura, y comenzó tranquilamente a hacer un cigarrillo, que ofreció a aquél cuando concluyó de liarle; tomóle el beneficiado, y dijo, mirando con inquietud en torno suyo:

—¿Pero cómo vamos a llevarnos este baúl, que no quiero dejar aquí, y que pesa mucho para que ni usted ni yo carguemos con él?

—Conmigo, señor cura, ya sabe usted que de nada tiene que ocuparse—respondió el agente de policía—, todo se reduce a esperar un poco.

—Pero, ¿a quién?

—Al carrito de la posta que conduce la correspondencia de Madrid; no puede tardar veinte minutos en trasponer aquella loma. En él cargaremos el baúl y entraremos en la ciudad como si en él hubiéramos venido directamente de Madrid.

Y así diciendo, comenzó el del carrick a fumar su cigarro, y no encontró el cura cosa mejor que hacer que encender el suyo en el de su compañero.

VII

Veniase la noche encima, y picaba el frío en aquel agreste paraje, donde los lobos abundan; no las tenía todas consigo el buen Conchillos, pero la calma del del carrick le animaba. Por fin, trasponiendo el cerro, apareció sobre la parda carretera el móvil punto negro que presentaba a la vista en la penumbra el esperado carro. Sus dos caballos bajaron a escape la loma, y el agente se plantó en mitad del camino, y a sus voces y a su presencia paró el conductor sus jadeantes caballejos. Mostróle un papel y díjole unas cuantas palabras el agente, y echando en el carro el baúl, se encaramaron los dos abandonados en el carrucho, que volvió a partir a escape para ganar los minutos perdidos.

De aquellos carros de posta se ha perdido ya hasta la memoria en España. Eran unos carros de lanza con dos ruedas: las dos barandillas laterales iban forradas de cuero, y a veces de simple estera, y encajonados sus palos en el marco cuadrado del que la lanza salía; de una a otra baranda se sujetaban sobre tres aros un encañizado de cañizos cubierto de lona, y una red de cañamo muy espesa, colgada en los palos de las barandas; y colgada y clavada sobre el eje, formaba dos senos a manera de serones, en los que iban las valijas, y sobre ellas y sobre el eje iban el conductor y el zagal que de cada posta salía con los caballos. No hay para qué ponderar al lector lo incómodo de semejante

vehículo, dentro del cual saltaban viajeros y valijas a cada empuje que al eje comunicaban las ruedas, al pasar por sobre las piedras y al hundirse en los infinitos baches del mal cuidado camino. El pobre beneficiado votaba sobre el eje y caía como un saco de lana; ya sobre el conductor, ya sobre el agente, que votaban como él devolviéndole sus topeadas y encontronazos: y contó el cura toda su vida como el peor rato pasado en ella, los tres cuartos de hora que tardó en llegar a la ciudad en aquel fementido carro.

Habló el agente dos palabras con el administrador de Correos; cargó un mozo con el baúl del cura, y fuérense con él a alojarse en el mesón donde el cura solía parar cuando venía de su pueblo a la capital de la provincia, y donde hallaron al espologista del cura, que con su cabalgadura le aguardaba.

Allí instalados el beneficiado y el del carrick, en un cuartucho ahumado y en una mesa coja, pero ante un par de pollos con tomate y un jarro de vino blanco de Rueda, cenaron juntos por última vez, recordando la primera del *Caballo Blanco*, en donde se conocieron.

El agente pidió perdón al sacerdote por la familiaridad con que en algunas ocasiones había tenido que faltarle al respeto; perdonóle el cura de todo corazón, pero no pudo menos de decirle:

—Pero hombre, ¿qué necesidad tenía usted de ir a contar al señor Superintendente lo que yo dije en *El Caballo Blanco*?

—Escuche usted, señor cura—respondió el agente—; con el señor Superintendente no tiene uno la vida segura. El jefe de su policía, que fué Paco, y hoy es ya don Francisco, nos tiene en un pie como a grullas, y tiene ojos y oídos en las hosterías y en las tabernas; un mozo y el pinche del *Caballo Blanco* podían haber oído lo que yo, y otro que yo no le hubiera a usted hecho pasar en Madrid los buenos días y las alegres noches que usted me debe, sin agravio de la moral y sin detrimento del decoro de su santo ministerio. Ahora, señor cura, deme su bendición y permiso para volver a Madrid en el carro de la posta que sale a las doce de la noche.

—¿En el mismo que nos ha recogido en el camino?—exclamó el cura asombrado.

—O en otro igual—respondió sonriendo el del carrick.

—Muy bien le debe a usted pagar el señor Superintendente para volverse a Madrid en aquel carricoche—dijo ingenuamente el cura.

—Ya le volvería yo las espaldas en lugar de volver a Madrid en semejante carro; pero tiene el Superintendente unos papeles míos atados con una cuerda, que no puede desatarse de mis papeles sino para atármela a mí al pescuezo.

Y así diciendo, envolvióse el del carrick en él y dejó al inocente cura dando vueltas, sin poderlas comprender, a sus últimas palabras.

VII

La sociedad madrileña de 1828 y 29 bailaba y jugaba como la de ahora; lo que hoy llamamos *soirées* se llamaban entonces *tertulias*, en las cuales entonces, como hoy en aquellas, la gente joven reía, bailaba, tomaba dulces y helados y se enamoraba; la gente machucha jugaba a la malilla y al mediator, y el sexo bello se quitaba el pellejo caritativamente, según costumbre de nuestra católica nación, que ha adoptado el evangélico proverbio de *al prójimo contra una esquina*. Lo mismo que hoy vamos a la *soirée* de Fernán-Núñez o de la hermosa duquesa de la Torre, se iba entonces a la tertulia de los Valle-Andinos o de la Puente-Virgen, y en ella se encontraban, como en las *soirées* de hoy, discretísimas señoras y encantadoras muchachas, asediadas, encantadas o fas-

tidiadas por vanos impertinentes y pretenciosos *lechuquinos*, que no eran ni más ni menos que nuestros *gomosos*, y se bailaba la gavota, y el baile inglés, y la mazurka con espelines, como hoy los lanceros, etc. Aquella sociedad, con distintos nombres y bajo menos desvergonzadas formas, gozaba con los mismos placeres y se entregaba a los mismos vicios que la nuestra, llevando a ésta la sola ventaja de no tener poetas ni filósofos que la hicieran bostezar y dormir de pie. Hábalos entonces; pero ni Arriaza, ni Nicasio Gallego, ni Lista, ni el duque de Frías, andaban como nosotros, de tertulia en tertulia, con un rollo de manuscritos debajo del brazo, prontos de decir, doquiera que hablaban prestos: «aquí traigo mis papeles»; ni don Fermín Caballero, ni don Agustín Burgos, se hacían aborrecer y tal vez maldecir por la enamorada juventud, interrumpiendo sus amorosos coloquios con la lectura de sus correcciones fraternas o sus odas de Horacio.

La gente de dinero era entonces, como hoy, tan bien recibida como muy buscada, y a las tertulias de los ricos, y de los cortesanos, y de los títulos, anhelaban ser invitados todos los que pretendían pasar por gentes a la moda.

La riqueza y el título tenían, sin embargo, entonces un riesgo que hoy no tienen, y era la curiosidad del Rey y de su Superintendente de policía, a quienes alguna que otra vez se les antojaba conocer la legitimidad de la proveniencia de las riquezas o de los títulos. Así que un Obispo armenio, que viajando con un secretario y un coadjutor fué aposentado por un claustro de Reverendos, presentado en la Corte, y celebró de pontifical en varios actos y funciones episcopales católicas, fué una mañana sorprendido por el curioso Superintendente, que se apoderó de sus papeles y credenciales, y entregándoselas al sabio jesuita el orientalista Artigas (si no me es infiel la memoria), entregó con ellas a su portador en custodia a los Jesuitas del Colegio Imperial, mientras él comprobaba la legitimidad de sus derechos al Episcopado.

Cinco meses después, le enviaba tranquilamente a presidio con sus dos familiares; por ser, como se le había antojado que era al Superintendente, un embaucador sacrilego que había estafado a los muy confiados Reverendos que le habían hospedado, a las incantadas monjitas que le habían festejado, a la diplomacia, a quien había despistado; a la Inquisición, que no había sabido ver más que sus morados capisayos, y a la Corte, a quien deslumbraó su pectoral de esmeraldas y su episcopal anillo. El Superintendente le hizo desaparecer sigilosamente por honor del elero y de la Corte; y cuando el tal magistrado dió cuenta de lo por él hecho con el Obispo de Megalópolis al señor rey Don Fernando VII, se rió Su Majestad, bajo el embozo, de los estafados frailes, de las crédulas monjas, del miope inquisidor Verdeja, de su alucinada Corte y de sus sonrojados ministros, a cuya mesa se había sentado el desenmascarado personaje.

IX

Y vivían dos por aquel tiempo en una gran casa de una calle muy céntrica, cuya cortesanía y esplendor era proverbial, y cuya tertulia estaba abierta a lo mejor de la magistratura, a no poca parte de la nobleza y a muchos hacendistas influyentes en la administración de nuestra Hacienda nacional, que por entonces aún se llamaba la Real Hacienda. Eran estos dos personajes, a juzgar por su apellido, oriundos de Nápoles o de Sicilia; ya vinieran a España sus primogenitores en tiempos de Carlos III, ya tal vez mucho antes, en los que la segunda mujer de Felipe V patrocinaba al Cardenal italiano que llamó a nuestra revuelta patria a muchos de sus compatriotas, que a España, a su Reina y al Cardenal, su protegido, fueron muy útiles en los proyectos de progreso que en nuestra tierra intentaron y llevaron a cabo. Cuando y como quiera que su natu-

ralización en ella efectuado se hubiese, por españoles pasaron y españoles eran, y de extranjeros no conservaron más que sus apellidos. Posesiones habían tenido en alguna provincia; secretos encargos del Gobierno habían desempeñado con éxito en Inglaterra o en Francia, y por adictos se les tenía al absoluto Gobierno, de quien no eran tampoco desconocidos. Por cuñados se daban, como hermanos vivían y juntos tenían sus capitales, y copropietarios eran de varias casas por ellos edificadas y sitas en los puntos más céntricos de la Corte. Tertulia diaria tenían en la suya, concierto o baile una o dos veces al mes, y mesa de doce cubiertos de cuando en cuando. Lorenzo el uno y Leopoldo el otro se llamaban; viudo aquél y hermano éste de su difunta; sus apellidos no importan nada; a mí se me ha borrado de la memoria, y no tengo a mano para buscarlos en ellas las notas póstumas de mi señor padre.

Era a fines de marzo, noche de uno de los tres días de Pascua de Resurrección; pero aunque ya el calendario daba por entrada la primavera, prolongaban el invierno las lluvias y las ventiseas, que algunos años hacen en Madrid insoportable la última luna de marzo y la menguante de abril, si viene lluvioso. Era, en fin, una noche de desahuciable invierno en una aún no aparecida primavera. La tertulia, reunida en casa de los cuñados Lorenzo y Leopoldo, había jugado, cenado, bailado, murmurado y enamorado en sus lujosos salones de tibio ambiente por el calor de dos chimeneas, innovación de Francia introducida en nuestras casas hacía pocos años. La condesa de X, parienta de ambos por la difunta del viudo, y que hacía los honores de aquella casa en que no había mujeres, había animado con su chispeante palabra y su social desembarazo la expansiva alegría de sus contertulios; contándose, mientras saboreaban los helados bizcochos y el aromoso café, una caliente y picante anécdota, en la cual había hecho el papel de víctima una persona ausente.

Los dos cuñados habían admirado sonriendo, y los malillistas dejado sus cartas sobre la mesa, y los comensales agrupados ante la chimenea, aplaudiéndole con entusiasmo, el primer descriptivo de los pormenores y la malicia intencionada del pérfido relato de la ingeniosa condesa; la tertulia había sido, finalmente, amenísima, y a la media noche concluía con besos y abrazos de las señoras, mientras los galanes caballeros las ayudaban a envolver sus escotados pechos y sus desnudos brazos en las costosas pieles y bien forrados capuchones. Algunos carruajes se llevaron a sus hartos y satisfechos dueños; muchos de los contertulios se fueron acompañados de sus criados, que les esperaban, y las parejas y grupos de las familias de la clase media, cuya vanidad los lleva a las tertulias de los ricos, se dispersaron por las calles que en la principal donde la casa estaba sita desembocaban.

Lorenzo y Leopoldo se retiraban a sus respectivos dormitorios; los criados apagaban las luces, ordenaban los muebles y extinguían el fuego de las chimeneas; el mayordomo, arriba, revisaba la casa antes de recoger la servidumbre, y el portero abajo aseguraba el pasador de la hoja izquierda de la doble puerta de la calle, cuando por la mitad derecha, aún franca, entró gravemente en el vestíbulo un personaje alto, envuelto por el frío y la hora en un ancho levitón forrado de piel, y trayendo en la mano un rico bastón, en el cual no se apoyaba.

Antes de que el portero tuviera tiempo de dirigirle la palabra, se sintió asegurado por varios individuos que al del bastón acompañaban, y que cerraron tras ellos la hoja derecha de la puerta, por cuyo vano en la casa se habían introducido. Subió la escalera el del bastón, seguido de otros dos embozados; y el mayordomo, que iba a cerrar la manopara de los aposentos del piso principal, dió con él de manos a boca; y antes de que abriera la suya, oyó al que llegaba decirle en un tono que no admitía réplica:

—Guíe usted al cuarto de don Lorenzo.

Y volviéndose a los dos que seguían sus pasos, añadió:

—Lleven ustedes allí a don Leopoldo.

Y echando por delante al aturullado mayordomo, llegó con él a la puerta del aposento del dueño de la casa. Preparábase éste para acostarse, cuando, sintiendo alzar el picaporte, volvió la cabeza y se halló cara a cara con el Superintendente general de policía.

No necesitó el magistrado nombrarse, ni de nombrarle tuvo ánimo don Lorenzo, absorto ante su repentina y extemporánea aparición. La del Superintendente era siempre de mal agüero a semejantes horas; y mientras el atónito don Lorenzo buscaba su perdida serenidad, llegó su cuñado, tras el cual cerró el magistrado la puerta, diciendo:

—Vengo sólo a hacer a ustedes unas preguntas. ¿Cómo murió doña Estefanía, esposa de usted y de usted hermana? ¿Cómo y por qué abandonaron ustedes y dejaron arruinar la casa de campo que poseía en...?

D. Leopoldo respondió tranquilo:

—Mi hermana murió en Florencia de fiebre cerebral; Lorenzo tiene, y va a mostrar al señor Superintendente, la partida de defunción, firmada por el Dr. B., y la certificación del entierro en el cementerio de...

Lorenzo, repuesto por la tranquilidad de su cuñado, sacó de un cajón y presentó al magistrado los dos documentos por don Leopoldo citados. Estaban en regla, con sus correspondientes sellos, firmas y certificaciones.

—La casa—siguió diciendo don Leopoldo—la abandonamos porque, no teniendo más que un huertecillo casi improductivo, no valía la pena de gastar en el edificio ruinoso, que sólo teníamos por haberle heredado de nuestro pobre abuelo; y siendo ricos ya por negocios y servicios hechos a quienes y en ocasiones que V. E. no ignora sin duda, no tuvimos necesidad de vender una casucha que no tenía valor.

—Hoy le tiene inmenso—dijo el Superintendente—. Puesto que doña Estefanía murió y está enterrada en Florencia, ¿a quién fué a la que confesó el cura Conchillos el día 19 de febrero de 1817? ¿Quiénes eran los dos enmascarados que a confesarla le condujeron vendado? ¿Y de quién es el cadáver que, bajo el nombre de Amalia Mozzoni, enterraron ustedes el 21 del mismo febrero en el cementerio del pueblo de... a cuya feligresía pertenece la casa?

—¿Pues de quién ha de ser, sino de nuestra criada, Florentina Amalia Mozzoni?

—Pero es que Amalia Mozzoni está hoy en Madrid, adonde yo la he hecho traer desde el lugar de Sicilia en donde vivía.

Callaron los dos cuñados: Lorenzo aterrado, y torvo Leopoldo, que se dirigió a un cajón de la mesa de despacho de Lorenzo, que el Superintendente no le dio tiempo de abrir, y en el cual halló el magistrado un magnífico par de pistolas, de las cuales se apoderó.

X

Al día siguiente apareció cerrada la puerta de la casa de los dos desaparecidos cuñados. Quiénes dijeron que habían tenido que emprender un repentino viaje por una funesta desventura de familia, acaecida en su país; quiénes, que se habían fugado por una repentina o fraudulenta quiebra; quiénes, que, afiliados clandestinamente a una logia masónica, habían huído al extranjero antes de caer en manos de la policía. A las pocas semanas, pocos de sus tertulianos se acordaban más que de las buenas comidas y refrescos que en su casa se servían; y como mi padre me ha dejado incompletas y certadas por grandes lagunas sus notas; yo tampoco puedo decir hoy en qué pararon aquellos dos florentinos, de cuyos papeles se apoderó el Superintendente, y cuyos bienes se vendieron dos años más tarde judicialmente para pago de acreedores.

LOSADA

I

Corría el mes de septiembre de 1828. Era todavía ministro Calomarde y corregidor de Madrid don Tadeo Ignacio Gil, el de la coleta, último corregidor de los *del sombrero de tres picos* de Pedro A. de Alarcón, el de *El Niño de la Bola*. Toreaba en la plaza de la Puerta de Alcalá, Montes, y comenzaba su carrera, bajo su dirección, el Chiclanero, y picaba Mignet, el de la jaca pia de las corridas reales, que murió en el corral hecho pedazos por un toro de Gaviria, número 3, que, en lugar de estar en su chiquero, estaba en el callejón, mientras la lidia de su compañero número 2. El caso no se ha explicado bien nunca, pero ello fué que Mignet, que era ya viejo y capataz de una panadería, ponía las divisas a las reses, y después de ponérsela al segundo toro, le ocurrió bajar al corral por el callejón de los toriles. Al destacarse su silueta sobre el cuadro de luz del abierto portón del corral, le partió el toro número 3 y le deshizo entre los pesebres de los caballos. Y vaya este caso de plaza, hoy que priva lo torero y lo flamenco, para hacerme plaza con mis lectores. Pero esto era veinticinco años después de lo que voy a relatar, del año en que Mignet picaba y Paco Sevilla comenzaba a acreditarse, y prendía caireles la Liebre a topa-carnero..., y dale con los toros y los toreros, ahora que cada día va la torería a más y los toreros a menos, puesto que no hay corrida sin cogida, ni res trasteada sin veinticinco pases... y volvamos de una vez a lo que pasaba en 1828.

Había por entonces, haciendo dúo con el gayo corregidor de la coleta, un Superintendente general de policía a quien nadie se atrevía a pisar la cola, que la llevaba en la toga que vestía, con golilla y vuelillos de encaje, apesillados con esmeraldas. Esto hacía que cuando a la sala de alcaldes de Corte iba, porque lo era, salían los chicos a besarle la mano, tomándole por un obispo, o cuando menos por un abad; dábasela él a besar, y les solía decir: «Besad, hijos, besad, y que Dios os bendiga y os libre de oír mis misas.»

Y era que tenía por altar una horca que había clavada en la plaza de la Cebada, y asesorado por dos comisiones, una civil y otra militar, enviaba a ejecutar su última suerte en aquel extraño, vil y primitivo patíbulo a los ladrones, rufianes y gente de este jaez, a quienes, según la opinión de aquellos tiempos, no se puede hacer entrar en razón sino metiéndoles en cintura. Y por un error de medidas o de distancias, en vez de meterles en cintura con faja o ceñidor por el talle, les metía por el cuello en el dogal. Yo no sé, ni discuto, si este procedimiento era justo, bárbaro, humanitario o inhumano; pero fué útil en 1828 para dejar tranquilo y seguro al vecindario de la villa del oso, que en 1827 no podía salir al anochecer, ni llevar dinero de día en los bolsillos sin tropezar con lobos y garduñas que se los limpiarán, hallándose limpia su casa todo el que de ella salía por muchas horas. Si este método curativo social no hubiera sido aplicado por aquellos años más que a los ladrones, rufianes, barateros, bandidos y asesinos de que estaba plagada España, y de quienes eran madrugueros algunos barrios de su capital, podía haberse culpado como remedio heroico, empleado en desesperado caso a muerte o a vida; pero aquellos tres alcaldes de Casa y Corte, aquel Superintendente y aquellas comisiones militares por ellos asesoradas, enviaban a veces a aquel patíbulo de tan mal ver, tan innoble y arriesgado de hacer funcionar, y tan deshonesto y humillante de sufrir, a hombres que no tenían más delito que pensar de un modo poco ortodoxo sobre ciertas materias religiosas y diferir del Gobierno en opiniones políticas.

Y contra esto sí que encuentro yo qué decir: y es que, cuanto más se aprieta por un lado, más se afloja por otro la cadena social; así que, mientras más se ahorcaba, más se conspiraba; y andaban todos, la justicia y los justiciados, dándose siempre caza y minándose siempre la tierra unos a otros, y viendo, en fin, quién ahorcaba a quién. Para ser mano en este juego vivía avizor el Superintendente, poniendo en práctica ciertos principios que había adoptado por convencimiento de la experiencia y por conocimiento de la raza humana en sociedad constituida. Creía aquel togado Superintendente que las mujeres y las pasiones del hombre son los mejores servidores de un Gobierno que sabe servirse de aquéllas por éstas; en consecuencia de cuyo principio, averiguando las flaquezas de unas, las deudas de otros y los secretos de todos, se servía contra ellos; y los maridos porque no supiesen algo las mujeres, y éstas porque pasasen por algo los maridos, y los unos porque no les tirasen de la manta, y los otros porque mejor les tapara, ellos y ellas bailaban el agua delante al Superintendente, que tenía la clave de muchas cifras, el cabo de muchas madejas y la llave de muchas puertas, con envidia de los palaciegos, asombro de los inquisidores y jesuitas, pavora de la gente de mal vivir y zozobra de los del partido que andaba a salto de mata.

Sin embargo, y como al mejor cazador puede irsele el mejor gazapo, al señor Superintendente se le escaparon varias liebres; como Marcoartú, quien llevándole no más de ventaja la distancia de la mesa al balcón, se lanzó por éste a la calle, y por ésta se acogió a la embajada inglesa; y como Salustiano Olózaga, quien después de haber estado de él escondido pared por medio del mismísimo palacio de la superintendencia, se le escapó disfrazado de sacerdote en una silla de posta, con el pasaporte de un canónigo, cuyas señas con las suyas se convenían; pero teniendo Olózaga por señal particular varios pelos blancos entre los negros de las ricas pestañas de sus hermosos ojos, se las cortó, y los cabos vueltos le produjeron una oftalmía con la cual llegó casi ciego a la frontera.

Contábanme Marcoartú y Olózaga años después estos pormenores, y reíamos entonces los tres de lo que tanto a los dos les había hecho antes temblar.

Pero entre estos alegres burladores del severo Superintendente, hubo uno cuya audacia y fortuna no tienen par en las secretas memorias de aquellos sombríos y enmarañados cinco años.

Una tarde recibió el Superintendente un perfumado billete de una dama, de quien nadie remotamente sospechar podía, ni aunque le conociera personalmente. Recibíale ésta en una casucha vieja, aislada entre un corralejo por un lado y el huertecillo de un beaterio por otro, una de cuyas dobles llaves tenía el Superintendente, y adonde éste a su llamamiento acudía en traje eclesiástico, y la dama en el de beata. Estaba situada la casa en las cercanías de las Vistillas con vista sobre Palacio, cuyos regios aposentos podían registrarse con un buen anteojo cuando sus balcones estaban abiertos. Aquella tarde de fin de septiembre, al caer la noche, entró el bien disfrazado Superintendente en la aislada casucha; pero no halló en ella todavía a la dama, cosa hasta entonces nunca acontecida, porque no era el Superintendente personaje a quien pudieran muchos hacer esperar. Aguardó éste sin impaciencia muy corto trecho, durante el cual anocheció, y entró en el aposento una criada con un quinqué encendido que puso sobre la mesa, cerrando inmediata y naturalmente las maderas del balcón.

Al concluir las de cerrar, presentáronse en la estancia cinco enmascarados, dos de los cuales sujetaron y amordazaron a la mujer, y cogieron la acción al sorprendido, pero no

acobardado. Superintendente, que permaneció sentado junto a la mesa. El que parecía jefe de aquella gente le dijo, poniéndole delante dos documentos impresos, y alargándole la pluma de un tintero que, prevenido sin duda, se veía sobre la mesa:

—Tenga V. E. la bondad de firmar ese pasaporte y ese permiso de correr la posta, para que pueda salir de España una persona que no tiene gusto de estar en ella.

—¿Y qué autoridad es la mía para poner aquí mi firma?—dijo tranquilamente el magistrado.

—Ninguna como presbítero—le respondió el enmascarado—, pero si V. E. firma como Superintendente de policía, puede que la del reino se equivoque y deje pasar al viajero.

Y viendo que el magistrado no tomaba la pluma que él le presentaba, díjole resueltamente el enmascarado:

—Sé que juego la vida; pero la de V. E. está en mi mano y ve que me la debe; si con la firma me salvo, con la muerte de V. E. me libro a mí y otros.

El Superintendente firmó sin chistar los dos documentos, mirando primero al nombre escrito en el pasaporte y después a los ojos de su extraño demandante, única cosa que de su rostro podía ver.

Firmó el uno y recogió el otro los dos papeles, y dijo al que los había firmado el que los había recogido:

—Tengo tal fe en la palabra de V. E., que si me la diera de darme veinticuatro horas de ventaja no me propararía a lo que voy a hacer; porque estoy convencido de que Vuestra Excelencia lo está de que me debe la vida, y hombres como V. E. no pagan con una villanía una generosidad que tan cara puede costarme. Vamos, pues, a sujetar un poco a V. E. y a dejarle vigilado por veinticuatro horas.

—No podrán ser tantas—observó el magistrado—; en cuanto entre el día será preciso que me busquen y que me hallen, y hasta mañana a las siete podrá usted llevar doce horas y treinta y seis leguas de ventaja.

Dejóse atar las manos y los pies el Superintendente, y al ver que le iban a asegurar en el sillón en que estaba, dijo:

—Si me dejaraís en el sofá, podría conciliar el sueño; ai cabo es la primera noche que tengo tanto tiempo de dormir, desde que tengo este cargo.

Pusiéronle en el sofá, marchóse el enmascarado, pusiéronse los otros dos de centinela, y colocóse el Superintendente en el sofá en la postura que halló más cómoda para dormir, con asombro de los dos que le guardaban.

De repente les preguntó:

—¿No nos descubrirá esa mujer, si puede gritar?

—Esa mujer—respondió uno de ellos—ha hecho muy bien su papel, y abajo no hay más que otros dos amigos. La casa tiene un sótano y por él pasaremos a otra casa y a otra manzana cuando salgamos; ¿para qué ocultar nada a personas como V. E.?

—Está bien, escapad antes del alba; no os sentiré si os moveis—dijo aquella caballeresca autoridad.

Y se entregó al sueño con la más completa seguridad, al parecer.

III

A las siete y media de la mañana siguiente, entró el Superintendente en su casa y en su despacho; tiró del cordón de la campanilla, escribió cuatro palabras en un papel y dijo, dándosele al vigilante que se presentó:

—A Francisco, y que le espero.

Escribió una orden en papel timbrado y unas notas en otro sin él. Antes de un cuarto de hora apareció Francisco; dióle la orden, y al leer las instrucciones, y mientras aquél leía, sacó un puñado de onzas que puso sobre la mesa.

—Señor—dijo Francisco—; doce horas que lleva, tres que necesito para salir y las eventualidades del viaje.

—En las del suyo fío para que le atrapes—observó interrumpiéndole el jefe—. Un caballo mal domado, un postillón borracho, él que no sepa dar alientos a la montura si no es jinete.

—Las mismas contras llevo yo—murmuró el agente.

—Y con hacer tu deber, cumples: hazlo—dijo su jefe.

Partió Francisco y murmuró el Superintendente, cerrando el cajón y poniéndose a trabajar:

—Su fortuna le valga; sentiría tenerle que quitar lo que él me ha dejado a mí.

IV

Francisco corrió sin perdonar fatiga. Hasta Aranda no alcanzó lenguas del fugitivo. Aún le llevaba trece horas. En Pancorbo supo que había llegado con un caballo desherrado; calculó el tiempo, y vió que había ganado sobre él cuatro horas; cualquier otro accidente podía hacerle ganar las nueve; pero en Vergara ya le dieron un caballo asombradizo y que se plantaba; le rajó los ijares con las espuelas, y le obligó al fin a salir a la carrera; pero se le cansó a las dos leguas, y le faltaba una para la posta de Villarreal; montó en el del postillón, pero no quería ir solo, y se cansó él de castigarle, y perdió dos horas y media de las cuatro que había ganado.

En Aztigarraga supo que, a consecuencia de una caída, se había detenido a curarse un golpe en una pierna; no le llevaba más que cinco horas de ventaja; en Oyarzun creyó cogarle; pero cuando llegó a Irún, hacía tres horas que se había dirigido al puente de Behobia, y no llegó a éste más que para cumplir con su conciencia.

El Superintendente general de policía era mi padre; el que se le escapó Ramón Losada, después relojero constructor en la calle del Regente, en Londres.

Vamos a buscarle allí.

V

Veintisiete años más tarde habitaba yo en París, donde había publicado los dos primeros tomos (únicos) de *Granada*. Fuera por la riqueza del argumento o por lo que del autor en él se esperaba, se hacían al mismo tiempo que yo lo publicaba tres reimpressiones: una en Bruselas, otra en Méjico y otra en la América del Sur. El tal poema de *Granada* era mi esperanza: mis bienes enajenados podían ser sustituidos por la propiedad de mis obras nuevas, si lograban hacerse populares. *Granada* lo fué por sólo su título, antes que viese la luz, y las tres reimpressiones iban a hacerme famoso donde quiera que la lengua de Castilla se hablara; pero iban a hacerme ganar en fama lo que me iban a hacer perder en dinero.

Dionisio Hidalgo, el antiguo gerente de *La Publicidad*, tenía en París una casa de comisión de libros, y mis poderes para administrar mis intereses y vender mi poema; pero tenía orden expresa de no vender más que al contado a los libreros americanos y a sus comisionados. Los libros, el fruto y la propiedad del ingenio, son considerados en España y en las Américas españolas, desde tiempo inmemorial, como la hacienda del

perdido, como la túnica de Cristo, sobre la cual se echan suertes, como un terreno baldío y que cualquiera puede labrar. Un editor gasta sin pena diez mil duros en la edición ilustrada de un poema, y hay que arrancarle uno a uno diez mil reales para el poeta que se lo escribe: un empresario da con placer seis mil duros a una bailarina y veinticinco duros diarios a un cómico, que concluye por arruinarle, y lo único que resiste, lo único por que hay que demandarle en justicia, es el miserable tanto por ciento que la ley concede a los autores, y que jamás se ha podido cobrar conforme a la ley.

Yo, que esto sabía, tenía dada a Hidalgo la orden de no soltar ejemplar sin pago o fianza, sobre todo a los hispano-americanos, nuestros hijos; pero Dionisio Hidalgo, por causas que no hay por qué explicar, vendió mi poema condicionalmente: es decir, con la condición de que al recibir *allá* el segundo tomo se pagaría el primero, y al recibir el tercero el segundo, y así sucesivamente; condición que parece justa, puesto que el librero debe de tener seguridad y garantía sobre el autor, pero que *allá* no es más que el pretexto para no pagar; porque sobre la más mínima falta o tardanza se entabla una reclamación, se multiplican cartas, se formulan quejas, y mientras la marcha del negocio y los convenios se regularizan, se pasan años, se vende o se reimprime, se olvida, y buenas noches. Vendí mil ejemplares para Méjico a Cipriano de las Cagigas; mil a otro comisionado del Centro América y quinientos a Brandý para Alemania, quienes pagaron sus dos mil quinientos ejemplares; casi todos los otros fueron perdidos.

Visto lo cual, di el grito de «todo el mundo al agua!» y suspendí la publicación, para matar a mis libreros antes que me mataran a mí.

Quedábanme tres mil ejemplares, cuando Ignacio Boix, que había ido también a establecerse en París, me pidió mil quinientos con una rebaja de 35 por 100. Díselos y díome en pago tres mil francos a la mano y dos pagarés de cinco mil, a seis y a nueve meses. Boix pudo establecer el comercio de libros en España, y hacerse el primer editor nuestro y ganar millones; pero tenía un flaco: las mujeres. Catorce días antes de expirar el plazo de mi primer pagaré, vendió a los Garnier, hermanos, el periódico *El Eco de Ambos Mundos*, y quebró. Tenía Boix relaciones, cuentas y créditos con un personaje del carlismo, que había casado en Inglaterra con una mujer millonaria; crédulo yo y mal aconsejado, pasé el Estrecho y llegué a Londres con esperanzas de negociar mi crédito con aquel personaje: estaba en baños; no volvería lo menos en tres meses. Fiado en otro amigo que yo tenía en Londres, hice mi viaje con el dinero preciso de ida y vuelta; pero la indecisión me entretuvo en Londres unos días, y al fin, uno me encontré en medio de aquella Babilonia sin medios para volver a París. La ley inglesa considera al extranjero como un perro; quien allí no tiene dinero, al declararse insolvente se arroja al Támesis o va a la cárcel.

Ya comenzaba yo a pensar en el Támesis, cuando una mañana muy temprano, estando aún en la cama, el criado me anunció la visita de un español que deseaba verme; pedí su nombre y me dió el de Ramón Losada, que entró casi detrás del criado en mi habitación. Yo sabía su historia con mi padre, que fué quien me la contó.

Era Losada un hombre alto, enjuto, cejijunto, cerrado de barba y brusco en sus modales. Entró con el sombrero puesto y tomó la silla que le ofrecí, la aproximó a mi cama y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

Yo.—¿A qué debo, señor Losada, el honor de esta temprana visita?

LOSADA.—¿Sabe usted la historia de mis relaciones con su padre de usted?

Yo.—Yo no he vivido nunca con mi padre, ni he entrado en mi casa sino después de su muerte.

LOSADA.—Pues bien; si yo no me escapo de manos de su padre de usted, probablemente me hubiera hecho ahorcar en la plaza de la Cebada.

—Yo.—¿Y a mí qué me cuenta usted de eso?

—LOSADA.—Yo le cuento a usted esto, caballero, porque su padre de usted cumplía entonces con lo que él creía su deber, y yo le jugué una de esas malas pasadas que difícilmente se perdonan.

—Yo.—Ni soy responsable de las acciones de mi padre, ni me hago cargo de sus créditos de ese género. Sírvase usted decirme claro a qué viene usted;

—LOSADA.—Vengo a decir a usted que sé su situación de usted; que le han engañado a usted cuando le han hecho creer que aquí negociaría dos créditos de Boix, y que yo me creo obligado a satisfacer al hijo por lo que hice con su padre.

—Yo.—Suplico a usted por segunda vez que se explique claro.

—LOSADA.—Usted es un hombre distinto de su padre; yo le estimo a usted (por esto, por lo otro y por lo de más allá) y tengo a su disposición quinientas libras esterlinas.

—Yo.—Guárdelas usted: Lo que usted en conciencia deba a mi padre, no lo cobra en dinero su hijo.

—LOSADA.—Usted no conoce la tierra que pisa; no tiene usted con qué pagar el gasto de este hotel, y aquí el que no paga se deshonorra y va a la cárcel.

—Yo.—O al Támesis.

—LOSADA.—Oiga usted, señor cabezudo; el Támesis no se sorberá a un hombre como usted mientras viva Losada. Voy a dar orden de que me pasen sus cuentas de usted; y como no puede usted ir a ninguna parte sin dinero, usted vendrá al fin por él a casa de Losada. Ahí tiene usted mi tarjeta.

—Y dejándose una sobre la mesa de noche, se levantó.

—Lo que no me había ocurrido nunca, me lo hizo venir a la imaginación aquel hombre. Yo traía conmigo aquella magnífica repetición de French que mi padre había recibido de los señores Torres, de Bordeaux, pero de la cual no me había acordado, porque jamás había entrado en mi cálculo deshonorra, empeñándola, semejante prenda.

—Espere usted—dije a Losada, y volvimos a anudar la conversación—. Puede usted hacerme, y yo aceptar de usted, otro favor. Abra usted esa valija y hallará usted una repetición; usted es relojero y conocerá su valor; présteme usted sobre ella diez o doce libras para volverme a París.

—Sacó de mi maleta la repetición, examinóla y dijo:

—Yo no soy prestamista ni usurero. Yo puedo dar a usted el valor total de esta prenda, pero no quedarme con tal garantía por diez libras; usted la rescatará si quiere o puede, y si no, la habrá vendido, pero no empeñado. Dentro de una hora estaré de vuelta.

—Y marchóse con la repetición.

Era Losada el mejor y más leal y más caritativo hombre del mundo, pero tenía la manía de hacerse el ogro y el terrible. Fué a casa de French, que vivía cerca de San Pablo, a ver el registro del número del reloj. Tenía éste lo que se llamó el secreto de French; una orla de brillantes en la esfera y otras dos en la tapa posterior y en la caja del cristal. El reloj había costado treinta mil reales, y llevaba además una larga y maciza cadena de oro mejicano.

Dos horas después volvió Losada, ocultando la satisfacción de su alma tras de su cejijunto semblante.

—Aquí tiene usted el valor de su reloj. Conozco que usted sabe, y me lo niega, la historia de su padre conmigo. Si por ella no quiere usted ser amigo mío..., tenga usted entendido que yo siempre lo seré de usted. Tengo en mi casa muchos libros de usted, y nadie ni nada podrá jamás hacerme no querer a su autor.

—Y puso sobre mi mesa de noche un puñado de billetes de Banco, que componía treinta y cinco mil reales.

Comprendí la lealtad de Losada; viniéronseme las lágrimas a los ojos y tendíle la mano. Apretómela él enternecido, y con una delicadeza exquisita, me dijo:

—No podemos hablar más por ahora; ¿quiere usted darme el placer de venir a almorzar hoy conmigo, a las doce? Podrá usted partir esta misma noche.

Acepté y fui, y fuimos desde entonces amigos, y le escribí en América una leyenda que se titula *Una repetición de Losada*, un ejemplar de la cual tenía bajo su almohada cuando murió.

Y muchos españoles le han debido en Londres servicios parecidos al que a mí me hizo, y yo lo consigno aquí como hombre agradecido y para contribuir a la buena memoria póstuma de un español a quien todo el mundo ha conocido.

HISTORIA DE MI CONDÍSCIPULO

JUAN AURELIO RICO DE OROPESA

I

Estudiaba conmigo... o mejor dicho, estudiaba él cuando no estudiaba yo, segundo año de Leyes en la Universidad de Valladolid. Lo que yo allí estudiaba eran las maravillosas portadas de San Pablo y de San Gregorio, las agujas bizantinas de la Antigua y de San Martín, el Hospital de Esgueva y las demás fundaciones del rico caballero don Pero Ansúrez, entre cuyos calados rosetones y filigranadas cresterías hallé los personajes de las fantásticas leyendas que después escribí. Estudiaba él el Derecho, y dábale pena de que yo no lo estudiara, y amonestábame cariñosamente y poníase junto a mí en la cátedra para soplarme la lección cuando el doctor don Pelayo Cabeza de Vaca, nuestro catedrático, me la preguntaba; pero leíale yo después mis versos, contábale los argumentos de mis leyendas y explicábale los primorosos pormenores de mis idolatradas portadas; y paraba él en seguirme en mis correrías, escuchándome embebecido; y paró más tarde en descuidar a Heinecio por Juan de Mena y Jorge Manrique, y paró, por fin, en la peor parada en que pararse pudo, que fué en la de hacer trovas y cantinelas que arrancaban lágrimas de risa a las mismas figuras de piedra de la imaginiería de las portadas que yo a admirar le llevaba. Manifestónos públicamente su descontento nuestro doctor don Pelayo; y hubiéranos negado la certificación del curso, a no haber intervenido en favor nuestro la poderosa recomendación del bondadoso e ilustradísimo rector don Manuel Joaquín de Tarancón, condiscípulo y grande amigo de mi padre y consumado humanista, por lo cual no miraba con tan malos ojos mis versos como don Pelayo. Ganamos, pues, como pudimos nuestro segundo año, y despedímonos en mayo hasta noviembre, Juan Aurelio para irse a su pueblo, y yo a Lerma, de cuya Colegiata era canónigo un mi tío materno, que a mi padre, desterrado ya de la Corte, y hospedado en su casa con mi madre y conmigo tenía.

Era mi Juan Aurelio natural de un pueblo cuyo nombre no decía nunca, como si atragantado le tuviera y no pudiera arrojarle del gazaite; de Renuncio era, si voy a decir la verdad; pero no era para ser confesado el ser de Renuncio, por ser tal el pueblo como su nombre; nacer en Renuncio era renunciar a tener patria; por cuya razón Juan Aurelio decía siempre que era de Burgos, y decía verdad, puesto que Renuncio es de esta provincia. Lo que Renuncio tenga de renunciante, no lo sé yo muy bien todavía; pero algo, y aun algo, debe de tener, porque ha pocos años que traté y vi morir en Roma otro

hijo de aquel pueblo, prebendado en nuestros píos establecimientos de Santiago y Montserrat, y llamado don Santos, el cual no confesó jamás que era de Renuncio, hasta que, al renunciar a la vida, tuvo que decir que en Renuncio moraban sus hermanos y herederos. A Renuncio fué en mayo, y de Renuncio volvió en noviembre a Valladolid mi Juan Aurelio, y en Valladolid, y en la cátedra de don Pelayo, nos volvimos a encontrar para estudiar o no el tercer año de Leyes. Intimando más cada día con él, estimé más, según las fuí conociendo, las prendas de su carácter. Hijo único de un labrador rico, y heredero de un tío cura y de una tía viuda, setentones ambos y ambos avaros y con fama de tener escondido un doble y bien cebado gato, ofrecíase a mi Juan Aurelio un dorado porvenir.

Buen hijo, pero mimado; buen creyente, pero algo crédulo, era un tanto inconstante en sus principios, un si es no es caprichoso en sus propósitos, y confundía fácilmente las prácticas de nuestra santa fe católica con las preocupaciones supersticiosas del vulgo. Yo, que en lugar de los del Derecho leía por aquellos días cuantos profanos libros en las manos me caían, topé con un diccionario inférral francés, más o menos expurgado, en el cual estudiaba y del cual le traducí y leía los artículos de las brujas y los vampiros, y los tratados cabalísticos y quiománticos de los alquimistas y demonólogos. Juan Aurelio era un buen latino, pero ignoraba y asombrábase de que yo supiera las lenguas vivas que los Jesuítas me habían hecho aprender en el Colegio; así que atestábale yo el magín de los artículos de magia más o menos negra de mi inférral diccionario, y de la magia romántica y poética que rebosan las aún no popularizadas novelas de Walter Scott; y lo que a mí me sirvió para ser al fin un poeta fantástico y legendario tan célebre como pobre, le sirvió a él para dar en el loco más rico y más ignorado de cuantos merecemos un aposento en un manicomio, por haber dado en España a nuestra imaginación la dirección de nuestro porvenir. Juan Aurelio y yo nos separamos de la más inesperada manera. Despedíme yo de él para irme a mi casa, y fuguize de ella veinticuatro horas después; hízome mi fortuna famoso, e hiceme yo olvidadizo e ingrato, y no volví más a pensar en mi condiseípulo Juan Aurelio, hijo y vecino de Renuncio.

Y pasáronse cinco años sin que uno de otro tuviéramos noticias, hasta que en septiembre de 1842, al volver del teatro una noche, hallé en mi casa una tarjeta, que decía: «Juan Aurelio Rico de Oropesa, abogado, Calle de Jacometrezo, 21, principal.» Pensé yo en visitarle días después; pero él, con la imprevisora franqueza de la gente de los pueblos, me despertó a las ocho de la mañana del siguiente día, me molió a abrazos y me llevó a almorzar a su casa con su mujer, de quien ya tenía dos chiquillos que parecían gemelos; una cuñada no mal parecida, con dos ojazos negros que lo miraban todo, y un cuñado, estudiante de teología, que tenía siempre bajos los suyos, pero que no perdía tampoco nada de lo que a su alrededor pasaba: ambos a dos me hicieron a mí concebir la sospecha de que tenían en el cuerpo el curso más aprovechado de gramática parda, y de que iban a parar en ser en Madrid los dos más astutos pardillos que había venido a la Corte desde la provincia de Burgos. La historia de Juan Aurelio era la que, como yo adiviné, habrán mis lectores adivinado: sus padres y sus tíos habían muerto, dejándole sus bien cuidadas fincas y sus bien repletos gatos; habíase casado con la que sus padres, mientras vivieron, no le habían dejado contraer matrimonio, y a instancias de su mujer y de su cuñada venía a establecerse en la Corte con tres mil duros de renta y una taleguilla de onzas para hacer frente a los gastos de instalación; con la esperanza además

de casar en Madrid a la cuñada de los ojazos mejor que en Renuncio, y con el propósito de hacer concluir al estudiante su carrera en Toledo, donde, o en Madrid, pudiera llegar a ser un eclesiástico de provecho.

Abrió Juan Aurelio su bufete, pero no tuvo muchos litigantes; vino conmigo a los teatros, aficionóse su mujer a los toros; y en resumen, desde el septiembre del 42 al del 45 hizo la vida que en Madrid hacen los acomodados de la clase media, rozándose más o menos con las menos y más acomodadas de ella. Tenía entrada por mí en el teatro de la Cruz, para cuya empresa escribía yo; iba a los toros con los redactores de *El Español*, que estábamos abonados a la barrera del tendido quinto; gustábase dar un apretón de manos y un paquete de puros a Cúchares o al Chielanero y echar un párrafo con el picador Hormigo; y no le disgustaba tener un ratito de palique con las figurantas de la *Lámpara maravillosa* y otros bailes en que hicieron maravillas los pintores Abrial y Aranda, y las parejas Rouquet y Bartholomin. Cayéronle una vez cincuenta duros a la lotería y tomóla afición; aunque, en verdad sea dicho, ni los toros y los toreros, ni los bailes y las bailarinas, mermaron sus tres mil duros de renta; y todos sus excesos fueron aficionarse a los toros hasta comprar la tauromaquia de Montes, escrita por Serafín Calderón, y aprenderse de memoria la de Pepe-Hillo, de la cual le regalé yo un ejemplar de la primera edición. Y así feliz, y con sus sesenta mil de renta, dejé yo a mí Juan Aurelio al partirme para Francia el 8 de julio de 1845.

Y murió mi madre el 45, y volví a mi casa de Castilla;⁸ y murió mi padre el 49, y vendí mi hacienda, y me volví a París, y me hice a la mar, y no volví a saber más de mi bueno de Juan Aurelio en los veinte años que lejos de mi patria anduve dando tumbos por el mar, tropezones por la tierra y voces al aire, y versos a las prensas y motivos de andar en lenguas del vulgo, que es en suma lo que se llama vulgarmente hacerse famoso. Volví a España en Agosto del 66. Lloré de placer al pisar mi tierra; prohibióme el secretario del Gobierno civil de Barcelona la mitad de la composición que hice saludando a mi patria; y aunque no contaba yo con que un secretario se atreviera a corregirme mis versos, los publiqué tales como él me los dejó, acatando la autoridad establecida, pero sin comprender semejante exceso literario en la autoridad civil; quien comprendía yo que me prohibiera los versos, pero no que me los corrigiese. Tomándolo, sin embargo, por la buena y aceptando tan nuevas costumbres, seguí adelante; volví a Madrid, conocí a Pedro Alarcón, parecí a unos bien y a otros mal; parecieronme a mí bien todos y todo, menos el que mis obras diesen tanto dinero a otros y a mí nada; pero como la culpa era a medias mía, por mi falta de previsión y de la ley de propiedad literaria, que no existía cuando yo las escribí, me resigné a escribir otras, y fuíme a Italia a escribir-las, y volví con ellas escritas; y un buen día de 1878 me vino a la memoria que en el número 21 de la calle Jacometrezo, donde yo estaba alojado, había vivido en otro tiempo mi condiscípulo Juan Aurelio, y echéme a la calle tras de noticias suyas, y he aquí lo que averigué cuando di con él.

III

La cuñada de los ojos grandes, después de haberse desbravado, pulido, perfumado y embarnecido, se había hecho una graciosísima muchacha de tez pálida y trasparente, alta de pecho, quebrada de cintura, redonda de caderas, de seguro andar, de atractivo sonreír, por debajo de un bozo sutilísimo que sombreaba su boca provocativa; y se había casado con el hijo de un escribano que se pasaba de listo. El estudiante se había doctorado en Toledo; había dicho su primera misa en la capilla del condestable de su catedral, era teniente cura en una buena parroquia de Madrid, y estaba muy bien quisto en la

Vicaría y en la Nunciatura. Su hermana mayor, la mujer de Juan Aurelio, tenía un hijo y una hija de diecinueve y dieciséis años, en lugar de los dos chiquitines que yo había conocido, y a quienes Dios se había llevado. La casa en que vivían era propia y estaba lujosa, aunque un poco anticuadamente amueblada; el capital y los bienes, de cuya administración estaba encargado el eclesiástico, asesorado por el escribano, se elevaban a más de trescientos mil duros, y mi Juan Aurelio pasaba en su casa, guardado a vista, los meses del año que no había necesidad de encerrarle en no sé qué manicomio de Aragón o de Cataluña.

Cuando di con su casa y con su familia, ésta le aguardaba en aquélla, y gracias a mi fama y a la curiosidad que con ella había despertado mi personalidad en sus mujeres y sus muchachos, no tuvieron inconveniente en que yo viera y conversara con mi pobre condiscípulo; quien, aunque tenía completamente barajado el juicio, no estaba sujeto a accesos de furia ni había peligro alguno en su trato familiar. Lleváronme a su estancia; anunciáronle mi presencia; saltó él del sillón en que tomaba el sol ante un balcón que le tomaba del Mediodía, y echándome los brazos al cuello y besándome con lágrimas, exclamaba:

—¡Pepe de mi alma!, ¡cuánto me alegro de verte a ver! Pero me encuentras perdido, Pepe, perdido sin remedio.

—¡Vamos, Juan, sosiégate!—le dije yo—, nadie está perdido con el capital que me ha dicho tu mujer que tienes; si estás enfermo, te curarás; si estás alucinado, te desengañarás; ya estoy aquí; vamos, siéntate y hablemos.

—Sí, sí, tú me vuelves a mis felices días; tú distraerás un poco mis últimas horas; pero, Pepe mío, no me volverás la esperanza, yo no tengo remedio; yo estoy perdido, perdido.

—Pero hombre, ¿por qué?

—Porque tengo ya más de trescientos mil duros.

—Con ellos me viera yo para salvarme—exclamé, sin poderme contener: a lo cual Juan Aurelio, aterrado y volviéndome a abrazar, como si quisiera protegerme contra algún peligro invisible, me dijo al oído:

—No, Pepe mío, no; ni un real de los que yo tengo te serviría más que para perderte como yo. Estos malditos millones me cuestan el alma.

—¡Hombre de Dios!

—No, Pepe, no hombre de Dios, sino hombre del diablo; por ellos he dado mi alma a Satanás; estoy condenado. Entra, ven, siéntate; yo te lo contaré todo, y verás cómo no tengo remedio. En cuanto me muera, Satanás da conmigo en el infierno sin remisión.

—Vamos, Juan, cuenta, cuenta; puede que yo te la busque.

—Imposible; ya verás; escucha, Pepe.

—Di, Juan, di.

Y sentándonos uno frente al otro y tomando en las suyas trémulas mis manos, y fijando en los míos sus extraviados y húmedos ojos, comenzó a solas conmigo el relato de su historia; la cual, descartados de ella los suspiros, las interrupciones y las divagaciones de su lunático narrador, es como sigue.

IV

—Ido tú, mi querido Pepe—me decía contando Juan Aurelio—, quise yo continuar solo la misma vida que contigo hacía; pero la empresa del teatro de la Cruz no continuó dándome la luneta gratis que a tu sombra me daba; los periodistas dejaron de invitar-

me a ir con ellos al tendido quinto, y comprendí, al fin, que lo que tu sombra me procuraba me lo iba a tener que procurar en adelante mi propio afán y el dinero de mi bolsillo. Dividióse la compañía del teatro de la Cruz, murió Carlos Latorre, que me guardaba las atenciones debidas a un tan su amigo como él sabía que yo lo era, y Julián Romea no me recibía en el saloncillo del Príncipe, donde se juntaba gente de más talento del que yo tengo. Pero como mi afición a los toros y a los teatros rayaba en mí casi en vicio, y como mi mujer y mi cuñada estaban acostumbradas a frecuentarlos, yo las llevaba conmigo y nos divertíamos a tres; pero gastábamos triple, y la lotería no me caía nunca, y las rentas de mi pueblo, que se mermaban no sé por qué cada año, comenzaban a no dar para todo. Mira, Pepe, tú sabes muy bien que el tiempo y el dinero no bastan a nadie en Madrid; y aunque el tiempo lo hacemos los españoles al sol en invierno y a la sombra en verano, cosa que no sabe hacer ninguna otra nación más que la nuestra, en cuanto al dinero yo no sabía entonces cómo se hacía. Por fin, algunos años después comenzó a publicarse un *Boletín de loterías y toros*, y excuso decirte que yo he sido hasta hoy su más constante suscriptor. ¡Los toros y la lotería juntos! Mis dos flaquezas, mis dos únicas fruiciones; aunque la de la lotería la gozaba siempre homeopática, porque nunca me habían caído más que seiscientas y cuatrocientas pesetas, y cada año eran más frecuentes las extracciones, más caro el precio y más el número de los billetes. Figúrate tú que el señor director, Rivero, los aumentó hasta cuarenta mil. ¿Quién diablos iba a acertar, entre cuarenta mil, un número premiado? Yo no sé cómo los jugadores no han reclamado: una lotería de mil onzas de premio y de cuarenta mil billetes a seis duros, la tengo yo en la misma línea y categoría que un burlote de cien duros; y creo que el mejor modo de apuntar a ambas es con un par de pistolas. Yo no jugué nunca más que a las de diez y seis mil billetes y dos mil onzas de premio, y dos veces me tocaron quinientos duros.

Pero en los toros sucedió lo mismo que en la lotería: conforme fueron faltando los toreros, fueron doblándose los precios de la plaza, hasta que hicieron la actual, que, como es árabe, creí yo que íbamos a pagar la entrada en ochavos morunos; pero, ¡quial! a duro y a treinta reales cristianos con cruz y cara; y que ya no había más remedio que seguir yendo a los toros y jugando a la lotería; porque las mujeres decían que había que vivir como en Madrid se vive, y que si no teníamos bastante, que me metiera en negocios como los demás. Y la verdad es que a los toros era imposible de dejar de ir, porque el *Enano* traía unos artículos tan llenos de sal como de novedades; y comenzaba a llamar a la res cornúpeto, y aleyas a los caballos, y barbians a los chulillos, y hablaba de guasa y de camelo, y de qué sé yo cuántas cosas que no encontraba yo en los diccionarios que aquí dejaste, y que me dijeron que eran todas oriundas de Málaga; de modo que ya tenía yo envidia hasta de los que volvían de aquel presidio, porque entendían aquella jerigonza. Pues anda que después vino lo flamenco, y las cantaoras, y las zapateadoras, y los palmeaores y los pateadores, y ¡olé! fué Madrid la hospedería de la risa y el almacén de la alegría y el ruido del universo. ¡Y qué compás! Como que le llevaba todo el mundo con pies y manos sobre el pavimento y las mesas, y no quedaba nada completo, ni vecino que durmiera en seis mil metros a la redonda de un café flamenco; y mis hembras, que gozaban y se reían con exposición de atrapar un aneurisma; pero quien lo atrapó fué mi administrador de Renuncio, adonde tuve que ir a realizar la hacienda que me quedaba por su fallecimiento. En menos de un año... dinero más divertido no se ha gastado en Madrid; pero mi casa quedó hecha un infierno: mi cuñada atizaba a mi mujer, el escribano a mi cuñada, el curita al escribano, y mi mujer a mí; y yo no sé explicarme, porque aún no me he podido dar cuenta de cómo sucedió, que mi cuñado el cura se fué de mi casa primero, y después el escribano con su mujer; y yo solo

en ella ya con la mía, por ir a los toros y jugar a la lotería conocí el Montepío y diez o doce casas de empeños, y los cafés en donde se cena a seis reales, y a una porción de sujetos de cuyo carácter y modo de vivir tampoco me he podido formar idea fija. Ello es, Pepe, que bajé y bajé, y caí tan abajo...

Y aquí bajó tanto la voz mi Juan Aurelio, y me dijo más bajo cosas tan bajas, que me arrasaron los ojos de lágrimas, y después de una pausa, siguió en voz alta diciendo:

—Y al fin una tarde me salí desesperado, y me metí por el ya desemparedado Retiro, buscando un árbol en que ahorcarme, si no encontraba primero algún amigo que me diera una peseta para comprar un cordel, y le encontré.

Florentino Sanz, que sabes que me tuteaba como a ti, me dió una onza, que me dijo que era la última que le quedaba; y advirtiéndome que la muerte del ahorcado era muy rápida y muy deleitosa, por no sé qué que pasaba por la columna vertebral, me dejó junto al estanque chino con una sonrisita que aún no he podido olvidar. Quedéme yo mirando aquel agua, donde dicen que Fernando VII pescaba a caña, y no me acuerdo si pensando en la pesca de Fernando VII o en las mil pesadumbres que yo había pescado, me pescó el crepúsculo vespertino; y entre la neblina de un anochecer de febrero, empezaron a venirse a la memoria y aparecérseme en el espejo de la imaginación aquellas

leyendas tuyas del espejo de Cornelio Agrippa de Nethesseim, y de aquel arquitecto de Bruselas a quien un diablo verde dió dinero para acabar un puente; y pensando en ti, y en el diablo, y en tus endiabladas leyendas, y en una diabólica idea que hacía ya meses que me acosaba, recuerdo que dije, dándole de bastonazos a un tronco desmochado que a la bajada del Parterre, como un fantasma sin brazos, se destacaba: «Si tú fueras el diablo, debías darme tres premios grandes de la lotería de tres años, y te llevarías un alma buena.» Y seguía yo esto diciendo, descortezando el tronco a bastonazos, sin que me haya podido dar cuenta jamás del estado de mi espíritu en aquella ocasión, porque daba yo mis bastonazos al árbol con ira, con miedo, con esperanza y, en fin, como si estuviera ebrio. De repente me sentí asido por ambos brazos, y me encontré entre los de dos guardas que me llevaron a la Administración, donde me acusaron de ser yo quien todas las tardes rompía los bojes y desmochaba los árboles del Retiro. Protesté yo, insistieron ellos; declararon en contra mía otros dos empleados que me reconocieron, tomándome, sin duda, por otro, y escapé por fin, dejando de multa cuatro duros de la onza de Florentino. Ya era noche cerrada: subí corriendo por la Carrera de San Jerónimo, y al dar vuelta a la calle del Carmen por la Puerta del Sol, oí la voz agria y penetrante de una vieja que gritaba: «El último billete de la lotería! ¡Ciento sesenta mil pesetas para mañana! ¡Doce duros el billete!»

Justos los que me quedaban de la onza; me olvidé de todo: tomé el billete, di mi doce duros, y metiéndome en el bolsillo del pecho, di con él y conmigo en mi casa, donde había la de Dios es Cristo, porque no había ya un Cristo que nos fiase media libra de garbanzos.

¡Qué noche me hizo pasar mi mujer!; pero yo me aguanté y me dormí en una silla con los brazos cruzados sobre mi billete. A las nueve del día siguiente me salí de mi casa sin decir esta boca es mía, y me soplé en el salón del sorteo. La primera bola que rueda por aquel maravilloso alambrado: el primer chico que grita «premio de las ciento sesenta mil pesetas», y el otro que le responde: «número 12.648.» A las doce, la lista grande, 12.648; a las nueve de la noche, *La Correspondencia*, 12.648. Al otro día, la lista

oficial: 12:648. Al mediodía era dueño de treinta mil duros; no he podido saber por qué me descontaron dos mil.

Llevé mis treinta mil duros al Banco, dejé allí veinticinco mil; tomé la primera casa vacía que encontré en la calle de Atocha, me la hice amueblar por el más próximo mueblista, y llevé a mi nueva habitación a mi familia, a quien dije, al sentarnos ante una cena traída de los Andaluces de la calle de la Cruz: «Tenemos casa y veinticinco mil duros en el Banco.»

—Mi cuñado el escribano, dijo:

—Es preciso que nos encargues de su administración, porque tú solo vas a dar al traste con tu capital.

—Mi mujer dijo:

—Es preciso que volvamos a llamar a mi hermano el cura.

—Y mi cuñada dijo:

—Y es preciso que nos lleves mañana a los toros.

Yo había olvidado hasta el día en que vivía, que era sábado, y ya los toros no eran los lunes, día de los zapateros, sino los domingos, día de jolgorio para todos los cristianos. Fui, pues, corriendo a abonarme a un palco, y tomé para el resto de la temporada el único que quedaba entre sol y sombra.

Calló un momento para respirar mi buen condiscípulo Juan Aurelio; y mientras él, cabizbajo y absorto, buscaba al parecer en su cerebro ideas y palabras para continuar su narración, contemplábale yo de reojo, sin poder darle aún cuenta de la causa ni del género de su locura. Salió él por fin de su momentáneo arrobamiento, y siguió diciéndome como más confidencialmente:

—¿Crearás, Pepe, que desde el palco vi los toros bajo otro aspecto muy diferente del que desde el tendido y las gradas les había visto? Mientras había asistido a las corridas entre aquella multitud, había seguido sus impulsos y sus movimientos; me había embriagado con sus gritos, había participado de su entusiasmo frenético, y había, en fin, dejado a la tumultuosa expresión de sus pasiones arrastrar en sus tempestades mi juicio y mis principios taurómicos, aprendidos en Pepe-Hillo, Montes, el Chicianero y hasta en el despornado Tato, última gloria coja del redondel.

Desde el palco me causó horror y hastío, y hasta vergüenza, la brega desordenada del diestro, que suele preparar a la res con un trasteo compuesto de diez pases de telón, quince naturales, tres de pecho, cuatro arrastrados y dos desarmes, encunándose para una estocada a volapié; la cual, según mis reglas, sólo merecía una res marraja que, aplomada y aculada a las tablas, no acusa el acoso del trapo, previniéndose para arrancar al bulto, demasiado enseñada por un capeo imprudente o por una larga y mal prolongada lidia. Yo, mi querido Pepe, estoy en la plaza siempre en pro de la res que obedece invariablemente a su instinto, y no puedo sufrir que la inteligencia martirice al instante, cuyas reglas fijas dan a la inteligencia la seguridad de la victoria; es decir, al hombre la de matar la res. Pero, en fin, esto es cuestión de pareceres; y puesto que a muchos parece bien lo que a mí me parece mal, es posible que la razón sea de ellos; mas en lo que no cedo un ápice de mi opinión, es en la de aquellos cinco o seis mil hombres insultando, silbando y humillando desde lo alto de sus puestos a diez o doce que están haciendo lo que pueden; es una escuela de cobardía, en la que seis mil están contra quince, olvidando toda la lealtad y la nobleza de que blasona la raza de la nación, que conserva los toros como resto de su valor y de su gloria tradicionales.

Y aquí comencé yo a creer que estaba efectivamente loco mi Juan Aurelio, porque sólo los locos dicen tan sin cuidado en España semejantes verdades. Así que, sacándole de su imaginario redondel para traerle al terreno positivo de su narración, le dije:

—Tienes razón; pero no debió ser en la plaza donde te hallastes tus trescientos mil duros.

—No, hombre, no; ahora verás. Como yo no soy hombre de administración, entregué la de mis dineros a mis cuñados, quienes, el escribano principalmente, contribuyeron a doblarme mis veinticinco mil, mientras yo seguía poniendo a las extracciones de menos números y más premios. En todo el año no atrapé más que uno de cuatrocientas pesetas; pero en el de Navidad del 76 cogí los doscientos cincuenta mil duros del millón y medio de pesetas.

— ¡Diablo, qué fortunón!—dije yo entre dientes.

—No mientes al diablo—exclamó aterrado Juan Aurelio—; yo me había olvidado de él en mi casa con diez criados y dos carruajes, y butacas en el Real, y palco en los toros..., cuando una tarde que volvía de dar solo por el Retiro un paseo, volví a toparme de manos a boca con Florentino Sánz, cuya vista me recordó la onza prestada y la ocasión y el origen de mi fortuna. Díle noticias de ella y quise devolverle su onza, con las necesarias satisfacciones por mi olvido; pero él me dijo, despidiéndose de mí con aquella sonrisita que no he podido olvidar ni digerir: «Guárdala, hombre, guárdala; yo no quiero ya una onza por la que el diablo te ha dado tantos millones»; y me dejó plantado a la bajada del Parterre, frente al sitio en que ya no estaba el tronco seco, desde cuyo centro oyó y aceptó sin duda mi propuesta Satanás.

VI

—Dirigíme al guarda—siguió diciendo tras breve pausa mi Juan Aurelio—y pregunté por el árbol: hízome él repetir mi pregunta y marcarle el sitio en que el árbol estuvo: díle yo además las señas del color y forma de su desmochado tronco; y el guarda, después de mirar la acacia joven plantada en su lugar, exclamó: «¡Ah! Sí, sí, señor; ya caigo en qué árbol era el por el que su mercé pregunta: sí; le descujamos ha ya dos años Celipe y yo; y cuando le serramos al través en cuatro, para poderle rajar al hilo con el hacha, chirriaba, y sudaba y se resistía como un condenado; y luego, al quemarle, no daba más que humo, que nos sofocaba dentro de la caseta. Sí, señor, sí; ya caigo: era el árbol más malo que había en todo el parque, y por eso nos le dieron: pero el demonio que hiciera nada de su maldita madera.»

Al juntar yo las palabras de aquel hombre con las de Florentino, me ocurrió por primera vez una idea inconcebible, y preguntéle, acosado por ella, si creía que dentro de aquel árbol podía haberse alojado el demonio.

—¿Y qué te respondió el guarda?—pregunté yo a Juan Aurelio, comenzando a concebir su situación y su locura.

A lo que él contestó, recordando con terror la respuesta del taimado guarda, que era, sin duda, de alguno de los pueblos de alrededor de Madrid, en donde nacen los más redomados pardillos de España:

—Pues díjome aquel hombre: «Mire su mercé, señor, ahora caigo en que sólo teniendo el demonio dentro del cuerpo, como su mercé sospecha, podía aquel tronco resistirse tanto al hierro y al fuego.»

—Y tú, mi pobre Juan, comenzaste a dar vuelta en tu cerebro a semejante idea...

—Y no me dejaba ni dormir ni reposar, Pepe; comencé a andar insomne y ayuno; y no pude ocultar mi preocupación a mi familia, y un día se lo revelé a mi cuñado el escribano.

—¿Y qué te dijo?

—Me contempló asombrado un momento... y llamó a mi cuñado el cura.

—¿Y qué te dijo éste?

—Que era un caso de conciencia, y que era necesario consultarlo con quien supiera más que él; que era preciso no volver a jugar a la lotería, ni ir a los toros, y tomar un confesor entendido y mudar de vida.

—Y decía bien.

—Sí; pero el escribano decía por su parte que todo era una tontería; que no era yo el primero a quien había caído dos veces un premio grande; que el diablo no andaba por ahí metiéndose dentro de los árboles; que lo que yo necesitaba era distracción, y que, en suma, mientras que no me cayeran tres premios grandes no estaban cumplidos los términos de mi oferta, ni había motivo para suponerlos aceptados por el diablo; y que lo mejor era no pensar más en ello, y que yo siguiera jugando un billete en todas las extracciones, hasta que me tocara otro premio grande. El cura lo consultó con muchos teólogos, de los cuales me decía el escribano que no hiciera caso; y el caso no se atrevía, a la verdad, a resolverlo ninguno de aquéllos, y yo, con disgusto de ellos y de mi cuñado el cura, y con visible contentamiento del escribano y de las mujeres, seguí echando a la lotería y llevando con él a los toros a su mujer y a la mfa, de quienes no tuvo límites el placer al verse abonadas un palco de sombra como dos duquesas.

—Mal hecho, Juan Aurelio, mal hecho; debiste seguir los consejos del cura.

—Lo mismo hubiera sido: yo ya estaba condenado, Pepe, y por cualquier camino me hubiera seguido el diablo. Escucha y verás.

—Di.

—Echando a la lotería, y yendo a los toros, y leyendo *El Enano* y mis tauromaquias, se pasó año y medio sin que me cayeran más que cuatrocientas pesetas; y ya iba yo olvidando la historia de la onza de Florentino y del árbol desmochado, cuando no sé por qué fiesta se dieron en 1.º de julio una corrida de toros y un sorteo extraordinarios. La extracción era de cuarenta mil billetes a mil reales y sus dos premios grandes de a trescientos mil y de a ciento cincuenta mil duros, y la corrida de ocho toros, cuatro de Ve-raguas y cuatro de aquellos retintos, chatos y cornicortos de la antigua ganadería que perteneció a Gaviria. Aquellos retintos hacía ya años que no se presentaban en la plaza; el anuncio de su lidia me rejuveneció de venticinco años; se me antojaba que iba a volver a la cuerda de aquel tendido quinto con Espronceda y Villalta, y con Luis Bravo y Enrique Gil y Cayetano Cortés, y que ibas a estar tú por allí cerca con Fernando Vera y Miguel de los Santos, y que allí, detrás de vosotros, en el tendido, iba a volver a encontrar a Carlos Latorre con el espadachín Eusebi, y el ronco Elías Norén y el ingenioso pintor Aranda y los dos Guzmanes, y hasta me acordé de aquellas dos bailarinas sevillanas y de aquellas dos muchachas aragonesas que vestían de manolas con más collares y más cadenas...

—¡Hombre, hombre, Juan Aurelio!—dije yo a éste, cortándole el hilo de unos recuerdos que temí que iban a echarle en brazos del delirio de su locura.

—Haces bien, Pepe, en atajarme—dijo Juan Aurelio, cayendo desde su alegre desvario en una profunda tristeza—; dejemos nuestras juveniles memorias y vengamos a mi presente desventura. Aquel día, 1.º de julio de no sé ya bien qué año, habíamos determinado pasarlo entero fuera de casa y en los alrededores de la Plaza de Toros. Tenía yo desde el día anterior en el bolsillo del pecho de mi levita mi billete número 2.828, número de felicísima combinación, en el cual los dos doses parecen dos ochos recortados, y los dos ochos dos doses añadidos; sumando siempre dos veintiochos o dos ochenta y dos, según al derecho o al revés se lean, aplicándoles aquellas reglas cabalísticas de los cálculos de tus libros demonológicos, que se perdieron en un empeño de honor. A las

cinco de la mañana salimos, el escribano con su mujer y yo con la mía, en un coche con cuatro mulas, un mayoral y un zagal, para la Alameda de Osuna, en donde teníamos encargado un almuerzo campestre, que alegremente devoramos a la sombra de unos olmos y a la orilla de una fuente; y bien almorzados, columpiados y divertidos, nos volvimos a Madrid calculando la hora de caer a tiempo en el circo taurino, como se llama hoy a la morisca Plaza de Toros. Eran las cuatro, el calor excesivo, el aire sin un pelo, la entrada llena, el bullicio inmenso, y la cuadrilla hacía va su entrada en la arena, cuando abríamos nuestro palco. Una onda circular de mantillas blancas, pañuelos de seda y abanicos de todos colores, se agitaba sobre la multitud apiñada en los palcos y en los tendidos, y todo era grana y azul, y oro y plata en el redondel. Una corrida de toros, Pepe mío, lo que no se ve más que aquí, y lo que vas a ver, como lo vi yo aquella funesta tarde, origen de mi desventura y de mi condenación.

El primer toro era uno de los retintos de Gaviria, bien armado, buen mozo, cenceño y voluntario, pero sin poder; no deshonró la ganadería, pero no hizo más tampoco; el público le vió sacar por el arrastradero sin pena y sin gloria, diciendo: ¿Y qué?

En el intermedio, y mientras los monosabios le enganchaban al balancín de las mulas, una voz resonó en la plaza y otra en el corredor de los palcos, gritando: «¡La lista grande! ¡Los dos gordos en Madrid!» Lancéme al corredor, compré el papel cuajado de números, y mientras en la entreabierta puerta contemplaba con ojos descajados al par por el temor y la alegría mi número 2.828, colocado en segundo lugar y premiado con 150.000 duros, habían soldado del chiquero un Veraguas, berrendo y botinado de negro, que en un santiamén había dejado en la plaza dos caballos despanzurrados, un picador descostillado y un muchacho que se metió al quite, y a quien le había quitado de delante volteándole como a un dominguillo, sin sentido, a diez pasos detrás de su cola; la cual mosqueaba escarbando y husmeando la tierra, buscando con dos ojos como acunas un objeto móvil sobre quien arrancar. Cuando yo me asomé de pechos a la barandilla del palco con la lista grande en la mano, todos los espectadores aullaban de pie, y alargaban los puños, y amenazaban con los bastones a la cuadrilla, que, sobrecogida de un instantáneo pavor, tenía abandonadas aquellas bestias muertas y a aquellos hombres heridos, entre los cuales se había emplazado la res, amenazando recargar y hacer trizas un hombre vivo o una bestia muerta.

Entonces, acosado por la idea del premio de los tres millones, que atestiguaba mi condenación, y por aquel espectáculo de sangre y de tumulto, iluminó mi cerebro una misteriosa intuición, y se presentaron patentes a mi comprensión las mil secretas miserias, las mil escondidas infamias, las mil ignoradas ruinas y las mil insondables desesperaciones de aquella multitud compuesta de los que habían empeñado su última alhaja, sus últimas y más necesarias prendas, su sueldo del mes, su jornal de la semana, y de los usureros que les habían dado por ellos la cuarta parte a dos reales mensuales por duro, y de los rateros y de los estafadores que habían aliviado los bolsillos de los distraídos y burlado la confianza de los amigos de buena fe, para venir en coche a aquel espectáculo de tumulto y de sangre, y comer después en la fonda, y perder por fin la noche en un café flamenco con una venal manceba, mientras la mujer y los hijos legítimos amanecen en vela y ayunos en la desmantelada casa, junto a la cama, sin el ya empeñado colchón y sin esperanza de pan para el día, que clarea. Porque los millones que gasta un rico, aunque sea en los vicios que con ellos sostener puede, siempre redundan en provecho de muchos pobres, para quienes son regalos los desperdicios del pródigo; pero el despilfarro de la clase media y los vicios del pobre, no mantienen a nadie, ni conducen más que a la vergüenza, a la miseria o al crimen. Todo esto concebía yo, allí intuitivamente, como si el demonio me lo pusiera patente; y allí se me figuraba que veía y que allí esta-

ban gritando como energúmenos y satisfechos de hallar en quien cebar su vengativa desesperación los treinta y siete mil perdidosos de los cuarenta mil jugadores de la lotería, cuyos tres millones del segundo premio tenía yo en mi bolsillo, representados en el número 2.828 de mi billete; los honrados menestrales, los jornaleros menesterosos, los artesanos y empleados con mezquinos sueldos, quienes, no pudiendo jugar más que décimos entre diez o veinte jugadores cotizados y repartidos, no pueden ganar más que centésimas partes de los premios que aciertan; de donde resulta que las loterías pueden doblar la fortuna de los ricos, pero nunca sacar al pobre de su miseria.

Y allí, entre ellos y en aquel inexplicable vértigo mío, veía yo, como si leyese sus historias escritas en sus frentes, la del empleado destituido, la del menestral desalojado por el casero, la del jornalero despedido, la del mercader arruinado, y hasta la del futuro suicida, por haber querido vivir sosteniendo vicios y diversiones más costosas que su haber. Y encima de aquel anillo móvil, viviente, vociferante y excitado y exasperado por la doble embriaguez de la pasión y del peligro, encima de aquella muchedumbre que, olvidada de la ley vigente, de las conveniencias sociales y hasta de la cortesía humana, denostando frenética a la autoridad porque no se los daba pronto, pedía bramando y rugiendo hombres y caballos que entregar a aquella pujante y emplazada fiera; encima de todo aquello y destacándose sobre el azul del firmamento, me bailaba delante de los ojos y sobre la línea negra del caballete del tejado de la andanada de palcos fronteros al mío, una trinidad fantástica, inconcebible e inexplicable, compuesta de Florentino Sanz y sus dos Quevedos; el que realmente existió y el creado por él en su magnífica comedia; y aquellas tres figuras inquietas, flotantes y burlonas que, confundándose las tres en una y dividiéndose la una en tres, palmoteaban y pateaban a lo flamenco, y enviaban a mis oídos por sobre el clamoreo del público que pedía furioso caballos y hombres, estas palabras, que al entrar en mis oídos sacudíanme el interior del tórax, como si fueran puñetazos interiores que dieran en mi esternón mis pulmones:

—¡Olé por los barbianes que tienen al diablo por padrino!

Y sintiendo por primera vez un ruido como si me rompieran cien cañas en el cerebro y en mis oídos una música lejana de campanas y violines, me desmayé, atacado por primera vez del accidente que los médicos han calificado de epilepsia, y en uno de los cuales ten por seguro, Pepe de mi alma, que Satanás se la llevará.

—Delirios, Juan, delirios— le dije yo—. Tú estás afligido por una de esas afecciones nerviosas, casi desconocidas de nuestros abuelos y tan comunes en nuestro siglo, en el cual vivimos a escape y sufrimos casi en la juventud los achaques de la vejez; pero, en fin, yo supongo qué, conocido tu mal, habrás puesto remedio a él, comenzando por olvidarte de los toros y de la lotería.

—¡Quia! Yo soy más español que Riego y la Virgen de Atocha; y en lugar de ir al palco, desde donde veo la plaza bajo ese aspecto fantástico, me he abonado a la barrera del tendido quinto, donde tengo a mi espalda al pueblo, y no veo más que el redondel, y allí... ¡Olé por los barbianes!

Y esto diciendo, y excitado, sin duda, por los esfuerzos del ejercicio oral de su narración, cerró los ojos, extendió los brazos buscando apoyo, y a impulso de involuntaria contracción muscular, haciendo un mohín horrible, perdió el sentido.

No me queda duda; mi pobre Juan Aurelio estaba atacado de epilepsia. Aquel acceso duró apenas un minuto; pero era la muerte segura en un plazo más o menos lejano.

Al volver a la vida mi pobre condiscipulo, sacudiendo poco a poco el breve atollamiento en que sus ataques le dejaban, me dijo, estrechando afectuosamente mis manos entre las suyas:

—Ya lo ves, Pepe mío, no hay remedio para mi cuerpo ni para mi alma; mi familia

me rodea de cuidados y de atenciones, administra mis fondos y subviene a todas mis necesidades y caprichos, y a mi gusto en los toros y en la lotería; porque si me cayera por cuarta vez el premio grande, dicen que sería prueba contra el diablo, que no da más de lo que se le pide. Así que, mientras, estoy resuelto a no tocar un perro chico de mi dinero, ni a testar de unos millones cuyas monedas han de convertirse después de mi muerte en hojas secas, como las de Cornelio Agrippa. Si no por eso, Pepe mío, yo te daría quince o veinte mil duros para que imprimieses tus obras completas, te despidieras de los editores y no murieras en el hospital o en el manicomio, porvenir que no tendría nada de extraño que el diablo te deparara.

En este punto entraron en el aposento las dos mujeres y los dos cuñados; quienes, haciéndome señas a espaldas de Juan Aurelio, me obligaron a despedirme tiernamente de éste; diciéndome después que me habían separado de él antes de que le acometiese otro acceso de epilepsia, del que le veían amagado por el exceso de nuestra conversación, que comprendí que habían escuchado e interrumpido a propósito.

VI

Varias veces volví a visitar a la familia de Juan Aurelio, pero ya no logré volverle a ver.

En el verano del 78 supe por mis editores Montaner y Simón, de Barcelona, que su familia se había establecido en aquella ciudad, y que él estaba muy malo en el manicomio de San Boy; y el 26 de enero del corriente mes recibí su papeleta de defunción y la súplica en ella de encomendarle a Dios. Mi pobre amigo Juan Aurelio había confundido la poesía fantástica de mis leyendas y las supersticiones de los libros de cabalística, micromancia y demonología, que yo le había dejado, con las sencillas creencias de nuestra santa fe; había tomado los toros por expresión de nuestra gloria caballeresca, el capricho del azar por intervención del diablo, y la superstición le había conducido a la duda, la exaltación nerviosa a la descomposición cerebral y luego a la epilepsia y al manicomio y a la sepultura, y sus parientes le habían heredado *abintestato*.

Quando la semana pasada tropecé en mi pupitre con su papeleta de defunción, me ocurrió escribir su historia; y hoy, al concluirla, me ocurre la siguiente reflexión: la mitad de los españoles tenemos aún en nuestros cerebros mal deslindadas la fe y la superstición; tomamos por expresión y tipo de la gloria y del carácter nacionales, el espectáculo de los toros, y por arte lo flamenco; y tenemos, en fin, por estrella de nuestra esperanza el premio gordo de la lotería de Navidad...

No soy tan loco que añada una palabra más de lo que me ocurre sobre el porvenir, como consecuencia de esta reflexión.

CORRESPONDENCIA

AL DOCTOR DON JOSÉ DE LETAMENDI

Al empezar esta carta, mi querido José, no recuerdo muy bien el motivo principal que a dirigírtela me impulsa; pero es posible que lo recuerde antes de concluirla. Comienzo loco te parecerá tal vez éste; pero

de poeta, de médico y de loco, dicen que todo el mundo tiene un poco.

Lo que yo tengo de poeta anda por ahí impreso en libros, y lo que de loco tengo, si esos mismos libros no lo probaran, bastará para probarlo el loco comienzo y la loca narración que pienso hacerte en esta epístola, donde lo que tengo de médico voy a decirte, mientras a las mientes me vuelve la trasmemoriada razón de esta correspondencia.

Un día de los del vigésimotercero año de mi vida, me ocurrió tener que matar a un hombre de una leyenda, y no sabiendo cómo matarlo bien, determiné estudiar un poco la anatomía del cuerpo humano. Aprendí de ella lo que los poetas meridionales aprendemos de todo; lo suficiente para no confundir las tibias con los omoplatos, ni el hígado con los pulmones. Después de haber visto pintados en las ilustraciones de los libros de Anatomía los detalles exteriores e interiores de nuestros miembros y vísceras, quise estudiar algo del natural; y después de mucho miedo y de no menos asco, logré familiarizarme con los cadáveres, como se familiariza cualquier buen español con ver pisarse las tripas a los caballos en la Plaza de Toros.

No tuve, empero, paciencia para hacer un completo curso de anatomía, y me contenté con darme algunos meses a la frenología, y di en tener en mi mesa una calavera, sobre la cual sabía darme la importancia de hacer alguna observación más o menos craneoscópica; pero tuve, al fin, que devolverla al cementerio, porque ninguna criada quería arreglar mi cuarto ni pasar por él a mi alcoba para hacerme la cama. Con esto, y con la amistad que me unió en mi juventud con el doctor Avilés, con el viejo Codorníu y con Pepe Calvo y Martín, de quienes aprendí cuatro fórmulas de recetar y a poner unos cuantos vendajes, me di por suficiente instruído y conservé de mis estudios la afición a tener amigos médicos toda mi vida. A los veintinueve de ella me fui a París a estudiar árabe, del cual sé tanto como de anatomía y materia médica; y mientras allí empezaba mi morisco poema de *Granada*, allí trabé amistad con el joven doctor M. Julio Delmas, con quien fui algunas veces al Hotel-Dieu, y con quien anduve en discusiones y observaciones sobre un raro caso que traía entre manos. Una señora, ya entrada en años, y a quien como a su ya difunta madre quería, padecía una especie de hipertrofia en el bazo, que resistía a todo método y tratamiento medical. Delmas concibió la idea fija de hacerla la abstracción completa del bazo, para cuya operación se estaba preparando con estudios, consultas y experiencias. En este tiempo tuve yo que hacer un viaje de algunos meses a Bordeaux, y cuando volví a París y a casa de Delmas, me encontré en ella con una media docena de animales que no tenía antes de mi partida. Un día, enseñándome un hermoso gato blanco y una liebre que comían en dos sillas a su mesa, me dijo:

—Ya los ves qué contentos andan, qué tranquilos comen y qué gordos están; pues no tienen bazo; para nada lo necesitaban.

Yo no sé lo que haría Delmas con su enferma; pero él tenía trazas de vaciar todos sus animales para estudiar la extracción del bazo de aquella buena señora. Cuando me separé de él algunos meses después, no lo había intentado todavía.

En el trascurso de ellos me presentó a Ricord, a cuya cátedra asistí de oyente algunas veces, y a la cual dejé de ir desde que presencié en el anfiteatro una operación de aquel primer carnicero de París (*Premier charcutier*), como dió en llamar el vulgo a aquel famosísimo operador.

Tratábase de un hombre que tenía una horrible caries en el lado derecho de la mandíbula inferior, y habíase Ricord propuesto sacarle todas las muelas, aserrarle la parte cariada de la mandíbula y sustituírsela con una de boj que tenía ya preparada, por las

medidas que el doctor le había dado, un ebanista tan joven como diestro, que a su servicio tenía. El anfiteatro estaba lleno de estudiantes y de espectadores; el individuo estaba amarrado a la mesa de operaciones; los practicantes alerta y en torno de ella, y yo en una de las galerías altas, con unos buenos genesos de teatro, para no perder el más mínimo pormenor de la operación, que empezó Ricord explicando con la mayor calma lo que iba haciendo. Todavía no se había adoptado la aplicación del cloroformo. El enfermo bramó al sentir el bisturí dividirle en tres el carrillo y al contacto del aire con sus descubiertos huesos; los practicantes ponían nieve en la herida y recogían la sangre con esponjas; Ricord aserraba y arrancaba los huesos cariados, explicando su operación en voz tan alta como los berridos del paciente; el ebanista midió, corrigió, pulió y acomodó su pieza de sustitución; Ricord asentó sobre ella la dividida carne y cosió la piel, como los chicos el cordobán de una pelota; y al cabo de veintisiete minutos, desde el sexto de los cuales el paciente había perdido el sentido, mandó a los practicantes que le volvieran a la cama, diciendo con la más francesa seguridad: *Messieurs, si la fièvre ne survient pas, je répons de l'individu* (señores, si no sobreviene la fiebre, yo respondo del sujeto). La operación trajo la fiebre, y el operado murió al segundo día; pero la responsabilidad del operador quedó a salvo, puesto que él previno su condición «si no sobreviene la fiebre». La culpa fué de ésta.

Otro día me preguntó Delmas: —¿Tú no has visto nunca galvanizar un cadáver?

—Nunca—respondí.

—Si quieres verlo, M. Velpeau tiene uno que nadie ha reclamado de la Morgue, y te llevaré conmigo a ver su experiencia.

Acepté yo, y nos citamos para las dos de la tarde en el pasaje du Saumon; Velpeau vivía en la calle de Montorgueil.

El cadáver estaba cubierto con un paño sobre una mesa de mármol en plano inclinado, colocada en medio de una sala. Unas quince personas, todos individuos de la docta facultad, conversaban en grupos en torno de ella; y el dueño de la casa, ayudado de otro joven, preparaba una pila de Volta y todo lo necesario a la cabecera de la mesa, la cual no cubría el paño que estaba plegado sobre la cara del cadáver. Comencé yo a calcular dónde me colocaría de modo que lo que yo suponía que iba a ver no me sorprendiese, y que no me alcanzase ninguno de aquellos cuatro remos inertes que el galvanismo iba a poner en movimiento; y resolví colocarme a los pies de la mesa, desde donde vería sin riesgo de una sorpresa que pusiera en ridículo al español profano ante aquella sabia y francesa gente. Comenzó la operación: descubrieron el cadáver; era el de un manecbo de veinte a veintitrés años, que se había metido en la cabeza una bala por el parietal derecho; la muerte había sido instantánea, y no había en su fisonomía contracción ni señal de sufrimiento; era un misterio social que dejaba sin explicar un suicidio.

Contemplaba yo aquella cabeza juvenil de Antínoo y las correctas proporciones de aquel cuerpo de mármol blanco como el Apolo del Belvedere, y pensaba con honda tristeza en la madre desolada, en la hija huérfana o en la esposa viuda (que de él no sabían, pues no le habían reclamado), fijos mis ojos en su inmóvil cuerpo, sobre cuyos nervios y músculos no ejercía aún su acción el poder misterioso del galvanismo. A poco parpadeé, descubriendo y volviendo a cubrir sus dos pupilas fijas y sin mirada; yo apoyé mis manos en la mesa, y esperé con pavor, fijos mis ojos en su semblante: de repente bizo una mueca indescriptible, abriendo desmesuradamente los párpados, y contrayendo y dilatando los labios, extendiendo los brazos y los dedos y sacudiendo todo su cuerpo como para incorporarse a impulso de una contracción de la columna vertebral; y mientras yo contemplaba absorto el fenómeno de la galvanización en la fisonomía movili-

zada por ella, el cadáver, resbalando por el plano inclinado, tocó con sus pies mi pecho, y yo di, al retirarme desprovisto, con la cabeza en la pared, excitando la hilaridad de aquellos graves doctores, que era justamente lo que había tratado de evitar. Salíme corrido y amedrentado de aquella casa, de donde sacaba mi merecido por meterme a sobresaliente en el anfiteatro.

A las pocas semanas volví a España para orar sobre la tumba de mi madre; y cuando en 1849 volví a París, ya huérfano y desheredado, ya no encontré a Delmas; a cuya vida me dijeron que había puesto fin una bala perdida, delante de una barricada del faubourg Saint-Denis; asistiendo a los heridos una noche de 1848; pero no era cierta, felizmente, tal noticia: Delmas viajaba por Alemania ampliando sus estudios sobre el bazo, y su familia vivía esperándole en el departamento donde radicaban sus escasos bienes paternos.

El frío excesivo del 49 encruceció unas anginas de que padecí desde un enfriamiento cogido al salir acalorado de dar lección de equitación del picadero del Seminario de Nobles. La condesa de Nucja me envió al famoso doctor homeópata Cabarrús, nieto de nuestro más famoso conde de Cabarrús, y médico de todos los y las cantantes, actores y actrices y bailarinas célebres de aquel entonces. El doctor Cabarrús, cuya hermosa figura, flexible carácter y esmeradísima educación, le hacían el médico más simpático para sus enfermos, que hablaba correctamente varias lenguas, entre ellas la española, y que conocía mis obras, que le había regalado mi editor Baudry, me abrió su casa, me presentó a su hija, que era la más preciosa y poética criatura que había entonces en París, y me convirtió a la homeopatía librándome de mis anginas, no sé si por la virtud de su belladonna o por la de las abluciones y baños fríos, que he continuado usando por espacio de veintitrés años. Rompí relaciones con los alópatas, leí a Hahnemann y a Hering, compré tres o cuatro botiquines y me hice acérrimo defensor de la dinamización, los glóbulos y las dosis infinitesimales. Un día fui convidado a comer por el doctor Vicente, español emigrado y establecido en una quinta de Montmorency. El doctor Vicente era alópata, y sus cinco comensales eran de la facultad. La familia del doctor era amabilísima, y los franceses son los mejores compañeros de mesa. Se comió sin etiqueta, se bebió sin exceso, y yo, que hablo el francés sin maldita la aprensión, tercié en la alegre conversación con éxito inesperado. El doctor preguntó a sus comensales, ante el Champagne, qué les había parecido su poeta castellano: declaráronme los franceses galantemente por *homme d'esprit*, y me honraron con un brindis bien colmado y un prolongado aplauso. Entonces el taimado del doctor Vicente les dijo:

—Pues para que vean ustedes lo que son los hombres de talento en todas partes; este poeta tiene una flaqueza, una aberración inconcebible: ¡es homeópata!

Una careajada homérica acogió semejante revelación.

—Amostaéceme yo con esto un poco, y doblaron ellos su hilaridad.

—Vamos a convencerle; vamos a convertirle—dijeron.

—Yo me dejo convencer—repuse—y estoy dispuesto a dejarme convertir; pero nada de argumentos ni de discusiones: éstas embrollan las cuestiones en lugar de aclararlas: ejemplos, hechos y nada más, franceses míos.

—Hechos, hechos—exclamó el que había ocupado, sin duda por su mérito y categoría, la cabecera de la mesa—. Allí van.

—¡Vengan!—exclamé yo.

Y comenzó él así su alegato:

—En la última invasión del cólera, el 184..., sus amigos de usted, Cabarrús, Perry, Vidal y Núñez, que se hallaban en París, pidieron al Gobierno salas en cuyos enfermos ensayarán sus medicinas. Concedióselas el Gobierno en sus grandes hospitales y trajé-

ronnos sus glóbulos y sus tinturas; pero como nuestros estatutos prohíben la ingerencia en nuestros departamentos de profesores extraños y que no hayan ganado sus puestos por oposición, tuvieron que dejar sus medicinas y sus diagnósticos confiados a nuestra administración, bajo sus instrucciones. Nosotros comenzamos por tirar por la ventana sus globulillos, sustituyéndolos con otros inertes de simple azúcar de leche. Pues bien; fué tal el efecto del poder de la imaginación en los enfermos, que no tomando más que agua pura no murieron más que el 17 por 100, mientras que de los asistidos con verdadera medicina, llegaron hasta el 40 por 100.

—Pues bien, señor doctor francés—contesté—, yo estudié lógica en el colegio y he aquí la consecuencia que saco del hecho por usted aducido; el cólera no mataba más que el 17 por 100, y hasta el 40 los mataba la medicina. Por eso soy homeópata; porque, suponiendo que la homeopatía no es nada, el enfermo curado por ella lucha con sólo la enfermedad, libre de los errores de la ciencia del médico y del boticario; y como la enfermedad la ha hecho Dios o la naturaleza, si es usted materialista, con sus crisis y resoluciones, el enfermo en manos de Dios, tiene las 99 en pro de su salvación.

—¡Diablo de poeta!—exclamó el francés—, cualquiera que no estuviera firme en sus convicciones puede que vacilara o le diera la razón.

Veo, mi querido Letamendi, que mi carta se alarga más de lo que yo alargaría me propuse, y aún no he podido recordar qué era lo que quería decirte en ella cuando me resolví a escribirtela; voy, pues, a tomarme una semana para trabajar mi maldita memoria, y espero que un una segunda carta, ni a mí me quedará nada por decirte, ni a ti que saber de tu desmemoriado amigo.

II

En 1869 tuve el placer de hacer amistad contigo y te hablé de un doctor Vidal, a quien había yo tratado en París y de quien tú me dijiste que no tenías noticia alguna. Viéneme aquí como rodada una ocasión de recordar breves pormenores del paso por la tierra de aquel viejo catalán, buen hombre, buen médico y buen cristiano; y plugiera a Dios que este miserable escrito mío llegara a ser tan leído y famoso como si por el mismo Cervantes lo hubiera sido, para que la memoria de aquel hombre honrado viviera tan largo tiempo como tengo yo para mí que merece.

El doctor Vidal era de la escuela de Barcelona, de donde han salido tantos y tan buenos profesores en la oscura y difícil ciencia de curar. Tenía cincuenta y seis años cuando le conocí en 1853, y la cabeza completamente calva por su parte superior, y circundada por una corona de cabellos grises y rizados que se la orlaba de sien a sien por su parte occipital. Su estatura era mediana, y su cuerpo robusto y ágil; sus ojos pequeños, pero perspicaces y luminosos, y lucían más en su semblante lleno de cicatrices y costurones, por haberse renovado a pedazos de la piel y la carne de aquella ya casi desbarbada faz, a causa de una enfermedad de la más honrosa procedencia.

El doctor Vidal había pasado muchos años en los Estados Unidos. Nunca he sabido ni la razón de su viaje y estancia en América, ni la época en que allá fué y permaneció, porque el doctor Vidal hablaba no más que lo necesario, y no respondía jamás a preguntas ociosas o inoportunas; porque él, que era la discreción y la honradez personificadas, jamás las hacía; pero bien puedo jurar que nada había en su vida que le obligara a ocultar ni a desfigurar el hecho más mínimo de ella. Sé que en Nueva York y en Filadelfia había ejercido la medicina después de haber sufrido los competentes exámenes, y que sus relaciones con Hering y otros homeópatas anglo-americanos, le habían conducido a adoptar el sistema homeopático, después de haber tenido que enseñar el francés, el

español y las matemáticas para subvenir a los precisos gastos de su subsistencia. Comprenderás, por lo que en seguida voy a escribirte de él, el por qué y el cómo no había podido jamás hacer fortuna. El doctor Vidal era el hombre más formal y severo del mundo: sus hechos eran hijos de sus convicciones: lo que sabía lo sabía bien, y cuando se encargaba de un enfermo no admitía discusión ni resistencia, ni transigía con sus caprichos, ni con las complacencias de su familia o de los que le cuidaban. O se cumplían al pie de la letra sus prescripciones, o se despedía de la casa; ni esquivaba la consulta con otros médicos, ni le asustaba la discusión; pero inflexible en su rectitud, ni cobraba grandes honorarios, aunque se los diesen, ni permitía, sin protestar, que los exigieran los médicos que con él tropezaban. Llevando en su cerebro un caudal riquísimo de ideas y un gran fondo de virtud sincera en su corazón, hablaba bien en cualquiera lengua de las que sabía y no se mordía la suya para decir la verdad, por difícil que fuera de decir o arriesgada la ocasión en que la dijera.

Una noche, en una asamblea anual de los profesores de su sistema, les dijo, después de un discurso que fué creciendo por minutos en vehemencia: «que él se despedía de su asociación, porque ya habían transigido con la avaricia, estableciendo farmacias en las cuales se vendían los medicamentos y se tasaban las recetas a precios más altos que en las farmacias allopáticas, y porque habían olvidado que la medicina era un sacerdocio, poniendo precio a sus visitas, exigiendo honorarios fijos por sus consultas y traficando, en fin, como los charlatanes con la salud pública y con la buena fe de la humanidad doliente».

Como no era éste, en verdad, el modo de entrar en discusión, ni de atajar la introducción de los abusos en toda práctica de institución o de ciencias humanas, el doctor Vidal tenía pocos amigos, pocos enfermos, escasísima protección y casi ningún crédito. Respetado por cuantos le conocíamos, no era favorecido por los que favorecerle podían, y sólo era llamado por los pobres y los artesanos; de aquéllos no recibía honorarios, y de éstos sólo los que creía al alcance de su escaso caudal. Hombre sobrio, comía sólo carne asada, patatas cocidas y huevos; y como dormía sólo seis horas, tenía tiempo de estudiar, de asistir a los hospitales, de dar lecciones de idiomas y de cuidar de los enfermos que traía a su casa, en las cuatro camas que para ellos tenía dispuestas; porque su caridad era evangélica e inagotable, y perpetua su constancia en el estudio. Había ensayado en sí mismo, y en sana salud, según las indicaciones de Hahnemann, una porción de sustancias medicinales, cuyas dosis había aumentado según convenía a las observaciones de su amor a la ciencia, y no según se lo aconsejaba la conservación de su propia salud; así que, habiendo sufrido la intoxicación de no sé qué veneno animal, de no sé qué reptil de las regiones americanas, había pasado una larga enfermedad, a manera de lepra escamosa, que él se había curado perdiendo dos pedazos de piel y de carne, que daban a las de su rostro el aspecto de rastro de una grave y extensa quemadura.

Tal era por dentro y por fuera, es decir, en alma y en cuerpo, el venerable doctor Vidal; su rectitud y su amor a la ciencia, a la verdad y al prójimo, eran en él un fanatismo, una especie de locura; pero es fuerza convenir en que eran un fanatismo sublime y una santa y evangélica locura. Jamás quiso aceptar de mí más que mi compañía, ni quiso jamás quedarse a comer con mi mujer y conmigo, tal vez porque los días que la hora de comer le cogía en mi casa, era porque él no tenía en la suya comida más que para sus enfermos. De éstos ayudaba yo a cuidar a aquel honrado doctor, y con su docta conversación me complacía, y holgábame de aprender algo con él de aquella ciencia que ni estudié ni aprendí jamás, pero a la cual y a cuyos profesores he tenido siempre una curiosa afición.

Y sucedió que un día del otoño del 53 ó del 54, en que el cólera se desarrolló por ter-

cera vez (si no me equivoqué) en París, volviendo de su visita al doctor Vidal, y encontrándome yo en su casa, noté en él a su llegada la coloración terrosa (paraticianosis) que caracteriza los primeros síntomas de la invasión cólerica.

Contempléle yo fijamente, sonrió él de un modo incomprensible aún para mí, y díjome:

—Sí, dentro de una o dos horas tendré el cólera, y no me pesa; lo tenía previsto. Vamos, hágame usted el favor de llamar a M. Guyot y a su cuñado, mientras tengo tiempo de dar a ustedes mis instrucciones.

M. Guyot era un ebanista a quien el doctor Vidal había asistido en sus enfermedades y en las de su familia, y quien le había hecho, en ratos perdidos, una magnífica caja de medicinas, que contenía en ocho departamentos ochocientas tinturas y diluciones preparadas y clasificadas por el doctor Vidal; el cuñado de M. Guyot tenía una tienda de mercería en la misma calle de Clichy, en donde el doctor habitaba, y aquella caja era el único mueble de lujo que en su estancia se veía. Cuando volví, a los diez minutos, con los llamados por el doctor Vidal, ya la cianosis era en su faz visible para el más ignorante, y la exudación viscosa, los calambres en las extremidades y la presión en la región epigástrica, comenzaban a ser más que perceptibles para mi pobre doctor Vidal, quien tenía un papel escrito de su puño sobre la mesa, y nos dijo:

—Lean y firmen eso mientras yo me acuesto.

Y comencé a hacerlo en la cama que enfrente de su mesa tenía colocada.

El escrito, que muy de antemano lo estaba, decía en resumen que en la previsión de ser atacado por el cólera, y queriendo ensayar en sí mismo un medicamento especial, era su voluntad que le asistiese yo solo, ateniéndome al diagnóstico e instrucciones minuciosamente pormenorizadas que en un adjunto cuaderno me dejaba, y que M. Guyot y su cuñado M. Denis debían firmar como testigos aquella declaración suya, que debía servir *en todo evento* de abono y garantía personal.

Vacíle yo en aceptar tan grave responsabilidad; pero la enfermedad necesitó tan presto tan pronto auxilios, que el día se pasó en cuidar al enfermo, mis dos testigos se constituyeron en mis ayudantes, y yo, sirviéndome de la instrucción escrita en el cuaderno del doctor Vidal, comencé casi inconscientemente a cumplir su voluntad. El del cuaderno era un trabajo minuciosísimo y de maravillosa precisión: a todos los síntomas de todos los períodos de la enfermedad, estaban marcados los medicamentos, en diluciones que había de administrar; encargándome la calma y la observación tranquila para evitar el miedo de la responsabilidad. Al fin de cada párrafo me había puesto una nota por esto ténor: «No se asuste usted por tal o por el tal otro síntoma: en éste, tal medicamento; en el otro, tal», etc.

Pretencioso e impertinente sería pormenorizarte el curso de una enfermedad que tú conoces mejor que yo, y cuyos pormenores no son para escritos: la del doctor Vidal siguió su período álgido lenta, pero inatajablemente, sin obedecer a ningún medicamento, hasta la extinción de la voz, la respiración y latidos del corazón, casi imperceptibles, la desaparición del pulso, y, en fin, la insensibilidad física y moral: esto a las once de la noche del tercer día.

Para este caso me ordenaba en su escrito el doctor Vidal:

«En una cucharada grande de agua destilada, echará usted siete o nueve gotas del contenido del frasco 299, que hallará usted apartado en mi pupitre; y forzándome a abrir la boca en postura supina, me hará usted deglutir la cucharada del líquido, no separándose de mí hasta convencerse de que he efectuado la deglución, y esperará usted el efecto de cinco a diez horas. Si sucumbo, romperá usted el frasco, vertiendo en tierra y al aire libre su contenido.»

Colocaron supino al doctor entre M. Guyot y M. Denis, y separándole yo los trabados dientes con un cuchillo, derramé en su boca la cucharada, esperé a que poco a poco se efectuase la deglución, y me espanté y me arrepentí de haber hecho la voluntad del doctor Vidal. Permaneció éste inmóvil once minutos, al cabo de los cuales estremeció todo su cuerpo un ligero temblor, y un tenue suspiro hizo borbuja en el fondo de su garganta las últimas gotas de la cucharada, y quedó inerte y comenzó a enfriarse.

Yo dije a M. Guyot que fuese a buscar al doctor Cabarrús; M. Guyot me dijo que él tenía mucha fe en el doctor Vidal, y que puesto que decía que se esperasen de cinco a diez horas, al amanecer se avisaría a Cabarrús. Continuamos aún una hora observando al doctor Vidal, y no hallando en él síntoma alguno de alivio, ni aún de vida, les dije:

—Me parece que esto se concluyó.

Y envié a su casa a M. Guyot y a su cuñado, que tenían necesidad de trabajar al día siguiente. Cubrí y abrigué sin esperanza al doctor, me senté a su mesa, que estaba debajo de una ventana enrejada, a través de cuyos cristales se percibían las estrellas, y abrí una Biblia, en la cual no pude leer un versículo, porque los gritos de mi conciencia y el miedo me turbaban la razón y la vista. El cansancio pudo al fin más que mi miedo, y ahogó la voz de mi conciencia, y el sueño rindió mi cabeza sobre el libro y cerró mis ojos, cuyos párpados humedecían las lágrimas.

Cuando me desperté, el sol estaba ya sobre el horizonte, y me despertaba con la conciencia de que algo que mis oídos habían percibido era lo que me había despertado. Recordé mi situación y tuve miedo, convencido de que había pasado la noche con un muerto; me arriesgué, por fin, a volver la cabeza, y vi inmóvil bajo las ropas el contorno del cuerpo y las prominencias de los pies y de la nariz del doctor Vidal, cuya cabeza había yo cubierto con el embozo de la sábana superior. Sentí que el terror me paralizaba, y no podía separar mis ojos de aquel lecho, a través de cuyas ropas veían el cadáver del amigo desfigurado y descompuesto ya por la horrible muerte del cólera; pero de repente, una alegría mayor que el miedo me hizo saltar de la silla; descubrí la cabeza del doctor y le hallé inundado en un sudor copioso; a la impresión del aire atmosférico suspiró débilmente y abrió poco a poco los ojos, cuya indecisa mirada apercibía aún mal los objetos. Fijóse al cabo en mí, reconocíome, sonrió y me dijo:

—El sueño me ha hecho mucho bien, y me siento mejor; me parece que el lunes podremos ver a nuestros enfermos.

Era martes; contaba con dos menos los días de su vida; pero entraba franca y rápidamente en el período de la reacción.

Avisé a Cabarrús, a quien conté lo sucedido y quien se encargó del doctor Vidal; pero yo, al librarme del afán febril de mi responsabilidad, me sentí sin fuerzas para continuar a su cabecera. Sentí un malestar indefinible: el doctor Cabarrús me condujo a mi casa en su *coupé*, y yo me acosté, persuadido de que tenía el cólera. Escapé de él felizmente con un sueño letárgico de catorce horas y un descanso de dos días.

He aquí lo que sacó mi petulancia de haberme metido en tan científico atolladero.

Al cuarto día, el doctor Vidal se levantó, y al quinto salió en coche a visitar; pero después de dos meses me dijo, cabizbajo y apesadumbrado:

—Ni uno solo de los enfermos a quienes he administrado el medicamento... se ha salvado. ¿Hizo usted exactamente lo que le ordenaba mi cuaderno?

—Rayé con lápiz todas las líneas de lo que hice hasta las siete gotas del frasco 299.

—¿Y a cuántas horas de habérmelas administrado sobrevino la reacción?

—No lo sé; yo se las di a usted a las once de la noche, y... francamente... me dormí hasta las seis de la mañana.

—Pues no lo comprendo—dijo el doctor, después de un momento de reflexión.

Cinco meses más tarde se despidió de mí y fué al Havre, a embarcarse para la Habana en compañía de una familia rica que necesitaba un médico para la travesía. Cuando en noviembre de 1859 fui yo desde Méjico a la isla de Cuba, unas Hermanas de la Caridad me contaron la honesta vida y la santa muerte, y me mostraron la modesta tumba del doctor Vidal. En la paz de su gloria le tenga Dios, y ojalá que por estas líneas sea su memoria venerada entre los hombres.

¿Tú creerás, mi querido Letamendi, que el caso, y la partida y la muerte por fin del doctor Vidal, me curaron de mi manía, y escarmenté, y cesé de mezelar-me en los negocios y de empeñarme en la amistad de los doctores sus colegas? Pues ahora verás y te reirás de mí.

Desembarqué yo en Méjico a primeros de enero de 1855. A lo que yo iba, y por qué no, esperaba volver de allí, no es ahora del caso; pero como tú vivirás probablemente más que yo, lo encontrarás en mis memorias póstumas, escritas en el álbum que me regaló el Ateneo de Madrid; el cual he destinado a contenerlas, para no impacientar y quitar el tiempo con él a todos los hombres de algún valer, como lo han hecho conmigo los y las que con los suyos importunan a todo el género humano. En Méjico rodó mi vida de tan extraña manera, que mis mejores y más asiduos amigos fueron médicos, y la mayor parte catalanes, como por sus apellidos conocerás: el doctor Tort, los dos hermanos Puig y el doctor Sanchíz, valenciano, que es por la fabla lemosina lo mismo casi que catalán. Tuve, empero, entre estos españoles un doctor Garroni, italiano, y un doctor Clement, francés, por amigos; y puedo decir de este último que por hermano. Era éste, como normando, listo y de clarísimo talento, de universal instrucción, de conversación aménisima y de tanto conocimiento del mundo como sabio en su facultad, y sobre todo atrevido y habilísimo operador. Bueno y caritativo como el doctor Vidal, y capaz, como Delmas, de meter mano en las entrañas de cualquiera a quien alguna de las suyas no hiciera muy buen servicio. Tenía Clement dos hijas, de esmeradísima educación, que hablaban las principales lenguas de Europa, que cantaban como la Sontang, tocaban el piano como dos Santas Cecílias, tenían la casa de su padre como una taza de porcelana, y que, sin ser hermosas, eran con su trato el más honesto deleite de los hombres de buena sociedad. Clement era viudo; no tenía más que dos pasiones, su ciencia y sus hijas; y con él y con ellas comía yo una o dos veces por semana cuando habitaba en la ciudad, lo que no era continuo. Clement tocaba varios instrumentos, y había añadido a un piano vertical unas láminas de cristal, unidas por dobles mazos a su encordadura, que producía unos sonidos de tan armoniosa combinación como de extraña novedad.

Una *soirée* en casa de Clement, era un trasunto del Paraíso. Clement y yo nos teníamos por locos recíprocamente, y nos perdíamos en las más locas disertaciones sobre globos y locomoción aérea, geología, mineralogía y ciencias ocultas, en todo lo cual era él mucho más instruido y más versado mil veces que el ignaro poeta que te lo escribe. Admiraba yo su destreza operatoria, y llevábame él a veces consigo para explicarme algún caso raro, o para que le ayudase en esos servicios en los cuales es útil a un operador hasta el último estudiante de primer año; como asegurar el globo de un ojo cuya catarata hay que batir, lavar y retorcer y fajar el ombligo de un recién nacido, o recibir en la jofaina el zaratán felizmente extirpado, cosas que no necesitan más que fuerza de voluntad y de estómago. Clement recibía y operaba una vez por semana a los pobres en su casa, y en ella y en estos días era cuando se servía de mí como de su más humilde y resignado practicante, seguro de mi pasiva obediencia y de mi pasiva aceptación de todas las ingeniosas pullas y las cultas chanzas de que en estos casos me hacía objeto.

Una tarde, en su recepción de pobres, operaba como *in anima vili* en un indio atacado, mejor dicho, roído por un virus contagioso, una de esas horribles enfermedades

con cuya inoculación el inoculado lleva consigo a sus quehaceres la destrucción en vida de su carne. Clement, con su audacia y su destreza de operador, había resuelto hacer la ablación de varias partes de su rostro, que el individuo tenía ya privadas de vitalidad. Teníamos al indio sujeto de pies y manos en el sillón; tenía yo la cabeza, y sufría él con el estoicismo propio de su raza los progresivos ataques del busturí y de las tijeras de Clement. Éste, al comenzar su operación, había dicho que el indio necesitaba tapas, punteras y tacones, y hábale ya cortado la parte derecha del labio superior, haciéndole otro artificial con un losangre de la piel del carrillo, aduciendo la observación de que con aquella piel no le faltaría el bigote; hábale echado abajo la nariz, haciéndole otra con un triángulo de la piel de la frente, muy chata y con un sólo agujero para la respiración nasal. El indio sufría sin chistar, y yo comenzaba a sentirme mal, cuando Clement, atacando con el bisturí su ceja derecha, vacióle el ojo derecho como el de un besugo, y me lo puso en el recipiente que yo tenía en mi mano izquierda.

Quedó horrible el indio con aquella cavidad cónica, sangrienta y vacía; y en este punto de la operación entró el ayuda de cámara a anunciar la visita del ministro de Italia, cuyo carruaje habíamos sentido parar a la puerta de la casa.

—Que pase—exclamó Clement.

Y entró en la antesala el diplomático italiano, a quien Clement dijo con la más cortés imperturbabilidad:

—Sírvase usted pasar a la sala con mis niñas, mientras concluyo con mis clientes; pero permítame usted que le presente de paso al famoso poeta español Zorrilla, que me sirve de practicante.

Mírome sorprendido y saludóme un si no es amostazado el elegante y joven florentino; devolvíle yo el saludo en silencio y enrojecido de sonrojo; pasó él al salón, soltó Clement la carcajada, y yo, dejándole continuar sus operaciones con el criado, me fui despechado a lavar en la fuente del inmediato comedor.

Dos horas después entraba por los linderos de la hacienda próxima a la capital, en donde me hospedaba, sobre mi pobre caballo bañado en sudor, y no volví a la ciudad en toda la temporada de verano, por no renovar el recuerdo de la ridícula posición en que me había puesto mi afán de meterme en lo que no entendía.

Ríete de mí, mi querido Letamendi; pero más te reirás cuando en mi tercera carta veas lo que en su primera quería decirte tu viejo amigo.

III

Te he dicho que en Méjico me hospedaba en una hacienda próxima a la capital, y que tuve allí amistad con el doctor catalán don José María Tort. De mi estancia en aquella y de mi trato con éste, voy a darte breves pormenores.

Distaba aquella hacienda tres leguas de la ciudad de Méjico; y aunque en España bastara para mantener a una familia, tenía el jefe de la que me hospedaba como puramente de lujo y de recreo; llamábanla los vecinos del inmediato pueblo de San Ángel *La Hacienda*, y hábala bautizado su primer poseedor con el nombre vascongado de Guicochea, que nadie pronunciaba correctamente, y quien más se le aproximaba decía Guicochea. Consistía en una casa de dos patios y de dos pisos, un jardín, una huerta de media legua de extensión, cercada de tapias, conteniendo diez y siete mil pies de diversos frutales, y unos terrenos de magueyal adyacentes. El piso bajo, que formaba el primer patio, era una fábrica avanzada cubierta de espaciosas azoteas con vistas a Oriente: su segundo piso se elevaba solo sobre su fábrica posterior, con balcones al Poniente

sobre el jardín y la huerta, y con ventanas enrejadas al Oriente, sobre las azoteas o terrados. Puesta al arranque de la subida del monte de las Cruces, respaldada por las fal-das de la Sierra Madre y recogiendo las aguas de sus vertientes, la haciendita era un oasis de frescura y salubridad. Desde sus avanzadas azoteas se veía todo el encantador panorama del Valle de Méjico, cuya capital, de blanco y rojo caserío, dentellado de agudos campanarios, se destacaba sobre el fondo azulado de las catorce leguas de agua de las lagunas de Chalco y de Tezcoco, como las ciudades de marfil que labran los ebrios en esas maravillosas cajas, en las cuales nos envían los comerciantes de Cantón un abanico de sándalo o un pañuelo de nipsis de inconcebible labor.

En el piso bajo estaban el salón de recibimiento y las habitaciones del propietario y de su numerosa familia: las habitaciones del piso superior estaban destinadas a los huéspedes que los días festivos venían de la capital: eran una serie de habitaciones ates-tadas de camas, una cruzía de piezas sucesivas, cuyas dos extremidades cerraban al Sur la habitación del administrador y al Norte la mía: la suya sobre las caballerizas, el ti-nacal, el establo y los gallineros; y la mía sobre el jardín y la loma escueta, primer esca-lón de la montaña; esto es: al Sur la labor, el producto, la prosa positiva; y al Norte las flores, el aire vivífico por ellas embalsamado, el cielo purísimo, la luz, la poesía de la faz de Dios a través del sol y de los millares de estrellas de aquel cielo sin nubes, sin nie-blas y sin calígine; pabellón trasparente de un valle colgado, como un pensil babilónico, a siete mil pies sobre el nivel del mar. Subíase a las habitaciones superiores por un caracol que desembocaba en la tercera pieza, cortada por un cancel que franqueaba e in-comunicaba con el mío los vacíos aposentos de la derecha, dando por la izquierda paso a la antesala de mi cuarto; cuya descripción de una y otro te voy a hacer, porque es ne-cesaria para tu localización en la escena ridícula y temerosa que voy a narrar.

Esta antesala, sin mueble alguno, tenía al Poniente una ventana que conservaba sus puertas de balcón (lo había sido) y que cerraba hasta metro y medio de altura la fá-brica de un magnífico comedor saliente al jardín, y añadido a la casa por su propietario mi hospedador. Por aquella ventana se salía al terrado del comedor, ostentosa pieza aislada por sus tres lados, alumbrada por diez grandes ventanas de medio punto y tres puertas avidrieradas; diez vanos laterales y tres de frente que la inundaban de luz es-pléndida y de ambiente cargado de aromas. Frente a la ventana se abría en esta antesala la maciza y barreada puerta de las azoteas, habitadas y defendidas por cinco enormes perros, a los cuales se tenía por bestias domésticas, porque ladraban incesantemente en aquella hacienda *pro domo sua*, pero a los cuales podía tenerse por bestias feroces por su rara vez acreditada domesticidad. En la pared de frente al caracol se abría la puerta de mi cámara; pieza cuadrada, con un balcón a la izquierda, con vista al jardín y al comedor, cuyo muro lateral derecho formaba ángulo recto de Oriente a Poniente con el de mi cuarto y de la serie de deshabitadas habitaciones que corrían de Norte a Sur. Mi ajuar se componía de un ordinario catre de red, con dos gruesos colchones de riquísima lana, una anchurosa y antiquísima mesa de despacho adosada a la pared del Norte, una de noche entre ésta y mi modesto lecho, un armario-cómoda entre el balcón y la puerta, un lavabo de agua perenne a los pies de la cama, y una percha entre la puerta y aquel ángulo, de cuya percha pendían la escopeta Lefauchaux, el revólver americano y los ata-víos de caza, aumentados con un saquillo de balas, por si la caza se tornaba en escaramu-za, según las costumbres de los países habitados por nuestra inquieta raza; *talis pater...*

Y en aquel aposento, aislado del ruido y de la alegría de aquella rica y bulliciosa fa-milia, pasé yo cuatro años largos, mi querido Pepe, y una vida muy distinta de la que el vulgo de allá y de acá suponían; una existencia ahitada de deleites de Capua; extranje-ro tolerado en una tierra casi enemiga de España, desterrado voluntario de ésta en bus-

ca de una muerte que creí segura en aquella, encerrando en mi corazón hondos pesares, que aún me atormentan, y en mi cerebro amarguísimas memorias, que nunca se borrarán de la mía. ¡Cuántas veces, apechado en la baranda de aquel balcón orlado de клематidas y de bignonias, perfumado por los jazmines, las magnolias, los cactus y los huele-de-noche, entre aquel pedazo de florida tierra y aquel jirón de estrellado cielo, he pasado largas horas con los ojos arrasados de lágrimas, esperando que atravesara, bajando del cielo a aquel ámbito de salubre atmósfera, el ángel silencioso de la muerte, mientras el son de la música, el rumor del baile y las palabras de los brindis llegaban a mis oídos desde los salones y el comedor de aquella alegre casa, en donde yo sólo era extranjero y yo sólo era mirado por mi reputación como un pájaro extraño, arrojado por el viento de una tormenta a aquella región, que no era la suya! Allí conocí al leal y modesto doctor don José María Tort, de las Universidades de Barcelona y de Montpellier, el cual, con la sinceridad y abnegación del español cristiano, dejaba su clientela de la capital para acudir en auxilio de aquella larga familia y numerosa servidumbre, en los tiempos en que las epidemias o las enfermedades de la estación no permitían a otros médicos, más célebres o más interesados, correr tres leguas y perder seis horas para asistir a un individuo o a un sirvo de una familia amiga, a la cual no exigía extraordinaria remuneración por tan extraordinario servicio. Tort y yo paramos en muy íntimos amigos; teníale yo todas las consideraciones que su saber y carácter merecían, y teníame él toda la gratitud que creía deber a un hombre que le ayudaba en la ocasión a unir los huesos de un brazo roto y le sustituía a la cabecera de un enfermo, seguro de que durante su ausencia no le faltaría el servicio del practicante más exacto y obediente a sus prescripciones; y ejercíamos a medias la medicina y la caridad, él como jefe y yo como delegado; sabedor él de que yo no había de abandonar al moribundo por miedo ni asco a un varioloso, a un tifoideo, cuyas emanaciones contagiosas apartaba de mí Dios, en cuyas misteriosas determinaciones no estaba la de mi muerte al lado de allá del Atlántico. Éste era el lazo de mi amistad con el doctor Tort: mi respeto a su ciencia y mi caridad, basada en una ignorada desesperación. ¡Oh delicias de Capua! Quedábame yo solo en una hacienda meses enteros, mientras la familia vivía en la capital y administraba yo las prescripciones del buen doctor catalán a los indios en sus chozas y a los campesinos en sus rancherías. Dejábame él sus instrucciones por escrito, avisábale yo por un propio de los casos extremos, que tenían algunas veces funestos desenlace entre las oraciones y los brazos de un buen fraile franciscano, capellán de la casa desde su exclaustación. ¡Oh delicias de Capua! Cuántas veces, después de acompañarle por entre las miserables barracas a auxiliar a bien morir o a enterrar a un pobre, volvía yo a asomarme y a llorar, diciendo a Dios desde mi solitario y enflorado balcón: *Domine, usque quo?*

Y sucedió que un día, estando en aquella casa toda la familia, subió a mi cuarto un ebanista que en la hacienda trabajaba, laborioso maestro tomado a sueldo por el propietario, y que para él había hecho primorosas obras de ensambladura y de incrustación, el cual me pidió un poco de tabaco para despejarse la cabeza, que dijo que sentía pesada. Observéle un momento, y la divagación de su mirada, el abatimiento que su faz pálida demostraba, me infundieron una sospecha, en que me confirmó su boca pasmada, su pulso acelerado, su tosecilla incipiente y la sed y cefalalgia que me acusó. Ofrecíle unas gotas de acónito, pero no quiso tomarlas, porque le había dicho no sé quién que todos mis frascos contenían venenos; y tomando el tabaco que a pedirme había venido, fuese dándose por servido; pero dejándome en la convicción de que el tabaco que iba a sorber no atajaría la invasión del tífus que sus síntomas acusaban. Bajé a poco a su taller, donde a las dos horas no bastaron para hacerle permanecer ni su amor al

trabajo ni su fuerza de voluntad. Acostóse, por fin, y a las cuatro de la tarde, habiendo sobrevenido las náuseas, los cólicos y los infalibles ruidos de la fosa iliaca derecha, previne al dueño de la casa que tenía en ella un caso de fiebre tifoidea, y que haría bien en volverse a la ciudad con sus hijos y su familia, enviándome al doctor Tort, víctima en estos casos de mi manía en entrometerme en sus atribuciones científicas y caritativas.

Déjaronme en Goicoechea con el inconsciente enfermo, el caritativo franciscano y el administrador con su servidumbre, y a la mañana siguiente llegó a las ocho el honrado catalán Tort, quien calificó de fiebre tifoidea la enfermedad. Trasladamos al paciente a la tercera habitación del segundo piso, separada de la mía por mi antesala y el caracol, para aislarle y tenerle a mi cuidado; y siguieron mis caballos canelos trayendo y llevando a Tort cada dos días, sin que sus medicinas pudieran impedir a la enfermedad entrar en su segundo período; y aumentando sucesivamente el estupor, la sordera, la postración y el delirio, y apareciendo, por fin, las petequias, las escaras y la exudación, el buen padre ex franciscano se tuvo que encargar de encomendar a Dios su alma, que abandonó su carne enferma al undécimo día de la invasión del mal. Acosó el miedo, inherente a semejantes casos, a los habitantes de la hacienda; ayudáronnos una buena india y dos medrosos criados a amortajar el cadáver; lavaron el cuarto con el agua del depósito de la azotea, y llevándose la cama, las ropas y los muebles de la tercera pieza, colocaron el muerto en su caja en mi antesala sobre una mesa; encendimosle cuatro cirios, velóle el fraile las primeras horas, y al cabo, a las once, quedó el cadáver en mi antesala y recogióse el Padre en su aposento del piso bajo, y acostéme yo en el mío, rendido del cansancio de seis noches de insomnio; y en ese vago intermedio de la vigilia y el sueño, en las dos o tres veces que entreabrí los pesados párpados, vi que me servía de lamparilla la luz de los cirios, que por debajo y por los intersticios de la carecomida puerta metían en mi aposento los desgarrados rayos de su trémula claridad, que no me impidió caer pronto en un profundo cuanto necesario sueño.

En lo mejor de él sentí que despertaba sobresaltado, con la conciencia de haber sentido rumor en la cámara mortuoria. Escuché, y percibí algo que no me expliqué; pero al mirar instintivamente a la puerta, me apercibí con terror de que un cuerpo opaco interceptaba a intervalos la claridad que pasaba por debajo de ella, como si alguien pasara entre mi puerta y los cirios. Yo tengo muchísimo miedo, mi querido Letamendi, pero tengo menos miedo que vergüenza y que fuerza de voluntad; trémulo, pero resuelto, apliqué un ojo al hueco de la cerradura, por el cual no podía ver más que los bordes del centro de la caja, colocada en medio del aposento; pero miré y escuché con cuanta atención me dejaba mi miedo y me permitía mi temblor; seguía percibiendo algo que se movía; pero nada pasaba entre mi vista y los cirios, y sentía más claro a cada momento aquel algo de que no me podía dar razón. De repente, apareció en mi visual y al otro lado de la caja en que el cadáver estaba depositado, una cabeza chata y velluda, con la cual se vino a rozar otra de cortas y empinadas orejas, y mi miedo se dobló y se centuplicó al comprender que los cobardes indios no habían cerrado al irse la puerta de la azotea y que los perros estaban husmeando el cadáver. Comprendí que si aquellos feroces animales llegaban a encontrar la carne muerta, yo no podría impedir el destrozo del cuerpo, ni con mis gritos, que nadie podía oír, ni con mis esfuerzos inútiles contra cinco bestias de aquella fuerza y de aquella ferocidad. Encendí mi vela y comencé por meter dos balas en los dos cañones de mi escopeta; pero la puerta de la azotea estaba a la izquierda, y abriéndose la de mi aposento sobre aquel lado, tenía yo que abrirla y quedar al descubierto para hacer fuego, quedando a merced de los tres animales, aunque cayeran dos de mis dos primeros tiros. No hay nada que aguce tanto el ingenio como el miedo, ni que obligue a salir por los más vulgares medios de las más dramáticas situaciones;

tenía yo, como cazador, algunas provisiones de tal; y haciendo cuantos pedazos pude del queso y del salchichón que en el zurrón tenía, empecé a echárselos uno por uno a los perros, tirándoselos lo más cerca de la puerta de la azotea que me permitía el temor de que la emprendieran conmigo. Su olfato excitó su glotonería: corrieron sobre los pedazos, que yo lancé cada vez más lejos; fuera del umbral y dentro de la azotea; y en cuanto vi en ella a mis cinco enemigos, me arrojé a la puerta y corrí el cerrojo; pero al volverme y encontrarme cara a cara con el de cuerpo presente, me sentí acometido y dominado por el horrible miedo al muerto, que no había tenido al cadáver.

Y aquí recuerdo la exacta distinción que de los dos me hiciste en Barcelona, cuando fuimos el 69 a ver el primer caso de muerte de fiebre amarilla en la calle del Carmen; ante aquel muerto tuviste miedo y me dijiste: «el cadáver es el difunto que está bajo la jurisdicción anatómica de la ciencia, y al cadáver no le tengo yo miedo; pero al muerto, amortajado, alumbrado y dispuesto para ser enterrado bajo la jurisdicción civil y religiosa...», a ese sí que le tengo miedo y asco; vámonos». Y nos echamos a la calle.

Y ahora me acuerdo del motivo principal que me impulsó a dirigirte mi primera carta. Por aquel tiempo, y en aquella y en otras epidemias, cumpliste tú con tu deber sin esquivar trabajo ni riesgo, y sin querer (un poco quijotesicamente) aceptar honra ni recompensa, por tu abnegación merecida. Supe que te se había conferido la cruz de primera clase de la orden civil de Beneficencia por tus servicios, prestados en aquella y otras épocas calamitosas, y me creí en el deber de escribirte la enhorabuena; pero era domingo; mi falta de memoria y la premura del tiempo, me hicieron confundir tu correspondencia con la que debía escribir para el *Lunes de El Imparcial*, y a la una de la noche del domingo 11 tuve que dar tu carta para el periódico, lo que me ha obligado a revelar en él algunas de las ridículas situaciones en que su maniática ineptitud ha comprometido aqueude y allende el mar a tu pobre amigo el prosaico poeta.

ALLENDE EL MAR

Hablo en mis cartas al doctor Letanendi de sucesos acaecidos en una hacienda mexicana, de catalanes por mí tratados en aquella deliciosa tierra, y de unos canelos míos que iban y venían en busca del doctor Tort; y viéneme a la mano la ocasión de decir algo más de aquel país, de aquellas haciendas y de otro catalán con quien, camino de una de ellas, me hizo topar aquel tronco de canelos; amigos con quienes viví encariñado, a quienes debí alguna vez mi salvación, y de quienes, salva sea la memoria de los racionales, sentí separarme al volver a Europa, y todavía me acuerdo con ternura, a pesar de haber olvidado a muchos de aquéllos.

Innata y profunda es en mí la antipatía por los que no se apegan a sus domésticos animales, únicos seres que sin interés nos sirven, y en la adversidad nos aman, y aquellos pobres canelos míos obedecían a mi voz, relinchaban y dejaban de comer al sentir mis pasos, y conocían mi mano sobre las riendas, hasta marchar desiguales y encapitados cuando la de otro sentían en ellas.

Y no vayan a pensar mis lectores, porque tenía caballos, que yo era tan rico en Méjico que tenía caballerizas y trenes, como aquí mis condiscípulos Villahermosa o Abrantes; porque en Méjico hay más caballos que habitantes, y más carruajes que en el mismo Nápoles, donde no andan a pie ni los lazzaroni de la plaza del Mercado. El propietario de la haciendita de Goicoechea tenía ocho, y su señora poseía, con sus hermanos, en una cereana a Querétaro, hasta cinco mil caballos alzados, como puede tener cien ovejas y cinco yuntas un labrador de Castilla. Para seguir en sus viajes de una a otra hacienda,

y para vivir con quienes tenían cincuenta caballos en establo y trescientos en dehesa, no podía tener menos de un tronco y dos de silla un hidalgo bien nacido, que no montó jamás cabalgadura que con su dinero no haya sido pagada. Comprado había, pues, mis canelos a un tal Huijosa, mercader español, que me suplicó que se los sacara de casa cinco días antes de quebrar, y que en los quebrados terrenos de aquel espléndido valle me hicieran, por cinco mil reales que por ellos le di en dos plazos, un servicio que no pagaran cinco mil duros. Porque Méjico es un país alegrísimo, en el que hay que andar siempre en movimiento, ya en son de fiesta o en priesa de fuga, según el tiempo y las circunstancias lo requieren; y para dar idea de este Méjico y de esta vida de sus haciendas, voy a ceder a la tentación de copiar aquí unos versos viejos de un viejo libro que pensé publicar un día, y que hoy pienso dejar póstumo, porque me he propuesto no escribir ni publicar más versos en un tiempo y en un país en que ya los hace hasta el más humilde anunciante. ¡Qué mil diablos! Si seguimos publicando versos, ¿en qué nos hemos de distinguir ya los que por poetas hemos pasado hasta hoy? Pero como estos míos son viejos ya, bien puedo ingerirlos en la prosa de mis recuerdos del tiempo viejo, y allá van.

Como sociedad aún nueva,
nave que, poco lastrada,
el viento o la marejada
a veces la trae y lleva.

Méjico es una nación
típica, única, sin par;
pero móvil como el mar,
y toda contradicción.

Méjico es chuzón, sarcástico,
un pueblo característico;
incrédulo a un tiempo y místico;
guerrillero y eclesiástico.

Sin fe en nada, lo cree todo;
con tal de andar en funciones,
a toros o a procesiones
acude del mismo modo.

Mas pone en todo tal arte,
da a todo carácter tal,
que nada hay que le esté mal
y algo siempre se reparte.

Cantador y jacarero,
cabalgador sin reposo,
cae en gracia, y es gracioso,
y es alegre compañero.

Y el tipo, el carácter, eso
que el andaluz llama *sal*,
indígena, natural
de un pueblo alegre y travieso;

la chispa que heredó América
de España, y modificó
según su tipo adquirió
con su población numérica,

es difícil describir
y difícil de pintar,
las reglas del buen juzgar,
sin arriesgarse a infringir.

Méjico es un sevillano
con costumbres de extremeño,
y que pone grande empeño
en no parecer indiano.

Majo de rumbo y buen talle,
como guindilla que abrasa;
es extremeño en su casa
y sevillano en la calle.

Caballista y campechano,
buen jinete y mal torero,
Méjico es un caballero
que se viste de gitano.

De alamares y de berretes
cubiertos, de plata y oro
chapeados, tienen del moro
y el picador sus jinetes.

Con sus sombreros jaranos
y sus zarapes flotantes,
parecen extravagantes
picadores africanos.

Y no hay ¡vive Dios! que echar
lo dicho por mala parte;
Méjico es un pueblo de arte,
gracia e ingenio sin par,

que al tomar para su uso
lo que de fuera le vino,
se lo apropió con gran tino;
cuando encima se lo puso;

y al forjar su natural dotes y vicios tan varios, creados y hereditarios, supo hacerse original.

Los mejicanos son prontos de comprensión, de muy claro perspicuo ingenio, y es raro hallar en Méjico tontos.

Aprenden, copian e imitan con facilidad pasmosa; para la más ardua cosa grande afán no necesitan.

Así es que no tienen nada en grande estima ni aprecio; allí sólo el pobre es necio, porque no ha hecho su jugada.

Las mejicanas son perlas, y sin que se ofendan ellos, el mejor de sus más bellos lotes de Dios, es tenerlas; pues las mejicanas son como las flores vistosas, y tienen, como las rosas, perfumado el corazón.

Las *chinas* son nuestras majas, y con sus *naguas* de picos, sus rebozos y abanicos, y sus cinturas con fajas cuajadas de lentejuelas, calzadas de blanco raso, su avío, donaire y paso, prueban bien que sus abuelas se bañaron en la orilla del Guadalquivir y el Darro, legándolas lo bizarro de Granada y de Sevilla.

Méjico, rico de tierra, y escaso de población,

tiene siempre algún rincón donde se anda en son de guerra.

Pero es la guerra civil, la guerra de la ambición, la polilla, roña y pulgón de una tierra tan gentil.

Siempre hay en Méjico un bando que en las capitales manda, y otro que hace propaganda y guerra contra su mando.

Allá en el cincuenta y ocho, llevaban la tierra a saco, en la campaña el *chinaco*, y en la capital el *mochó*.

Pedía ésta religión, fueros y moralidad, y el chinaco libertad, justicia e ilustración:

mas iban, y claro lo hablo, tras de dinero los dos; el uno en nombre de Dios, y el otro en nombre del diablo.

He aquí por qué es ardua empresa describir ni comentar el carácter peculiar de una nación como ésa;

pues ni es fácil darse traza, la verdad para decirla, lo suspicaz sin herirla de su amor propio de raza; ni fácil deslindar es su garbo y rumbo bizarro, del derroche y despilfarro que da con ella a través;

y audaz será quien emprenda una descripción galana de una fiesta mejicana celebrada en una hacienda.

Dejémosla, pues, para otro día, y detengámonos en la estéril llanura que rodea la población de San Juan de Teotihuacán, dos leguas más acá de Otumba (a quien los indios llamaron Ozompam) y dos más allá de las pirámides de Cholulá; las cuales, sea dicho con perdón de los sabios y prehistóricos, y valga por lo que valiere la opinión de un poeta ignorante, son una prueba irrefragable de que la raza americana es egipcia y pasó a aquellas regiones por el estrecho de Bering, tal vez antes que una carástrofe le ensanchó, dándole las actuales dimensiones. Mas no discutamos sobre esto, porque yo dejo a cada cual el derecho de opinar como mejor le pareciere, y volvamos al arrabal de San Juan de Teotihuacán, donde hacía alto y mudaba tiros la familia que

me hospedaba en la haciendita de Goicoechea, cuando iba desde ella a la de los Llanos de Apam.

Hubiera tenido el jefe de esta familia por deshonroso viajar en la diligencia de Otumba o de otro modo que no fuera en vehiculo propio; así que, necesitando para su familia e invitados lo menos tres carruajes, tendía en el camino, siempre que viajaba, cuarenta y cinco caballos, es decir, quince tiros en las tres postas o remudas en que las diez y seis leguas de camino promediaba.

Situaba, además, en cada posta todos los caballos de silla necesarios para los criados y jinetes, que en su servicio y guarda acostumbraba a emplear; y pasada una posta, salían sueltos y *pastoreados* por los *caballerangos* los tiros que hasta allí nos habían conducido, con cuyos sistema y costumbre, cuando llegábamos a la tercera posta éramos un torbellino de polvo y de ruido, levantado por los tres coches, los quince o veinte jinetes que los cercaban, más los treinta caballos de los tiros y los treinta de los criados, que nos seguían sueltos como una banda de búfalos salvajes. Ni un coche hubiera volcado, si un jinete hubiera caído, todos aquellos cuadrúpedos le hubieran pasado por encima; pero creo que teníamos, como las plazas de toros y las antiguas diligencias de España, una sección de la Providencia, destinada por Dios a conducirnos salvos a los Llanos de Apam; y este dios era, sin duda, el de los enamorados y borrachos, que salen siempre ileso de los más difíciles y peligrosos atolladeros.

Mudaba, pues, la comitiva de tiros en Teotihuacán y refrescábanse mis canelos a la orilla de un jaguey (estanque), en donde mis dos criados acostumbraban a esponjarlos antes de darles un sorbo de agua y un puñado de cebada, para animarlos a trotar las veinte mil varas que nos faltaban para el término de nuestro viaje; conversaba yo y tomaba un bocado con las señoras, y contemplaba la operación que con mis caballos hacían mis criados, un hombre alto y fornido, en quien, a través del traje mejicano que vestía, delataban por español sus espesas patillas y su sombrero montado sobre la oreja y ceja derechas.

Al cabo de larga y silenciosa observación, exclamó aquel hombre, como hablando consigo mismo, pero en son de pregunta, por si mis criados la recogían:

—Esos caballos no son del país ni de mejicano.

—Son cruzados y de un español—dijo mi francés Próspero; que vivió cuatro años contento a mi servicio, y que murió al quinto de pesadumbre y de una hepatitis producida por el cognac.

—¿De un español?—repuso el que lo parecía—, me alegro mucho; caballos mejor cuidados no los he visto por aquí, y me alegro de que un paisano mío no se deje poner la ceniza en la frente en esta tierra de jinetes y caballistas. ¿Y puede saberse el nombre del español dueño de estos caballos?

—Y puede que no haya español que no lo haya oído—replicó mi pobre francés Próspero, que tenía por mí la vanidad de que yo, a Dios gracias, he carecido siempre—. Esos caballos son de don José Zorrilla.

—¡Voto va Deu!—exclamó el catalán, que se declaró por tal con el que echó redondo—. ¡En-Surrillal! ¿el que ha escrito *Don Juan Tenorio* y *El Zapatero y el Rey*?

—El mismo.

—¿Y viene aquí?

—Y es aquí el que habla con las señoras que están en el segundo coche.

—¡Hombre!, pues dígame que aquí tiene un paisano que le daría un abrazo de muy buena voluntad.

Vínose para mí mi Próspero; y yo, que había oído el final de su diálogo con el cata-

lán, fuíme para éste, que me dijo, saliéndome al encuentro y mostrándome la estima en que me tenía anteponiendo a mi apellido la partícula nobiliaria de Cataluña:

—¿Vosté es En-Surrilla, el que escribió el *Tenorio*?
—Yo mismo—le dije, tendiéndole mis brazos, al ver con la buena fe con que él me abría los suyos.

—¡Voto va Deul! ¿Que vosté es En-Surrilla? Nunca creí que era vosté tan chiquito. Déjeme vosté que le abrace.

Y diciendo y haciendo, me levantó en sus brazos, cogiéndome por debajo de los míos; y al abrazarle yo por el cuello, me apercibí de que sus ojos se arrasaban en lágrimas.

Miré yo al cielo a través de las mías por encima de los robustos hombros de aquel honrado Hércules catalán, y di gracias a Dios por haberme hecho nacer español, y bendije los versos que me procuraban aquel abrazo, en el cual se me revelaba a dos mil leguas de mi patria el cariño de su pueblo al extraviado trovador de los dos famosos sevillanos: Don Juan Tenorio y el Rey Don Pedro.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

De cuando en cuando aparecen y se destacan del fondo oscuro del abigarrado cuadro de estos mis recuerdos, algunas risueñas y blancas figuras, que por breves instantes iluminan su nebulosa narración. Una de estas lumíneas, poéticas y celestes apariciones, es la de Gertrudis Avellaneda; quien, evocada por la revolución literaria de mi tiempo, la dió con su genio vigoroso impulso y con sus obras acusado carácter. Coleccionadas corren sus obras e impresa se lee su biografía; la maledicencia se ocupó de la mujer, la crítica de sus escritos, y la opinión ha hecho justicia de su memoria. ¡Paz a los muertos! Su recuerdo no cruza por entre los míos sino para bien, y hay de ellos una página en la cual está dibujada su imagen con líneas de luz y su nombre esculpido con letras de oro. Nada más noble, más grande, ni más digno del poeta que la evocación de un muerto para glorificarle sobre su tumba. Gertrudis vino de Cuba, su patria, precedida de naciente reputación.

En una de las sesiones matinales del Liceo se presentó *incógnito* en los salones del palacio de Villahermosa, y la persona que la acompañaba me suplicó que diera lectura de una composición poética, cuyo borrador me puso en la mano; yo dirigía aquella sesión, y pasando rápidamente los ojos por los primeros versos, no tuve reparo alguno en arriesgar la lectura de los no vistos.

Subí a la tribuna, y leí como mejor supe unas estancias endecasílabas, que arrebataron al auditorio. Rompióse el *incógnito*, y presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo, y por consiguiente en Madrid, como la primera poetisa de España la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos y de airosa cabeza, coronada de castaños y abundantes rizos, y gallardamente colocada sobre sus hombros. Su voz era dulce, suave y femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel, y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación mujeril. Nada había de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva: ni coloración subida en la piel, ni espesura excesiva en las cejas, ni bozo que sombreara su fresca boca, ni brusquedad en sus

maneras: era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción una alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina.

A mí, no viendo en ella más que la alta inspiración del privilegio ingenio, no me ocurrió siquiera que la debía las atenciones que la dama merece del hombre en la moderna sociedad; y la encontraba en el *Liceo*, en los cafés y en los teatros como si no fuera más que un compañero de redacción, un colega y un hermano en Apolo. Admiraba sus producciones, asistía a las repetidas representaciones de sus dramas, y al caer el telón sobre aquella dramática situación y aquel magnífico verso último del segundo acto de *Alfonso Munio*,

¡Tremenda tempestad!... ¡Mándame un rayo!

llamé la atención de todo el público con el frenesí de mi entusiasmo, y reventé los guantes aplaudiéndola, como si ella o la empresa me hubieran pagado para aplaudir. Llegó al fin un día en que de esta mi extraña conducta se presentó la ocasión de darla cuenta; y dándosela yo con la más cándida ingenuidad, la vanidad de la mujer cedió ante el amor propio del ingenio; y aceptando ambos el error cometido por la naturaleza al crearla, no nos acordamos jamás de los dos cuerpos en que nuestros espíritus se albergaban, y en una brillante serenata que me dirigió, imitando extraviada las extravagantes formas que por entonces daba yo a las mías, hizo girar, variándole en todas sus estrofas, sobre este tema:

Tu alma y la mía son dos hermanas.

Mi vanidad de viejo me arrastra a citar entera esta mediana composición, balagado y orgulloso de haber sido objeto del aprecio de aquel ingenio de tan verdadera valía en esta estrofa, calcada, mejorándomela, en una de las de mi poema de *Granada*.

¿Quién dudaría

que, aunque se visten distintas galas,
son dos hermanas tu alma y la mía?

Más que mi vanidad, mi obligación de rendir homenaje a cuantos ingenios contemporáneos míos creo en conciencia que no merecen olvido, me hace reproducir esta prueba de la sincera admiración que me inspiró mientras vivía, y del respetuoso cariño con que recuerdo muerta a la que fué sin disputa la más inspirada, correcta y vigorosa de las poetisas de nuestro siglo.

¡Ojalá que este mi recuerdo del tiempo viejo haga vivir el suyo un día más en la memoria de los hombres!

A LA POETISA CRISTIANA, EL POETA ÁRABE

CANTINELA MORISCA

I

Preludio

Instirto con que nace
cuanto en la tierra alienta,

arraiga o se sustenta
con nutrición vital,
a todo ser le place
unirse al ser que admira,
y a ser con él aspira
más grande, más cabal.

Es ley del universo,
 es germen de la vida:
 toda existencia unida
 a otra existencia va;
 lo que en sentido inverso
 va, nadie sabe dónde,
 con algo corresponde
 que en su camino está.

Cuanto en el germen entra
 del mundo y vivir debe,
 el átomo más leve,
 la larva más miliar,
 su par girando encuentra;
 y todo en él se apila,
 se atrae y se asimila
 unísono a la par.

El río caudaloso
 que las llanuras baña,
 de la áspera montaña
 atrae al manantial;
 el bosque rumoroso
 que el valle umbrío alfombra,
 las nubes con su sombra
 atrae del temporal.

Al ruido de la olmeda
 responde el de la fuente;
 al del voraz torrente
 el estruendoso mar:
 al ruiñeñor remeda
 el burlador sinsonte;
 al mugidor bisonte
 el cazador jaguar.

Cómo siguiendo el rastro
 del sol, van las estrellas;
 cuanto es, sobre otras huellas
 encadenado va:
 el astro en pos del astro,
 la flor tras la simiente,
 tras lo que fué el presente,
 tras él lo que será.

Reclámanse simpáticos
 los átomos acordes,
 compiten los discordes
 con su discorde son;
 y de esta discordancia,
 y de esta melodía,
 compone su armonía
 la inmensa creación.

Y en ese caos de átomos
 unidos o discordes,
 dos átomos acordes
 se suelen encontrar:
 reclámanse, y unísonos
 hallando sus acentos,
 derraman en los vientos
 un cántico a la par.

Dos aves, dos poetas,
 dos ráfagas, dos fuentes,
 dos ecos, dos torrentes,
 no importa quiénes, dos
 esencias que sujetas
 a un ser, a una armonía,
 un solo instinto guía
 una del otra en pos.

Yo así, poeta errante,
 cual pájaro canoro,
 mi cántico sonoro
 me escucho con placer:
 yo así, viendo pujante
 volar otra ave al cielo,
 compito con su vuelo
 y ensayo mi poder.

¿Quién osará culparme?
 El ave en la floresta
 reclámanla, y contesta;
 su instinto natural
 la arrastra; yo arrastrarme
 me dejó por el mío,
 y la pujanza ansío
 del águila caudal.

¿Quién osará mi estímulo
tachar de orgullo vano?
El endrinal villano
quisiera ser moral;
ser cedro fragantísimo
el enebral bravío;
la alga infeliz del río
ser rama de coral.

La yedra sin apoyo
ser álamo quisiera;
la caña ser palmera,
el césped afeí:
la fuentequilla arroyo,
el arroyuelo río,
diamantes el rocío,
y el pórdido rubí.

Cristiana poetisa,
yo quiero ser tu igual.
¿Qué descarriada brisa
no fuera vendaval?
¿Qué pájaro sinsonte
no fuera cardenal?
¿Qué matorral de monte
no fuera palma real?

II

CANTILENA

Sobre las blancas hojas de un libro pe-
[regrino,
tus cánticos, cristiana, llegaron hasta mí;
yo espero que los míos se buscarán camino
sobre este pliego errante para llegar a ti.
Alviento los esparzo; jamás se desparrama
semilla cuyo grano no prenda aquí o allí;
yo fío en que mis versos te llevará la fama,
fiel mensajero siempre de cuantos yo la di.
¿En qué este orgullo fío?
Todo es el mundo así;
el pedernal del río
quisiera ser rubí.

Mil veces he leído los versos que me en-
[vías,

mil veces te he querido con otros contes-
[tar;
mas siempre con despecho rompí las tro-
[vas mías,
que no podrían viendo las tuyas igualar.
Cristiana, de tus versos las ricas armonías
son gratas como historia contada en el
[aduar;
las hojas en que escribes tus bellas poesías,
en hojas se convierten de rosa y azahar.

¿Por qué te doy las mías?

Porque con él al par,
las más pequeñas rías
quisieran ser el mar.

Tus versos deliciosos trascienden a las
[flores
que el sol de Andalucía produce en su jar-
[dín,
y saben a las frutas que engendran sus ca-
[lores,
de América, tu patria, en el feraz confín;
en cambio de tus versos, que en sus ale-
[gorías
por suyos aceptarían Hairiri y Azz-eddin,
me ordenas que te envíe mis pobres poe-
[sías,
y enviártelas quisiera, Sultana, porque al
el césped inodoro [fin
quisiera ser jazmín,
ser ruiseñor canoro
quisiera el franeolín.

Mas ¿cómo quieres juntos que entonen
[sus cantares
la tímida abubilla y el libre ruiseñor?
¿Ni cómo han, en su vuelo, de mantener-
[se pares
el cárabo rastrero y el rápido condor?
Tú cantas, y te escuchan en todos los lu-
[gares;
a los que tú celebras, tus himnos dan ho-
[nor;
yo canto, y sólo me oyen los árabes adua-
[res,
y a mí los que me escuchan me prestan
[su favor.

Más ¿qué raíz tórrera
no anhelará ser flor?
¿Qué flor cedro no fuera
de inextinguible olor?

¡Oh ruiseñor canoro que la floresta en-
[cantas!
¿Por qué, envidioso, pides sus píos al go-
[rrión?
¿Tú, asombro de las águilas, que al cenit
[te levantas,
tú envidias en tu vuelo las alas del pichón?
Tú, cuyos almos himnos unidas acompa-
[ñan
la lira de la Grecia y el arpa de Sión,
¿envidias el que sólo los bárbaros no ex-
[trañan
de mi morisca guzla desacordado son?

Negar me desconsuela
tu noble petición;
mas nunca una gacela
podrá ser un león;
ni ser un cedro seco
de sombra pabellón:
canta tú, pues; yo el eco
seré de tu canción.

IV

SERENATAS

LA POETISA CRISTIANA AL POETA ÁRABE

Yo, al escucharte, mecida en alas
del genio hermoso de las quimeras,
de tu *Granada* veré las galas
bajo el ramaje de sus palmeras;
y del Alhambra desiertas salas
veré que pueblan sombras ligeras,
mientras al cielo tu canto exbalas
y va la luna cruzando esteras.

Luego en pos tuya por los vergeles,
entre arrayanes, mirto y laureles,
a tu *Moraima* pura
diré el secreto
que el céfiro murmura

volando inquieto;
y en torno, flores
se abrirán al suspiro
de tus amores.

Vate armonioso,
por sólo un eco de tus cantares
que placer vierten tan misterioso,
yo te daría
las perlas todas de índicos mares,
las flores todas de Andalucía.

EL POETA ÁRABE A LA POETISA CRISTIANA

Sirena ardiente, fascinadora,
cisne canoro del Mediodía,
reina del canto dominadora,
hija del genio de la armonía:
lanza triunfante tu voz sonora,
rival no tiene tu poesía,
ni puede, débil competidora,
seguir sus giros mi fantasía.
Mas ¿qué lazo ata nuestros dos seres?
¿Sabes decirme por qué misterio
imán oculto de mi alma eres?
¿Por qué mi orgullo cede a tu imperio?

Garza pujante que al cielo subes
y que te ciernes sobre las nubes,
allá en el éter donde te ufanas,
pregunta a alguno de los querubes
si nuestras almas son dos hermanas.

La mía a tu voz siento
que se estremece,
y juzgo que tu aliento
me pertenece;
mas ya te escucho:
canta tú, que yo en vano
contigo lucho.
Sirena hermosa,
por sólo un eco de tu inspirada
voz, que las auras más melodiosa,
yo rompería
todos los cantos de mi *Granada*,
todas las cuerdas del arpa mía.

Tú te enalteces, genio brillante,
a do los astros tienen asiento;

luz da a tus ojos el sol radiante,
 y Alá fecunda tu pensamiento;
 y cuando vuelves, hada triunfante,
 de las regiones del firmamento,
 de tu voz toman su voz sonante
 cuantos murmullos dan voz al viento.
 Mas ¿qué misterio de nuestra esencia
 nuestros dos seres identifica?
 ¿Por qué mi orgullo, sin resistencia,
 ante tu gloria se sacrifica?

Genio a quien dieron las nubes cuna,
 vigor el rayo, color la luna:
 según me exaltan tus soberanas
 inspiraciones, sin duda alguna
 que nuestras almas son hermanas.

Águila que a las nubes
 llevas tu vuelo,
 plumas para mis alas
 pídeme al cielo.
 De otra manera,
 seguirte no me mandes
 hasta tu esfera.
 Bella sirena;
 por seguir siempre tu alma inspirada
 y oír tu canto que me enajena,
 yo olvidaría
 todos los versos de mi *Granada*,
 toda mi tosea ruín poesía.

LA POETISA CRISTIANA AL POETA ÁRABE

Muy joven eras, de mí distante,
 del mundo acaoso desconocido,
 cuando de pronto voló vibrante
 de tu arpa un eco que hirió mi oído.
 ¿Por qué, responde, de aquel instante
 la impresión grata jamás olvido?
 ¿Por qué en la tierra, vagando errante,
 doquier de tu arpa seguí el sonido?
 Es que un alma fraterna
 reconocía
 mi alma, y con voz interna
 la respondía:
 así, sin verte,
 ya entre las dos mediaba
 vínculo fuerte.
 ¡Genio fecundol

Sentí yo entonces lo que hoy columbras,
 lo que ni aún ora comprende el mundo.

Sí, ya sabía
 que, sin la gloria con que deslumbras,
 de tu alma hermana nació la mía.

¿Y tú me dices que encubre el velo
 y que a querubes de altiva ciencia
 preguntar ose si puso el cielo
 en nuestros genios la misma esencia?
 Si de dudarlo nació tu anhelo,
 yo, más dichosa, tengo evidencia;
 que aunque las cubra distinto velo,
 un alma habemos y una existencia.

Yo, si en ti cabe duda,
 puedo afirmarlo,
 aunque al cielo no acuda
 para indagarlo.
 Pues miro y siento
 que es gemelo del tuyo
 mi pensamiento.
 ¡Vate divino!

Si cada acento que ardiente exhalas
 yo lo comprendo, yo lo adivino,

¿dudar podría
 que, aunque se vistan distintas galas,
 son dos hermanas tu alma y la mía?

Por eso entrambas, de amor ajenas,
 con lazos se unen de más valía,
 y del cariño fraterno llenas,
 entrambas viven de poesía.

Ann a distancia partir sus penas
 sabrán ¡oh amigo! cual su alegría,
 y de este mundo saldrán serenas
 dejando un rastro de su armonía.

Las dos una fe tienen,
 un Dios adoran,
 y de una patria vienen
 y al par la lloran.
 Así, en su vuelo,
 juntas saldrán triunfantes
 del triste suelo.
 ¡Vate sublime!

Cuando en él suelten la vil escoria
 del frágil cuerpo que las oprime,
 verás que ufanas,

allá ceñidas de eterna gloria,
se dan los brazos las dos hermanas.

V

DESPEDIDA

DEL POETA ÁRABE A LA POETISA CRISTIANA

Cristiana, tú lo dices: espíritus hermanos
las almas que se albergan en nuestros cuer-
[pos son;
tú debes de saberlo: vosotros los cristianos,
abris todas las puertas que tiene el cora-
[zón.

Alah nos da a nosotros la fe y la poesía,
las ciencias a vosotros que alumbran la
[razón;
nosotros adoramos lo que su mano ería,
vosotros en el caos buscáis su creación.

Mas aunque sea cierto
que tan distintos son,
¿no habitan el desierto
el corzo y el león?
Aunque con otro aliento,
plumaje e intención,
¿no viven en el viento
la alondra y el halcón?

Cristiana, ¡Alah bendiga tu canto pere-
[grino!
Cual cae sobre las flores rocío matinal,
así cayó en mi alma, y a tu cantar divino
unísono mi acento correspondió leal.

Los árabes creemos que el cielo granadino
sostiene al paraíso con su arco de cristal:
tu canto, que en las auras de Andalucía
[vino,
mi alma oreó cual brisa de mi país natal.

Mas si del tuyo al lado
te escribo un canto tal,
¿no arraigan en el prado
el olmo y el moral?
Y aunque de entrambos no hacen
estimación igual,
¿dentro del mar no nacen
el alga y el coral?

Cristiana, ¡Alah bendiga tu noble cor-
[tesía!
¡Alah por tu memoria te acuerde galar-
[dón!

A ti, que has celebrado mi pobre poesía;
a ti, que has consolado mi triste corazón;
a ti, que no desprecias al árabe salvaje;
a ti, que no desdeñas su fraternal unión,
cristiana, a ti mis versos te envío en home-
[naje:
son flores del desierto, mas de mi alma
[son.

Cristiana, Dios ha dado
sus alas al halcón,
sus árboles al prado,
sus fuerzas al león;
mas hizo de una cosa
mejor al hombre don:
de un alma generosa
y un noble corazón.

HERMOSAS Y JOROBADOS

Las dos individualidades de la raza humana de quienes yo más me he esquivado,
son las mujeres hermosas de solemnidad y los jorobados de nacimiento. Una hermo-
sura indiscutible, una belleza de punta, la reina de la hermosura, aceptada como tal
en la corte, en la provincia, en el pueblo, en la familia, me pone siempre sobre mí
al ser presentado a ella; y cuanto más hermosa la veo, cuanto más justa me parece la
primacía que goza, más me preparo a defenderme de las relaciones y compromisos
sociales que mi posición, mi educación o mi reputación pueden conducirme a contraer
con ella, su familia, sus amigos y sus adoradores, y más esquivo su intimidad.

Lo primero que me ocurre, y es lo más lógico que haya acontecido, es que la madre
de aquella hermosísima mujer, viendo desde niña el desarrollo de sus formas y el per-

feccionamiento de su belleza, no ha sabido decirla más que ¡qué hermosa eres! o ¡qué hermosa vas a ser! En la natural satisfacción y en el orgullo natural de verse padres de tan linda criatura, los suyos suelen no cuidar más que de perfumar y colocar su rica cabellera del modo que más favorezca la luz de sus ojos y el tinte de su tez; de destinar o economizar, según su posición, la mayor cantidad para ataviarla; de presentarla antes de tiempo en sociedad; de hacerla, en fin, prematuramente mujer, para verla adquirir pronto el primer puesto que su vanidad paternal cree que merece en los saraos y los convites a que piensan llevarla. Así halagada desde niña, llega esta belleza sin rival al apogeo de su hermosura, al pináculo de su fama, y a los extremos de la admiración y del aplauso, sin haber pensado más que en su personalidad; sin haber fiado su porvenir más que en su imparejable belleza, y sin tener jamás presente, tal vez sin haberlo sabido nunca, porque nadie ha tenido la previsión de hacérselo saber, que la más efímera de las cualidades de la mujer es la hermosura.

La mujer hermosa de solemnidad, si adquiere tal vez esa educación de adorno que sirve para brillar en los salones, la música, el baile y alguno que otro idioma, no posee ninguno de los conocimientos necesarios al cultivo del corazón, al dominio y dirección de las pasiones, a la práctica de las obligaciones y de las virtudes domésticas que la mujer nace destinada a necesitar, para ser colocada en la suprema dignidad de madre de familia, a que vino a elevarla Jesucristo, y por la cual influye tan directa y poderosamente en las costumbres de las sociedades modernas. La casa, su gobierno, su orden, su economía, su decoro, su honra: éste es imperio de la mujer; y desde el santo trono del hogar honrado, da a la patria hijos preparados para ser sabios o valientes, y a la sociedad hijas dignas de la clase y de la religión en que nacen. La mujer hermosa de solemnidad, Narciso-hembra que no se ha ocupado más que de la admiración de sí misma, satisfecha de reinar en el círculo en que vive, suele tener toda la altivez, la impertinencia y el exclusivismo de las reinas de nacimiento y de derecho divino, que sólo conocen de sus vasallos a los que vienen a hacerlas aduladoras y servirles zalemas, teniéndose por dignas de todos los respetos y convencidas de que todo se lo merecen. Cuando yo no he podido esquivar el ser presentado a una de estas hermosuras de primer orden, *di primissimo cartello* y a *perfetta vicenda*, he tenido mucha cuenta de mostrarme lo más admirado, lo más absorto, lo más encantado de su hermosura, y he pedido yo mismo su álbum para librarme de que me le envíen y salvarme cuanto antes de la tiranía de la belleza soberana, a quien generalmente no he vuelto a ver por causa del asiduo trabajo con que estoy obligado a ganarme la vida, por lo huraño de mi carácter, por mi escaso instinto social, etc.; en estos casos me guío por la regla contraria a la de los casos de honra, y es que nada me importa quedar mal con tal de salir bien—y yo creo que salgo bien cuando me puedo salir de cualquier modo del círculo de la influencia de una mujer de única, suprema e indisputable hermosura—, y se la recomiendo para modelo a los pintores y escultores mis amigos.

Y vamos a mis jorobados.

Estos asombran y contristan a sus padres desde que, al salir del seno materno, presentan a sus ojos aquella deformación de la línea natural de su espinazo. No por esto la madre deja de amar aquella monstruosa prenda de su amor conyugal; pero ama y acaricia con tristeza a aquel ser a quien está segura de que no han de ver con simpatía sus hermanos, y a quien, cuanto más crezca, más objeto de mofa va a ser entre los niños sus compañeros, de desdén para con los hombres y de desamor para con las mujeres. Por mucho cariño con que sus padres y su familia le traten, por mucha consideración que sus maestros obliguen a tenerle a sus discípulos, por discreta y bien educada que sea la sociedad que frecuenta, niño, colegial

un hombre, no puede menos de apercibirse de la primera mirada de extrañeza o de compasión que echa sobre su joroba todo aquel hombre o mujer, a quien es presentado; esto en el caso de que no haya tenido que soportar la perpetua befa de muchachos de mala índole y de gentes mal educadas. La tristeza que a sus padres ha infundido su curvatura dorsal, se trasmite naturalmente a su alma, crece entre el cariño inexcusable de sus padres y el respeto forzado de los extraños; pero si la chacota de los mal criados, la brutalidad de los fuertes y el orgullo de los *bien hechos* le han revuelto continuamente la bilis y han excitado en él las malas pasiones, con cardenales en su joroba y heridas en su amor propio, la primitiva tristeza va convirtiéndose poco a poco en amarga melancolía, en reconcentrada ira y en perpetua sed de venganza.

Las perfecciones que a su cuerpo negó Dios, suelen estar compensadas con la lucidez de su entendimiento, la rectitud de su juicio y la perspicuidad de su inteligencia; y estudia y cultiva su espíritu, y se prepara a contrarrestar la fuerza con la destreza, la agresión con la previsión, y a dominar con la inteligencia el atrevimiento de la sandez y de la mala crianza, y a devolver befa por befa, escarnio por escarnio, aceptando por enemiga traidora a la sociedad, a quien no va a poder tener por amiga sincera. Los médicos higienistas suelen aconsejar a su familia, cuando es muchacho, y a él cuando llega a hombre, los ejercicios corporales y la gimnasia para robustecer, ya que no para enderezar, su mal acoyunturado cuerpo; y sus piernas y brazos desmesurados, y la concentración de la fuerza en el espacio desde sus clavículas a su horcajadura, acortado y ensanchado por la doble curvatura de su esternón y de su espinazo, le dan una doble ventaja de longitud y de respiración en una sala de armas, a más de la fascinación que ejerce un jorobado sobre su adversario en el terreno de un duelo, de lo cual aduciré después un ejemplo, al completar estas reflexiones con un relato.

¿Dónde hay tormento, ni entre los del infierno y purgatorio del Dante, como el que debe sufrir un corazón noble, generoso, tierno y enamorado, colocado entre las costillas y el esternón de un jorobado?

Porque yo quiero suponer que una mujer hermosa, joven y buena, pueda aceptar el amor de uno de estos mal contornados individuos de nuestra raza; pero mientras el jorobado conquista y merece este amor, y después cuando pasa a ser su mujer legítima, ¿qué infierno de dudas, qué cráter de iras no debe de surgir y de fermentar en aquella alma encerrada en aquel cuerpo, ocasión de las dudas, los sarcasmos y las osadías de todos los incapaces de creer en la lealtad y en la dicha de aquella unión de la hermosura con la deformidad?

Y una mujer, hermosa o fea, al cruzar las calles o los salones del brazo o acompañada de un jorobado marido, ¿cómo no ha de comprender, de adivinar, casi de leer, los pensamientos de todos los circunstantes, los anhelos de los hombres y los hastíos de las mujeres? Y ¿cómo puede encontrarse en tal situación un infeliz jorobado sin sentir en su diestra un látigo o un florete para castigar aquellos libertinos deseos, aquellas injuriosas suposiciones y aquellas observaciones infames, hechas a media voz detrás de la seda del clac o del paisaje del abanico?

Y una noble y santa mujer hermosa, que por razones de familia, por salvar la honra de su padre, por accidente posterior sobrevenido al hombre que eligió por esposo, o por amor verdadero y leal al alma cariñosa y grande aprisionada por Dios en aquella corcovada humanidad, ¿cómo arrostrará en el salón y en la calle la general maledicencia, y la universal y vulgar incredulidad? Porque ella, por torpe o despreocupada que sea, no podrá menos de comprender que en nuestra sociedad pretenciosa y banal, descreída y supersticiosa, filosófica y flamenca, hay miles de imbéciles que se creerán con derecho de erigirse en jueces de sus más íntimos sentimientos y de sus más recón-

ditas sensaciones, y que darán por venal hipocresía su noble sacrificio voluntario, por encubridor de una adúltera concupiscencia su amor sublime, y hasta por ilegítimos los hijos derechos nacidos de su recta unión con un jorobado.

Hacen bien éstos en precaverse contra la sociedad; yo los he mirado siempre con compasión y con respeto, y he conocido a más de dos que han hecho temblar a más de dos Hércules, y arrodillarse a más de dos Antínoos temidos de los hombres y queridos de las mujeres.—Aún vive tal vez uno perteneciente a una de las más ilustres familias de España, tan prevenido contra los necios y los atrevidos, que ni Cárdenas, ni Valleras, ni Monreal, ni Julián Romea, ni ninguno de los que por los años de 42 al 47 nos preciábamos de tiradores de pistola, pudimos, no aventajarle, sino igualarle en seguridad ni destreza; y he aquí, para prueba, su tiro de apuesta: colocaba sobre la barra vertical un duro; sobre él dos piezas de dos cuartos; sobre ellas otro duro, y sobre éste otras dos piezas, hasta seis duros; y afinando sus tiros por cuartos de bala, levantaba todos los duros sin tocar a los cuartos que los sostenían. Este jorobado llevaba el apellido de la casa de H., y sobrina o cercana parienta suya debe de ser una duquesa tan espléndida como buena moza.

Pero por echármelas de observador he divagado, apartándome de mi intento, que era un episodio de la historia del jorobado conde de N., que quedará para el siguiente número.

II

Corrían para mí tranquila y alegremente los días de junio de 1846. Entretenían y abreviaban sus horas los amenos estudios históricos de mi malhadado poema de *Granada*, y distraían mis noches los para mí nuevos entonces espectáculos de París. Era la primera vez que no tenía que afanarme para buscar mi pan cotidiano, porque los que por mí y mi *Granada* se interesaban, subvención decorosamente a mis gastos; y aquellos cuatro meses son los únicos de bienandanza que cuento en los años de mi existencia. Trabajaba durante el día en una obra de mi gusto, por mí elegida e imaginada, y no forzada ni impuesta por editor ni empresario; y esparcía mi ánimo desde el anochecer a la media noche vagando por aquellos teatros y jardines, que constituyen el paraíso de los tontos para explotar sus bolsillos, pero en los cuales ha habido siempre un fondo de arte y de poesía, en que se apoya el mundo fantástico de ilusión que brota y fermenta en la atmósfera de la capital de Francia. Entonces, como ahora, sobre el cieno social y las tinieblas del vicio, se alcanzaba allí a ver el resplandor del arte y la luz de la ciencia; porque París es como una arca de doble fondo, como un infierno bajo un paraíso, en donde el tonto entierra vergonzosamente su pasado y su porvenir, su vida y su dinero en la orgía de un inmenso lupanar; pero el hombre inteligente, imagen y semejanza de Dios, extrae de aquel caos, a la luz de la esperanza que alumbrá sus vigias, su nombre puro y las creaciones encantadoras, y los beneficios humanitarios del progreso de la ciencia y del arte.

Hábame venido recomendado de Bordeaux, por amigos valiosos de mi padre, un español emigrado, mozo y rico, calavera y carlista, a quien su padre, amigo del mío (y como él adherido en cuerpo y alma al primer D. Carlos Pretendiente y segundo Carlos V de España), pasaba fuertes mesadas, para que en la emigración se mantuviera y no pensara en volver a Navarra, su patria, donde galanteos extremados y rivalidades políticas le habían hecho héroe de extremadas fechorías y de mal olvidados desafueros. Llamábase Fermín (sin apellido en este relato); tenía el grado de coronel en el disuelto ejército absolutista, veintinueve años, un cuerpo robusto y un bolsillo repleto; con lo

cual llevaba consigo el tesoro inagotable de la alegría de la juventud y la osadía fantona del militar rico. Su padre era un opulento hacendado, y él un buen mozo, con todos los defectos y las pretensiones de un chico mal criado, un poco adelantado con las mujeres y un algo más atrevido con los hombres, pero de un corazón excelente y de una arrogancia capaz de recibir consejos, pasada la exaltación primera, que daba siempre lugar a la reflexión. Tal era mi Fermín; y tal como era, era un compromiso viviente, y el andar continuamente con él un continuo riesgo de meterse en un berengenal, y con efecto, dimos en uno por fin.

Un doctor, Delmas Hippolyte, de quien hablo en otro lugar, médico francés que conocía su París al dedillo, nos acompañaba de día las horas que su profesión le dejaba libres, todas las tardes a comer, y algunas noches hasta no muy tarde, porque no era trasnochador.

Comíamos a escote, condición francesa que había puesto Delmas, que era un hombre muy delicado y pundonoroso, y comíamos donde la hora de comer nos cogía; en la barrera Rochechouard o en el bosque de Boulogne, en San Germán o en Versalles, en el boulevard Beaumarchais a dos francos, o en el de los Italianos a dos luises. Fermín, que, acostumbrado al vino navarro de las bodegas de su padre, bebía como limonada el Bordeaux, no se embriagaba nunca, pero se excitaba siempre; porque como rico y pretencioso, quería regalarnos diariamente con una botella de Sillery-mousseux, que era el Champagne que prefería.

Empezábamos una tarde nuestra comida, en el último saloncito de cuatro mesas del Café Inglés, delante de una ventana que sobre el boulevard de los Italianos se abría. Delmas, celoso del buen crédito de los viñedos franceses, había ido haciendo probar a Fermín varios de esos vinos no famosos, pero con razón apreciados y con delicia bebidos por los *burgueses* parisienses; y gustaba Fermín, saboreándose, un viejo *Moulin-à-vent* que por primera vez le presentaba el doctor, cuando una ligera briska tirada por dos bayos húngaros vino a pararse y a echar ante la puerta del restaurant a la más hermosa mujer que hasta entonces habían visto mis ojos, acompañada de un caballero vestido de negro, en quien no tuvimos tiempo de fijarnos, atraídos y absortos por la belleza de aquella femenil aparición.

Mientras el doctor observaba doctoralmente que en París se veían las más hermosas mujeres del universo, y mientras Fermín y yo contemplábamos aquel perfectamente emparejado tronco de bayos-lobos, dignos por su finura y gallardía de su incomparable propietaria, entró ésta en el aposento, haciéndonos volver a mirarla con el rumor de la crujidora seda de la falda de su vestido, y el suave perfume de que impregnó el ambiente al atravesar la estancia, para ocupar la mesa del rincón del fondo opuesto al nuestro de la ventana. No debió ella extrañar, ni de notarla dió muestra exterior, nuestra insistencia en admirarla, acostumbrada como debía de estar a ser admirada; ni el extraño compañero que traía se dió por entendido de nuestra insistente admiración, ni pareció comprender las altas y demasadamente claras palabras con que su admiración manifestaba mi compatriota Fermín. La educación nos hizo a Delmas y a mí coartar nuestra ya inconveniente manifestación admirativa; pero Fermín, con la presumida petulancia de buen mozo y de valiente, comenzó a flecharla sus asesinas miradas, y a decir en castellano lo que a la boca le venía en pro de la hermosísima recién llegada y en contra de su compañero, en quien no podíamos menos de reparar, al fin, y formaban, en verdad, ambos la más desparejada pareja del mundo.

Era ella alta y esbelta, y de al parecer correctísimas proporciones. Su busto escultural, flanqueado por dos brazos de intachable dibujo, sostenía sobre su gallardo cuello una cabeza de Juno, coronada de una abundante cabellera; cuya mata central sujetaba

en su vértice una peineta condal de puntas perladas, y cuyos rizos orlaban abundosos sus sienes, serpeando en bucles sobre sus hombros. Cortaban su frente despejada y nacarina dos cejas tan finas como espesas, y entre sus párpados, rematados en ricas y largas pestañas, se movían dos pupilas turquíes, tras de las cuales brillaban dos chispas de la luz del paraíso.

El que la acompañaba, y de quien sólo veíamos el escorzo de la cabeza, con su oreja derecha, el pómulo saliente de su mejilla y su diestra mano, que manejaba el cuchillo con notable distinción, trinchando con admirable destreza, era un hombre de cuya estatura y conformación completa no se podía juzgar, porque desfiguraba su dorso una joroba, no descomunal ni dislocada, pero suficiente para desencajar el más proporcionado conjunto de humano individuo.

Vestía todo de negro, rebosaban sus movimientos aristocrática distinción, apoyaba sus piernas con seguridad en el pavimento, sus pies enjutos estaban primorosamente calzados, y la mano que veíamos era larga y huesosa, pero fina, blanquísima, y de cuidadas y acanaladas uñas. Parecía, en suma, un hombre perfectamente educado y correctamente vestido, pero cargado por la naturaleza con una joroba que envilecía la nobleza de su representación personal. La mujer nos daba la cara y el jorobado la espalda, mejor dicho, la joroba; uno y otro hablaban francés con el criado, y alemán entre sí; lo menos y lo mejor que de ambos dijo en español mi desalentado Fermín, fué que ella era una ondina escapada de una laguna helada de Escandinavia, y él el Gnomo que la guardaba; porque la hermosa permaneció fría e impenetrable a todos los avances del desatinado Fermín, y sordo el jorobado a sus ya casi insolentes y provocadoras palabras.

Ellos tomaban en su mesa una especie de tente en pie, preparativo para más tardía comida, compuesto de unas pequeñas codornices asadas y una multitud de golosinas regadas con una botella de Koenisberg, cuyo empolvado vidrio y cuya colocación cuidadosa en una salvilla de plata acusaban derechos a una respetable antigüedad. Nosotros hacíamos una formal comida, en la cual la presencia embriagadora de aquella desconocida y las continuas libaciones del *Moulin-à-vent*, comenzaban a poner la cabeza de mi compatriota Fermín en una exaltación que veía yo crecer con recelo. Los dos extranjeros hablaban bajo y en alemán; y nosotros, sobre todo Fermín, alto y en español, que el doctor Delmas chapurraba, aprovechando nuestra compañía para perfeccionarse en él, como buen francés que no perdía ripio.

La hermosa y el jorobado comían serena y pausadamente, sin ocuparse de nosotros: Fermín se desesperaba de que la mujer no se aperciese siquiera del fuego de sus baterías, y Delmas y yo le suplicábamos sin cesar que se moderase; porque aunque los dos extranjeros no comprendieran una palabra de español, era imposible que no les chocase, al fin, la entonación mofadora y provocativa, la impertinencia de su risa y sus miradas, y la infracción, sobre todo, del buen tono, que generalmente reina en los establecimientos de primer orden.

Trajeron, por fin, el Sillery para nosotros, y la cuenta para el jorobado: destaponó Fermín su botella, al tiempo que éste, tomando su sombrero, nos dió la cara para salir del gabinete, mostrándonos la recia textura de su ancho pecho y la roseta de gran cruz de la Legión de Honor en su ojal; y cuando iba Fermín insolentemente a ofrecer su copa a la imperturbable ondina escandinava, oímos con asombro al jorobado que le decía en buen castellano, aunque con acento francés y con la más desdenosa sonrisa: «Caballero, aunque la española no es ya una lengua tan común en Francia como en el tiempo en que no se ponía el sol en los dominios españoles, no debe de hablarse delante de personas a quienes no se conoce, y en ninguna debe decirse lo que usted ha estado

diciendo, y de lo cual felizmente no ha comprendido una palabra esa señora que ha salido delante de mí, y que es mi mujer. Pero como casi todo lo que usted ha dicho ha sido absolutamente ofensivo para ella o para mí, aquí tiene usted mi tarjeta y las señas de mi casa, y espero que me dé usted la suya, para que si mañana no recibo noticias de usted, pueda yo irselas a pedir.»

Los cuatro estábamos de pie: Delmas pálido, y yo rojo de vergüenza; pero Fermín, cuya audacia crecía con el riesgo, no cambió su tono chungón al cambiar su tarjeta con el incógnito; y poniéndole la punta del índice en la joroba al dársela, le dijo: «No pase usted mala noche en la incertidumbre; mañana, a las doce, porque teniendo tan hermosa mujer se levantará usted tarde, irán estos dos amigos a visitarle en mi nombre, y haga usted cuanto pueda, pimpollo, porque no pueda yo ir solo a aspirar el aroma que exhala aquel botón de rosa que le dió a usted Dios por mujer para condenación de ella.»

Tomó el jorobado la tarjeta de Fermín con una sonrisa que me enfrió el corazón: echóse a reír Fermín, apurando su copa, y partieron los bayos húngaros arrastrando hacia los Campos Eliseos aquella doble aparición de Venus y Polifemo, a quien designaba como conde de N... la tarjeta del jorobado.

III

Tengo para mí que el valor no es más que un exceso de miedo: todo hombre de pundonor es valiente, por miedo a ser tenido por cobarde; pero hay tanto que decir sobre el valor y los valientes, que si a dilucidar me parara esta cuestión del valor, interrumpiría mi narración por tiempo indefinido con casi interminable discurso. El P. Mariana no dice de nadie en su historia que fuese valiente: lo que dice de alguno de nuestros grandes reyes o personajes históricos, es: «anduvo valiente en tal o cual ocasión»; y creo que dice muy bien el P. Mariana, quien tuvo el valor de escribir lo que hoy no se atreven los más valientes, porque tenía el valor civil, pasivo, sereno, perenne, de convicción, que dan la fe y la idea, muy distinto del valor irreflexivo, impetuoso, ciego e inconsciente que dan sólo la osadía y la fuerza bruta.

En nuestros países meridionales, en nuestra España particularmente, cuya historia cree el vulgo que estriba sólo en unos cuantos siglos de batallas y trompazos, el valor civil es apenas estimado y pasa casi desapercibido para el vulgo; aquí se cree que no hay más valor que el militar; que el ser valiente consiste no más en estar siempre dispuesto a romperse el bautismo con cualquier prójimo y por cualquier cosa; el tipo, en fin, del valiente es mi D. Juan; tengo yo sobre mi conciencia el haber hecho germinar en nuestra tierra muchos mozos insolentes y el haber entontecido a miles de muchachas casquianas.

Mi Fermín era valiente, sin duda; pero por considerar el valor como el vulgo en España lo considera, solía dar en pendenciero, provocativo y aparecer como procaz e impertinente bravucón; él conocía su defecto, y se arrepentía de sus arrebatos; pero criado en esta idea vulgar del valor, se reconocía y se arrepentía siempre, pero rara vez cedía ni se enmendaba, y sostenía su sinrazón con sus puños, teniendo en más ser valiente que racional.

Quando la pareja de arrogantes bayos húngaros nos quitaron de delante de los ojos aquella tan desaparejada pareja de seres humanos, Fermín no volvió a acordarse del hombre, sino de la hembra a quien por mujer tenía; y excitado su cerebro por el *Moulin-à-vent* y el *Sillery*, llegó hasta creerse paladín libertador de aquella hermosura; que,

según él, debía de vivir en poder de aquel jorobado, como una dorada luciérnaga enredada en los hilos de la tela de una araña. Yo vi que sería inútil pretender traerle a la razón y hacerle reflexionar sobre lo mal hecho y lo mal dicho por él, hasta que, hecha la digestión y libre su cabeza de vapores, pudiese escuchar y reflexionar en calma mis amistosas, justas y claras observaciones; pero no había remedio: a las doce del día siguiente era forzoso que Delmas y yo fuéramos a casa del jorobado a darle satisfacciones por Fermín, o a pedirle su hora y sus condiciones.

Tomamos café, paseamos, llegamos hasta la media noche en un jardín público, y nos despedimos en el boulevard, a la esquina de la Chaussée d'Antin, en cuyo número 36 vivía yo entonces; y sólo al despedirme dijo Fermín, dándome la tarjeta del jorobado: «Ha sido una impertinencia mía; pero no hay modo de volverse atrás; toma, y no olvidéis de ir a las doce en punto.»

—Antes iré yo a hablar contigo—le dije.

—Es inútil—me contestó—; me levantaré tarde; yo sé lo que he hecho; pero quien tal hizo, que tal pague; yo obro siempre de mi cuenta y riesgo.

Y con un apretón de manos, echó por el boulevard, dejándonos poco menos que plantados.

Delmas, que contra su costumbre había permanecido con nosotros hasta tan avanzada hora, se despidió de mí diciéndome: «Yo abreviaré mi visita, y a las once y media vendré a buscar a usted con un carruaje; pero si su compatriota de usted no piensa dar excusas, haría mejor en madrugar e ir a la sala de Grissier a hacerse un poco la mano.»

—Mi amigo es fuerte y diestro—le respondí.

—Supongo—dijo Delmas—que su atrevimiento se apoya en su fuerza, o en su destreza; pero yo tengo mucho miedo a los jorobados, y éste tiene una mirada que me fascina.

—Yo veré mañana si convengo a Fermín y le traigo a la razón. Si no...

—Me pesará en el alma—exclamó Delmas, dándome las buenas noches.

Pero no lo fué la mía. No se cómo la pasaría Fermín: probablemente de un sueño; porque su juventud y su robustez, y lo poco en que tenía al jorobado, cuya estatura era naturalmente poco aventajada, harían que la materia dominase al espíritu, y las cosas de la vida toman la forma de la luz a que se las mira. Yo soñé toda la noche con el conde de N., y me vestí casi al amanecer como si hubiera sido yo quien con él estaba expuesto a batirse; y tan cabizbajo me tenía el pensar en el jorobado, que cuando a las nueve de la mañana me aboqué al día siguiente con Fermín, despertándole, díjome éste riéndose:

—Pero, hombre, desde que tenemos negocio con el jorobeta, parece que te va a salir a ti una joroba.

Lo cual me hizo comprender que él también pensaba, a pesar suyo, en el jorobado conde de N.

No le pude convencer de que su insolencia para con éste había sido tan excesiva como inmotivada; de que el punto en que se hallaba nuestra comida cuando aquél entró en el gabinete, y la primera botella *Moulin-à-vent* ya vacía sobre la mesa, podían ser, y eran efectivamente, un motivo muy fundado, si no muy decoroso, en que basar una explicación; el conde parecía un hombre de clara inteligencia, de esmeradísima educación y de bastante mundo para no comprender nuestra lealtad a la primera palabra, sin dudar de su valor; yo hablaba el francés, y el conde el castellano con suficiente corrección para no interpretar mal ni tomar una palabra por otra; y, en fin, que era más racional, más digno de seres inteligentes reconocer una falta y corregir una

torpeza, que exponerse a morir como un conejo en un asador por sostener una siurazón.

Escuchóme Fermín sin pestañear, y respondiome tranquilamente:

—Todo eso me lo he dicho yo ya a mí mismo; pero no podría volver a Navarra, ni me admitirían en mi regimiento cuando otra vez nos volviáramos a levantar en las provincias, si se supiera que yo había dado satisfacciones sin batirme. A lo hecho, pecho; es él el insultado; es posible que esté prevenido para casos como este. Si insiste en elección de armas y derecho a condiciones, acéptalas todas sin vacilar; yo no soy ningún ñoño, y tengo dos puños de jugador de pelota; le cansaré, le desarmaré, le aturrullaré, y a la primera ocasión de interrumpirnos, haré y diré todo lo que tú quieras; y tú lo dirás por mí, que sabes hablar francés, porque en castellano ni yo diría más que una barbaridad, ni te aguantaría probablemente lo que dijeras, aunque fuera en unas décimas como las de don Juan a doña Inés.

Convencido de dos cosas: primera, de que efectivamente el valor es un exceso de miedo, y segunda, de que el miedo de Fermín a que dijeran que si había dado satisfacciones era mayor que el que tenía a ser atravesado como una chocha por el jorobado, dejé a mi terco navarro que tornase a envolverse en las sábanas de su cama, donde yo le sorprendí y de donde no había salido, y le dejé volver a arrebujarse en ellas, mientras yo iba a realizar un pensamiento que me acababa de ocurrir.

IV.

Desde el hotel en que Fermín se alojaba en la calle de Choiseul hasta la plaza de la Bolsa, en donde tenía Grissier su sala de armas, no había más que cuatro calles que atravesar. Grissier, el profesor de esgrima más prudente, más moderado y menos pendenciero del mundo, decía que «él enseñaba a los hombres a matarse para enseñarles a respetarse». Casi nunca se había verificado un desafío en el cual hubiera él sido padrino de uno de los combatientes; sus razones eran más fuertes que sus estocadas, y más útiles y oportunas que su más poderoso desarme.

Conocía el juego, la escuela, el secreto y el flaco de todos los tiradores conocidos en Europa, porque todos habían pasado por su sala; y prevenía a sus discípulos contra todas las estocadas bajas de la escuela italiana, los deslumbradores y teatrales ataques de la estudiantil berlinesa, y las peligrosas y estudiadas estratagemas de los espadachines.

Conocíale yo por haber asistido algunos meses a su escuela, con recomendación del dueño del tiro del *Bois de Boulogne*, M. Pirmet, y él casi no quería conocerme, porque la debilidad de mis brazos y mis piernas sietemesinos, y la viveza ratonil e irreflexiva de mi imaginación, me vedaban hasta el derecho de pensar, sin deshonra de su escuela, en darme por su discípulo.

Expúsele mi caso, presentéle la tarjeta del conde N., y tomándose equivocadamente por su provocador, me dijo tristemente, leyendo su nombre escrito en ella: «Usted no es hombre de tener pie tres segundos enfrente de él: dele usted satisfacción.»

Manifiéstele el error en que caía: díjele las cualidades de fuerza y de conocimiento de las armas de mi amigo, que era militar; y después de escucharme con atención y de meditar un momento, me dijo: su parte de usted es mala; la razón está de parte del conde, y de no satisfacerle, no respondo del resultado. No puedo dar armas contra el conde; pero prevenga usted a su ahijado, si es tan fuerte de muñeca como usted me dice, que procure no perder un instante de serenidad, ni una pulgada de terreno, y cansar a su adversario; y ustedes sus padrinos, estén muy ojo avizor para interrumpir el duelo al primer lance dudoso o discutible que se presente.

Vi claro como la luz del Mediodía, que ya se acercaba, que Grissier no quería hacer ni decir nada contra el conde N., o por tener éste la razón toda, o por no exponer a un francés a merced de un español, cuya escuela, fuerzas y persona no conocía. Salí, pues, más receloso y preocupado de lo que había entrado en ella, de la casa de Grissier, y corrí a encontrar a Delmas, que ya me esperaba en la mía. Minutos después de dar las doce en todos los relojes de París, nos apeábamos de nuestro simón ante la verja del jardín en que se elevaba aislado en el barrio de San Germán, el hotel-palacio del conde de N. Dimos nuestros nombres, e introducidos en un saloncito del piso bajo, nos encaramos con dos caballeros de mediana edad que, al parecer, nos aguardaban en él. Saludámonos fría y ceremoniosamente; y yo, a quien correspondía exponer el primero el objeto de nuestra misión, dije que siendo el señor conde el ofendido y el provocado, a pesar de ser él el primero en presentar su tarjeta y precisar la situación, nuestro ahijado le dejaba el derecho de imponer, aceptándolas sin restricción, todas sus condiciones.

—En ese caso—dijo el mayor de aquellos señores, en cuyas patillas negras blanqueaban ya no pocas y acaso prematuras canas—, he aquí las condiciones usuales del señor conde: el florete de combate o la espada de ceñir, hasta la rendición, el desarme, o la muerte suya o de su adversario. El señor conde proponía también el sable; pero teniendo en cuenta nosotros, sus padrinos, la ventaja del brazo y la estatura de M. Fermín sobre las del señor conde, y creyendo además que siendo el sable un arma de caballería, y no estando ya en uso los duelos a caballo, como en la Edad Media, no debíamos proponerlo, nos atrevemos a suprimirlo.

Dimos Delmas y yo nuestro asentimiento con un «está bien», y continuó diciendo el caballero francés de la barba gris:

—Si del duelo a espada quedase uno o ambos fuera de combate, pero no satisfecho, se verificará, cuando hubiere lugar, un segundo duelo a pistola, una en cada mano, treinta pasos de distancia, y marchando uno sobre otro, a tirar a discreción.

Volvimos a dar Delmas y yo una señal de asentimiento con la cabeza, y concluyó el buen caballero francés de esta manera:

—Pero hay una circunstancia que ignoro aún cómo podrá influir en el ánimo de ustedes y cambiar el aspecto de nuestra situación. El señor conde ha vivido en Bilbao, Pamplona y Barcelona como cónsul de Francia, y allí ha sido amigo, tenido negocios y recibido favores del padre de M. Fermín; y al reconocerle por su tarjeta, si éste se aviene a una explicación con el señor conde y a recibir de él, en nombre de su señor padre, una lección de educación, a la que tan groseramente ha faltado con él, el señor conde se dará por satisfecho y ofrecerá su casa y su amistad al atolondrado hijo de tan respetable padre.

Hubiera yo dejado de ser de la tierra nuestra, si no me hubiera dejado llevar del espíritu farfante de mi bocón sevillano. Había ido a buscar un medio de impedir el duelo, por su intervención, a casa de Grissier, y ahora que aquel caballero me lo ponía como en la palma de la mano, tomé la cortesía, y tal vez la gratitud, por miedo; y más ciego, más imprevisor y más temerario que Fermín, eché a éste de cabeza en aquel berengenal, poniéndome en pie y diciéndole con desdeñosa sonrisa:

—Nuestro ahijado es ya mayor de edad y no se avendrá a recibir lecciones de nadie, ni a permitir a nadie tomar el puesto de su padre. Sólo nos resta saber el día, la hora y el sitio.

Pusieronse también en pie los dos caballeros franceses, y con la dignidad de quien está en su derecho, y con una espartana concisión, dijo el que había llevado la palabra:

—Mañana, a las ocho, bosque de Vincennes.

Y nos despedimos de los padrinos del Conde jorobado, y dimos al cochero las señas del hotel de Fermín.

Al contarle yo a éste las justas observaciones del francés sobre el desafío a sable, las tremendas condiciones del segundo duelo a pistola, y la facilidad del conde en darse por satisfecho de la injuria del hijo, por respeto al padre, cayó, como yo, en el error de tomar la cortesía por miedo; y yo, creyendo sandiamente haber hecho una hombrada, le precipité a concebir una barbaridad, que formuló en esta estúpida frase:

«¿Conque en el lugar de mi padre quiere ponerse? Mañana voy a ponerle yo en el de mi perro. Ya verá quién es el hijo de mi padre.»

V

Ignoro lo que en aquel día hizo Fermín; tenía yo que acompañar y despedir a una familia que se volvía a España con el correo de aquella noche, y sólo le vi un instante en el café Napolitano para acordar la hora en que iríamos a buscarle a la mañana siguiente Delmas y yo. Era el 23 de junio, verbena de San Juan en nuestra patria, y Fermín se me escapó, diciéndome que iba a celebrar un recuerdo de la fiesta nocturna de España con una reunión de españoles, donde irían los Ciebras con sus guitarras y unas muchachas andaluzas con palillos y pandereta.

Yo comprendo cómo se baila y se bebe una noche, para aturdirse y olvidar que se bate uno a la mañana siguiente; pero no comprendo que teniendo que batirse a las ocho de la mañana, se baile la noche anterior, a peligro de llegar al terreno insomne y fatigado.

Junio es para mí el mes más alegre y poético del año; es el mes de las verbenas y de los holgazanes; tiene tantas fiestas como días, y tantas vigílias como noches; tantas supersticiones como aniversarios, y tantas leyendas como verbenas; es el mes de los buenos augurios y de las esperanzas para las muchachas, y el de la cosecha para los libertinos; es el mes de las primeras frutas que calientan la sangre; de las moriscas albahacas que excitan los sentidos, y de las tradiciones que exaltan el cerebro; no recuerdo quién cantaba allá en un pueblo de Castilla:

«Tiene junio tres verbenas
que empiezan con San Antonio;
y son tres noches muy buenas
para dar gusto al demonio,
comprar un saco de penas
y hacer un mal matrimonio.»

Y no recuerdo tampoco quién cantaba, bajo el emparado de la puerta de un cortijo de Andalucía:

«Junio es un mes de infortunio;
palabras que en él se dan,
vienen con San Juan en junio
y con San Pedro se van.»

Junio es para mí el mes de los recuerdos y de los delirios; paso sus noches soñando venturas en exaltación nerviosa, y sus días en recordar aventuras pasadas, sumido en una especie de perezoso letargo; pero ¡ay de mí siempre en junio me ha sucedido alguna

desgracia, o me ha dejado su hez amarga en el corazón algún desengaño; en junio se verificaban los exámenes en la Universidad, y yo salía de ellos como un pollo que se cayese en una caldera de agua caliente; y en junio, en fin, se casó con un escribano la primera mujer a quien amé.

Y un 24 de junio, a las seis de la mañana, me presenté en casa de Fermín en un coche, en el cual nos empaquetamos a las siete Delmas, Fermín y yo con una caja de pistolas y dos espadas de combate, tomando rumbo al bosque de Vincennes. Delmas, que era hablador de suyo, y cuya conversación era siempre viva, chispeante y pintoresca, como que sabía mucho, iba callado y sombrío en la banqueta delantera al lado de la caja de las pistolas, colocado entre los pies un estuche de cirugía, y a su espalda tendidas las dos espadas.

Fermín parecía soñoliento, y casi aún no despierto, y yo me dejaba arrastrar inconscientemente contemplando los árboles, entre cuyas hojas revoloteaban cantando alrededor de sus nidos los inquietos pajarillos y las brillantes gotas del rocío que comenzaban a evaporarse en las puntas de las ya crecidas verbas.

Yo no sé por qué el día de una desgracia y los momentos antes de cualquier catástrofe, me ha presentado siempre la naturaleza un bello y tranquilo espectáculo que contemplar: siempre en los momentos de supremo pesar o de inminente riesgo por que ha pasado mi descarriada existencia, Dios se me ha presentado a través de uno de los más risueños cuadros de su maravillosa creación; pero yo no he sido nunca más que un poeta; y mis alegrías y mis tristezas, mis creencias y mis errores, mis desventuras reales y mis ilusorios deleites, las agonías de mis desesperaciones y las fortalezas de mi fe, han brotado todas como vapores fantásticos y perfumados de la superficie tranquila de mi imaginación poética; que es un lago trasparente y sereno, circundado de flores y follaje, donde la luz del cielo refleja siempre la faz de Dios. He aquí por qué en todas las situaciones difíciles de mi vida, camino yo al peligro en la vaguedad inexplicable, casi estúpida, de quien no puede jamás formarse idea cabal de lo que le pasa, del que vive sin conciencia de la vida real, en la divagación y el delirio de la existencia de los países imaginarios de la leyenda, la tradición, la fábula y los romances; de la poesía, en una palabra.

Habría ya seis minutos que dejaba nuestro cochero ir sus caballos sin apurarlos, avanzando por uno de los caminos abiertos a través del bosque de Vincennes, esperando orden de dirección o de parada, puesto que por los efectos que nos había visto colocar en su vehículo, no podía ignorar a lo que íbamos, cuando un jinete que en una hermosa yegua alazana por la misma calzada que nosotros íbamos nos precedía, se acercó a la ventanilla derecha, a la cual me había yo asomado para admirar la esbelta bestia en que cabalgaba; y tocando con su mano derecha el ala de su sombrero, me dijo, inclinándose sobre el cuello de su dócil cabalgadura:

—Suponiendo que como extranjeros podían ustedes no ser prácticos en este lugar, he tenido la previsión de constituirme en su guía.

—Mil gracias —le contesté—, y di orden de que le siguiera a nuestro impasible automedonte. El jinete era el más joven de los dos caballeros con quienes habíamos topado en casa del conde el día anterior.

Aquí, Fermín, como sacudiendo su importuna modorra, exclamó:

—¡Diablo, qué callados habéis venido! Yo vengo muerto de sueño, porque el vino de Jerez, las muchachas de Málaga y una carta que he escrito a mi padre para que me la echen hoy al correo, diciéndole que estoy bueno, me han impedido dormir más de tres horas; pero este aire de arboleda me despeja, y ya estoy listo: ¿aparece ya por ahí mi jorobeta?

Fermín no había comprendido las frases francesas a mí dirigidas por el de la yegua; pero era claro que había comprendido la situación.

—No—le dije—, ese caballero es uno de sus amigos; probablemente de sus padrinos.

—Que traiga con él muchos o pocos, no me importa; pero sentiría que hubiese dado a la policía el ¡quién vive!

—Creo—le contestó Delmas—que podemos estar sin cuidado sobre ese punto; yo he tomado ayer mis informes, y el jorobado no tiene torcido más que el espinazo; el espíritu lo tiene recto.

—Me alegro—dijo Fermín.

Y de lo dicho saqué yo esta doble consecuencia: que Fermín seguía pensando mal del jorobado, por lo que ha dado en llamarse espíritu nacional, o por recelo de bravucon, y que Delmas, por el primer motivo, defendía y ponía en buen lugar a su compatriota; todo lo cual encontré yo perfectamente en el carácter de los países a que pertenecíamos.

El carruaje se detuvo; abrí la portezuela y saltamos los tres a tierra; Fermín se apoyaba en una rica caña de Indias, y echó una mirada alrededor como buscando algo; como en respuesta a aquella mirada, dijo el caballero francés: «Aún no son las ocho», y mostró su reloj, que marcaba las ocho menos nueve minutos.

—Hemos venido antes, dije yo atajando a Fermín, que iba a decir, sin duda, alguna inconveniencia, por si un extravío nos hacía perder tiempo.

—Así lo he comprendido; y el Sr. Conde será exacto.

—Como no lo sea!... exclamó Fermín.

—Tomaré yo su lugar para que usted no espere, le dijo con altivez e interrumpiéndole el caballero francés.

Ahogué la palabra en los labios de Fermín con una mirada, y Delmas con el anuncio de un carruaje que se acercaba por la avenida al trote resuelto de sus dos caballos.

Volvimos todos la cabeza; era un *coupé* negro, que arrastraban los dos bayos húngaros. Apeáronse de él, a la vera de la calzada, primero nuestro conocido de ayer, el de la barba gris, y tras él el Conde: un lacayo sacó del *coupé* dos espadas y una caja de pistolas, y encaminándose hacia nosotros, se alejó su carruaje, llevándose tras sí al nuestro.

Y aquí pasó algo tan difícil de contar como fácil de comprender, teniendo en cuenta el carácter, la tierra, la posición y las opiniones de mi Fermín.

El Conde, vestido de negro, estaba muy pálido, y nos pareció muy preocupado, al saludarnos tan cortés como secamente; y tomando el de la barba gris la dirección de la escena:—Internémonos un poco más, nos dijo; cerca hay un recodo sin veredas, donde nadie nos podrá ver ni venir a interrumpirnos.—Y echando adelante, y siguiéndole el de la yegua con las espadas y la caja, echó tras ellos el Conde, Fermín tras éste, y Delmas y yo, con nuestras armas, tras de Fermín, y he aquí lo difícil, pero inexcusable de narrar.

Caminaba el Conde un paso delante de Fermín, haciendo a su pesar y por su propio desquite, la mala figura que hace siempre un jorobado, visto por la joroba; y Fermín, cediendo a una de esas diabólicas tentaciones, a que ceden desdichadamente los valientes fanfarrones de nuestra raza, tuvo la malhadada ocurrencia de apoyar su caña de Indias en el mollar del antebrazo derecho del jorobado, y empujándole hacia la izquierda, la pasó rápidamente sobre su cabeza, deteniendo el impulso que le había impreso, apoyándose en el mollar del brazo izquierdo, como hacen los muchachos con el palo y el dominguillo. El jorobado se cernió de derecha a izquierda y recobró su equilibrio, obedeciendo al impulso y a la repulsión de la caña de Indias; pero ni volvió la cara,

ni dijo palabra, como si lo que le hubiera tocado hubiera sido la rama salvaje de algún arbusto de exuberante vegetación.

Yo sentí la paralización del asombro invadir mi cuerpo; Delmas se pasó la mano por los ojos, como para quitarse algo de ante su vista; y dando en esto vuelta a un grupo de árboles, entramos en una especie de glorieta entre ellos naturalmente abierta y oculta. Era un círculo informe de veinticinco a treinta pasos de diámetro, cercado, a propósito o por descuido, de espesa e inculca maleza.

Su suelo, a pesar de la perpetua sombra en que el alto arbolado le conservaba, era duro, seco y escaso de menudó césped; lugar, en fin, sin igual para lo que se le había buscado. Los caballeros franceses, colocados a la izquierda, formaban grupo, teniendo tras ellos al Conde, pálido, sombrío y con los ojos constantemente bajos; y así midieron y prepararon sus armas. Hicimos otro tanto Delmas y yo, teniendo a nuestra espalda a Fermín, derecho, erguido y con los ojos fijos con desdenosa sonrisa en el grupo enemigo. El de la barba gris trazó en el suelo una línea que partía el terreno. Colocó una espada a la derecha y otra a la izquierda, delante y detrás de la línea, después de habérnoslas dado a reconocer: y dijo. «Cuando ustedes gusten». Despojóse el Conde de levita y chaleco y se adelantó hacia la línea tomando su arma, haciendo Fermín lo mismo. Al alzarse el Conde, cuadróse, mostró su pecho desnudo, alto y deforme de esternón, abrióse para que Fermín midiese su espada y se colocase a distancia; hizolo Fermín noblemente, y cuadrándose a su vez, se abrió y mostró desnudo su pecho de Anteo y sus brazos de Hércules. Tendióse el Conde a medir su arma, y tocó, tal vez por descuido, la camisa de Fermín sobre la carnosidad interna de la tetilla derecha. ¡En guardia!, dijo el de la barba gris; y al caer el Conde con una precisión intachable en la guardia de Grissier, con su brazo izquierdo atrás, su cabeza erguida y sus ojos clavados en los de Fermín, el jorobado sufrió una trasfiguración: yo creí que la joroba se le había metido en el pecho, y al ver su tranquila inmovilidad y su imperceptible sonrisa, surgió en mi cerebro, sin que la redujera a palabras, esta idea: «Fermín es muerto».

Atacó éste con una impetuosidad y una rapidez que amenazaba poner en un minuto fin al combate, que fué ni visto ni oído, cinco golpes y cinco paradas: a la sexta dijo el Conde *touché!* y se enderezó, parando con una expulsión la séptima estocada de mi amigo. Un hilo de sangre corría del pecho de Fermín en el mismo sitio en que tocó el Conde al medir su florete. Pasóse Fermín la mano izquierda por la herida, y diciendo «nada», pero rojo como un apoplético, dió un paso adelante para colocarse en su lugar.

—¿No satisfechos?—preguntó el de la barba gris.

—No—respondió con rabia Fermín.

—No—dijo con calma el jorobado.

—En guardia—volvió a decir el francés, extendiendo su brazo derecho entre los dos.

—Volvieron a caer en guardia, bajo su extendido brazo, y gritando *¡en avant!* y retirándole con presteza, volvió a suceder lo mismo; tres estocadas furiosas, tres paradas inquebrantales, otra expulsión del jorobado; otra voz de *touché!*, como si estuviera en la sala de armas, y otro hilo de sangre en el pecho del casi ebrio de ira Fermín. Delmas y el caballero de la barba gris se metieron entre los dos combatientes: yo no sabía lo que me pasaba y permanecí inmóvil; sentía frío, tenía miedo.

—¿Todavía no?—volvió a preguntar el francés.

—No, no—dijo el navarro, como respondiendo por sí y por el otro.

—¡En guardia! *¡En avant!*

Y se vino Fermín ciego sobre el Conde... y no sé lo que pasó: no lo vi; creo que no lo miré; creo que cerré los ojos. Sentí cuatro golpes de hierro con hierro; el silbido

chirreador de una expulsión o una finta; un estertor de esfuerzo del Conde, y una blasfemia del español.

Cuando me arrojé, instintivamente, sobre éste, Delmas le sujetaba ya por el brazo izquierdo, y los dos franceses estaban interpuestos entre él y el Conde, que tenía en la derecha su espada, y en la izquierda la de Fermín. Éste no podía ni hablar, ni respirar; rugía:

—¡Que me mate!—y los cuatro le sujetábamos. El Conde tiró las espadas, fué a coger la caña de Indias de Fermín, y trayéndola en la izquierda, se le puso delante, y mientras él rugía, dijo con una dignidad que nos subyugó:

—Tenedle, y que calle para oírme; y marcándoselas con el índice de la mano derecha, siguió diciendo al trastornado Fermín, que cesó de aullar:—¡que me mate!, para oírle estas palabras:

—Por cualquiera de estos dos puntazos ha podido entrar la muerte; y esta caña debía de romperse en tu rostro (y la rompió en su rodilla); pero yo debo la vida a tu padre, y no he querido matarte hoy, que es día de su santo.

Dentro de ocho, si no has venido a pedirme perdón, escribiré a tu padre lo que conmigo has hecho, y nos volveremos a batir a pistola; pero no podré detener la bala, como he detenido el florete.

Tomó el jorobado su levita; perdió Fermín el sentido, y desaparecieron los franceses, arrebatados en el *coupé* negro por el trote tendido de los bayos húngaros.

Nuestra situación era comprometida a más no poder. Fermín había perdido el conocimiento, en un paroxismo de cólera y de vergüenza: Delmas temió que al volver en sí le afectara el cerebro la apoplejía o la locura. No podíamos permanecer en aquel sitio, con aquellas armas al lado, sin arriesgarnos a dar irremisiblemente con impertinentes curiosos o con gendarmes y polizontes, a los cuales no podríamos dar explicación alguna, que no pareciese un arbitrio premeditado para impedir el segundo duelo, si la terquedad insensata de Fermín, a quien ya no podíamos abandonar, nos arrastraba a verle morir en él. Delmas no quería separarse del navarro, para no perder el más mínimo pormenor de la manifestación vital cuando en conocimiento volviera; ni yo me resolvía a dejar solo con él a Delmas, por si esta manifestación se verificaba bajo la influencia de un trastorno cerebral.

No era fácil, por fin, conducir en hombros hasta el carruaje a un hombre tan corpulento como Fermín, y las malezas nos impedían ver y llamar por señas a nuestro cochero, a quien no era posible llamar a gritos, sin que otros que él los oyeran. En estos angustiosos momentos, sentimos con terror pasos de alguien que, dando la vuelta al recodo, penetraba en la escondida glorieta en que nos hallábamos; mas mi angustia se cambió en satisfacción al reconocer al de la yegua, que con su lacayo acudía en nuestro auxilio; tal vez más por afán de sacar de compromiso al Conde su ahijado, que a nosotros de nuestro atolladero. Como quiera que fuese, el caballero francés, Delmas y el criado cargaron con Fermín, y yo con las armas y el estuche de Delmas; y con él y con todo, dimos en nuestro coche; cuyo cochero tenía de las bridas la yegua y el caballo de nuestro ayudador y de su criado.

Arreglámonos nosotros en nuestro simón, cabalgaron amo y criado, y con un silencioso saludo, partimos de vuelta a París. El movimiento del coche hizo volver en sí a mi compatriota, de cuyo rostro no quitaba Delmas sus ojos. Abrió Fermín los suyos, mirónos un instante con vaguedad, aspiró y respiró como si sus pulmones tuvieran fuerza y necesitaran el aire de un fuelle de fragua; sentóse a plomo, miró y compuso su camisa y su corbatín, buscó y vistióse su levita, que se abrochó hasta el último bo-

tón; y comprendimos que conforme iba componiendo su exterior, iba en su interior dándose cuenta de la situación, con tan poco desconcierto suyo como asombro de Delmas y mío, que seguíamos contemplándole y esperando en silencio la manifestación de sus ideas por sus primeras palabras.

Pero los valientes son poco más que bestias brutas; creen que la ferocidad es antes que la dignidad humana, y que matarse es más digno que reconocerse. Mi Fermín, estirándose los puños y frunciendo las cejas, dijo: «La cólera me ha cegado a mí, como su destreza le ha valido a él; pero aún hay ocho días para ir mañana y tarde al tiro; lo que siento es haber perdido el sentido delante de él, no sé cómo; pero si ha creído que fué de miedo, ya se convencerá de que no lo tengo.»

Delmas y yo callamos, por no saber qué decirle; él, después de mirar por las ventanillas, como para reconocer dónde se hallaba, miró su reloj, y arrellanándose en su rincón, nos dijo: «Lo que tengo es sueño: he pasado tan alegre noche como triste mañana; y cruzó los brazos y cerró los ojos, dejándonos estupefactos.»

Durmiera o no, no dijo palabra más. Al cruzar la barrera, vi al jinete de la yegua, que allí acaso nos esperaba por si los guardas fijaban su atención en nuestro coche; pero ya porque por él con ellos estuviéramos abonados, o porque nada ellos de nosotros recelaran, entramos en París sin perance ni detención, hasta casa de Fermín, en la calle de Choiseul. Apeóse Fermín, diciéndonos: «No os incomodéis: mañana hablaremos; hoy tengo necesidad de dormir; y nos volvió la espalda». Delmas y yo tuvimos en casa de éste una larga conferencia, de la cual resultaron las conclusiones y decisiones siguientes:

1.^a Que Fermín, avergonzado de su vencimiento y humillación después de sus arrogancias, no quería hablar más de lo pasado.

2.^a Que ciego por las preocupaciones y las absurdas teorías de los valientes sobre el valor y el honor, prefería hacerse matar por el jorobado a darle satisfacciones; pero que, reconociendo en conciencia la razón y el derecho en aquél, y no queriendo reconocer que debía la vida a su destreza y generosidad, iba a preferir exponerse por segunda vez a que se la quitaran de un pistoletazo, por temor a que los valientes le tuvieran en menos, por dar satisfacción noblemente a quien estúpida, brutal e injustificadamente había ofendido y provocado.

3.^a Que no siendo decoroso que nosotros, padrinos de Fermín en su primer duelo, le abandonáramos en el segundo; que no debiendo tomar nosotros la iniciativa para explorar las intenciones del tan diestro y prevenido como altanero y jorobado Conde, ni meternos en los secretos de interés o de amistad que entre éste y el padre de Fermín existiesen, ni a tomar por nuestra cuenta el papel de mediadores en favor del Conde contra nuestro ahijado, lo mejor era que yo escribiese claro lo acaecido al padre de Fermín y él tomase la determinación que mejor le pareciere; si las circunstancias y el curso natural del negocio le daban tiempo para venir a París, escribir al Conde, a su hijo, o a los dos, o plantear, en fin, la cuestión sobre la base que más le conviniera.

4.^a Que ni Delmas ni yo procuraríamos abocarnos con Fermín, si éste no nos llamaba, y dejaríamos correr el tiempo y los sucesos, hasta que el padre nos contestara o el hijo reclamara nuestros servicios; como amigos para impedirle, o como padrinos para llevar a cabo el segundo duelo a pistola propuesto por el jorobado.

En consecuencia de cuyos acuerdos, Delmas se fué a sus visitas y yo a mi casa a escribir al padre de mi amigo.

Dile en mi carta cuenta exacta de los hechos, sin atenuaciones de las demasías de su hijo ni exageración de los derechos que asistían y del miedo que yo tenía al jorobado, y dándole las señas del palacio del Conde, de la habitación de Fermín y de la mía, eche

al correo la carta y me volví al alcázar moro de Granada, a vagar por él con la sombra de la enamorada Moraina de mi poema, en cuya fantástica y deleitosa ocupación se me pasaron siete días, sin acordarme del mundo real ni de los azares de mi terrena existencia.

VI

El 1.º de julio, harto de trabajar y ganoso de movimiento, aire y distracción, tomé un *coupé* de remise, y me hice llevar al Bois de Boulogne, con el objeto de perderme y cansarme en aquellas arboledas, para descansar después, comiendo en alguno de sus kioskos, consagrados por las modernas costumbres en pequeños templos de alegría pagana y de católica gula. Eran las cinco de la tarde: despedí mi carruaje a la entrada de las alamedas, y me eché por entre los árboles buscando en el ejercicio, aire y apetito. Al dar la vuelta a un ángulo formado por dos caminos que se cruzan, sentí los pistolazos del tiro de Pirmet; entré, más que como tirador curioso, como amigo de Pirmet para saludarle, y di al entrar con las espaldas elevadas y robustas de dos amigos; es decir, de un amigo y un enemigo en quienes no pensaba: el amigo era Fermín, y el enemigo el contrincante con quien él sostenía una apuesta en aquel momento; un Polaco emigrado que me había metido una vez el resuello, corrigiéndome veinticuatro tiros y ganándome veinticuatro luises, además de humillar mi amor propio de tirador; destreza de que entonces tenía la necesidad de vanagloriarme.

El Polaco me propuso partir doce balas, tiro tan vulgar como vistoso: partí yo todas las mías; pero pesadas y medidas las mitades de nuestras balas, él partió todas las suyas más por mitad que yo: me dió otras doce de revancha, y volví a no errar un tiro, pero a perderlos todos por corregímelos él; con lo cual sentí yo no poderle meter en la cabeza la bala del tiro veinticinco—¡tal me sentía de quemado!—Y cuando me dijo con sorna, embolsándose mis monedas: «Tira usted muy bien»; le respondí con despecho: «Veinticuatro luises gana usted por saberlo»; y le volví la espalda, y no le había vuelto a ver. Con este Polaco hallé empeñado a mi amigo Fermín; y el Polaco, que alcanzaba una elevada estatura, era tan cargado de hombros, que bien podía dársele por jorobado.

Cuando entré yo, acababa el Polaco de hacer con Fermín lo que conmigo había hecho hacía dos meses; y Fermín acababa de proponerle la revancha con las nueve balas colgadas a nueve distintas alturas, que era el tiro de Vallerias, y que yo le había enseñado.

Embebecidos él y el Polaco en su apuesta, y yo inmóvil por la sorpresa del encuentro, permanecí mudo y desapercibido espectador entre los varios que allí encontré. Tiró el Polaco y casó ocho balas: erró, y dejó colgada la novena, y comenzó a tirar mi Fermín, y yo llevaba el alma en sus nueve balas, como si en ellas fueran, con mi honra y la del pabellón español, mis veinticuatro luises perdidos dos meses antes. Casó las cinco primeras, la sexta, la séptima, nadie respiraba: casó la octava.

Al servirle Pirmet el arma para la novena, se le disparó la pistola: quiso el Polaco por tal azar igualar la partida y turbar al tirador; pero Pirmet y los circunstantes se pusieron de parte de Fermín, quien sin discutir ni alterarse, colocó el cuerpo sólida y rectamente, recogió con firmeza su brazo, dobló lentamente la muñeca, y apuntando con calma, se llevó la novena bala entre el apluso de los franceses, para quienes el Polaco era poco simpático, y mis brazos que le ceñí por la cintura.

Recogió su dinero, saludamos a Pirmet, y trabamos, saliendo, Fermín y yo el siguiente diálogo:

—¿Has comido, Pepe?

- Pensaba comer aquí.
 —Siete días van que aquí como después del tiro.
 —¿De modo que estás resuelto a no dar satisfacción al Conde?
 —Sí; pero no en Francia.
 —¿Pues en dónde?
 —En el otro mundo. Vamos a comer, Pepillo mío. Dar satisfacciones a un francés y jorobado, es echarse encima cincuenta silbas o cincuenta duelos al volver a España.
 Así dijo Fermín, llevándose al restaurant; y decíame yo a mí mismo, mientras al restaurant nos dirigíamos:
 —¡Dios mío! ¡Pero qué bestia es la humanidad! ¡El hombre es la única criatura que deshonra a su Criador!

VIII

Comió Fermín como acostumbraba, pero no bebió como solía; mostró el mismo humor de siempre, y habló de las mil y una banalidades de que hablan en París los extranjeros ociosos, que no van más que a gastar su dinero en ver el París exterior; y ya estábamos esperando el café, y esperaba yo aún que me hablase algo del jorobado; pero ni le mentó. Comprendía yo perfectamente que por lo pasado con el Conde, humillando su amor propio, le repugnara el recordarlo; pero no comprendía que preparándose para él, como acababa de demostrarme su presencia en el tiro, olvidara su segundo duelo, aplazado por el Conde en un término fijo, que iba a cumplirse.

Viendo, pues, que Fermín no la tocaba, determiné abordar la cuestión, y lo hice sin circunloquios, diciéndole:

- ¿Y qué hacemos?
 —¿De qué?
 —Pues del segundo duelo; si cuentas con Delmas y conmigo, creo que es ya hora de pensar en algo.
 —¿En qué?
 —En el jorobado.
 —Déjale venir; tomar nosotros la iniciativa tendría visos de provocación o de impaciencia; no recibir satisfacción mía... ya sabe lo que quiere decir.
 —Pero, en resumen, le debes la vida, Fermín; dos veces pudo matarte; no creo que te deshonrarás reconociéndolo.

—Si no me mató, fué por consideración a mi padre: que arregle con él sus cuentas, que no son las mías.

—Las tuyas con él, Fermín, son una serie de insultos tan inmotivados como excesivos: reconocer una falta es nobleza, no cobardía.

—Tú no eres militar: mal hecho está lo hecho por mí; pero no puedo volverme atrás. Déjale venir. Él o mi padre se explicarán.

—¿Has escrito a tu padre?
 —Preguntándole solamente qué hay entre él y el jorobado. Aún no he recibido contestación, dijo Fermín secamente y mostrando que el diálogo no era de su gusto.

Me guardé muy bien de revelar a mi amigo que también había escrito yo a su padre, y que ya me extrañaba no haber tampoco recibido contestación; pero no me atreví a inquirir más sobre su carta, porque no entrara en sospechas de la mía.

Y tomando el café, volvimos a tomar un coche, y la vuelta de París por la avenida de los Campos Elíseos.

A los dos días de mi encuentro, comida y conversación con Fermín, interrumpió

mi trabajo la presentación por mi eriado de una tarjeta, cuyo nombre me era desconocido. Salí al recibimiento, donde el portador me esperaba, y reconocí en él al padrino del Conde, el de la barba gris, quien, con su espartano laconismo, me dijo:

—Puesto que han trascurrido los días del plazo, y vuestro ahijado no ha dado al Conde satisfacción...

—Habrá que proceder al segundo duelo, respondí yo interrumpiéndole.

—Pues nosotros—dijo él—esperamos la aquiescencia de vuestro ahijado, y estamos a las órdenes de sus padrinos.

—Nosotros—respondí con la misma ceremoniosa tiesura con que él había entrado en escena—esperábamos la iniciativa del Sr. Conde; y aunque sabemos que nuestro ahijado está siempre pronto, como es mozo y forastero en París, y no lleva en él una vida muy ordenada, por si no podemos verle en el día, proponemos la entrevista para pasado mañana, a la hora y en el sitio que el Sr. Conde designe; a no ser que sea tal su impaciencia...

—¡Oh! no—exclamó interrumpiéndome a su vez el de la barba gris—, al contrario, el Sr. Conde esperaba satisfacción a cambio de su generosidad, y que Mr. Fermín estimara en más la consideración que el Sr. Conde tiene a su padre. Ha pasado ocho días muy tristes, y asistirá con la mayor repugnancia a su segundo duelo, en el cual tendrá que quedar indudablemente sobre el terreno uno de los dos adversarios.

—¿Pues por qué no desiste de él?—dije yo cándidamente.

Mírome con extrañeza mi interlocutor, y preguntóme al fin:

—¿Cree usted que quien debe desistir es el Sr. Conde?

Yo no respondí; decididamente no entiendo ni el *Christus* del código de los valientes, y comprendí que el valor debe de consistir sin duda en no ceder jamás; pues yo me veía metido entre dos valientes, ninguno de los cuales quería darse por satisfecho, ni confesarse culpado. Fermín, emperado en matar o ser muerto por un hombre, a quien deber la vida le encorajinaba más, me parecía un ingrato e indomable gato salvaje; y el Conde, que en vez de contentarse con la superioridad, por su noble grandeza adquirida en el primer duelo, se empeñaba en el segundo de tan mortales condiciones, me pareció una pantera sedienta de sangre. Había yo alimentado, casi inconscientemente y sin darme hasta entonces cuenta de ello, la esperanza de que el padre de Fermín hubiera, en contestación a mi carta, escrito al Conde, a Fermín, o a mí otra que hubiera sido base más o menos sólida en qué afirmar un arreglo que evitara un desastre; pero no habiéndole llegado a Fermín ni a mí, no osé, aunque tuve la pregunta en la punta de la lengua, arriesgar la más ligera indagación sobre la que pudiera el Conde haber recibido, y por primera vez me encontré con profundo disgusto, envuelto y arrastrado a hacer tan desagradable papel en tan mal conducido negocio.

—Mañana—dije al de la barba gris—tendremos el honor de presentarnos en el hotel del Sr. Conde, completamente a su disposición; y me puse en pie.

No sé por qué quise yo ganar un día.

Despidióse el de la barba gris, y no me permitió volver a mi trabajo la inquietud en que me dejó, y el hastío o el miedo que me causaba el segundo duelo.

Aboquéme con Delmas aquella mañana, y ambos con Fermín aquella tarde, y con los padrinos del Conde al día siguiente; y amaneció, por fin, aquel día por mí tan temido, a las siete, de cuya mañana volvimos a los mismos preparativos del primer viaje para este segundo a Vincennes. Delmas iba cabizbajo, y Fermín fumaba; llegamos al sitio, pero aún no hallamos a nadie; el cielo estaba un poco encapotado; la mañana fresca, y si el objeto de nuestro viaje no hubiera sido el que era, hubiéramos podido prometernos un delicioso paseo.

Hicimos alejar el coche, y no apercibiendo la proximidad de alma viviente, nos acomodamos sobre la yerba, afectando la indiferencia de desocupados y madrugadores paseantes, por si había por azar quien apercibirnos pudiera. Pero pasaba el tiempo y no parecía nadie; la hora era la de las ocho y el lugar de la cita el mismo; y pasaron diez minutos, y veinte de las ocho, y no acertábamos a darnos cuenta de la tardanza del exacto Conde. Las ocho y media, las nueve menos cuarto, y nada. Iban a dar las nueve, Delmas opinaba que habíamos cumplido y que debíamos retirarnos, aguardando explicación del Conde, cuando un torbellino de polvo, que por el camino real se venía acercando, nos hizo suponer que traía en su móvil nube un carruaje que, corriendo, le levantaba.

A los pocos minutos pararon en firme los bayos húngaros que arrastraban al *coupé* negro del Conde.

Temblé yo, perdiendo la esperanza que el retraso del jorobado me había hecho concebir, y me dispuse a presenciar algo que me hiciera dormir mal muchas noches y guardar en la memoria para siempre un mal recuerdo y una aciaga fecha. Pero con grande asombro de los tres, vimos apearse del *coupé*; no al Conde, su propietario, sino al padre de Fermín, que era un navarro corpulento, moreno, cano, musculoso y de bruscos modales, pero rebosando en su fisonomía la expresión de la más franca honradez y la inflexible tenacidad de la buena gente de su país.

—Buenos días—dijo con una voz de robusto timbre y poderoso aliento—; y dirigiéndose a mí, me apretó las manos entre las suyas, a riesgo de triturarme los dedos, continuando: Gracias por su carta de usted y por haber servido de buena fe a mi hijo en tan infame calaverada; pero ni yo quiero que el jorobado me lo mate, como debe de hacerlo, ni que mi hijo mate a mi mejor amigo; lo que merecería, que yo matase a mi hijo. El Conde no viene. Fermín y yo vamos a su casa, donde nos espera. Vamos, Fermín.

Este dió un paso atrás y comenzó a decir.

—Padre, si es para...

Pero el viejo no lo dejó continuar. Dió hacia adelante el paso que él hacia atrás había dado, y cogiendo con su izquierda la muñeca derecha de su hijo, le asió con la derecha por la garganta, y le dijo con voz serena, pero temblándole la barba:

—¿Qué idea tienes tú de tu padre? ¿Crees, miserable, que ya no es en tu casa tu padre la imagen de Dios, o que no tiene ya puños para obligarte a obedecerle o estrangularte?

Brotaron a los ojos de Fermín dos lágrimas, tal vez de arrepentimiento, tal vez de ira, tal vez de vergüenza..., pero no hizo el más mínimo esfuerzo de resistencia.

El viejo le empujó hacia el carruaje y en él le metió poco menos que a la fuerza; y volviéndose a nosotros, y tendiéndonos una mano a Delmas y otra a mí, nos dijo grave y resueltamente:

—Gracias, señores. Fermín no necesita ya más padrinos que su padre. Esta es una cuestión de familia, y mientras yo viva, represento a Dios en mi casa y nadie mandará en ella más que yo.

Subió al *coupé*, cerró la portezuela, y el cochero que había vuelto sus bayos hacia París, se llevó al padre y al hijo, dejándonos a Delmas y a mí estupefactos.

VIII

—¿Qué lazo, qué interés o qué misterio unían al jorobado Conde con el viejo y vigoroso navarro? ¿Qué pasó en casa de aquél entre él y los dos Fermines? Nunca lo supe.

Cuando algunos días después fui a visitar a Fermín ya no habitaba en el hotel; había partido con su padre fuera de París. Una tarde del mes de septiembre, volviendo del hipódromo, vi al Conde que subía por la avenida de los Campos Eliseos hacia el arco de la Estrella en su victoria, con su mujer.

Vióme y saludóme; saludéle, y viendo que mandaba a su cochero quebrar hacia mí, le esperé, y me tendió él las manos, y su mujer fijó en mí sus hermosos ojos con evidente curiosidad.

Díjome él que por los navarros sabía quién yo era, que había comprado mis obras en casa de Baudry para que las leyera su mujer, y me ofreció su casa para el invierno, porque en aquella semana salían para sus posesiones de Normandía.

Yo, absorto en la admiración de aquella mujer tan hermosa, pregunté, como quien habla consigo mismo.

—¿Pero esta señora comprende el castellano?

Sonrió el Conde jorobado, y respondiéndome ella, y el aliento de su boca y el sonido de su acento oreó mi faz con un aura del Guadalquivir, y halagó mi oído con el murmullo de las hojas de los naranjos:

—Como que he nacido en Sevilla, aunque mi familia y mi apellido son alemanes.

Y partió la victoria al trote de los caballos húngaros, y yo me quedé diciendo:

—¿Quién será esta mujer tan hermosa, y por qué lo será de este jorobado?

EL JURAMENTO DE LA MULATA

I

Hay en los años de mi vida dos meses que por los más felices y los más desventurados en ella cuento, y son los pasados en la fresca soledad del cafetal de Calvo en la Habana: febrero y marzo de 1859. Felices, por la paz y tranquilidad del aislamiento en que trascurrieron, en el trabajo asiduo de unos librijos, cuyo producto me sirvió para hacer bien y para sacar de aquella isla al honrado Anselmo de la Portilla con su numerosa prole, y al más desatinado y más incondicionalmente sumiso de mis perdidos amigos, Agustín Aynslie, desventurados, porque allí la muerte y la voluntad de Dios me dejaron solo y sin sombra, como al Judío Errante sobre la tierra; y ya sin temor de nada, y de nada sin esperanzas, determiné volver a Méjico, donde esperaba morir a fuerza de hastío de mí mismo, de abandono de la Providencia, y de haber perdido las poéticas creencias de mi fe, y convencido de que estaba condenado a no amar nada, a no ser amado de nadie, a vivir en la escasa medianía del trabajo forzado, y a morir en casa ajena, hospedería, cárcel, hospital o manicomio; fin natural de un poeta loco, única cosa que le parangonará con Camoens y con Cervantes. Si después de su muerte los supervivientes le perdonan la vida, al decir de él: *«En paz descansen!»* Entonces lo pensaba y no lo temía; hoy lo veo sin miedo, y lo encuentro lógico, y sigo procurando olvidarme del porvenir, acordándome de lo pasado y escribiendo de mis recuerdos lo que de ellos en vida puedo escribir para entretenimiento de desocupados o de mujeres curiosas; porque pensar que nadie ha de escarmentar en cabeza mía, ni a nadie han de convencer mis razones, ni interesar mis delirios, ni desvanecer las calumnias, ni acarrearne amigos, que por más que me quieran me sirvan de algo, no me ha pasado jamás por la cabeza; y si alguna vez me hubiera ocurrido, tiempo he tenido de ver mi pasajera ilusión disiparse como el humo para no volver.

Don Manuel Calvo, asombrado de verme trabajar doce horas sin interrupción, en aquella isla donde el trabajo es por el clima centuplicadamente penoso y abrumador; comer distraído, no contar el dinero y no procurar ni descanso a mi tarea, ni placer a mi cuerpo, ni esparcimiento a mi espíritu, pensó, por mucho que me honrara a sus ojos la constancia de mi espíritu en el trabajo, que no era probable que lo soportara mi miserable naturaleza; me sacó del cafetal a la fuerza y me comprometió a ir los sábados a la ciudad, permanecer en ella el domingo, comer en el palacio del capitán general y asistir al teatro de la Ópera, donde me abonó para que el espectáculo escénico, la música y la sociedad dieran lenitivo a mis pesares, ahuyentaran de mi cerebro las melancólicas preocupaciones, y volvieran a mis miembros, con el movimiento y el ejercicio, su natural tensión y a su circulación mi sangre. Asistía yo, como indiferente espectador y como desinteresado curioso, a aquellas ruidosas representaciones de la *Traviata* y de la *Lucia*, y baste para prueba de la situación de mi espíritu, saber que no puse los pies en el escenario, que el nombre del empresario me era desconocido, y que no crucé una palabra con ninguna cantante ni bailarina, no sabiéndose de mí en el teatro por dentro sino que alguna vez asistía al teatro por fuera, pagando mi localidad, cosas que hasta entonces no me habían sucedido ni en la extranjera ni en mi patria tierra.

¿Era malo el espectáculo, artísticamente considerado, hasta el punto de no excitar mi interés ni procurarme distracción un solo momento? Nada menos que eso: jamás he asistido a más interesantes representaciones, ni jamás en el teatro me han ocurrido consideraciones más trascendentales; y van a juzgar de ello mis lectores, si alguno tan benévolo me queda en *El Imparcial* que me siga aún por entre los zarzales espinosos de mis enmarañados e infructíferos recuerdos.

No recibía yo periódicos, ni sabía, ni me curaba en el cafetal de Calvo de lo que sucedía en el mundo: mi alegre escocés Aynslie me había dicho que se divertía la gente mucho por aquel país; que todo era danzas y tangos de blancos y negros, que había por donde quiera diversión y jaleo, que la Habana era un bullicioso y universal Belén los días de fiesta y que, sobre todo, en el gran teatro de la Ópera, la competencia de dos artistas y los bandos en que el público por ellas se hallaba dividido, daban a las representaciones el atractivo del entusiasmo y la importancia de solemnidades; y fui al teatro, porque Calvo me hizo ir y porque me lo aconsejó como conveniente la familia del capitán general, marqués de la Habana, a quien debí las más delicadas atenciones y las consideraciones más afectuosas.

La primera noche que asistí, daba la *Traviata* la Gazzaniga: no es la *Traviata* una partitura de mi predilección, ni Verdi mi maestro favorito, ni me pareció la Gazzaniga una cantante tan merecedora de aquellas flores con que al salir la recibieron, de los continuos y estrepitosos bravos y aplausos que durante toda la representación se la prodigaron, ni de la ovación y quintuple llamada final con que se la dieron las buenas noches. Supuse que había alguna circunstancia personal que la hacía particularmente estimada en la Habana, alguna enfermedad de la cual milagrosamente había escapado, algún beneficio dado por ella a favor de algún objeto popular o simpático en la Isla, sus relaciones, en fin, con personas en ella queridas o influyentes; algo, en resumen, que avalorara y enalteciera sus dotes artísticas, que a mí me parecieran, en mi primera audición, en visible decadencia: la voz ya ligeramente velada por el cansancio, las maneras un tanto vulgares y un amaneramiento pretencioso, como de niña mimosa, sobre el proscenio: y ya no era niña la Gazzaniga.

Plúgome mucho, sin embargo, que fuese tan aplaudida, porque no me gusta que el público desaire ni acose a los cantantes, cuyo arte es el que necesita para su ejecución más serenidad y confianza; y pensaba yo que valía más que los artistas extran-

jeros llevaran, al volverse a su patria, una idea exagerada de su galantería y benevolencia española, de su exigente e inapelable severidad; y pasé, sin dificultad, por los calurosos aplausos a la Gazzaniga, sin darme cuenta de la razón de la parcialidad de sus entusiastas admiradores.

A la siguiente representación tocaba poner en escena la *Lucía* a la Gassier, española que llevaba el nombre de su marido, al uso de Francia, y tras el cual se me escondía una muchachuela, a quien había visto estrenarse (aún no se *debutaba*) en el teatro de la Cruz, que era su apellido. Cruz se llamaba, no sé si de apellido o de nombre, y no sé si sería cruz para su marido en el matrimonio; pero me pareció, a su presentación, una Cruz muy agradable de abrazar y una voz deliciosísima de oír. La Cruz conocida mía, trasfigurada en la Gassier, era trigueña, redonda de cara y de formas, rica de pecho y de cabellera negra, riza y rufosa; cejas bien acusadas, ojos tan iluminados que relampagueaban, y con unos brazos olímpicamente modelados que remataban en dos manos pequeñas y llenas de hoyitos, compañeras de un par de pies, por los que deliran Méjico y Andalucía. No era hermosa ni punto menos; pero tenía el atractivo exterior, los efluvios vitales y simpáticos de las feas que matan a celos y quitan los amantes a las hermosas.

Saludaron su presentación en la escena nutridos aplausos, en los que no tomaron parte ninguno de los que a mi alrededor estaban, y a quienes había visto la noche anterior enérgimenos por la Gazzaniga. Cesó el aplauso, y lanzó la Cruz en el espacio las primeras notas de su garganta: su voz fresca y vigorosa, extensa y flexible, parecía timbrada en el cristal y templada en el agua, como las espadas de Toledo: vibraba en el tímpano y en el corazón, y su marido, que era un gran barítono y un gran actor, había perfeccionado su escuela y su acción: era la Cruz Gassier una cantante y una actriz: al concluir de cantar, el aplauso fué espontáneo y universal, pero las butacas de mi alrededor no se rompieron los guantes al marcar dos palmadas, que no lo parecieron porque no sonaron. Parecióme la Gassier muy superior a la Gazzaniga; jamás había oído la parte de *Lucía* tan magistralmente cantada; pero la Gazzaniga era siempre superiormente aplaudida. ¿Qué había entre aquellas dos mujeres?

La política americana. La Cruz representaba y era sostenida por los españoles: la Gazzaniga representaba las estrellas de la bandera yankee: los separatistas, los filibusteros, Cubita libre.

La noche del beneficio de la Gazzaniga sus partidarios la ofrecieron muchas alhajas y un arpa (cantó la *Saffo*) de plata, con las cuerdas de oro y las virolas de brillantes.

A la Gassier se la ofreció en el suyo: en el primer entreacto, una cartera vieja en una bandeja rota, pero que contenía 25.000 duros en billetes; en el segundo entreacto, 12.000 duros en que los españoles dotábamos a su hija de ocho años, y en el final, hasta las cuatro mil onzas.

Así estaba el teatro de la Habana cuando fui yo a Cuba en 1859.

II

El estado del teatro era genuina expresión del estado de la Isla. Acababa de ser duramente reprimida y sangrientamente castigada por el capitán general una atrevida expedición filibustera; del Liceo habían desertado las familias principales y ricas, aristocracia del país; y ante una sociedad muy mezclada y poco conocida, cumplí yo mi compromiso de hacer seis lecturas: que aquellos nuevos socios oyeron casi con impaciencia por bailar en seguida aquellas habaneras, un poco emparentadas con el tango

y la sopimpa que por entonces se bailaban; y apercebido, en suma, de aquel estado de la Isla, me resolví a pasar por ella como un viajero casi desconocido; rehusé todas las ofertas y casi todas las invitaciones que se me hicieron; limité mis relaciones a dos o tres familias españolas, y de la capitania general al cafetal de Calvo y de éste a casa de Isidoro Lira, que me hospedaba en la ciudad, me pasé seis meses sin ver más que los árboles del camino y los buques del puerto; tragando y digiriendo como pude, en la sociedad y en el trabajo, la amargura del tránsito y de los pesares con que hilvanó Dios los días de mi existencia, sin duda por pecados míos y de mis padres.

Dejando, pues, a un lado mi juicio sobre la situación política, y mis ideas personales sobre nuestra posesión de la perla de las Antillas, voy a dar por *últimas hojas tras-papeladas de mis RECUERDOS* las de una extraña historia, cuyos pormenores en mi memoria guarecidos surgen hoy por haberme venido a las manos, entre los papeles de mis legajos, la papeleta de defunción de uno de sus principales protagonistas.

Es una historia difícil de narrar y no muy fácil de ser comprendida, a pesar de tener por base nuestra creencia católica y la fe del catecismo; pero como esto de la fe es hoy como el honor, que cada nación, cada raza, y tal vez cada individuo lo entiende a su manera, lo toma por la parte que se lo dan, y lo profesa y acata según el prisma a través del cual lo mira, más puro o más descompuesto por la luz de su educación, la niebla de sus supersticiones o las tinieblas de su ignorancia, siempre resulta que en todos los corazones hay un fondo de creencia y de honra, desde la virgen inocente y casta que aspira a la santa beatitud en el silencio del claustro, hasta la infame ramera arrojada al lodazal del vicio y del crimen por un hombre que, más infame que ella, pervirtió su alma y prostituyó su hermosura para comerciar con ella.

Estas dos criaturas, que son, a mi juicio, las más repugnantes y las que menos honran al Criador, quien no crea ninguna tal, sino la sociedad que las malea y corrompe, llevan sobre sí, usan o guardan en algún rincón un rosario, un escapulario, una cruz, algo, en fin, que les recuerda la chispa de una fe, el albor de una creencia, la remota pero inborrable idea de un Dios y de un honor, de quienes se acuerdan, por quienes juran y a quienes acuden algún día, siquiera sea en la última hora de una existencia, de cuyos días no han podido o no se han curado de darse cuenta, hasta que al abandonarla se les presenta reducida a un punto de sombra en el pasado, y a una chispa de la luz de la esperanza en la eternidad.

Y ese es Dios, porque Dios existe, y a Dios se le ve en todas partes, y el hombre que, por sabio o por impío, por maníaco o por bestia, se empeña en negar a Dios, le ve dentro de sí mismo cuando cierra los ojos, y le confiesa cuando le niega; al pensar en Él, al negarle, ya duda, y si duda... teme, y si teme que Dios exista, ya cree en Él. Dios es Dios, como dicen los árabes; y yo comprendo todas las rebeliones de la humanidad, todas sus dudas y todas sus resistencias a todo lo escrito y a todo lo establecido, porque toda ley y toda institución humana son susceptibles de error, de vicio y de tergiversación; pero no concibo la negación de Dios, y sobre todo, la necesidad ni el empeño sistemático de negarle.

En un álbum que me presentaron en no sé bien qué población de Cataluña, para que en él escribiera, hallé una página con estas palabras:

«El hombre no será hombre mientras Dios sea Dios.»

Tal proposición, que me arrancó una espontánea carcajada, estaba firmada por mi amigo Suñer y Capdevila; porque yo soy amigo de Suñer desde que le conocí al volver de América en 1866; vivimos en Barcelona en distintos pisos de una misma casa; y a Suñer le sucede con Dios lo que a D. Quijote con la andante caballería; Suñer es un hombre sincero, servicial, honrado, buen padre y amantísimo de su familia; buen

amigo, leal compañero y de simpática sociedad y amena conversación; pero está contra Dios, y se empuerra en vivir en continua pelea consigo mismo, como un monomaniaco que se empeña en desprenderse de su propia sombra; y cuando escribió «el hombre no será hombre mientras Dios sea Dios», con el verbo *ser* afirmó, en vez de negar, la existencia de Dios, y estampó una inexplicable e incomprensible paradoja, parodiando las de Víctor Hugo, que las tiene extremadísimas.

Tengo yo para mí que mi amigo Suñer, cargado de ver a Dios tan traído y llevado por calles y callejones, por libros y por periódicos, puesto tan continua y malamente por encubridor de ambiciones mundanas, de extravagantes hipocresías sociales, y de cábalas y bribonadas políticas, ha dicho: «Hay que regenerar esta sociedad, que tan sin ton ni son mete a Dios en todo y para todo; con que ¡fuera Dios!» Y no quiere Suñer oír hablar de Dios, porque no le ve en medio del tumulto que levantamos por Dios los que en Él creemos y los que en Él se apoyan para vivir bien a su sombra sobre esta tierra de María Santísima.

¿Y a qué viene toda esta estrambótica digresión, y qué tiene que ver con Dios y con Suñer la mulata del juramento? Habrá ya dicho tal vez algún lector de *Los Times de El Imparcial*.

Pues, cómo dice un refrán que por todas partes se va a Roma, puede que por la churrigueresca portada de esta excéntrica digresión, hayamos entrado lógicamente en materia y demos a vuelta de hoja con mi mulata y su juramento.

III

Todas las noches que al teatro de Tacón asistía en la Habana, ocupaba yo una butaca de esquina central, y tenía cuidado de ir a la hora justa, para no llamar la atención entrando ya la representación comenzada; y todas las noches, ya comenzada, entraba en un palco central una hermosísima criolla, de un poco más que mediana estatura, de busto y brazos esculturalmente modelados, ojos negros, luminosos y ricos de pestañas; de tez pálida y un si es no es esmaltada con ese tinte cobrizo con reflejos de oro que irradia la piel de algunas mujeres de los climas tropicales. Con aire señorial y desdeñoso, lujosamente vestida, caprichosamente peinada y ostentosamente cargada de anillos y pedrería, sentábase aquella encantadora muchacha en un palco, de cara al público, y apoyaba en el rodapié, calzados de raso blanco, los dos pies más pequeños y provocativos sobre que ha podido presentarse en teatro español bailarina malagueña, ni almea tunecina en café marroquí o serrallo de Constantinopla. Era aquella una criatura de las que echa el Criador a la tierra para perdición o desesperación de algún hombre, para gala y asombro de algún país; pero era una belleza cuyo atractivo era todo material, y despertaba todas las sensaciones, todos los deseos, todos los apetitos de la pasión, pero hablaba poco al alma; electrizaba el sistema nervioso, pero no poetizaba el espíritu; no excitaba los sueños respetuosos, los delirios castos de un primero y juvenil amor, sino el ansia nerviosa, la rabia concupiscente de una pasión fogosa que no acepta obstáculos.

El rojo encendido de sus sensuales labios, sobre los cuales pasaba de cuando en cuando su lengua fina, para librarlos de la sequedad de una atmósfera de cuarenta grados, el casi imperceptible bozo que apenas la sombreaba el superior, los dos hoyuelos que cavaba en sus mejillas, un mohín graciosísimo e indescriptible que hacía al sonreír y al romper a hablar, el vello finísimo, perceptible sólo con los gemelos, de sus desnudos brazos, las curvas voluptuosas de sus formas ligeramente acusadas bajo sus

ligeras vestiduras, y el aplomo con que se exponía a ver y a ser vista, sin miedo a la más insistente contemplación, ni a la inspección más minuciosa, persuadida sin duda de su perfecta y atractiva belleza, la constituían en espectáculo de los entreactos y en distracción durante las representaciones, de los que al alcance de la vista la teníamos.

Era el ejemplar más castizo de esas seductoras y apasionadas hermosuras cabanas que han hecho perder, primero el juicio y después la ilusión, y alguna vez, al fin, la paciencia y los estribos a muchos europeos que no han sabido resistirlas.

Pero no se imagine nadie por lo dicho que aquella primorosa criolla era una muchacha descocada y audaz, provocativa o despuddorada, no; aquella firmeza en el mirar, aquella serenidad en el presentarse como exponiéndose, era sencillo, digno, natural en ella, como en las frutas y los árboles de su país tropical es natural la exuberancia de hojas, lo jugoso de la substancia, lo activo del dulce y lo subido del aroma.

Era una hermosísima criatura, en la cual fijaba yo mil veces los ojos en aquel teatro, y con cuyas miradas se cruzaban mil veces las mías; cuando yo la miraba con unos gemelos de poderosos cristales que me prestaba el malogrado Isidoro Lira, creía yo ver salir y respirar el aliento de su boca, y percibir las perfumadas emanaciones de su cuerpo cargado de esencia de rosa; pero entre aquella mujer y yo no había simpatías ni atractivo alguno; no había más que la curiosidad, en mí de su hermosura, en ella de mi celebridad y de mi enlutada figura, porque yo vestía constantemente mi sombrío y siniestro luto. Había además entre ambos un motivo pueril de enojo en el pasado, y un instinto presentimiento antipático para el porvenir.

IV

Tenía en la calle de la Muralla una tienda, variada y ricamente surtida de esos objetos múltiples que constituyen lo que, traducido bárbaramente del francés, ha dado en llamarse *bisutería*, un tal Corugedo, un tal Corugedo, cuya tienda estaba bautizada con un título algo extravagante, y que aquél giraba bajo la razón social de *Corugedo hermanos*. Uno menor tenía consigo, a quien paternalmente alocacionaba para dejarle su floreciente comercio, antes de volver a establecerse y morir en la provincia de España, en la cual habían ambos hermanos visto la luz, creo que en las Asturias.

Y este Corugedo, el mayor, es uno de los hombres a quienes Dios me ha hecho encontrar sobre la tierra para enseñarme a estimar a la humanidad, a respetar la honradez y a despreciar mi miserable ingenio, que no ha sabido más que meter ruido sin utilidad de nadie, empezando por mí.

Recorriendo una tarde la ciudad con un corredor español que me la enseñaba, díjome éste que había por allí un comerciante que no se atrevía, aunque tenía gran deseo de ello, a invitarme a su mesa, porque temía que yo no aceptara su invitación, descendiendo desde el olimpo de los palacios y salones de los personajes por quienes andaba yo festejado, a su humilde tienda, como él llamaba a la vivienda que tras de su mostrador tenía escondida.

Cuál fué mi asombro al encontrarme en su interior una biblioteca de miles de volúmenes, adornadas sus paredes con los retratos de Ercilla, Quevedo, Lope, Calderón y todos los que forman la colección grabada que publicó la Academia Española, más los del Duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Espronceda, conde de Toreno, etc., recogidos de las ilustraciones modernas. Tenía allí el buen Corugedo ánforas, armas y antigüedades por él recogidas, y tras de aquel salón-biblioteca dos cámaras de dormir, frescas, enfloradas, coquetas, con todo el confort inglés de las modernas instalaciones.

Pero lo que más me asombró de hallar, entre aquel interior del hombre estudioso e inteligente y aquel mostrador y anaquelaría de mercader, cargados de chinas e inglesas porcelanas y argentería y diamantes, fué la sencilla modestia de aquel asturiano, de exterior vulgar, que me contaba, complaciéndose en tales recuerdos, cómo había desembarcado en la Habana, sin más que lo puesto; cómo había dormido la primera noche en el pórtico de una iglesia, por no haber encontrado a un paisano para quien traía una carta de recomendación, y cómo, arrojando trabajos y devorando afanes, cuarto a cuarto, peseta a peseta y duro a duro, a fuerza de aceptar arriesgadamente y cumplir casi por milagro plazos y compromisos, había cimentado el capital y el crédito que aquel almacén y su razón social representaban. El orden y la limpieza con que tenía colocados y clasificados todos los heterogéneos artículos de que su comercio se nutría, demostraban, como su biblioteca, comprada libro a libro, todo sin un átomo de polvo ni una empañadura de humedad, la honradez jamás desmentida y la tenacidad perpetua, con las cuales aquel hombre había logrado hacer al par, por sí solo, su fortuna y su educación; porque aquel hombre había leído y sabía lo que decían todos aquellos libros suyos: el P. Feijóo, el P. Mariana, César Cantú, etc., y todos los setenta tomos de los clásicos de todos los países, publicados hasta entonces, de la colección Baudry, en donde halló y se enamoró de mis versos, por los cuales me tenía por uno de los primeros hombres del mundo. Jamás pude convencerle de que él valía más que yo, puesto que más que yo poseía, y que mi gloria no era más que un zumbido tenue, como el del mosquito, y un resplandor efímero, como el del relámpago. Jamás pude obligarle a suprimir el respeto y las deferencias con que me trataba, ni pude jamás manifestar ante él un deseo o una necesidad que no me realizara o no me cubriera. Hablé de sustituir con cerveza el agua de la Isla, que no me sentaba, y me envió un tonel de doscientas botellas de la mejor de Inglaterra: oyó decir que no cazaba en el cafetal porque no tenía armas, y me envió una finísima escopeta belga con todos los arreos de caza, y por él y en su casa nació la ojeriza con que me miraba con sus gemelos la hermosa criolla del teatro de Tacón.

Trabé yo, pues, con Corugedo una amistad sincera y por mí agradecida, aunque poco cultivada por la ausencia de la ciudad, a que me obligaba y en que me tenían mi asiduo trabajo y mis íntimas pesadumbres; pero no dejaba de pasar media hora en su tienda, o de almorzar con él en su almacén, siempre que del campo volvía a la ciudad.

Gozábame en registrar sus escarapates, en admirar los caprichosos dijes y valiosas joyas que en ellos encerraba y en preguntarle su uso, su precio, su origen y su historia. Un día tropecé con un estuchito de nácar que encerraba un anillo:

—¡Precioso topacio!—exclamé, al ver dentro el que me lo pareció, orlado de brillantes blancos.

—Mírelo usted bien a la luz, que no es topacio—me dijo Corugedo.

Era un brillante rojo brasileño. Son raros, y recordé que eran muy estimados en Méjico, y que había una persona de familia a quien debía yo favores, que de uno de ellos tenía antojo; pregunté a Corugedo el precio del suyo; registró su libro, y respondió:

—Factura del Brasil, cincuenta onzas.

Contemplé y admiré, y alabé la piedra, pero volví a colocar el anillo en su estuche y la cajita en el lugar en que la había hallado.

Días más tarde, un sábado, iba yo a despedirme del buen asturiano después de haber almorzado con él, cuando una volanta, chapeada de plata, tirada por dos caballos castaños, conducidos por un negro vestido de grana y galoneado de oro, paró a la puerta. En la volanta venía la hermosa criolla del teatro de Tacón, toda de blanco, calzada con chapines de seda, como en *deshabillé* de mañana, pero toda cubierta de encajes, y

exhalando aromas; necesarios a las morenas en tan cálidos países. Vióme y la vi; pero como no había por qué decirnos nada, yo me senté tras el mostrador a hojear un libro ilustrado, y los dos Corugedos fueron llevando cajas y compartimentos de sus escapates para que escogiera lo que a buscar venía. Las señoras no se apean allí de sus carruajes para entrar en las tiendas a hacer sus compras. Pidió, buscó, revolió, desdendió, apartó, desechó y regateó muchos objetos; y dejando marcados los por ella elegidos, partió sin dar su tarjeta, ni las señas de su casa; era sin duda parroquiana o conocida de los comerciantes; y curioso yo de saber quien fuese, pedile de ella noticias a Corugedo.

No sé más, me respondió éste, que lo que se dice: es hija única de un cubano que heredó un cafetal a medias con una hermana, y hoy es una buena finca que posee solo, por fallecimiento de su coheredera. La finca dicen que produce de 60 a 70.000 pesos, y ha vivido en ella y a su cuidado hasta hace dos años, que se estableció con su hija en la ciudad en casa que compró. Se cree que tiene una suma fuerte, impuesta en un Banco de Inglaterra o de los Estados Unidos, fruto de los ahorros de diez años, suyos y de su difunta hermana, que fué siempre avara y murió doncella. Ésta tuvo mucha predilección por un hijo de un primo, que se pasó la vida conspirando contra el gobierno y que murió emigrado en Nueva York; y parece que la tía quería casar a este primo segundo con esta muchacha, para que toda la hacienda quedara en los dos chicos, que son los últimos individuos de la familia. Hasta hace año y medio todo marchaba por este rumbo; pero el padre, que desde que se vió solidamente acaudalado, echó ambición y vanidad sin saber en qué fundarlas, ha pensado en un matrimonio de esta muchacha que sea más ventajoso para él, satisfaciendo las aspiraciones de su orgullo, y su fortuna se lo ha deparado. Un joven de la nobleza de España, cuyo padre tiene grande influencia en Palacio, vino a Cuba con una comisión secreta e importante para el capitán general, y a recoger al propio tiempo un puñado de miles de duros que le dejaba aquí un togado, que murió viudo después de veintidós años de permanencia en la Isla.

El joven de Madrid, que desde chico anduvo en la carrera diplomática, se enamoró de esta criolla; procuró al padre no sé qué cruces y bandas de España, de Roma y de Nápoles, y el mes pasado se volvió a Madrid para arreglar sus papeles y tornar el que viene a casarse en el de mayo. Al padre le atribuyen los chungones la pretensión de convertir el cafetal en condado, y titular; pero no es probable ni que él se desvanezca tanto, ni que tanto pueda en Madrid el novio; que por otra parte, pasa por el más cumplido caballero que ha pasado el mar. Esto es todo lo que se dice, y tal como se dice se lo digo a usted, sin salir garante de nada. El padre y la hija andan, como los ve usted en el teatro, muy fachendosos; aquí, en mi casa, compran continuamente; pero la chica regatea siempre; ha sacado, por lo visto, algo de la tía doncella; por cinco onzas ha rehusado el brillante del Brasil; y la verdad es que no he querido rebajarla una de sesenta y cinco que la pedí, porque he visto que a usted le gusta y prefiero que usted lo lleve a Méjico; le servirá para hacer un buen regalo.

Calló Corugedo, y ofreciome el estuchito de nácar.

—Es muy caro para mí—le dije.

—No tiene usted que desembolsar una peseta; yo comercio en todo; págume usted en libros, y aún ganará.

Velis nolis, me hizo un pedido de libros, disparejo del valor de su joya, y me metió el anillo en el bolso.

Yo soy tan tonto como otro cualquiera, y al día siguiente, domingo, llevé el brillante en el dedo al teatro.

Al fijar mis gemelos en la hermosa criolla, las facetas de la piedra descompusieron la luz de la araña, bajo la cual tenía yo mi asiento, y pintaron nueve chispas de luz en el espejo que había en su palco; tomó ella sus gemelos y reconoció el anillo; frunció el entrecejo, y mi vanidad pueril me atrajo, sin duda, una mujeril enemistad.

V

La de aquella criolla no pasaba de una historia vulgar; como otros mil, su padre, hombre vulgar, adquirió vanidad con el dinero; y como cualquier otra padre vulgar, pensaba en casar a su hija con quien por ella le diese honores, y por su influencia en la corte, relaciones y posición, que el dinero sólo no suele dar; a no que sea tanto, que su poseedor se convierta en becerro de oro y sea por consiguiente adorado. Padres como el de la criolla he conocido muchos; becerros de oro, algunos; y alguno que, a pesar de su oro, no pasaba de becerro.

Que la hermosura de la chica hubiera fascinado al joven de Madrid, y que por ello la chica tuviera vanidad en exhibir aquella hermosura que había conquistado aquel buen partido, con envidia y despecho de otras muchas, que probablemente se creerían de él desahuciadas por ella, era la cosa más natural en el modo de ser de nuestra sociedad.

Que el primo segundo, a quien para marido de la chica destinaba la difunta doncella, viéndose pospuesto al forastero, odiase al español y rumiara allí en sus adentros una venganza más o menos positiva, hija de su casi justo despecho, no pasaba tampoco de una de esas vulgaridades de que la vida social se compone; y yo leía todas las noches, desde que me la contó Corugedo, las breves páginas de aquella vulgar historia en las tres figuras que llenaban el palco de aquella seductora Venus cubana; el padre, erguido y grave, y el primo, pálido y de ojos inquietos y recelosos.

Pero he aquí un ejemplar del extraño modo de ser de los poetas que lo vemos todo a través de nuestra fantasía, prestando casi siempre de la lógica y del sentido común. ¿Qué tenía para mí aquella hermosísima criolla, que el cuadro de tres figuras de su palco estaba como fotografiado en mis ojos y flotaba sin cesar en el vacío de mi imaginación? Me estorbaba para trabajar la imagen de la criolla; me faltaba tiempo para llegar temprano al teatro; cuando ella tardaba, no podía yo atender a la representación, inquieto como si sobre espinas estuviera sentado; y hasta que ella entraba en su palco, no me parecía a mí que había nadie en el teatro. ¿Era la simpatía en que empieza a germinar el cariño, que es el soplo que avienta la ceniza que cubre el incendio del amor? No; en aquella adorada Venus de Milo, la materia, la carne palpita demasiado bajo su piel aterciopelada, y bajo sus formas demasiado redondas irradiaba un calor demasiado concupiscente; no era el suyo el tipo de la mujer que yo imaginaba para el amor; yo he simbolizado en la de doña Inés, de mi don Juan, la mujer toda espíritu, que da su alma por el que ama; que no podría dar un beso a su amado sin transmitirle su alma por los labios; y aquella sin par y hermosísima criolla era una húr de las que pobló Mahoma su paraíso de deleites carnales; y el amor no podía adorarla como ángel de luz, antes de hallársela entre los brazos ángel caído por el pecado; aquella mujer no era más que pecado; vehemente, delicioso, irresistible, capital como el de Eva; pero un pecado sólo de la materia, y yo he pecado siempre con el espíritu; y sin duda, mi espíritu se rebelaba a no hallar en aquella mujer más que la materia, y luchaba por darla un espiritualismo, una importancia poética, que o no tenía, ella, o escapaba al análisis poético de mi espíritu.

¡Cosas de los poetas! En cuanto damos con una mujer bonita, ha de ser una heroína de novela, una misteriosa ondina de una balada, o nos damos por engañados, vendidos y arrastrados por la tierra entre los gusanos y el polvo.

Un día de fiesta daban por la tarde una ópereta bufa las segundas partes de la compañía; función de muchachos, negros y amas de cría. Quise conocer aquel público especial y mandé reservarme mi butaca; pero no me apresuré para ir, puesto que no esperaba encontrar en semejante fiesta a la orgullosa criolla. Me había equivocado: estaba ya en su palco, cuyo fondo y personajes formaban un cuadro risueño y encantador, completamente distinta del serio y almidonado de las representaciones de la noche.

La criolla había venido sin su padre; su primo se apoyaba en el respaldo de su sillón, risueño, decidid, galán con su prima; no parecía sino que había tenido carta del español anunciándole que no volvía y que podía recobrar sus derechos. En un asiento más bajo, casi a los pies de la criolla, jugando, riendo y saltando de gozo, asistía a la representación la más preciosa criatura que ha nacido de mujer; una *mulata* de diez y seis años, de boca fresca y sensual, de ojos saltadores, de inquietud de ardilla y de hermosura y formas incomparablemente provocativas. Llevaba un pañuelo rojo, de seda, coquetamente anudado al rodete; encuadrando su frente una espesa corona de rizos naturales, bajo los que chispeaban los dos ojos más juguetones que se miraron jamás en los cristales del Darro y del Guadalquivir. Con esa audacia de la mujer de los climas cálidos, había anudado a su cintura el chal ligero que sobre sus hombros traía; y bajo una simple camisa de batista, orlada de encajes, dibujaba con sus movimientos el pecho firme que nunca había oprimido corsé, mostrando desnudos desde el hombro dos brazos perfectísimos, que tal vez tampoco habían nunca cubierto mangas. De estos brazos se servía aquella criatura con una gracia que no cabe en explicación, dándolos un arco y unas ondulaciones como los cisnes a su cuello y las panteras a su cola. Sus ojos inquietos acudían a todo, y las ventanas rosadas de su nariz aleteaban al respirar; había algo de la raza felina en aquella muchacha y en la suavidad con que besaba la mano y se frotaba los carrillos contra los brazos de su señora, y en la rapidez y flexibilidad con que sus manos jugaban con las borlas del ceñidor de la criolla, había algo de los gatos chiquitos entre cuyas manos entrega su madre un ovillo. Hacía ya diez minutos que se había concluido el acto, y no perdía yo, encantado, gesto ni movimiento de aquella *mulata* tan incomparablemente graciosa.

Y no vaya a figurarse lector alguno, al leer *mulata*, una mujer hocicona, chata y colorada; la mía era blanca y rosada; sólo un ojo de capataz podía apercibir alguna suavísima tinta parda en las comisuras de sus labios, en las ventanas móviles de su nariz o en el arranque fino de su pequeña, recogida y delicada oreja; signos a veces imperceptibles para ojos de europeo que no ha habitado largo tiempo aquellas regiones, donde los individuos de la raza humana están clasificados como los caballos y los perros de caza. La naturaleza se complace en producir una de estas criaturas en una estirpe de monstruos, como tiene capricho de hacer brotar una mata de fragantes azucenas en un fétido pantano.

Estas mujeres son muy apetecidas y buscadas por los viciosos, los libertinos y los viejos extragados por los excesos; yo no he tenido tiempo de estudiarlas; pero las pocas que he conocido me parecieron, más que hijas de nuestra engañada madre Eva, de la serpiente que la engañó.

La de esta historia era una criatura preciosa, de la cual no se podían apartar los ojos, una vez fijos en ella; porque la figura de sus facciones, la proporción de sus formas y la gracia infinita de su mirada, su sonrisa y sus movimientos, atraía y encantaba; ella lo sabía, pero aparentaba con tal naturalidad no saberlo, que todo parecía en ella espon-

táneo, siendo todo artificial; nada escapaba a sus ojos ni a sus oídos de cuanto en su derredor sucedía y juzgaba con la más calculadora exactitud el más mínimo efecto que producía en los que la contemplaban. Una gata que escondía las uñas: tal me pareció la primorosísima mulata.

Al concluirse el espectáculo, me aposté en el vestíbulo para verlas pasar: ellas esperaron a que se aclarara el montón de gente que se precipita por salir pronto, y tal vez a que se formaran las dos filas de curiosos impertinentes que pasan revista a las mujeres en estos pasos, para atravesarla y salir en triunfo; vanidad mujeril excusable en las hermosas. En el umbral del pórtico di con el doctor Zambrana, que aguardaba parte de la familia que había enviado a la función de la tarde, y juntos vimos aparecer a la desdeñosa criolla, seguida de su aceitinado primo y de su primor de mulata. Acercóseles su volanta; adelantóse Zambrana y dió a la criolla la mano para tomar el estribo; sentóse el primo a su izquierda, y trepó al taburete central y se acurrucó a los pies de su ama la mulatea, como si fuera una de esas diminutas galgas inglesas que parece que de finas se transparentan.

—Adiós, doctor—dijo la criolla.

—Adiós, Olimpia—la dijo Zambrana saludándola.

Y partió la volanta como el carro del sol en el cuadro de Guido Reni, entre un destello de luz y la bocanada de perfumes que exhalaron los vestidos, y los ramilletes de aquellas dos mujeres; de las cuales me dijo Zambrana con el guiño, la acción y el dejo peculiares de los habaneros:

—Compadre, de eso no hay por allá.

—En verdad, doctor, que son dos criaturas preciosas—respondí.

—Y que puede que se las lleven a Madrid; porque en el paquete próximo viene el prometido de Olimpia, y es natural que quiera enseñar la corte a su novia.

—¿Y quién es él?

—Pues usted debe de conocerle: él habla de usted y de su padre, y es todo un caballero y un buen mozo.

—¿Cómo se llama?

—Leandro Núñez de Valdenebro.

La sombra indeterminada de una reminiscencia confusa oscureció un momento mi memoria. Uno de los pliegos cerrados que el difunto Cagigas me dejaba, estaba sobreescrito con este nombre, y varios Valdenebros cruzaban por mi mente entre los recuerdos de mi niñez.

—No caigo, doctor—le dije al fin—; pero es posible: cuando vuelva lo veremos.

—Si entretanto quiere usted que le presente a Olimpia y a su padre...

—Ya encontraremos ocasión: aunque no sea más que por volver a ver a la mulatilla.

—Es un demoniejo, capaz de revolver medio mundo.

—¿Y como se llama ese precioso *chisgaravís*?

—Se llama María; pero la llamamos la Golondrina.

VI

Y se acabó la temporada del teatro, y me volví yo al café de Calvo, y siempre, en medio de mi asiduo trabajo, me bailaban por encima de mis papeles y por entre las líneas de mis versos, las imágenes de aquellas dos incomparables criaturas que se llamaban OLIMPIA y la GOLONDRINA.

Y muchas noches, en ese intervalo inapreciable en que se flota entre la vigilia y el sueño, me ocurría preguntarme a mí mismo: «¿Quién será y qué tendré yo que ver con este don Leandro Núñez de Valdenebro?»

Había pasado un mes, y con él habían pasado la Gassier y la Gazzaniga y las luchas del teatro, que se había cerrado o cuyo abono había yo dejado: no lo recuerdo ya. No se me cocía el pan, como vulgarmente se dice, por salir de Cuba y volver a Méjico, adonde me obligaba a tornar la palabra dada a Cagigas a la hora de su muerte: con cuya palabra estaba ligada la de entregar el pliego que con su nombre dejaba sobreescrito a aquel Leandro Núñez de Valdenebro; a quien, como a aquellas dos mujeres que con él andaban desperdigadas por mi imaginación, no había olvidado, pero a quienes el afán perpetuo de mi forzado trabajo no permitía ya entorpecérmelo con su continua aparición.

Dejé un sábado el cafetal para entregar mis manuscritos a Isidoro Lira, y como Corugedo no me supiera decir nada de la criolla, que por su tienda no había vuelto, me ocurrió pedir de ella y de su novio noticias al doctor Zambrana, que era su médico. Fuíme a comer con él el lunes, único modo seguro de dar con él; mas cuando, suponiendo que no había indiscreción en preguntarle por Olimpia, puesto que era una de sus clientes, solté el nombre en plena mesa, ante su familia, el de la criolla le hizo fruncir el entrecejo y vi con sorpresa que, afectando una indiferencia completa, me respondió: «No sé de ella; puede que se haya ido al cafetal con su padre.»

Quedéme perplejo, y como tonto en vísperas, ante aquella evasiva del doctor, y más curioso y empeñado que nunca en averiguar en qué misterio estribaban la torpe inoportunidad de mi pregunta y la inesperada puerta de escape, por la cual se me había salido el doctor, dejándome sin respuesta. Generalizamos la conversación; y concluida la comida y con el café aún en los labios, díjome Zambrana: «vámonos a su casa de usted: me leerá lo que ha traído para el Diario; y me sacó de la suya, pero no llegamos tampoco a la mía. Al cruzar por el paseo de Isabel II, donde ya no se paseaba nadie, no pude yo con mi impaciencia; y deteniendo al doctor, le dije: «Comprendo que he cometido una torpeza; pero no comprendo por qué. ¿Qué hay, doctor? ¿El nombre de esa señorita Olimpia no puede pronunciarse en su casa de usted, ni delante de su familia?»

—Sí se puede, hombre; pues, ¿por qué no se ha de poder? Lo que no se podía hoy en mi casa y en mi mesa era contar lo que sucede en casa de esa señorita Olimpia.

—Pues, ¿qué sucede?

—Nada que no sea vulgar y que no haya sucedido ya cincuenta veces; pero que nadie podía esperar que sucediera por quien ha sucedido: lo que constituye en un villano *sinvergüensa* a un mozo de tan alta posición social, como su paisano de usted don Leandro Núñez de Valdenebro.

—Exolíquese usted, doctor—exelamé—. Yo tengo unido en mis recuerdos de niño y en mi conciencia de hombre con la honra y la caballerosidad el nombre de los Valdenebros: supongo que éste es hijo de alguno de los que yo estoy acostumbrado a respetar y a honrar; y aunque no le conozco más que de oídas, tengo para él un pliego de un hombre que no pudo conservar relaciones póstumas con villanos tan *sinvergüensa*, como usted supone a ese paisano mío peninsular.

—Que supongo, ¿eh? Va usted a juzgar de mi suposición: el don Leandro debió venir en el paquete de febrero; pero no viene hasta pasado mañana con el de Inglaterra. Una carta ha venido en su lugar, que anuncia su llegada con todos sus papeles en

regla, con el beneplácito de su familia, el permiso de su jefe el ministro de Estado y la enumeración de los regalos y los honores que para el padre y la hija trae; expresando con vehementes y apasionadas frases su deseo de que su matrimonio se efectúe inmediatamente.

—Nada más natural, doctor.

—Aguarde usted, señor poeta; hay otra cosa más natural todavía—me dijo el doctor, apoyando su mano derecha en mi hombro izquierdo.

—Ya—repliqué yo—; la alegría natural del padre y la hija: del uno, porque logra su ambición, y de la otra, porque se calza con el mejor partido que ha arribado a las Antillas.

—Pues es un calzado que la viene muy estrecho y no quiere calzárselo, y escuche usted. Mientras el padre y la hija leían la afectuosa carta del novio y la rica enumeración de los regalos, la GOLONDRINA, que estaba presente, comenzó a ponerse muy pálida, hasta que cayó en tierra con una convulsión. Acudieron a ella padre e hija, y la crisis nerviosa se resolvió en amargo y copioso llanto, entre quejas y exclamaciones y demandas de perdón; que concluyeron por alarmar a la hija y al padre, con el más desagradable temor del mundo.

En una palabra, hay cosas que los médicos tenemos que decir cómo se hacen, pronto y brutalmente; yo fui llamado para reconocer a la *mulatica*, que estaba embarazada de cinco meses; y el padre de lo que trae en el seno es el don Leandro, a quien sirvió ella mientras estuvo hospedado en el cafetal. Esto es lo que hay.

Un mal pensamiento y una mala sombra acudieron a un tiempo a mi imaginación; pero no me atreví a revelárselos al buen doctor Zambrana, porque no tenían más base que mi loca fantasía.

Contemplábame con una sonrisita un si es no es burlona el doctor, y callaba yo, abismado en mis reflexiones. El caso era tan vergonzoso, como de difícil solución. Un hombre noble, que hospedado en casa de su novia, paga aquella hospitalidad deshonrando la casa y haciendo imposible el matrimonio a que aspira, prueba, en efecto, que es un villano; y además que es el más torpe o el más desvergonzado de los hombres, faltando a su prometida antes de que sea su mujer. ¿Qué mujer, no siendo como él desvergonzada y villana, ha de aceptar el porvenir que semejante pasado la promete?

Una consideración me absorbía sobre todo; y era la levadura que, fermentando allí hace ya muchos años, agría y afloja la unión y los lazos de fraternidad entre la Isla y la madre patria: el recuerdo de lo por mí visto en el teatro; la sonrisita y el tono del doctor Zambrana, quería decir en estilo cubano: ¿qué tal, compadre, qué le parece a usted lo que nos viene de allá?

Y yo me sentía de parte del español, como sentía al doctor de parte de la criolla.

—Doctor—le dije al fin, rompiendo el mutismo en que estas reflexiones me habían sumido—; usted tiene razón, hay hechos brutales que hay que revelar brutalmente pero a mí no me caben juntas en la cabeza la brutalidad y la hidalguía de que tiene fama; el Núñez de Valdenebro. Aquí hay algo que no alcanzanos todavía. Dejémoslo venir; y puesto que usted es el médico de la mulata y yo he de tropezar por un pliego que para él tengo con el don Leandro... dejemos que amanezca Dios y nos veremos las caras.

—Hay que ver la que él pone a la revelación de la mulata—dijo Zambrana.

—Esa, y en tal ocasión, es la que yo quiero ver; pero no sola; quiero otras caras enfrente de la de Valdenebro. Yo pienso dar la mía en este mal negocio, si el que ha de venir me la pide: ¿me promete usted, doctor, no negarme la cara si necesitamos de usted?

—Yo soy hombre que no la vuelvo nunca cuando una vez la doy—dijo gravemente

Zambrana—; y en esta cuestión entro con mi cara y mi conciencia; pero aquí, mi querido poeta, la cuestión va a reducirse a la de aquel abogado, a quien viéndole divagar para exponer un caso semejante, dijo el presidente del tribunal: —Al hecho, señor abogado, al hecho.

Y el abogado, echándose por el arroyo, dijo: —El hecho, señor presidente, es un muchacho hecho y derecho; el que lo ha hecho niega el hecho; éste es el hecho: y se echó a reír el buen doctor y poeta Zambrana.

—Pues bien—le dije yo—. Del dicho al hecho... Doctor, dejemos venir a Núñez de Valdenebro.

Y con un apretón de manos nos separamos; Zambrana, riéndose y negando con la cabeza, se fué a ver sus enfermos, y yo a corregir mis pruebas a la imprenta del *Diario de la Marina*, dando vueltas a un mal pensamiento que excitó en mí la preñez de la mulata.

La de siempre: cuidados ajenos mataron al asno. ¡Qué tenía yo que ver con aquellas gentes! ¡Quién mil diablos me metía a mí entre la mulata, el español y la criolla!

La fantasía, el espíritu del romanticismo, que en todo veía leyenda o drama: tenía razón el doctor; el caso era de lo más prosaico y vulgar del mundo, y la solución iba probablemente a ser escandalosamente ridícula; pero yo soy el Quijote de los poetas, y en los más vulgares hechos se me ha antojado encontrar las más poéticas aventuras.

VIII

A no escribir un capítulo de uno de esos libros concebidos en el fango del vicio para glorificar la desvergüenza del pecado, que hoy se llaman obras literarias del realismo, no hay modo de relatar los vulgares hechos en que estriba la situación de los personajes de esta historia; que como tal y verídica y realmente sucedida, está naturalmente basada en la realidad de la verdad.

No sólo no faltara, sino que hubiera muy de sobra quien disculpara y aún envidiara al que por mi preciosísima mulata se arrojara a un desatino y cometiera con ella un sabrosísimo atropello; pero no seré yo quien, adoptando la brutal claridad y la realidad repugnante del género de Zola, ponga desnuda a la vista del lector a la Golondrina, haga aspirar las emanaciones animales de la mujer, y excite bestialmente su concupiscencia con la exposición de su desnudez, para justificar la traición del amante y la alevosía del caballero, en la inconcebible conducta de Leandro Núñez de Valdenebro con su prometida la criolla y con su padre, cuando en su cafetal le hospedaron.

Si la mulata decía verdad, y sólo ella debía saberla, el futuro esposo de su ama era el padre del hijo concebido en pecado, que ella en su seno sentía gestar y crecer; y antes de que un hijo legítimo naciera de aquel apalabrado matrimonio que a efectuar volvía Valdenebro, debía nacer en aquella casa el fruto del placer ilegítimo; la prueba irrecusable de la villanía del novio, del insulto hecho por él a la criolla, de la deshonra de ésta si la aceptaba, y de la desvergüenza de su padre, sí, a trueque de unos efímeros honores y de una vacía importancia, admitía para su hija un marido que, mientras juraba amor y fidelidad a su hija, engendraba la deshonra del hogar doméstico en donde iba a establecerla.

La situación era inverosímil. ¿Qué pensaba hacer Leandro de la mulata y de su hijo? ¿Abandonarlos? ¿Reconocer al hijo y poner casa a la madre, a uso de la ley musulmana? ¿Conservar a ambos en la misma casa con su mujer? ¿Creía poder obligar a ésta a aceptar tal bigamia ilegal y anticristiana y tan monstruoso concubinato? Porque él volvía

en el supuesto de llevar a cabo su boda con Olimpia y anunciaba en su carta que traía todos los documentos legales necesarios para la ceremonia nupcial, y los presentes de la boda que anhelaba celebrar inmediatamente; insensatez absurda sin haber asegurado el silencio y la anuencia de la mulata, comprándoselos a fuerza de oro o haciéndola desaparecer de la escena por fuerza o por voluntad.

En esta situación, y en tales circunstancias, desembarcó Leandro en la Habana, sin hallar en el puerto a su novia para recibirle y abrazarle, ni mensajero o billete que de la razón de su ausencia le previniera, ni del lugar en que le esperaba le informase. Asombróse de tal conducta de Olimpia, y al saber que hacía pocos días padre e hija habían salido de la ciudad para el cafetal, supuso que no habían recibido su última carta y que el laboreo de la finca exigiendo en ella la presencia de su propietario, la hija había acompañado al padre; tomando, pues, la noche por forzado reposo, partió con sus documentos y sus regalos a la mañana siguiente para el cafetal de Olimpia.

IX

A pesar de la discreción del doctor Zambrana, quien sólo conmigo había hablado del caso y del interés que en el secreto tenía la familia criolla, los que de ello podían ocuparse se ocuparon, y en el círculo en que padre e hija vivían se propagó el escándalo.

¿Por quién y cómo? *Vox populi?*... ¡Quién sabe!

Yo había permanecido en la ciudad, y el nombre y la historia de aquel Valdenebro bullían sin cesar en mi mente, ocupando mi imaginación las móviles figuras de la criolla y de su mulata, del padre y el primo de la primera, y de aquel novio tan insensato cuyos hechos y cuyo carácter hallaba yo en completa contradicción. De las vidas ajenas me he preocupado yo poquísimo en la mía. No podía darme razón de la curiosidad y el cuidado que sentía por el recién llegado Leandro, hacia quien me arrastraba mi simpatía de español y contra quien me predisponía lo por él hecho con la mulata; para lo cual es preciso tener presente que hay en mí una repugnancia instintiva por las mujeres cruzadas, como por los perros mestizos; y me molestaba, sin acertarlo a comprender, que un hombre tan bien educado y de las cualidades, posición y circunstancias que la fama suponía a Valdenebro, hubiera dado semejante resbalón y cometido tan inesperada sorpresa, de la cual creía yo capaces sólo a aquellos hombres groseros que se enriquecen en un tendejón o en cualquier innoble tráfico, entre gente tabernaria, contrabandista, rufianesca y maleante, para cuyo gusto no hay manjar acre, en cuyas costumbres no entra nada delicado, ni alimento, ni manjar, ni bebida, ni mujer, ni palabra. Entre éstos es la mulata una hermosura de gracia y atractivo carnal imponderable, pero con cuyo tipo no he podido yo nunca simpatizar. Hay gustos y gracias en nuestro continente y en nuestras islas, que jamás he podido contraer y que no me han seducido jamás, porque me han parecido sólo degradaciones del gusto, degeneraciones de la gracia y pruebas lastimosas de la decadencia de épocas o de razas.

Lo mulato de allá es para mí como lo flamenco de acá; inconcebible e inaceptable. La mulata de allá es para mí como la gitana de un café flamenco de acá; en vez de cantar, aulla; en vez de bailar, patea, y en vez de cautivar con la hermosura y la gracia, excita el instinto brutal del macho con la desvergüenza provocativa de lúbricos movimientos y contorsiones lupanarescas. Pero vaya usted a oponerse al paso del tiempo y de la moda: mientras pasa, vamos pateando y aullando para arrullar el sueño de la vejez; y ¡olé! y ¡venga de ahí!, hasta que amanezca Dios y mañana sea otro día.

Y por esto no podía yo concebir en el español Valdenebro, ni perdonarle, su pecado

con la mulata; hermosísima criatura, si en la voluptuosa belleza de su cuerpo no hubiera habido un alma atravesada y mestiza como la sangre: opinión que no pasa de extravagancia de poeta excéntrico y estrafalario, cuya curiosidad excitaban un caso y unas personas con quienes ningún lazo le unía.

Por fin di con el doctor Zambrana, con quien yo procuraba hacerme el encontradizo. Lléveme a mi hospedaje en hora en que mi hospedador, Ididoro Lira, asistía a la redacción del *Diario de la Marina*; y a solas con él, y templando el calor con una botella de cerveza inglesa, de las del regalo de Corugedo, le dije:

—Doctor, yo deseo ver y entregar a Leandro Núñez de Valdebebro un pliego que para él tengo: pero temo cometer la menor indiscreción si, como es posible, me veo en la necesidad de intimar con él relaciones, ignorando a qué atenerme en las suyas con Olimpia. ¿Qué hay, pues? ¿Qué sabe usted y qué puede decirme?

—Lo sé todo, porque todo lo he presenciado—dijo el doctor—, y todo puedo decirselo a usted, porque tal vez usted pueda sacar de él más partido del a que él quiere darse.

—Doctor—exclamé—, tenga usted en cuenta que no es la mía meterme en negocios ajenos; sólo deseo saber el terreno que piso en éste, porque es de aquellos cuyo hilo pára siempre en una maraña.

—Usted hará lo que le convenga; pero después que sepa lo acontecido, no podrá usted dar un traspie por ignorante.

—Diga usted.

—Yo soy médico y amigo de la casa; conozco a Olimpia desde muchacha, y puede usted suponer que he sido llamado como amigo y como médico en esta ocasión, y con este doble título me hallaba en el cafetal a la llegada de Valdenebro.

—¿Y qué?

—Que sintiendo el carruaje en que venía, se abalanzó al balcón Olimpia y al ver quién era, llamó a la Golondrina con un furioso campanillazo. Presentóse Valdenebro en la sala, seguido de dos negros cargados con cajas que colocaron en los muebles, y apenas ellos idos y sentado Valdenebro, se le puso delante Olimpia, arrastrando con ella a la mulata, a quien arrojó a los pies de su novio, diciéndole:

—Tome usted; ahí tiene usted a su mujer; llévesela usted a Madrid y légitime a su hijo. Usted es rico y puede llevarla sin dote, y nosotros, sus amos, no necesitamos su precio: llévesela usted de balde, y no vuelva usted a acordarse de una familia y de una casa de la cual escapa usted bien con no salir apaleado por un negro.

—¿Y qué hizo él? ¿Usted lo veía? Acaba usted de decirme que lo presencié todo.

—Tras de la vidriera del gabinete, y encargado de sacarle de la casa, de la cual salieron Olimpia y su padre para evitar toda disensión.

—Pues bien, ¿qué hizo él?

—Tomó y levantó la cabeza de la mulata entre sus manos y la dijo, mirándola:

—¿Que tú debes ser mi mujer, y que yo debo legítimar un hijo tuyo?

—¿Y tuyo—respondió la Golondrina, fijando sin vacilar sus ojos en los del hombre.

—¡Mio!—exclamó éste con el más natural y bien representado asombro.

—Tuyo—repitió ella—, con promesa de libertad y palabra de matrimonio.

—Yo he dicho eso y he hecho eso!—dijo él.

—Eso has dicho y esto has hecho—respondió ella.

—No lo entiendo—exclamó Valdenebro, echando por tierra a la Golondrina y disponiéndose a alborotar la casa, a cuyo punto salió yo.

Y debe ser el más astuto diplomático y el más consumado cómico, porque yo lo metí en mi coche en un paroxismo nervioso perfectamente sostenido.

—¿Tal cree usted, doctor?

- Estoy casi seguro de ello.
 —Pues bien, doctor, yo lo dudo.
 —Y lo comprendo: los poetas ven ustedes un drama o una novela tras los más vulgares acontecimientos; pero aquí estamos en lo del abogado: el que lo ha hecho niega el hecho: éste es el hecho.
 —Pues, *¿y quién sabe*, doctor? Yo voy a llevar el pliego de Cagigas a Valdenebro. Acompañeme usted a su casa, y preséntenos uno a otro.
 —Con mucho gusto; vamos.
 Y fuimos.

X

Costónos trabajo hacernos recibir por el apesador Valdenebro, quien hacía cuatro días que en su aposento encerrado escribía y enviaba una carta diaria a Olimpia, de la cual no recibía contestación.

Era un mozo de veintinueve años, bien apersonado, de fisonomía aguilena, de piel suavemente colorada, de ojos grandes y serenos, cabello rizo, cejas espesas y patillas inglesas; pulcra y correctamente vestido, tenía el tipo de esos gaditanos y bilbaínos con pretensiones a ingleses, por más afectos al formalismo severo de Albión que a la inquieta ligereza de la alegre Francia; había algo en él de aplomo del banquero y del atildamiento del diplomático; pero estaba sumido en una profunda tristeza, y comprendí a primera vista que las pasiones se daban en su corazón una tremenda y silenciosa batalla; estaba pálido, insomne y predispuesto a una de esas afecciones nerviosas con tendencia a la epilepsia, que tan comunes han hecho en nuestro siglo el trastorno de las horas, el desorden y variación de las comidas y de los vinos, el afán del oro y el abuso del café, del té y del tabaco, tres sustancias poderosamente medicinales que hemos convertido en bebida y alimentos ordinarios.

El pliego de Cagigas contenía documentos y cuentas, tal vez de familia, acaso de negocios, y quién sabe si de política; sirvióme a mí de introducción con Valdenebro, en cuya familia había, efectivamente, habido individuos amigos de mi padre, y en la cual era yo conocido por los recuerdos de sus viejos y por los delirios por mí extendidos en las páginas locas de mis efímeras poesías. La amistad entre Valdenebro y yo se entabló a nuestra presentación, y la intimidad se estableció en el primer cuarto de hora; la amistad se basó en la simpatía de la primera impresión; la intimidad en el tacto con que el doctor Zambrana logró diestra y delicadamente ingerirme y darme influencia en la historia y el ánimo del apesadumbrado y nervioso mancebo, que teniendo perentoria y absoluta necesidad de expansión, me aceptó como un viejo y perdido amigo, nueva y providencialmente encontrado en un paso difícil del camino de su existencia.

Despidióse a poco el doctor Zambrana; y el pobre Valdenebro a solas conmigo, a las primeras frases que de nuestra conversación se cruzaron, rompió a llorar como un niño, ocultándome el rostro con las manos. Aquel hombre estaba noble, exclusiva y sinceramente enamorado de Olimpia, y negaba el hecho porque no era su hecho, y no era el supuesto hecho con la mulata lo que ofendía su dignidad, sino la injuria de Olimpia al creerla sin él, el desamor de aquella mujer de quien él había hecho su ídolo y en cuyo amor había cifrado su porvenir en la tierra y la salvación de su alma en la eternidad; y aquel desamor, que probaba en ella su repentino desvío, aquella pasión de la criolla, fundada sólo en el orgullo y en la fiereza, tan reacia a la reflexión como incapaz de perdonar, apagaba la esperanza, desencajaba, rompía y arrancaba algo en el corazón de aquel hombre, que era desgraciadamente uno de esos a quienes Dios condena a no sen-

tir más que un amor, que mata cuando muere, porque es el germen de la vida del ser condenado al amor único. Estos seres que no saben, que no pueden, que no intentan siquiera tener más que un amor, no tienen tampoco más que un fin; o su amor y el de Dios, o amar o morir; de esos se han hecho muchos santos y santas, y de esos han vuelto muchos al seno de la madre tierra sin alzar más ruido, sin dejar más rastro que la espuma de una ola en la arena de la playa, o el polvo de una hoja seca arrastrada por un otoñal remolino. Fse era Leandro Núñez de Valdenebro, a quien preocupaba, a quien obcecaba el afán de probar a Olimpia que lo hecho no era hecho suyo, antes de abandonarla para probarla que era indigna de él, puesto que no podía comprenderle; y el pobre Valdenebro, tal vez creyendo halagarme, me citaba el pensamiento de mi *Sancho García*:

...en casos por mi honor medidos,
cree primero a mi honor que a tus sentidos.

¡Miseras razas meridionales! ¡Siempre guiadas y deslumbradas por la poesía y reduciendo a versos sus axiomas! Valdenebro me declaró que en la primera exaltación de su enojo, en la primera carta que escribió a Olimpia, suponía que la mulata jurara sobre un Cristo y los Evangelios que era verdad lo que de él decía, y que si ella juraba y Dios no la castigaba, él se resignaba a dotar a la madre y a cuidar del hijo; pero no a casarse con aquélla ni a legitimar a aquél. El amor ciego y entontece al más lince y avisado; y Valdenebro me decía, llorando: pero esa mujer es capaz de jurarlo todo; ¿qué sería un perjurio para ella? Si la hubiera usted visto con sus ojos fijos en los míos, sin rubor, sin miedo, con la más cínica desvergüenza repetirme en mi cara: «tuyo, sí, tuyo; bajo promesa de libertad y palabra de casamiento». ¡Dios mío, y es una inconcebible impostura!; pero ella sigue un plan, obedece a un impulso que yo no alcanzo, y juraría... y el mundo echará sobre mí lo que ella es capaz de echar a la misma faz de Dios.

—No—exclamé yo—, no; Dios es Dios, como dicen los árabes, y aunque ahora hemos dado en suprimir a Dios poniendo en lugar suyo a la Naturaleza, va usted a ver, y voy a probarle a usted, que Dios y la Naturaleza son una misma cosa, porque ésta no sigue más impulso que el que Aquél la da con el soplo de su espíritu.

Vístase usted, y vamos a ver al Obispo mejicano M., que ahora está aquí expatriado, que es un varón evangélico, sabio, justo y de tan sólida virtud como recto juicio e inflexible carácter... y déjenos usted hacer, que si la Golondrina no canta de plano y se retracta, será que Dios nos deje de su mano.

Y diciendo y haciendo, ayudaba yo a vestirse a Valdenebro, añadiendo, mientras se vestía, estas pérdidas palabras de perversa intención:

—Pero júreme usted abandonar a una mujer que no ha tenido un momento de duda, ni una palabra de perdón, ni una lágrima de pesar, porque no tiene corazón ni hay en su alma un átomo de cariño más que para sí misma.

¡Miserable de mí! Yo había parado en aborrecer a la criolla. ¿Por qué? ¿Había tenido, tal vez sin darme de ello cuenta, el intento de llamar su atención en el teatro? ¡Qué quimeras me había yo forjado en mi fantasía, qué huella había dejado en mi corazón, o a lo menos en mi memoria, la vista nocturnamente repetida de su hermosura!

Misérias, polvo, levadura de Adán, olvidadas y corrompidas en los pliegues del corazón humano.

El señor Obispo aprobó mi idea; y siendo él persona a quien por su dignidad episcopal y su autoridad eclesiástica no podía negarse nada en la católica morada de la soberbia, pero cristiana, Olimpia, él propuso, arguyó, discutió y resolvió, en vista de la inflexible tenacidad con que la mulata sostenía su dicho, que la Golondrina juraría ante

el altar y sobre los Evangelios que el hecho que ella afirmaba, y negaba Valdenebro, era cierto; y que por más que ella adorase a su señorita Olimpia, por más que viese el trastorno que en la casa ocasionaba, por más que abandonada de todos ella viviera y muriera en la esclavitud, y esclavo fuera su hijo, siempre aquel hijo esclavo lo sería de Valdenebro.

Y exclamaba éste, anonadado y sin encontrar la clave de la conducta de la Golondrina: «Dios mío!, esta infame no cree seguramente en Dios y me deshonrará y me hará cargar con tal deshonra, y con ella y con su hijo, y tendré por fin que pegarme un tiro.»

Y el doctor Zambrana se encogía de hombros y me miraba de soslayo, lo cual equivalía a decirme: «¿Lo ve usted?; estamos en la misma del abogado.»

Y yo le decía: «Deje usted amanecer a Dios y veremos claro.»

Empezó Valdenebro por intimar conmigo, y concluyó por abrirme su corazón y fiarse en mí; y en consecuencia de esta intimidad entre él y yo establecida, y de esta confianza por él en mí fundada, le presenté una noche al respetado y virtuoso varón mejicano el señor Obispo M., a quien los disturbios y las persecuciones políticas de su patria tenían en Cuba desterrado, esperando en Dios y en mejores tiempos.

Era este Prelado un modelo de sacerdotes cristianos, honra del alto clero católico mejicano, gran teólogo, buen jurista, de amabilísimo trato y de intachable conducta. Era... o había sido rico; pero, verdadero apóstol del Evangelio, jamás había contado lo que tenía más que para repartirlo en limosnas entre el viejo imposibilitado, la viuda y la huérfana de la guerra civil, y cuanto desvalido encontraba, con lo cual su equipaje se reducía a un baúl, que contenía un rico traje episcopal para las ceremonias del templo, un poco de ropa blanca, un anillo, un pectoral y una cruz de oro con su cadena; del valor y legitimidad de todo lo cual dudaba yo, sospechando, no sin fundamento, que hacía tiempo que debía de haber tenido que reducir a moneda las esmeraldas, los brillantes y el oro de la cruz, anillo y pectoral finos, que alguna vez había yo visto brillar sobre su morado capisayo en la capital de lo que fué reino de Nueva-España.

A este santo Prelado, cuya caridad era inagotable, cuya fe en Dios era tan ardiente como inextinguible, cuyo conocimiento del corazón y de las pasiones humanas era profundísimo, acudían los tristes por consuelo, los desesperados por esperanza, los perdidos por guía, los ciegos por luz, y todos, en fin, los naufragos en el mar de la vida, por una mano segura o un pasajero apoyo, que si no les sacaba salvos a la playa, les sostuviera al menos sobre las olas. Y a este señor Obispo M. confió por mi consejo su historia, y una idea que yo le sugerí, mi nuevo amigo el atribulado Leandro Núñez de Valdenebro; por ampararle y servirle y poner mi idea en ejecución, fué dos veces este Prelado al cafetal del padre de Olimpia, y con su episcopal y venerable representación y su persuasiva palabra, hizo al fin aceptar mi idea a aquel padre indignado y a aquella orgullosa y ofendida criolla, los cuales, apoyados en la tenaz afirmación de que no había medio de hacer desistir a la mulata, insistían en que, al dar a luz a su hijo, se la llevara consigo su seductor, antes de que ellos la vendieran a quien quisiera comprársela o aceptarla de balde con el feto que en su seno gestaba, y que no querían ver salir en su casa a la luz de la existencia.

Y aferrados, la mulata en su afirmativa y en su negación Valdenebro, se encomendó al fin a Dios el esclarecimiento de la verdad, sobre la fe de un juramento solemne, que de tomar se encargaba el señor Obispo, encomendando a Dios la venganza del perjurio sobre aquel que ante Dios lo cometiére.

Valdenebro desconfiaba del éxito de aquella prueba de la Edad Media, con que la fe, la influencia del clero, el temor de Dios o el miedo al diablo, infundían al pueblo, creyente de veras o descarriadamente supersticioso, gran repugnancia a las consecuen-

cias tradicionales del perjurio; pero la mulatica, a pesar de sus pocos años, criada en la incuria de la educación religiosa con que el clero, poco escrupuloso de ciertos puntos de las Américas, mira a la niñez esclava, y abandonada, basta que el desarrollo de su maravillosa hermosura la hizo favorita de sus amos, a la compañía y corrupción de negros y mulatos, sospechaba Valdenebro que ni sabía seis palabras del Catecismo, ni tenía casi temor de Dios, ni miedo del diablo, y que sería capaz de jurar y perjurar ante el altar y el Prelado, como había hecho hasta entonces ante él mismo; que ni comprendía su por qué de atribuirle a él semejante hecho, ni la obstinación y desvergüenza con que sostenía tal impostura.

No contaba yo más que él con ningún buen instinto ni con ninguna santa creencia de la Golondrina; pero contaba con la superstición y la naturaleza de la mujer, al fijar los términos del juramento, que sólo había yo fiado al señor Obispo, y que éste debía hacer oír a Valdenebro en el momento oportuno.

XI

Una noche de marzo, en que dió la casualidad de que el mar bramaba y el viento rugía a impulso de una de aquellas repentinas perturbaciones atmosféricas precursoras de los turbiones primaverales de los trópicos, entráramos en una pequeña iglesia. El señor Obispo, seguido de media docena de clérigos; Olimpia, su padre, su primo y tres servidores de su casa, que traían en medio a la Golondrina, Valdenebro y yo, y hasta una docena de personas más; entre las cuales contaban un venerable magistrado de la Audiencia, un alto empleado en Administración, Isidoro Lira, director del *Diario de la Marina*; Juan Ariza, el castizo poeta de quien apenas ya nos acordamos, mi atolondrado secretario Agustín Ainslye, el general Wolf, que fué después hecho mariscal por el desventurado Maximiliano, y tres o cuatro señoras a quienes no sé si conocía, porque conservaron los velos sobre el rostro durante aquella extraña ceremonia. En una capilla lateral, sobre cuyo altar se elevaba un gran crucifijo, nos fuimos acomodando todos; mientras el sacristán encendía seis grandes y fúnebres cirios y el señor Obispo y sus eclesiásticos se endosaban las sobrepellices y estolas éstos, y aquél su capa y su mitra, y con su báculo pastoral en la derecha, y alumbrado por el sacristán y dos acólitos, colocó en un atril, cubierto de un paño negro, el libro de los Santos Evangelios.

Arrodillóse y arrodillámonos todos los laicos, y respondimos amén a las preces latínes, en las cuales invocó el favor y la ayuda del Redentor; después de lo cual hizo el señor Obispo hincarse ante el atril a Valdenebro y a la mulata, a quien yo observaba con la mayor atención, sin ver en su fisonomía la menor emoción, ni muestra de asombro ante aquellos imponentes preparativos. Valdenebro tenía razón: había poco que esperar del santo temor de Dios de aquella criatura perversa desde su niñez.

Olimpia estaba casi al pie del altar, del lado de la epístola, y tras ella no quitaba ojo de la mulata el primo de aquella, sombrío y pálido como siempre.

El señor Obispo, después de una breve plática en la cual expuso la situación y exhortó a la mulata y a Valdenebro, en nombre de Dios, a aclarar la verdad de los hechos, y les demandó si se ratificaban él en su negativa y ella en su afirmación:

—Sí—dijo sin vacilar la mulata—, y sí dijo alto y claro Valdenebro.

—¿Estáis prontos, resueltos y firmes para ratificar y jurar ante Jesucristo y sus Santos Evangelios la verdad de vuestras palabras?—volvió a preguntarles el Prelado.

—Sí—tornaron a responder los preguntados.

—Pues bien—siguió el sacerdote, pasando el báculo a la mano izquierda y tendiendo

abierta la derecha sobre sus cabezas en señal de conminación; a cuya acción se arrodillaron a su lado sus capellanes, y todos los presentes alrededor de los juramentados, quedando sólo en pie el venerable mitrado, el cual siguió diciendo, con esa solemnidad de las ceremonias católicas:

—En el nombre de Dios, que nos sacó de la nada, y de Jesucristo, que nos redimió, repetid mis palabras una por una: tú, mujer, que afirmas que éste es el padre del hijo que traes en tu seno, y tú, hombre, que niegas y rechazas su paternidad, decid: tú, mujer, *si el hijo de mis entrañas no es de este hombre*, y tú, hombre, *si el hijo que está en las entrañas de esta mujer es mío...* (y repitieron y siguieron repitiendo ambos las palabras del Obispo) yo invoco sobre mí el castigo de Dios y el desprecio de los hombres; juro ante Él que digo la verdad, y si miento y perjuro y el hijo *no es suyo* (ella) y *es mío* (él), quiero que la maldición de Dios caiga sobre el feto que está por nacer; y que Dios manifieste su justicia haciendo de él un monstruo sin par en la raza humana, física y moralmente (y aquí palideció y vaciló la mulata, repitiendo bajo e imperceptiblemente las palabras del Obispo, que continuaba); y que nazca zambo, jorobado y bizeo, para que nadie sepa qué estatura alcanza, ni cómo y a dónde marcha, ni a dónde mira, para que sea irrisión de los hombres y espanto de las mujeres (y Valdenebro seguía repitiendo, y la mulata parecía sobrecogida y trémula, y seguía diciendo el sacerdote); y al fin, no encontrando ni amigos ni compañera en la vida, maldiga la madre que le concibió y la hora en que nació, y se vuelva rabioso contra los padres que le dieron el ser, hasta beber como un vampiro la sangre de su madre.

—¡No, no!, ¡yo no juro eso: no quiero ser madre de tal hijo!—exclamó la mulata, poniéndose en pie y echándose atrás.

—Yo sí, yo sí—dijo Valdenebro, levantándose a su vez.

—Porque no eres su padre—le dijo sin poderse contener la Golondrina.

—¿Quién es, pues?—preguntó el Prelado—y ¿quién es?—preguntamos espontáneamente todos los que presentes estábamos, poniéndonos en pie y rodeando a la mulata.

—Yo no lo diré jamás; que lo diga él si es hombre—e involuntariamente fijó una mirada indescriptible en el pálido primo de Olimpia.

—¡Basta!—dijo Valdenebro, con una dignidad y una energía que nadie de él esperaba—. Ni quiero ni necesito saber más. Los que han podido creer en mí tan villano proceder, ni merecen mi amistad ni pueden encontrar jamás satisfacciones que yo acepte nunca.

XII

El 16 de marzo abandonó la Isla de Cuba para volver a Méjico, en el *Méjico*, vapor de los señores Bustamante, Romero y Compañía, de cuya vuelta he hablado en el tomo II de estos *Recuerdos del tiempo viejo*.

Valdenebro regaló a la Golondrina la canastilla y las joyas que para Olimpia había traído de España y Francia; y sin querer recibir a su padre ni a ningún individuo de la familia criolla, se volvió a Europa en el paquete inglés de fines de marzo.

No pudiendo arrancar de su corazón el amor, ni de su memoria el recuerdo de Olimpia, ni apechar con la afrenta de la mulata, se encerró en su casa; y la tristeza y la falta de ejercicio le acarrearón la afección pulmonal, de que murió tres años después.

Al encontrar su papeleta de defunción entre los legajos de papeles que conservo, me ocurrió la idea de escribir, como fin de mis *Recuerdos del tiempo viejo*, EL JURAMENTO

PULVIS ES ⁹

AL EGREGIO POETA CASTELLANO

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

INTRODUCCIÓN.

Los poetas no tenemos
 más que versos por caudal,
 y con ellos, bien o mal,
 pagamos lo que debemos.

Contigo la deuda mía
 es una amistad sincera,
 cuya inclinación primera
 engendró la poesía.

Leía yo allende el mar
 las que famoso te han hecho,
 y la amistad en mi pecho
 por tí empezó a germinar.

De ambos en el corazón
 hoy y desde antes de vernos,
 la atan los nudos eternos
 de la mutua estimación;

Y de esa amistad por gaje
 mí—«Pulvis es—te dedico;
 no es el obsequio muy rico,
 pero es casi un homenaje.

De América al regresar,
 me saliste a recibir...

Y ¿qué más se han de decir
 dos castellanos, Gaspar?

Dios dijo a Adán: «Hecho estás
 de barro; tú ser no encierra
 más que polvo de la tierra,
 y a ser polvo tornarás.»

Murió Adán, y su mujer,
 y sus hijos, y cumplieron
 la ley de Dios, y volvieron
 a la tierra polvo a ser.

II
 Pero la raza extraviada
 del hombre, a Dios insumiso,
 volver al polvo no quiso,
 ni reconocer su nada;

Y encontró arellas y grutas
 donde, a propósito puestos,
 se conservaran sus restos,
 momias tornándose enjutas.

Y alzó egipcios mausoleos,
 y romanos columbarios,
 y judaicos calvarios;
 y aún se tiene en pie de Ceos

la pirámide titánica,
 que a nuestras generaciones
 prueba la audacia tiránica
 y la vanidad satánica

de los viejos Faraones.

III
 Dios dijo al hombre:—«Estás hecho
 de polvo, y a él volverás—»,
 mas no lo quiso jamás
 para su mortuorio lecho.

Rebelle a la ley de Dios
 y con su madre hijo ingrato,
 anheló el hombre insensato
 ser más fuerte que los dos;

y al polvo, en vez de tornar,
 de que le sacó el Dios Bueno,
 y de ir el materno seno
 de la tierra a fecundar,

se quedó sobre la tierra,
 gozar queriendo más vida
 que la por Dios concedida
 al polvo en que su alma encierra.

En necrópolis inmensos
sus restos depositando,
su carne momificando
con yerbas, gomas e inciensos;
metiendo en fragantes cajas
sus momias, tan bien sujetas;
con las largas bandeletas
que las sirven de mortajas,
y envolviendo su esqueleto
y su carne, así amarrada,
en la envoltura sagrada
del religioso respeto.

fundó con ellos ciudades
de muertos y catacumbas;
pensando en paz en sus tumbas,
gozar por luengas edades
otra existencia añadida
a la de Dios: tal demencia
produjo la gran pendencia
de la muerte con la vida.

El respeto religioso
hizo no ver al creyente
de la no enterrada gente
el influjo pernicioso;

mas sus miasmas nocivos
declaró sobre la tierra
la ciencia; y de aquí la guerra
con los muertos de los vivos;

¿Y en qué paró? En que el ambiente
corrompió su podredumbre;
y al crecer en muchedumbre
y hallar su póstera gente,

aquellos miles de muertos
sobre la tierra instalados
y contra Dios rebelados,
de sus sepulcros abiertos,

los arrancó cual manojos
de podridas espadañas,
y arrojó a las alimañas
y a los cuervos sus despojos.

Hoy nuestra generación,
entre ruinas encontrándolos,
hace de ellos, número los,
científica exposición;

y su momia secular,
de la ciencia por trofeo,
a la puerta de un museo
hace al vulgo contemplar;

y acaso del rey aquel

de quien su edad tuvo miedo,
de un villano mancha el dedo
la apergaminada piel:
y mal puesto en equilibrio,
al vacilar contra el muro,
su cadáver inseguro
sirve al vulgo de ludibrio.

Justo castigo, a mi ver,
del que a la tierra se aferra,
y, hecho de polvo, a la tierra
no quiere polvo volver.

IV

Hundió a la pagana edad
el tiempo en la eternidad:
alumbró al mundo la luz
de la fe y de la verdad;

redimió a la humanidad
muriendo Cristo en la Cruz;
¿cuál es su religión?
¿Cuál fué su predicación?

¿Qué manda su santa ley?
La humildad, la humillación
en el polvo: obligación
del pordiosero y del rey.

¿Y qué hacemos los cristianos
de nuestros restos humanos
con el polvo terrenal?...
Más que hicieron los paganos:
profanar con él, insanos,
el claustro y la catedral.

A sombra del legítimo respeto
de que a los muertos nuestra fe rodea,
yace al pie de un altar un esqueleto
que albergó un alma de homicidios rea.
Abad batallador o rey repleto
de venganza y de sangre, allí brava
la ley de Dios, que le conmina airada
gritando: ¡Sal de mi mansión sagrada!

Mas vi y hallé de entrambos hemisfe-
[rius
las cien maravillosas catedrales,
los cien mil opulentos monasterios
de la fe monumentos colosales,
convertidos en grandes cementerios,
en cuyas áureas urnas sepulcrales
se puso a amparo de la Cruz cristiana
del polvo vil la vanidad mundana.

Y allí, a traición introducido, espera burlar la ley de Dios, no ir a la nada, y al polvo no volver, masa primera de que por Dios su carne fué amasada: cree allí que por la gente venidera será siempre su carne respetada, y que va en su ataúd jamás abierto en la tierra a vivir después de muerto.

¡Vanidad, ilusión, orgullo insano del que feliz y grande fué en el mundo, y cree robar a Dios su polvo humano! Desde el sol hasta el antro más profundo, nada se esconde a Dios; cobija en vano entre oro y mármol su esqueleto inmundado: aunque bajo oro y mármol le sepulte, no hay piedra ni metal que a Dios le oculte.

Aquellas coronadas esculturas sobre sus regios túmulos tendidas, aquellas siempre inmóviles figuras de hábitos y de mantos revestidas, de graves y sombrías cataduras, de hinojos o de pie, mas siempre erguidas, cuyo nombre en sus áureos cenotafios se revela en pomposos epitafios,

¿qué son? ¿qué hacen allí? Símbolos

[vanos, vanas esfinges que sus cuerpos guardan de Dios contra los fallos soberanos. Mas aunque santas lamparillas ardan delante de sus bustos, los arcanos de los juicios de Dios, no porque tardan no se cumplen; al fin la raza viva la luz apaga y el panteón derriba.

Una invasión salvaje, una marea social el mundo de repente agita, y cae la torre, el templo se cuarteja, se demuele el panteón, se hunde la ermita. Pero la fe, la religión, la idea tienen germen de Dios, vida infinita; la idea, que los mármoles derrumba, vuelve a la tierra el polvo de la tumba.

V
¡Eres polvo, y nada más, hombre vano! En vano en pos vas de más vida; ya Dios de tu ansia vital detrás.

Vuélvete, polvo, a la tierra que es tu madre y te dió el ser, y es quien vivir ha de hacer el polvo que a tu alma encierra.

Tú, que eres polvo no más, y que a tu Dios rebelado a ser polvo no has tornado, fuera de tu ser estás.

Ese panteón donde quieres prolongar tu térrea vida, es donde tu muerte anida: en él es en donde mueres.

Ese brillante gusano que del césped en la alfombra brilla en el campo, en la sombra de las noches de verano; esa vaga mariposa que se columpia en abril en un pétalo sutil

o en el botón de una rosa; esa yerba nutritiva que alimenta los rebaños brotando todos los años de la tierra siempre viva;

esos bosques rumorosos cuyos frutos alimentan cuantas alimañas cuentan desde el musgajo a los osos: toda esa vegetación que viste a la madre tierra, nacen del germen que encierra lo que tú das al panteón.

Eso es el polvo en que duermen nuestros despojos mortales; esos los jugos vitales de que nuestro polvo es germen.

Vuélvete, polvo, a la tierra que es tu madre y te dió el ser, y es quien vivir puede hacer el polvo que a tu alma encierra.

No le entierres en panteones, no le labres mausoleos: hoy ya en su tumba de Ceos no está el de los Faraones.

VI

Yo sé que al orgullo humano tal vez ofende y le enfosca

el zumbido de una mosca
y el roer de algún gusano:
mas ¿por qué no he de decir
a mi raza y sociedad,
yo, gusano, una verdad?
¿Por qué no me la han de oír?
Yo que, poeta cristiano,
me quiero en tierra enterrar,
con mi polvo para dar
ser a la flor y al gusano,
tengo antojo al siglo mío
un progreso de pedir,
por ver si logro morir
y enterrarme a mi albedrío.

Nuestra edad, aunque revuelta,
camina con firme planta
hacia la luz, y adelanta,
aunque con trabas, resuelta.

Extraña es nuestra centuria
sima de contradicciones
y volcán de aspiraciones;
raza de locos sin furia,
sin fe, sin miedo y sin ira,
que osa a todo, a todo atenta,
que todo endiosarlo intenta
y contra todo conspira.

Es nuestra raza; y da espanto
ver cuán atrevida avanza,
de todo con esperanza,
osando atreverse a tanto.

Y aún causa espanto mayor
verla cómo, sin fe en nada,
empeña en cualquier nifada
su juicio razonador;

y en ardua cuestión social,
con apático desdén,
ni se afana por el bien,
ni se asusta por el mal.

Raza, en verdad, rica en ciencia
y en positivo progreso,
de buena fe y con gran seso,
obra loca y sin conciencia.

Sí, extraña generación
actual de mi madre España,
tal es hoy tu vida extraña
y tal hoy tu condición.

De prosa y de poesía
heterogéneo amasijo,
tu razón sin rumbo fijo
sigues, o tu fantasía.

De activa fe y hondas dudas
en el afán que te acosa,
ya impía, ya piadosa,
con una y otra te escuchas:
e inquieta como la mar,
flotante como las nubes,
como ellas bajas y subes
y fluctúas sin cesar.

Hoy, con costumbres perversas
y desnudez nunca vista,
blasonas de moralista
y lo moral tergiversas;
pues la moral arrollando,
vas a duelos y a placeres,
desnudas a tus mujeres,
por donde quiera llevando.

Así, por extraño modo,
predicas y no profesas
los dogmas con que progresas
sin duda, a pesar de todo;
y con tu conducta avienes
tan mal tu filosofía,
que eres pobre, y cada día
gastas más de lo que tienes.

Con avidez sin ejemplo,
de oro en la sed que te acosa,
vas, fanática o viciosa,
lo mismo al circo que al templo;
y hallas lo mismo motivos

para derrochar millones
en las peregrinaciones,
que en toros y cuadros vivos.

Engreída filosofas
con tus mil grandes inventos,
y de esos mil elementos
de felicidad te mofas:

y siendo, en verdad, más sabida
que las pasadas edades,
parece que las verdades
vas descubriendo con rabia,

o con error nunca visto,
que de fraudes y ambiciones
¡tal vez negándole! pones
por encubridor a Cristo.

Y oyendo tal no te ofendas
ni contra mí te alborotes,
porque tus faltas y dotes
juzga un autor de leyendas,

generación actual mía:
pues yo, que así te las digo,
con admiración te sigo
por tu saber y osadía.

Aunque de sosiego en pos,
viejo, en mi hogar me he sumido
a vivir en el olvido
y a morir en paz con Dios,

de cuando en cuando me asomo
a ver la faz de mi tierra,
y el bien y el mal que en sí encierra
miro, y en cuenta les tomo:

y al borde ya de mi huesa
me afano ¡oh, España mía!
por saber si por la vía
vas del tiempo que progresa.

Y sí que vas: aún te agitas
contra el viento y las mareas,
mas sondas y brujuleas
y los escollos evitas:

porque aún eres hoy, España,
como un volcán que fermenta,
y en tanto que no revienta
hace temblar la montaña;

mas piensa que, al estallar,
no es fuego devastador,
sino luz de almo esplendor
lo que de ti ha de brotar.

Labra, escombra desde luego
cuanto terreno ganado
llevas; pero con cuidado,
no labres a hierro y fuego.

Yo tras ti por tu camino
iré, por despacio que ande,
pues por verte otra vez grande
me hiciera hasta peregrino.

Te dije noches atrás,
en salón de aquí no lejos,
que yo era uno de esos viejos
que no envejecen jamás.

Me descarré por seguir
el porvenir de tu gloria;

mas me vuelve a la memoria
lo que antes te iba a pedir.

VII

Siglo que a todo te atreves
y que, del progreso en alas,
cuanto hay secreto propalas
en la tierra que renueves;

que alzas al saber palacios,
y a un vapor tal fuerza imprimes
que ante su vuelo suprimes
el del tiempo y los espacios;

que el aire y la luz dominas,
y esclava de tus inventos,
con una chispa, en momentos,
una ciudad iluminas;

que has logrado hacer pasar
la palabra en un minuto
a través del monte bruto
y las tormentas del mar;

que a tu saber los secretos
de la creación humillas,
y haces de sus maravillas
los más vulgares objetos;

y encierras la luz en cajas,
y el rayo atas con alambres,
y haces paños con estambres
de acero, cristal y pajas;

siglo que a todo te atreves,
y que, del progreso en alas,
dices que todo lo igualas
porque todo lo renueves.

la ley de Dios por ley toma:
toma de Dios el nivel,
y el orgullo humano doma
nivelándole por él.

De sus efluvios nocivos,
letales, libra a la tierra:
pon fin a la larga guerra
con los muertos de los vivos.

Y pues a estudios tan serios
te aplicas en tus escuelas
por ver si el mundo nivelas,
nivele los cementerios.

Del orgullo los caprichos
doma ¡oh siglo! y que progresas
prueba, dando al polvo huesas,
no mausoleos y nichos.

Dios dijo a Adán:—«Hecho estás
de polvo, y has de volver
a la tierra polvo a ser»,
¿y quién ante Dios es más?

Los que al hombre esclavizáis
de la libertad en nombre,
los que los fueros del hombre
en nombre de Dios holláis,
ídolos de la ambición,
del orgullo y del dinero,
en el siglo venidero
seréis polvo sin panteón.

Autócratas y sultanes,
tiranos ayer temidos,
mañana estaréis tendidos
al nivel de los patanes.

¡Polvo, polvo! Nadie es más;
a quien se alza y se rebela,
tiende la muerte, y revela
su polvo al de los demás.

Ley es del Dios Infinito:
el polvo que al alma encierra
no guardan sobre la tierra
los mármoles ni el granito.

Por más duro que le sea,
por más que tal fin le asombre,
sobre la tierra, del hombre
no queda más que la idea.

2 de noviembre de 1878.

VII

GASPAR, los que pretendemos
difundir la idea en tomos,
¿qué valemos y qué somos?
¿Cuánto en ellos viviremos?

Yo, que viví de extraer
de mi polvo corporal
la idea, lo espiritual
que puso Dios en mi ser,
este papel en que he escrito
mi idea de orgullo rea,
el papel que por la idea
es más fuerte que el granito,
¿qué vivirá? Un día o dos:
mas aunque alcance a vivir
dos siglos, ha de morir
como yo, por ley de Dios.

GASPAR, si me sobrevives,
no permitas que me entierren
en un nicho y que me encierren;
de ser tierra no me prives.

Yo soy poeta cristiano,
me quiero en tierra enterrar
con mi polvo, para dar
ser a la flor y al gasar.

Jamás a la ley común
en rebelarme pensé;
Dios lo dijo, y bien lo sé:
pues hombre soy, PULVIS SUM.

EL TENORIO BORDELES ¹⁰

RECUERDO LEGENDARIO DE DON JOSÉ ZORRILLA

PRIMERA PARTE

I

El 1828 emigró a Francia y se estableció en Burdeos un coronel, poco afecto a Fernando VII por no sé qué olvido, abandono o ingratitud de aquel Rey, olvidadizo e ingrato con sus más adictos servidores.

Llamábase el tal, o mejor dicho, se hacía llamar, porque había dejado su apellido aquende los Pirineos, don José de Castejón; nombre y apellido que, sea dicho de paso, jamás llegó a pronunciar ninguno de los bordeleses con quienes tuvo relaciones mientras vivió en aquella tan suntuosa como triste capital de la Dordoña.

Es verdad también, y dicho sea sin agravio suyo, porque como ya tenía cuarenta y pico de años cuando emigró, que él tampoco llegó a pronunciar bien ninguno de los apellidos de sus amigos y conocidos bordeleses.

De la causa y razones de su expatriación, a nadie dijo ni una palabra; pero debió de ser alguna intriga o secreto de palacio, de donde nadie andaba por entonces muy seguro, entre las que tejían y destejían sin cesar en torno de aquel Rey sin carácter, los intereses y los personajes opuestos y mal avenidos que en palacio entraban; unos por el cuarto de la Infanta Luisa Carlota, que trataba de volver a casar al Rey con su hermana; otros por el del Infante don Carlos María Isidro y la Princesa de la Beyra, que querían otra cosa que aún no han conseguido sus herederos.

Por unos o por otros, debió que tener desempeñar alguna secreta comisión el coronel de quien voy hablando; y abandonado por unos o por otros, y hecho por ellos blanco del enojo del Rey, estuvo a pique de perder la vida a manos de gentes de quienes se salvó por milagro, y de quienes sospechó con razón, como en otro tiempo Villamediana, que contra él habían venido con impulso soberano.

Como quiera que fuese, guardando su secreto traspuso la frontera, y no quiso después tomar parte en la guerra civil del 34, ni volver a España, aunque nada tenía ya que temer.

Pero tenía un hijo, cuya educación y porvenir ocupaban su vida entera; y llegando ya este hijo a la edad de veinte años, le había enviado a París a concluir su carrera, y en París había pasado ya dos inviernos y vuelto a Burdeos en las vacaciones.

Tenía el buen Castejón apalabrado a su hijo, matrimonio con una señorita mejicana, cuya familia, establecida como él de pocos años atrás en Burdeos, tenía en París un pariente, en cuya casa y a cuyo cargo estaba en París el estudiante.

Queríanse los muchachos, y querían y esperaban sus padres verlos unidos, para hacer una de los restos de ambas familias, enlazadas ya por lejano parentesco y antigua amistad de sus antepasados, puesto que la mejicana era una raza de español origen.

El coronel Castejón era rico en España, pero había tenido sus bienes secuestrados en Burgos por mi padre, que era por el 29 Superintendente General de policía del reino, aunque era amigo de Castejón y le había ayudado a emigrar, y aun dádole el pasaporte para pasar la frontera; pero que no pudo dejar de cumplir la orden de secuestro que de más alto poder le había venido impuesta, por más convencido que estuviera de la injusticia que por el regío olvido, abandono o ingratitud, con Castejón se cometía.

Poco importó a Castejón el secuestro, y vendió, cuando se le levantaron, aquellos bienes, porque tenía un hermano mayor, solterón, establecido en Méjico, y allá enriquecido en comerciales negocios, el cual, al morir, le había dejado en su testamento una no despreciable cantidad de pesos; que le había ayudado a cobrar y a imponer en Europa el jefe de la familia mejicana, que iba a unir a su hija única con el único heredero del coronel.

Vivía, pues, éste, holgadamente en su emigración, sin que sus secuestradas rentas de Burgos le hicieran falta; pero vivía retraído y sin más sociedad que la de los mejicanos, con quienes iba pronto a formar una sola familia; porque la ingratitud del Rey, el abandono de su partido y la ausencia de la patria, habían comenzado a inocular en su espíritu una amarga melancolía, que hubiera probablemente parado, a haber vivido más tiempo el buen Castejón, en una irresistible nostalgia.

10 Pasaba esto en 1836; su hijo Diego estaba en París perfeccionando su educación y concluyendo sus estudios en la Sorbona, y estaba resuelto su enlace con Anita al llegar aquél a su mayor edad.

Castejón se había casado joven, y apenas pasaba de los cincuenta; era un hombre moreno, muy barbado, de mediana estatura, enjuto y nervioso, de una gran dignidad personal, puesto que, como militar, andaba siempre muy derecho y cuidadosamente vestido; pormenores que tengo de las notas que de aquel tiempo dejó mi padre; que me las dejó curiosísimas, escritas o contadas, de palaciegas intrigas, de políticas infamias y de religiosas iniquas y aberraciones, en que intervinieron ilustres damas y altos dignatarios, entre cuyos herederos y sucesores andamos.

10 Tal vez un día, si Dios me da vida y a los hombres les pesa de que me la dé, tiraré del hilo de la ócultá y enmarañada madeja de los recuerdos de la policía de mi padre, y habrá para reír y para llorar, y para ver más claro en el origen de la revolución social efectuada desde el 33 en esta cara y querida patria, donde tan caro cuesta a muchos el haber nacido; donde a todo se osa porque todo se olvida, y de nada sirven los excesos de ayer para corregir las extralimitaciones de hoy.

10 Pero bien está por hoy San Pedro en Roma, y volvamos a los Castejones, de quienes estaba determinado que debía ser hija y esposa la bellísima mejicana Anita, de cuya desventura se había encargado Dios, que dispone de lo que los hombres proponen.

10 Anita era una criatura graciosísima; tipo genuino de la mujer mejicana, que es una de las más atractivas y seductoras del universo. Alcanzaba poca estatura, sin que por eso pudiera decirse que era pequeña; el color de su tez era el que en Méjico se llama gráfica-

mente *apiñonado*: que es más claro que el que nosotros llamamos triguño, y es blanco; tibio y mate; como la china sin barnizar y el mármol de Génova pulido ya por el escultor florentino.

La mejicana *apiñonada* tiene una carnación de indefinible tinta, uniforme, ni colorida ni descolorada, sin pecas, venas, lunares, ni espinillas; es una carnación pura, virgen, que parece que jamás ha tenido teñida por la circulación de la sangre, a cuya piel la sacan tan sólo el rubor o el amor: porque la indignación o los celos retiran la sangre de la faz al corazón; y su incendio es el del volcán que hierve sin cráter bajo la tierra.

Anita era flexible, esbelta, quebrada de cintura, alta de pechos, bien modelada de brazos, de andar de garza, de manos tan perfectas como pequeñas y de pies tan escasos, que al tenerse en pie parecía un milagro de equilibrio. Su sonrisa perpetua alegraba a quien la miraba; sus ojos serenos y francamente abiertos, eran turqueses como un cielo con luna nueva; su mirada límpida y tranquila como el agua de las lagunas de Tezcoco; y sus manos parecían dos nardos acabados de abrirse al rocío de la aurora. Tal era Anita, a quien desdichadamente había visto y de quien fatalmente se había enamorado monsieur Armando de La-Bourdonnais, el Tenorio de peor género, el calavera de peor fama y el espadachín de más audacia, de más destreza y de más fortuna de aquella escuela de armas bordelesa, que a fines del pasado siglo y comienzos del presente compitió, y no con desventaja, con las de París, Viena y Florencia, y escribió con la punta de los floretes una larga y sangrienta crónica de abominables homicidios de vivez, orfandad, deshonra y desolación.

Armando Augusto de La-Bourdonnais (como él escribía su apellido), era hombre de treinta y cinco años, alto, bien hecho, moreno, musculoso, de cabeza erguida, mirada provocadora, desdeñosa sonrisa, resuelto andar y costumbres y pretensiones aristocráticas. Entraba y salía por todas partes, sin ceder a nadie el paso, codeaba a todo el mundo con la más descarada impertinencia, llevaba el sombrero sobre la oreja y miraba a todas las mujeres como un sultán que perdona la vida a las esclavas de su serrallo, sobre las cuales se abroga derecho de vida y muerte.

La-Bourdonnais se jactaba de haber tenido tantos desafíos como años; se había propuesto no dejar transcurrir sin uno ninguno de los de su vida; efectivamente, en cada uno de sus diez últimos había dejado un adversario sobre el terreno. *La voz populi* no tenía desventuradamente nada fantástico que añadir a su verdadera historia, para hacer de él un moderno Don Juan, burlador de las mujeres y asombro y respeto, si no miedo, de los hombres más atrevidos.

II

No es fácil dar cuenta exacta de sus aventuras, ni exacta idea de su destreza en el manejo de las armas, especialmente en el de la espada: su reputación era la de ser el más fuerte tirador de Francia, cuyas salas y escuelas había recorrido, dejando en todas la memoria de no haber encontrado rival que le venciera o le desarmara. Sólo J. B. Robert, llamado el fuerte, el maestro más acreditado y popular de París, y Grissier, que empezaba a fundar escuela, le probaron que tenía en ellos dos superiores, y con alguno de sus discípulos podría muy bien tropezar algún día.

Robert le declaró *número uno*, modelo de tiradores; pero Grissier, que le exasperó a propósito para estudiarle a fondo, le calificó de espadachín de lealtad dudosa.

De sus aventuras es difícil la narración, porque siempre habían ido, o envueltas en el misterio, o seguidas del escándalo; y de las primeras nadie se había atrevido a hablar

alto, por temor a una de los segundas; pero unas y otras habían pasado en diez o doce años unas entre las silenciosas lágrimas de las víctimas supervivientes a sus atropellos, y éstas eran todas mujeres, o en causas sobreesididas en los tribunales por falta de pruebas o sobra de influencia, apoyadas tal vez en algunos sacos de luises; porque La-Bourdonnais era rico y había sido admirado antes de llegar a ser aborrecido.

Y aquí será bueno, y tengo para mí que es lógico y necesario, dar, para saber con quien tratamos, algunos antecedentes suyos y de su familia, que nos es preciso tener presentes, antes de la narración de la última aventura, que liga su leyenda con el español Castejón y la mejicana Anita, en 1836, en que comienza esta narración.

Su raza pertenecía a la aristocracia bordelesa, y un pueblo del departamento de la Dordoña daba nombre a su familia, que en él tuvo radicado su señorío.

Su abuelo y su padre vivieron en París y en la corte en los últimos años del reinado de Luis XV y en todo el de Luis XVI.

Su padre, tras mil azares, escapó milagrosamente de la revolución del noventa y tres, y vivió y volvió con los emigrados, a la caída de Napoleón. La-Bourdonnais padre fué siempre un cortesano astuto y ducho en intrigas, que jamás descuidó sus intereses ni las relaciones de los que valían o podían valerle; y como su nombre y su emigración le daban a su vuelta entrada en todos los salones y favor con los principales personajes de la restauración, interesando a unos, intrigando con otros y sabiendo poner de su parte y en la balanza de su fortuna y en el platillo del favor a las mujeres, con las cuales le tenía, se dió tal maña y tal prisa, que volvió, no sólo a posesionarse de la mayor parte de sus bienes, sino a hacerse compensar de la pérdida de algunos, con la adjudicación de otros de más valor; ya de extinguidas familias, ya de disueltas corporaciones, ya, en fin, moviendo ruidos y pleitos, u obligando a venderle a bajo precio los suyos a los vencidos partidarios del primer Emperador.

La-Bourdonnais padre se reinstaló en su castillo; y muerta de una afección hepática, contraída con los sustos y los pesares, madama La-Bourdonnais, que permaneció en Francia durante su emigración, se dió a la vida de señor feudal, en cuanto se lo permitían las nuevas costumbres que en Francia habían desarraigado las antiguas, con la tempestad revolucionaria que sobre ella había pasado.

Quedó, pues, La-Bourdonnais hijo, en poder de su padre; quien pensando arreglar primero sus bienes y volver después con sus cuantiosas rentas a presentarse en la corte, acostumbró a Armando a cazar a caballo por sus cotos y los de sus vecinos, a tratar con desdén a sus iguales y con insolencia a sus inferiores, a creerse fuera de la ley, por su nobleza y por su caudal; é hizo de él, en suma, un retoño de aquellos calaveras del tiempo del regente, cuya tradición alcanzó por su padre, que era fantástico admirador del despilfarrado calaverismo y la desmoralizadora memoria de los duques de Orleans y de Richelieu.

En una de sus cacerías, al saltar, por no pararse a abrirla, una barrera de un coto, tomó corto su impulso el fatigado caballo de La-Bourdonnais padre, y tropezando en la barra con los pies traseros, dió de cabeza con su jinete, flaqueándole las manos y echando sobre él de costado la despaldillada bestia todo el peso de su desequilibrado cuerpo. Acaeció esto en diciembre de 1821.

Armando, solo, libre, y a los diecinueve años único heredero de saneado caudal, del que su padre nombraba en testamento por administrador y por tutor de Armando a un viejo escribano, que había siempre entendido en los negocios de la casa, se vió tan mimado por éste como por su difunto padre; y fué a establecerse en Burdeos, donde cursaba en un colegio como externo por el día, mientras pasaba la noche en la sala de armas, única afición que parecía dominarle.

El escribano le declaró que tenía ochenta mil francos de renta, pero que no le permitiría gastar más de treinta mil, porque quería ahorrarle cincuenta mil por año, para que pusiera casa cuando contrajera matrimonio. Armando no parecía gastador ni inclinado a encanallarse. Su carácter altanero y poco sufrido le libraba de amigos importunos, y su robustez y su destreza en las armas, de explotadores y petardistas. No fué en el colegio estudiante muy aventajado; pero gustaba de leer historias y dábase cuenta y retenía fácilmente cuanto leía.

Había montado su casa como si siempre pensara vivir solo: un ama de llaves de cuarenta años, que el notario tutor le había enviado, estaba encargada de la administración y economía doméstica, y un criado, de treinta, le servía de ayuda de cámara y de caballero, teniendo a su disposición un mozo de cuadra.

No tenía ni lujo ni parsimonia; pero vivía con gran decoro: y en vestirse bien, vivir cómodamente y sostener un sencillo tren, gastaba los quinientos escudos sin necesitar más, sin pedir ningún mes su mesada hasta que su tutor se la mandaba.

Cuando la recibía, gastaba lo que del mes anterior le había sobrado en libros y en armas: tan buenas éstas como malos aquéllos. Los mejores eran Crónicas de Burdeos y sus espadachines; y aparte las de historia y la enciclopedia, el resto era de la peor elección y de la más detestable moral—pero afortunadamente los leía poco—; todas las mañanas pasaba dos horas en una sala de armas; después de la comida del mediodía montaba otras dos a caballo; volvía a la sala de armas antes de comer, y después iba a algún teatro.

Todo el mundo le conocía, pero con nadie intimaba; miraba descaradamente a las mujeres, y no era por ellas muy mal mirado; pero no pudiendo suponer que no tenía pasiones, el viejo notario esperaba que se le despertasen, y en nada le iba a mano.

Así siguió dos años, hasta los veintiuno; y ambos, por el mes de enero, se presentó en su pueblo de Labourdonais a recibir las cuentas de su notario y ver el estado de sus haciendas. El notario las cuidaba como si fueran suyas; Armando no le hizo la más leve observación; pero ni él le mereció las gracias por sus cuidados; ni una sonrisa sus colonos ni servidores: se veía claro que sabía que era el señor, y que indudablemente se haría siempre respetar, acaso temer, pero nunca amar.

El viejo Maese Morin (que era el nombre del tutor), encontró aquel orgullo muy natural; era el legítimo sucesor de los Bourdonnais, a cuyo abuelo había servido su padre, a cuyo padre había servido él, y a cuyo último vástago adoraba el viejo, que no había tenido hijos y que desde la muerte de su segunda mujer tenía consigo una sobrina, hija de una hermana de la primera, cuya sobrina se llamaba Gabriela.

III

Gabriela era una niña de dieciséis años, blanca como una garza, ligera y esbelta como una corza y rubia como un ángel de Alberto Durero. La serenidad de su mirada, la sencillez de su sonrisa y la candidez de la expresión de su rostro, acusaban su doble virginidad de alma y cuerpo; era una criatura ideal; su vista no excitaba sensación ni apetito, ni pensamiento concupiscente: no se ocurría tocarla sin temor de romperla como si fuese de cristal finísimo.

Era, en fin, una mujer, cuya vista obligaba a alabar a Dios y a creer en la castidad: espíritu puro caído del cielo y vestido de carne para que pudiera vivir en la tierra: la esperanza de su madre, la alegría del viejo Maese y su heredera, para que no la faltara un marido, con cuyos hijos hiciese la delicia de su vejez y la gloria de su casa, jamás avergonzada por la deshonra, ni contristada por el pesar.

Y en esta criatura puso sus ojos Armando La-Bourdonnais; y como su alma era mala, su vista suscitó una mala idea en su cerebro, y una intención infame en su corazón. El peor instinto del hombre malo es el de perder a una mujer buena.

Al fin de aquel año dijo que se quedaba en Labourdonnais, y sonrió inocentemente la niña, y se alegró, hasta saltársele las lágrimas al honrado Maese Morin, y abrazó a Armando, diciéndole:

—¡Esol, esol, hacienda, tu amo te vea— y mientras le abrazaba, miraba Armando a Gabriela por cima del hombro del viejo..., como debió de mirar la serpiente a Eva cuando la ofreció la manzana.

Armando trajo a Labourdonnais sus dos caballos, sus armas y sus criados; dejando su casa de Burdeos al cuidado de su fiel ama de llaves, madama Goyot, que tenía con justicia la completa confianza del buen notario y de su pupilo.

Consigo trajo, además, a un personaje, cuyo carácter y posición en la casa de Armando no fué posible deslindar jamás: era un hombre de más de veinticinco años y de menos de treinta; de estatura más que mediana, pero sin rayar en alta; ágil, de correctas formas y desarrollada musculatura, cuello robusto y cabeza de Antinoo.

Su color era moreno pálido, con una ligerísima tinta de cetrino; sus ojos negros; rasgados y de mirada firme; su cabello rizado y negro con vetas de castaño, y su ardor y su apostura de un desembarazo y una gallardía que recordaban aquellas admirables estatuas griegas de los tiradores de disco. Armando le llamaba Silvano, y él decía que era francés, nacido en Marsella, de padre siciliano y madre artesiana; los dos mejores tipos de hombre y mujer en Italia y Francia; pero cualesquiera que fuese su raza y su procedencia, él era un raro ejemplar de clásica y varonil belleza. Su vestir ceñido, su calzar ajustado, su moderación discreta y el aplomo tranquilo de sus modales; no le dejaron nunca parecer ni desagradable ni importuno.

Armando le había dado por alojamiento una sala y un gabinete en el piso bajo de su casa-palacio; castillo, como allí se llama a la casa solariega, en aquel cuarto estaban todas las armas a su cuidado, y en el salón inmediato hacia La-Bourdonnais con aquel Silvano, a quien los labourdonneses llamaban Silvain, sus dos horas de ejercicios por la mañana y sus dos por la tarde y noche: con él salía a caballo, con él iba a caza, y a su mesa se sentaba, y de sus vinos bebía; pero se levantaba inmediatamente que un noble visitante era introducido en el comedor, o un huésped aristócrata aceptaba cubierto en la mesa. Jamás se permitía estar presente en las conferencias de negocios o en los rendimientos de cuentas, que a tratar y a arreglar venían con el propietario Maese Morin, sus colonos o arrendatarios; pero jamás tampoco entraba en plática con la servidumbre, ni con los labriegos y lugareños de Labourdonnais y sus inmediatos pueblos.

Mirábanle los hombres con recelo, y de reojo y con complacencia las mujeres; no era muy simpático al viejo Maese Morin, pero Silvano le manifestaba constantemente la más cortés deferencia y el respeto más espontáneo.

A veces parecía que gozaba de absoluta paridad con Armando, pero otras podía creerse que esperaba de él las órdenes de un superior. Hablaba correcta y fácilmente el francés, aunque con acento meridional; pero hablaba siempre con Armando italiano e inglés, como si le hubiera traído a su casa para su maestro de lenguas y de armas.

Y a pesar de tantas señas y pormenores, no era fácil determinar quién y a qué venía a casa de Armando aquel tan bello como ambiguo personaje.

Desde su instalación en su solariego castillo desplegó Armando sus humos de señor, con la voluntad absoluta y la aristócrata altanería de su padre: recibió las cuentas sin verlas, de Maese Morin, pero pidiéndole las llaves de la caja, tomó de ella las cantidades que necesitó, sin más venia ni requisito que apuntar en el libro la salida y devolverle con el libro las llaves hasta otra vez.

Tenía ya veintinueve años, era el dueño único y absoluto de la herencia de su padre; y, Maese Morin, a quien no había pedido un sueldo más de su pensión durante dos años, a quien constaba que de ella había comprado muebles, armas y libros, no se permitió hacer la más leve oposición al aumento de rentas que sin consulta se adjudicaba, esperando ver en qué lo invertía.

Armando anunció a Maese Morin, que le esperaba frecuentemente a comer acompañado de Gabriela, que no era justo que se aburrieran mientras él permaneciera en la población; que así como Maese se había cuidado de sus bienes tantos años en tiempo de su padre y de él, desde que éste pasó a mejor vida, quería él a su vez probarle su gratitud ayudándole a hacer la felicidad del único ser que ligaba a Maese con el mundo de los vivos; que Gabriela podría aspirar a un enlace ventajoso, y que debía atenderse a esmerar su educación y no dejarla hecha una de las vírgenes fatuas del Evangelio.

Con este anuncio le enviaba un traje de seda, cuellos, puños y tocados de blondas; algunos dijese modestos, y un traje y un sombrero para montar el dócil caballo de Tarbes que le había enviado el día anterior; que el ejercicio la convenía para la salud, y el despejarse y adquirir buenos modales para salir con su marido, cuando se casara, del círculo estrecho de aquel rincón del más rico y más ilustrado departamento de la Francia.

Hizo sus objeciones Maese Morin, pero Armando le replicó casi en són de mandato, que ésta era su voluntad, que reuniera las personas que le parecieran dignas de ser recibidas con Gabriela y su madre en su salón, y que era preciso se pasaran las noches un poco entretenidas; porque aunque no pretendía cambiar, ni menos corromper, las buenas costumbres de la comarca, no entendía que en sus dominios viviesen las mujeres como monjas ni los hombres como ermitaños.

«Vamos, lo mismo que su padre—pensó resignándose Maese Morin—; el que lo hereda no lo hurta. Aquél no se dejó nunca gobernar por nadie y no se gobernó mal; habrá que dejar a éste que se quite los andadores.»

Y fué al castillo de Armando y llevó a Gabriela a su madre y se acostumbró a beber el vino y a reír los chistes de su pupilo y a conversar con Silvano, que había corrido muchas tierras y le contaba muchas aventuras suyas y de su padre, que había andado por las Américas y se había batido con los ingleses y con los indios; y jugaba con la madre de Gabriela a la báziga, a las damas y al dominó; y mostróse, en fin, en el salón y en el comedor de Armando otro hombre muy distinto de lo que con sus servidores y colonos y con los vulgares lugareños parecía.

Armando comenzó a tomar cierta autoridad de hermano mayor con Gabriela, y la sacaba a dar largos paseos en su cenceño alazán de Tarbes: a cuyos paseos no podía acompañarle el viejo por su edad, ni su madre por sus quehaceres; pero iba segura, y como tal, la dejaban ir sin desconfianza, entre el noble manebo señor de la tierra y el bizarro marsellés, que eran, al parecer, los más seguros jinetes que por aquella comarca habían cabalgado hasta entonces.

Y comenzó Gabriela a perder el miedo a su esbelta cabalgadura, que a pesar de su docilidad mostraba su genio cuando se lo buscaban, y con el miedo perdió su candidez

infantil, y la blancura transparente de la piel de sus mejillas comenzó a colorarse con la sangre que el ejercicio hizo circular vigorosamente por bajo su terciopelado tejido; y a las cinco semanas de asistir diariamente a la mesa y tertulia del castellano, era una muchacha tan alegre, inquieta y ocurrente, como había aparecido hasta entonces sencilla, corta, callada y hasta encogida.

Maese Morin y su cuñada, la madre viuda de Gabriela, habían tenido de tiempo atrás la idea de casar a ésta, más adelante, con un Mateo Lasserre, hijo único de un acomodado labrador, que lo enviaba ya hacia algunos años a estudiar a Montpellier.

Consideraba Lasserre, padre, a Gabriela como novia de su hijo; estaba éste santa y profundamente enamorado de la chica, y ésta, sin comprender aún muy bien lo que este nombre significaba, tenía por prometida de Mateo.

Este, que era un mozo tan serio como estudioso, se había limitado a visitar por las vacaciones una o dos veces por semana a la madre y a la hija, sin decir aún a ésta ni demostrarla nada que pudiera desflorar la cándida ignorancia de aquella angelical criatura.

Ésta se acostumbraba a verle y tratarle como a un hermano, y esperábase cambiar, naturalmente y sin esfuerzo, aquel fraternal cariño en amor legítimo, cuando él estuviera al fin de su carrera y ella hubiera salido de su prolongada niñez.

He dicho antes que era una criatura, a quien a ningún hombre honrado se le ocurría tocar, por temor de empañar o romper la pura y delicada materia de que por Dios parecía amasada.

Pero en estas flores tan delicadas y aromosas son en las que con más abinco se adhieren las orugas.

Maese Morin y su cuñada, o no recelaron de la hidalguía del noble heredero de los La-Bourdonnais, o abrigaron una loca esperanza, no conociendo aún a éste, que de nadie se había dejado conocer todavía. Negligencia o varidad, que no tardó en recibir su aflictivo desengaño.

Armando La-Bourdonnais era como aquellas hermosas frutas que la Biblia pone a los alrededores del mar Muerto, que dentro de una fresca y vistosa corteza no encierran más que el cicno de Gomorra; Armando La-Bourdonnais llevaba en su corazón el germen del vicio con la incredulidad del ateo y el egoísmo cruel e implacable del incrédulo. El ejemplo del libertinaje cortésano de su padre, los cuentos despudorados de su abuelo, adorador de Orleans y Richelieu, y la mala elección de los libros que había adquirido, triturado todo ello, amasado y fermentado en su espíritu por su satánica soberbia, para sostener la cual, ponía su empeño en ser el primer tirador de Burdeos, hacían de él un áspid dormido en el cáliz de una azucena, a cuyo tallo alargaba la mano una doncella que por él iba a ser mortalmente mordida.

Estos hombres, que deben a Satanás un perverso instinto y una diabólica ciencia instintiva, nacen para perdición de las más santas mujeres y saben con maravillosa facilidad encontrar el camino y abrir la puerta de su corazón tan silenciosa y taimadamente, que no se aperciben ellas de su intento de perderlas, sino cuando ya están perdidas.

La enumeración y detalle de los nudos finísimos y de los hilos casi imperceptibles de la red en que estos seductores saben envolver a la seducida; la serie habilísimamente graduada de ideas santas e infames, poéticas y materiales, castas y despudoradas con que saben deshojar el capullo de un alma virgen para corromper el cuerpo que la encierra, no cabe en el género de literatura que yo cultivo; y no ha de ser mi pluma la que ha de escribir un tratado de libertinaje y un arte de corrupción.

Otra escuela viene tras de la mía, que so pretexto de copiar la naturaleza y describir la realidad, desnuda a la mujer y al hombre para enviar a su olfato los carnales estuivos del macho y la hembra; convirtiendo el amor semidivino de las criaturas racionales en el

apetito brutal de las bestias en brama; y si alguno de sus discípulos escribe este capítulo, tratado de libertinaje y arte de corrupción que yo rehusó escribir, que piense primero que así no se seduce a la honestidad que sucumbe, sino a la prostitución que se vende: así se revuelca uno en el cieno de la laguna, como el hipopótamo no se refresca nadando, como el cisne en su cristalina superficie.

Y he aquí, a mi juicio, por más que no sea de este lugar, la diferencia de ambas escuelas, la del realismo y la de la idealidad. Quitadnos a los españoles el quijotismo de la hidalguía y el idealismo del amor, y es lo mismo que si nos quitarais el pundonor y la vergüenza.

¿En qué quedaremos?

V

A principios de un mes de abril abandonó Armando La-Bourdonnais sus posesiones, y se volvió a Burdeos con sus caballos y armas, acompañado de Silvano, y dejando su alazán a Gabriela que, pálida y con los ojos arrasados en lágrimas, le contemplaba alejarse desde el umbral de la verja del parque como una estatua del desconsuelo.

A nadie parecía extraño que un mancebo noble, heredero de tan pingüe renta, hubiese venido a visitar su hacienda y se volviese a vivir en la capital de su departamento; ni hábale extrañado a Maese que hubiera dispuesto de la mitad del ahorro hecho por él en las rentas de los dos años, haciéndole situar cincuenta mil francos sobre París.

Su familia había pertenecido a la corte de los últimos reyes de Francia, y era justo que él visitase su capital. ¿Quién sabe qué proyectos tendría formados para el porvenir? La restauración había vuelto a llamar a París a la nobleza diseminada por la revolución, y a París habían acudido los individuos de ella, cuyas rentas les permitían vivir en la corte, y los que aspiraban a recuperar las pérdidas o a adquirir otras nuevas.

Y dejando en Burdeos sus caballos y armas a cargo de Silvano, y su casa a la de la honrada madame Barreau, su ama de llaves, se puso en camino para París; viaje que se hacía entonces en las primitivas diligencias—y en las nuevas sillas de posta—y que costaba de dos a cuatro días, según el vehículo en que se viajara.

Armando no estuvo en París más que mes y medio; visitó a los amigos que de su padre quedaban; se hizo presentar por ellos en los salones de la nobleza del barrio de San Germán; pasó desdenosamente revista a las herederas bonitas, y empleó seis horas diarias en las escuelas de armas, viendo y estudiando a todos los profesores y probándose con todos los más fuertes de todas las salas públicas y privadas.

Hizo proposiciones a un polaco, a quien nadie pudo ni desarmar ni cansar, para llevarse un mes a su casa, y se volvió con él a Burdeos.

Fué lo único que de París trajo.

El polaco, que se llamaba Bokisky y que era ambidextro, se midió cuatro veces con Silvano y siempre salió vencido el marsellés.

Armando se encerraba cuatro horas diarias con el polaco: a los diecisiete días, el polaco recibió de Armando seis botonazos por dos; a los veinte, siete por uno, y desde el veintiséis al treinta, no pudo tocar el polaco a la La-Bourdonnais; y pagado y molido se volvió a París.

La-Bourdonnais había llegado al penúltimo grado de su aspiración: a ser un tirador de primera fuerza; pero quería ser el primero, y comenzaba a sentir que le quemaba el corazón la doble sed de sangre y escándalo.

Los espadachines y los duelistas no han sido todavía bien estudiados: deben de te-

ner algo en sus corazones de la víbora y de la pantera, que se complacen en el olor y en la vista de la sangre.

VI

Una tarde, al volver de su casa, encontró en su gabinete al viejo Marse Morin, que le esperaba.

Estaba ojeroso y descolorido, tenía su corbatín y su chaleco blancos, sucios y arrugados, y engrasados su calzón y su chupa; él, que era la pulcritud andando.

Al ver a su pupilo, se echó a llorar y le abrió los brazos; Armando cruzó los suyos y le preguntó con la cabeza erguida:

—¿A qué venis y por qué lloráis?

—¿No lo adivinas o no quieres recordarlo? —dijo sollozando el atribulado anciano—. ¡Cuanta los meses que hace que deshonraste a Gabriela! Todo nos lo ha revelado.

—He abí la consecuencia de haber puesto el honor entre las manos de la mujer—replicó La-Bourdonnais con la más cínica tranquilidad.

—¡Dios mío—exclamó asombrado el pobre viejo—; ¿eso piensas de la deshonra de nuestra familia, con la cual has pagado la amistad de la mía con la tuya durante tres generaciones!

—¿Por qué me habéis entregado a Gabriela?—preguntó el desvergonzado mancebo—. ¿Creéis que no comprendí vuestra intención? ¿Pensáis que soy tan necio que voy a proponeros casarme con la que me habéis puesto por cebo para cazarme en la trampa del matrimonio?

—¿Qué estás diciendo, desventurado!—balbuceó el viejo notario.

—¿No estaba prometida a un Lasserre? Pues que se case con él.

—¡Ahor! ¿Quién crees tú que es Mateo Lasserre?

—Lo que creo es que sois unos imbéciles; ¿por qué no la aconsejasteis qué hiciera con él lo que conmigo, y nunca hubierais dado un golpe en vago?

A estas infames palabras de La-Bourdonnais, abrió el pobre notario desmesuradamente los ojos; dibujóse en sus labios una sonrisa trémula de epiléptico, y extendiendo los brazos para buscar un apoyo, cayó en tierra sin conocimiento.

—Madame Barreau, ¡Silvano!—gritó Armando—; y apareciendo a su voz Silvano y madame Barreau por las dos opuestas puertas del aposento, se abalanzaron a levantar al desmayado monsieur Morin.

—Hacé mal ya este viejo en salir de su casa—dijo el descorazonado mancebo—; llevadle a la cama, que le cuide Silvano; y usted sírvame la comida; que he de salir en comiendo, madame Barreau.

A la mañana siguiente se volvió el infeliz notario a La-Bourdonnais, sin intentar siquiera volver a ver a su pupilo, y espantado de lo que le revelaba lo por él dicho la tarde anterior.

Armando continuó impasible su vida normal.

VII

El sábado de la siguiente semana, estando vistiéndose para salir, anunció a La-Bourdonnais su ayuda de cámara, que una mujer que no quería ni dar su nombre ni levantar su velo del rostro, estaba empeñada en verle.

—Échala a la calle—le dijo su amo—; ya sabes que no recibo mujeres en casa.

—Así lo he hecho—repuso el criado—; pero como se ha sentado en el umbral, resuelta, a lo que parece, a esperar que su señoría salga o entre, me ha parecido de mi deber advertírselo a su señoría antes que salga.

Frunció el ceño La-Bourdonnais, y tras un momento de reflexión, le dijo:

—Pues hazla entrar en la sala baja—y añadió, hablando consigo mismo: en mitad del día... no me conviene una escena en la calle.

No era posible que a La-Bourdonnais no le ocurriese quién podía ser.

Concluyóse de vestir tranquilamente y bajó al salón, donde la desconocida le esperaba de pie, en el hueco de una ventana y con el rostro aún cubierto. Armando cerró la puerta y la dijo descortésmente:

—¿Qué me queréis? Descubríos.

Tiró atrás su velo la encubierta, y arrojándose a los pies de Armando y abrazando sus rodillas, le dijo con un acento que partía el corazón:

—¡Por la madre que te llevó en sus entrañas, por el Dios que nos ha de juzgar..., no me abandones!

Era Gabriela.

Armando, cerrados los puños, la contempló a sus pies, en una actitud y con un gesto, que no puede describir la pluma, pero en los que se revelaba una alma de réprobo, y al fin la dijo desdeñosamente:

—¿Y qué quieres que haga yo contigo?

—Lo que quieras—respondió el ángel caído—; comprendo que no me amas: pero no abandones a tu hijo.

—¿Mi hijo?—masculló ásperamente el desnaturalizado La-Bourdonnais—; y siguió diciéndole ella:

—He huido de mi casa; he robado a mi tío para poder venir; no tengo más que a ti en el mundo: escóndeme, auxiliame; ¡no me desampares!; no te pido más.

—¡Yal!—la contestó La-Bourdonnais—, veo que te han enseñado y has aprendido muy bien la lección: escóndeme, auxiliame..., es decir, ponme casa..., ayúdame a dar a luz..., que al fin, tarde o temprano, con esta prueba pasaré por tu querida; ya te obligaremos a ceptarme por mujer, aunque sea *in articulo mortis*. A través de trama tan burda, veo perfectamente la red tendida por el escribano para atraparme.

Gabriela le oía atónita, arrodillada e inmóvil todavía a sus pies.

—Pero, ¿y nuestro hijo?—exclamó sollozando.

—¿Nuestro?—la replicó aquel Lucifer—, ¡nuestro! ¿Y Mateo Lasserre?

Enderezóse Gabriela como una culebra atacada por un gavielicho, comprendiendo en toda su extensión la diabólica infamia de la conducta de su seductor: con esa indefinible y luminosa intuición de la mujer que ama, vió el abismo atestado de infame vileza que se encerraba en el alma de aquel hombre: y convencida de que ni de él ni del mundo tenía ya nada que esperar, le dijo, con el justo desprecio en que su dignidad convirtió su amor en un instante:

—Te comprendo, monstruo, y no quiero cruzar contigo una palabra más. No eres tú quien me has deshonorado: soy yo quien se ha prostituído; pero también quien se ha sentenciado. Escucha: no soy mujer para apechar con la deshonra y vivir con ella; entre tú y yo, no acepto más juez que Dios; voy a esperarte a la entrada de su eternidad, para llevar tu alma ante su tribunal. ¡Abrel!

—¡Comedia!—la dijo La-Bourdonnais—; y con sonrisa infernal abrió la puerta y la franqueó el paso.

Salió Gabriela sin mirarle ni proferir más palabra; y volviendo a echarse el velo sobre el rostro, desapareció calle abajo.

Pidió La-Bourdonnais su sombrero, su bastón y sus guantes, y saliendo casi tras ella de su casa, echó calle arriba tarareando una canción a la moda con la más repugnante indiferencia.

VIII

¿Temió por ella? ¿Volvió a pensar en ella siquiera?

Es imposible que el temor o el remordimiento no evocasen en su memoria la duda de lo que de ella pudiera ser; pero si esta duda, si la imagen de aquel ángel por él hundido en el cielo y tal vez en la eternidad, se presentaron a su reflexión, nadie pudo saberlo, porque a nadie dijo ni preguntó una palabra de Gabriela.

Él continuó en su vida uniforme: al gimnasio, a ejercitarse en la lucha; a la sala de armas, a no dejarse dormir la mano ni engrasarse el brazo; una hora a caballo para acostumbrar a los pulmones a dilatarse con regularidad en movimientos violentos e irregulares; una ablución antes de almorzar y otra antes de comer, para conservar a la piel su libre transpiración y neutralizar los cambios de temperatura al aligerarse de ropa en tan rudos ejercicios; las noches, algunas al teatro y otras nadie sabía dónde; pocas le acompañaba Silvano: ninguna volvía después de la media noche; jamás de noche ni de día salía sin un rico bastón de estoque, que por una ingeniosa combinación se transformaba al desenvainarle en una excelente espada de combate con guardamano.

Su casa marchaba con un orden y una disciplina invariables, y su salud y su robustez, su esmero en el vestir y desembarazo al andar, hacían de él uno de los más bellos y elegantes *petits maîtres* de Burdeos, que tuvo siempre humos de ser la segunda capital de Francia.

Desde su vuelta de París, tenía un fondo y un crédito en la tesorería de la administración departamental; él giraba, los cobradores de la administración cobraban de su tutor; el fondo depositado garantizaba sus giros, y él por sí mismo cobraba y pagaba sus créditos y sus cuentas.

Grave hasta frisar en altanero, frecuentaba poco la sociedad, pero no estaba fuera de ella: frío con las señoras, seco con los hombres, terciaba en las mesas de juego con la gente de más categoría y de más dinero, pero jamás se excedía; conocía todos los juegos, y casi siempre una suerte constante le acompañaba, porque jugaba con lealtad, pero con astucia.

Aquellos dos años de vida regular, su nombre y la renta, de la cual se sabía que era heredero, le habían abierto todos los salones y procurado conocimientos y relaciones entre las mejores familias y con los personajes más influyentes; en ninguna sociedad era espontáneamente simpático para los hombres; en todas era objeto de curiosidad y bien acogido de las mujeres; pero para unos y otras impenetrable, y sin tacha exterior que en contra suya hubiera aún marcado la maledicencia, en todas partes era bien recibido y en todas requerido de las mujeres y respetado de los hombres.

Cálculo y táctica, o instinto de saber vivir, su manera de ser y su modo de obrar le habían colocado en una buena posición social; y en un caso dudoso, en un compromiso difícil, estaba seguro de que el peso de la opinión se inclinaría de su lado.

Pero a La-Bourdonnais no podía conocerle y juzgarle la sociedad hasta que, entrado en su mayor edad y dueño de sí mismo, por sí mismo no se manifestase; era un cachorro de tigre que se recogía ante su primera presa para saltar con seguridad sobre ella: un aguilucho que probaba la resistencia de sus alas y la fuerza de su pico, antes de lan-

zarse al viento y a la rapiña; era, en suma, un alma perversa que, diestra y pacientemente, esperaba la impunidad.

Una tarde le dijo su ayuda de cámara que un joven desconocido se había presentado insistiendo en verle, pero rehusando dar su nombre; y como en este punto su consigna era no recibir sin saber a quién, le había negado resueltamente la entrada.

—Has hecho bien: no tengo ni acreedores, ni intrigas, ni misterios, y no quiero perder el tiempo con misteriosos importunos.

—De modo que si vuelve...

—Haz lo mismo que has hecho: la consigna es absoluta: no recibo en mi casa a quien tome mi nombre sin dar el suyo.

Dos horas después, en la primera de una noche de plenilunio, al cruzar el centro de la plaza de la Comedia para entrar en el teatro, le atajó el paso un hombre joven, llamándole por su nombre.

Detúvose y contempló un instante a La-Bourdonnais, pero aunque se le figuró que no le era aquel mozo totalmente desconocido, no dió en quién fuese, ni acertó a recordar dónde pudiera haberle visto.

—¿Qué queréis?—le dijo al fin, viendo que el que le había detenido le contemplaba en silencio a la luz de la luna, que daba de lleno en la faz de La-Bourdonnais mientras la suya quedaba en la sombra.

—Estáis seguro—respondió el joven—de que sois Armando La-Bourdonnais?

—Yo soy. Decid pronto lo que queréis—replicó éste.

—Quiero sólo deciros que sois un infame, un asesino y un parricida—le dijo en voz baja, pero muy clara el desconocido—; y a un brusco movimiento de desconfianza de La-Bourdonnais, poniéndole suavemente la mano en el brazo, siguió diciéndole:

—No os mováis; no llaméis la atención, que nos vamos a entender en cuatro palabras y en dos minutos. Escuchad.

—Escucho—dijo ya en calma La-Bourdonnais—; y continuó diciendo su atajador:

—Desde que volví de Burdeos, está con fiebre, si no ha expirado ya, el honrado notario monsieur Morin; desde hace diez días vive loca y encerrada la madre de Gabriela, cuyo cadáver hace diecisiete que arrojó el Garona, y a quien hemos enterrado mi padre y yo.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?—interrumpió desdeñosamente La-Bourdonnais.

—Nada que pueda ya probarse, después de la muerte corporal o civil de las tres únicas personas que para acusaros tenían derecho; pero yo vengo por todos a proponeros esta disyuntiva: o que abráis vuestra casa a mis dos padrinos para un duelo a muerte mañana por la mañana, o que quedéis expuesto a que yo os mate por la tarde como a un perro, donde quiera que os halle: yo soy Mateo Lasserre.

Una sonrisa, casi imperceptible, desapareció al dibujarse en los labios de La-Bourdonnais, que respondió con altiva serenidad:

—Con que hubieras empezado por decirme vuestro nombre, hubierais podido ahorrar el resto. Si no queréis molestar a vuestros padrinos, yo os enviaré los míos; decidme dónde; y no aprovecho vuestra villana idea de mataros aquí como a un perro, porque tengo la hidalga mía de mataros mañana como a un hombre en el sitio en que elijáis.

—Pues hasta mañana—dijo Lasserre, tirando hacia la Intendencia.

—Hasta mañana—respondió La-Bourdonnais, metiéndose en el teatro.

IX

Silvano no comía ni dormía jamás en la ciudad en casa de Armando; venía todos los días dos veces a tomar órdenes o a pedir informes, pero ignoraba madame Barreau y la servidumbre cuáles fuesen aquéllas, ni sobre qué asuntos versaran éstos; alcanzábaseles, sin embargo, al ama de llaves, al ayuda de cámara y al caballero, que, a consecuencia y por razón de aquellas órdenes y negocios, venía Silvano a buscar a Armando o volvía acompañándolo por las noches; y algunas de las en que ni venía por él ni con él tornaba, le esperaba a última hora en la sala baja, hasta que aquél se recogía.

La de su encuentro con Mateo Lasserre fué una de éstas: de vuelta del teatro encontró La-Bourdonnais al marsellés aguardándole en su casa.

Subieron ambos al gabinete de aquél, y cerrando la puerta, entablaron en voz baja la siguiente conversacion:

SILVANO.—El que ha venido tres veces a buscaros es Mateo Lasserre.

LA-BOURDONNAIS.—Ya lo sé.

SILVANO.—Parece que la muchacha ha desaparecido.

LA-BOURDONNAIS.—Ha muerto.

SILVANO.—Él viene resuelto a mataros.

LA-BOURDONNAIS.—Me lo ha dicho él mismo esta noche; mañana no salga de casa por la mañana para esperar a sus padrinos, y por la tarde nos batiremos. Hay que prevenir a los míos.

SILVANO.—¿Quiénes son?

LA-BOURDONNAIS.—Monsieur Deville y Mr. de Lafourcade.

SILVANO.—Todavía estarán en la sala de armas: cenan con el señor profesor Billot, porque Mr. de Lafourcade ha sido padrino de un hijo de éste, que se ha bautizado esta noche.

LA-BOURDONNAIS.—Pues que estén aquí mañana desde las nueve: invítalos a almorzar de mi parte. Corre ahora, para que no tengas que correr tras ellos mañana.

SILVANO.—La llevan larga, no hay necesidad de correr; y necesito yo preveniros de algo.

LA-BOURDONNAIS.—¿De qué?

SILVANO.—De que Mateo Lasserre es un tirador con quien hay que tener un poco de cuenta: ha ido esta noche a desentumecerse la mano a la sala de Mr. Billot, y parece que los estudiantes de Montpellier tienen de maestro a monsieur Labiche, primer discípulo de Lozès.

LA-BOURDONNAIS.—¡Hola! ¿Y con quién ha tirado?

SILVANO.—Primero con Mr. Billot.

LA-BOURDONNAIS.—¿Y después?

SILVANO.—Con un servidor vuestro. Como le llevó a la sala Mazerolles y dijo quién era al presentarle, tenía yo la ventaja de conocerle, sin que él supiera quién era yo.

LA-BOURDONNAIS.—¿Y qué?

SILVANO.—Que la mano derecha es buena; pero es un duelo a todo trance y sin condiciones; en cuanto cambiéis de mano, os le quitáis de delante.

LA-BOURDONNAIS.—¿Y qué más?

SILVANO.—Que tiene un poco de vanidad, y en no haciendo de primeras, el amor propio le calienta y se precipita; con un hombre muy sereno o muy prevenido, tiene las noventa de quedar en el sitio.

LA-BOURDONNAIS.—Así lo espero. ¿Hay algo más que tener presente?

SILVANO.—¿Es vuestro primer duelo?

LA-BOURDONNAIS.—Sí.

SILVANO.—Pues entonces, que la espada no se doble como el florete; que con éste se toca y con aquélla se hiere; que éste resurte y aquélla penetra; la sensación es distinta, y es bueno estar prevenido contra la primera impresión.

LA-BOURDONNAIS.—Estoy más que prevenido, porque estoy curioso de probarla.

SILVANO.—Pues no será falta mía si no satisfacéis mañana vuestra curiosidad; voy a pasarme por casa de Mr. Billot.

LA-BOURDONNAIS.—Que nadie más que los padrinos se aperciban de lo que se trata, y recomiéndaos el más absoluto secreto.

SILVANO.—Perded cuidado; no les diré nada hasta que estemos los tres solos en la calle; y si veo que no se levantan de la mesa completamente serenos, les dejaré que se acuesten sin decirles palabra, y mañana temprano les iré a despertar.

LA-BOURDONNAIS.—Creo que será lo mejor.

SILVANO.—Pues buenas noches; y olvidad al acostaros que la de hoy tiene sin remedio que traer detrás al día de mañana.

LA-BOURDONNAIS.—Ve sin cuidado; nunca siento cuando pongo la cabeza en la almohada: caigo dormido.

SILVANO.—Me alegro de que tengáis tan buena costumbre, y sentiría que la interrumpierais esta noche.

LA-BOURDONNAIS.—Gracias por tus cuidados.

SILVANO.—Mi deber es prevenirlos de todo; no hago más que cumplir con mi deber.

Partió el hijo del siciliano y la francesa, y se acostó La-Bourdonnais; y no hay ya para qué cansarse en explicar cuáles eran en su casa el deber y las obligaciones de Silvano.

X

Los señores Deville y Lafourcade eran tenidos por dos caballeros, de quienes nada malo se había dicho nunca en Burdeos, donde tenían su residencia desde la caída de Napoleón y el restablecimiento de la Monarquía.

Ambos pertenecían a familias nobles que a través de la tormenta revolucionaria habían salvado varios de sus individuos, tras de perder a muchos; a unos en los combates, a otros en las persecuciones y algunos en la guillotina.

Deville era normando; y un su tío que, listo como normando, había sabido brujulear entre los escollos y la marejada de aquellos quince años de tempestad, amparando a unos y amparándose de otros, simulando ventas y sustituyendo nombres, ausentándose y volviendo, escondiéndose y tornando a sacar la cabeza, y había logrado conservarla sobre sus hombros, recobrando después las propiedades ya a su nombre y en manos de republicanos, ya bajo la protección de conocidos bonapartistas; sabiendo, en suma, sacar partido de las personas con quienes topaba y de los acontecimientos conforme venían.

Hallándose por fin el tal tío único y último de su familia con su sobrino Deville, y no aviniéndose sus caracteres, por más que sinceramente se estimaran el uno al otro, se estableció el sobrino en Burdeos, quedose el tío en Normandía administrando los bienes, y como no se veían, y el tío enviaba con la más religiosa puntualidad al sobrino sus cuentas y sus mesadas, no podían ya ni disputar ni pleitear, que es el flaco del carácter de los normandos en general.

Monsieur Deville y Mr. de Lafourcade habían trabado amistad íntima; vivían juntos,

solterones ambos y ambos holgazanes, atufados aún con el humillo de su hidalguía, se pasaban la vida sin grandes vicios y con pocas virtudes; las mañanas en la escuela de esgrima de Mr. Billot, las tardes en el café de la Regencia viendo jugar al ajedrez y arriesgando pequeñas puestas con los grandes jugadores, no sabiendo, ni queriendo, ni teniendo cosa mejor que hacer.

Monsieur de Lafourcade tenía haciendas en el Medoc, que administraban dos hermanas solteras mayores que él, en quienes el amor al dinero había sofocado todos los instintos y pasiones femeninas, y a quienes apodaban *las Hormigas*, porque recogiendo y prestando, habían amasado un caudal en especies, al que hacían producir con mucha maña y no menos sigilo crecidísimos intereses.

Con éstos dos caballeros, de los cuales quedan ya pocos ejemplares en Francia, donde ya todo el mundo trabaja, trabó relación y tenía trato a diario en la escuela de Mr. Billot, a la cual los tres asistían, Mr. de La-Bourdonnais; y habiéndose ellos ofrecido un día, cumplimentándole por su destreza, por padrinos de su primer duelo, La-Bourdonnais les cogió la palabra, por ser personas a quienes conocía que llevaría por donde quisiera y que no pedirían más de lo que a él pluguiera darles.

Vinieron ambos a almorzar con él al día siguiente; y al saber para qué contaba con ellos, y estando ambos muy bien impuestos en los más leves artículos de lo que se llama el código del honor, quisieron saber las más ocultas razones del duelo que iban a apadrinar.

Armando les dijo que mediaba entre él y Mateo Lasserre la honra de una mujer y el secreto de una familia: que la provocación venía de parte de Lasserre, quien había puesto en ella las palabras «infame, asesino y parricida», y que no había más remedio que matar o morir.

En consecuencia, sus padrinos debían convenir con los de su provocador tan sólo en un duelo a muerte, a todo riesgo, sin restricción alguna, y hasta quedar uno de los dos en el terreno.

—¿Y si prefiere dar explicaciones?—le preguntó Deville.

—Todo lo que se hable será atentar al secreto de la familia y a la honra de la mujer, por los cuales es forzosa la muerte de uno de ambos—respondió La-Bourdonnais—; toda explicación, toda retractación son imposibles; la provocación de Lasserre ha sido ésta: «os batís u os mato como a un perro donde os halles; eso es, pues, lo que tenéis que decir a sus padrinos».

Y esto fué lo que les dijeron Lafourcade y Deville, convencidos del derecho de su apadrinado; y eso fué lo que ellos aceptaron, fiados en la razón y en el brazo suyo.

No era entonces Burdeos lo que es hoy. El casco central de la ciudad era ya el conjunto de soberbios edificios de piedra de la segunda capital de Francia; pero tenía por el Sur un barrio viejo y mal afamado, tras de cuyos oscuros caserones había muchos huertos, solares y terrenos baldíos cercados por tapias y palizadas, que formaban largos y desiertos callejones, y tortuosas y mal frecuentadas callejas, cortadas y obstruidas a veces por zanjas, escombros y acequias de riego.

Una de las más largas, tendidas de Norte a Sur, en la cual ya no daban los rayos del sol que descendía y donde era el primero que se verificaba, fué la elegida para aquel lance sangriento, que se ha dado en llamar de honor.

Eran las cinco de la tarde. Detuvieronse padrinos y apadrinados en un lugar donde un trecho llano, sólido y sin empedrar, ofrecía terreno a propósito; y sacando los padrinos de debajo de los redingotes y carrikes que se usaban por entonces, cuatro espadas de iguales dimensiones, despojáronse de los suyos y hasta de sus chalecos ambos adversarios, y colocados por sus padrinos uno frente a otro, recibió cada cual de los suyos

la espada medida, examinada y tanteada, cuya punta iba a abrir a uno de ellos, o acaso a ambos, las puertas de la eternidad y el juicio inexorable de Dios.

Puestos a distancia, remangadas hasta el hombro las camisas y descubiertos los pechos que a la muerte tan ferocemente ofrecían, esperaron la orden de acometerse.

Lasserre era un mancebo rubio, que iba a cumplir los veinticinco años, alto y enjuto, pero musculoso y desarrollado, ancho de pecho y de cabeza grande, ojo limpio y fisonomía franca e inteligencia clara; sus brazos y sus piernas revelaban un gran vigor, gravitaba correctamente sobre sí mismo, y estaba pálido conteniendo la ira y la impaciencia que le devoraban.

La-Bourdonnais, altivo y casi insolente, apretaba un poco los labios y entoldaba el entrecejo con la mirada fija en la de Lasserre, a quien se conocía que irritaba el fluido magnético de aquella mirada provocativa.

—Una, dos, ¡en guardia!—dijo Deville, que llevaba la voz como padrino del provocador—y se cruzaron los hierros.

Lasserre atacó con rapidez y energía, y paró con serenidad La-Bourdonnais. Aquél fiaba, sin duda, en su fuerza y en su destreza, y éste acechaba con calma un descuido o un ímpetu de ira que le descubriese; pero atacó a su vez Armando y paró Lasserre, con la misma agilidad y sin resultado: cargaron y pasaron simultáneamente y se cerraron corriéndose a las guarniciones, hasta quedarse pecho con pecho, devorándose con la vista, divididos por la cruz de las dos espadas, puntas al aire.

Las manos de los cuatro padrinos cayeron a un tiempo sobre sus manos, les volvieron de espaldas y les separaron.

Cuatro minutos de tan violento esfuerzo les había fatigado a los dos, y jadeaban ambos sin poder apenas respirar.

La-Bourdonnais dijo de repente:

—Tengo que hacer una reclamación.

—¿A quién?

—A los cuatro padrinos.

—Decid.

—El duelo es a muerte y a todo trance: los padrinos no tienen derecho a intervenir ni a separar a los combatientes, sino en caso de felonía.

—O rendición del uno—dijo uno de los padrinos de Lasserre.

—No—replicó La-Bourdonnais—: el rendido ha de morir como un perro: es la disyuntiva de la provocación propuesta y aceptada.

—Como la muerte del rendido no sería más que una felonía, los padrinos intervendrán—repuso el mismo padrino.

—Intervendremos—exclamaron los cuatro.

—Me someto; pero sólo en caso de rendición—repuso La-Bourdonnais—; mi condición ha sido a todo riesgo, y por eso me he permitido hablar en vez de descansar y tomar aliento.

Volvieron los padrinos a colocarlos en su lugar.

Al volver a dar las caras, Lasserre estaba casi trémulo de coraje, y a la primera palidez de su rostro había reemplazado una coloración excesiva; en los labios de La-Bourdonnais se dibujaba apenas perceptible su desdeñosa sonrisa; había conseguido su intento, que era exasperar con sus palabras a Lasserre, cuyos carácter, fuerza y escuela tenía ya estudiados, además de haberle cansado, pues su diario ejercicio daba a La-Bourdonnais una excepcional resistencia.

—¡Una!, ¡dos!..., ¡en guardia!, ¡adelante!—volvió a decir Deville.

Y volvió Lasserre a atacar impetuosamente: volvió a parar La-Bourdonnais con una

exactitud de maestro, y respondió desplegando un vigor inesperado. Cejó un paso Lasserre; La-Bourdonnais amagó romper la línea por su derecha, y al meterse Lasserre, cambió de mano La-Bourdonnais con destreza y rapidez inconcebibles, y recibió Lasserre, tras un quite a zurdas, una estocada a fondo por el brazo derecho.

El hierro atravesó el pulmón, desgarró y paralizó el corazón y se hincó en el omóplato izquierdo; al retirar su espada La-Bourdonnais, lanzó Lasserre una bocanada de sangre y cayó plegándose sobre sí mismo, sofocado por la hemorragia.

El duelo era a todo trance y sin restricción: no había nada que decir.

La-Bourdonnais tendía a su adversario en su primer desafío sobre el cadáver de una mujer deshonrada, a quien debía el amor de un ángel; sobre el de un honrado viejo, a quien debía un amor de padre y la conservación de su hacienda, y dejaba llorando sobre aquellos tres cadáveres a una madre en las tinieblas de la locura y a un padre en el abismo de la desesperación.

Del parricidio sólo Dios en su juicio podía pedirle cuenta.

Tal fué la primera aventura, ocasión del primer desafío del duelista bordelés, Armando Augusto de La-Bourdonnais.

Las manos de los cuatro padrinos cayeron a un tiempo sobre sus manos. Los padrinos de Lasserre y los de La-Bourdonnais se miraron con ojos que expresaban una profunda admiración por la destreza y el valor de los dos combatientes. Los padrinos de Lasserre se miraron entre sí con ojos que expresaban una profunda admiración por la destreza y el valor de los dos combatientes.

La-Bourdonnais dijo de repente:—
—¡Duelo que ahora me propongo!

LA MUJER NEGRA.

UNA ANTIGUA CAPILLA DE TEMPLARIOS

ARTÍCULOS

Una mujer negra, la vida en la alta montaña.

(COCINA.)

Uno de los mejores templos que se ven hoy en Castilla la Vieja, es el de Torquemada, villa situada a pocas leguas de Valladolid, entre esta ciudad y la de Burgos. Antes que éste se edificara, servía de iglesia una capilla que llaman de Santa Cruz. Ahora está a pocos pasos del pueblo, y sigue sirviendo de templo parroquial. Fue obra de los caballeros templarios, que la abandonaron muy poco después de haberla levantado por sus fines particulares; y transcurrido días, se hizo un objeto de veneración y de pavor para el simple habitador de Torquemada. Se dijo que no todo era bueno en aquella capilla; que se oían ruidos subterráneos, y hubo quien añadió que le constaba estar habitada por malos espíritus. Esto, unavez creyeron cuando don Juan II de Castilla mandó cortar la cabeza de su condestable don Alvaro de Luna, por quien los vecinos de Torquemada habían sacado muchos sufridos. Asimismo que se oían tres latidos en Santa Cruz; que corriesen fuera de una parte a otra, y que vagaban por la noche en sus cercanías sombras oscuras; y otras cosas a este tenor.

Al mismo tiempo apareció un ermitaño en la parte del pueblo opuesta a la en que estaba la capilla. Allí se estaba de levantar un santuario con el nombre de Nuestra Señora de Valdesales, cuyo cuidado se encargó a este ermitaño, que vivió algún tiempo con una vida ejemplar, y siendo el ídolo de los vecinos de la población.

De estos sucesos tan simples en sí y tan naturales, se sacaron mil cuentos inverosímiles y absurdos, que tuvieron motivo en las causas anteriores del asedamiento que voy a referir, y que se conservó largo tiempo en la memoria de los aldeanos con el nombre de la mujer negra.

Una mujer misteriosa entraba, ya hacia algunas noches, en la capilla de Santa Cruz, sin que nadie supiese quién era ni con qué objeto se presentaba allí. Algunos atrevidos y un poco más despreocupados que los otros, se arriesgaron a seguirle, en-

de su espada, y respondió desplegando un valor inesperado. Cojó un paso lateral, y La-Bourdonnais amagó romper la línea por su derecha, y al meterse Laserrre, cambió de dirección La-Bourdonnais con destreza y rapidez inconcebibles, y recibió Laserrre, tras de otros tantos, una estocada a fondo por el brazo derecho.

El hierro atravesó el pulmón, desgarró y paralizó el corazón y se hincó en el omóplato izquierdo; al retirar su espada La-Bourdonnais, lanzó Laserrre una bocanada de sangre y cayó plátopese sobre el mismo, sofocado por la hemorragia.

El duelo era a todo trance y sin tregua; no había nada que decir.

La-Bourdonnais tendió a su adversario en su primer desatío sobre el cadáver de una mujer deshonrada, a quien debía el amor de un ángel; sobre el de un honrado viejo, a quien debía un amor de padre y la recuperación de su hacienda, y dejaba flotando sobre aquellos tres cadáveres a una madre en las tinieblas de la locura y a un padre en el abismo de la desesperación.

Del parricidio solo Dios en su juicio podía pedirle cuenta.

Tal fue la primera aventura, ocasión del primer desatío del duellista bordelés, Armando Augusto de La-Bourdonnais.

ARTÍCULOS

LA MUJER NEGRA,



UNA ANTIGUA CAPILLA DE TEMPLARIOS ¹⁴

No temáis nada, la vida no le falta todavía.

(COOPER.)

Uno de los mejores templos que se ven hoy en Castilla la Vieja, es el de Torquemada, villa situada a pocas leguas de Valladolid, entre esta ciudad y la de Burgos. Antes que éste se edificara, servía de iglesia una capilla que llaman de Santa Cruz. Ahora está a pocos pasos del pueblo, y sigue sirviendo de templo secundario. Fué obra de los caballeros templarios, que la abandonaron muy poco después de haberla levantado por sus fines particulares; y transeuriendo días, se hizo un objeto de veneración y de pavor para el simple habitador de Torquemada. Se dijo que no todo era bueno en aquella capilla: que se oían ruidos subterráneos, y hubo quien añadió que le constaba estar habitada por malos espíritus. Estos rumores errecieron cuando don Juan II de Castilla mandó cortar la cabeza de su condestable don Álvaro de Luna, por quien los vecinos de Torquemada hicieron muchos sufragios. Contaron que se oían ecos lastimosos en Santa Cruz; que corrían luces de una parte a otra, y que vagaban por la noche en sus cercanías sombras movibles; y otras fábulas a este tenor.

Al mismo tiempo apareció un ermitaño en la parte del pueblo opuesta a la en que estaba la capilla. Allí se acababa de levantar un santuario con el nombre de Nuestra Señora de Valdesalce, cuyo cuidado se encargó a este ermitaño, que vivió algún tiempo con una vida ejemplar y siendo el ídolo de los vecinos de la población.

De estos sucesos tan simples en sí y tan naturales, se sacaron mil cuentos inverosímiles y absurdos, que tuvieron motivo en las causas anteriores del acaecimiento que voy a referir, y que se conservó largo tiempo en la memoria de los aldeanos con el nombre de la *mujer negra*.

Una mujer misteriosa entraba, ya hacía algunas noches, en la capilla de Santa Cruz, sin que nadie supiese quién era ni con qué objeto se presentaba allí. Algunos atrevidos y un poco más despreocupados que los otros, se arriesgaron a seguirla, en-

trando en el templo algunos minutos después que ella. No quedó rincón que no miraran, ni escondrijo donde no se introdujeran; pero la mujer no pareció. Una hora antes de rayar el alba, esta dama incomprensible salió de la capilla y desapareció entre la maleza de un bosquecillo, o más bien dehesa cercana. ¿Cómo, pues, explicar este misterio? Entraba, salía, se la buscaba, y así se daba con ella como si fuese un espíritu invisible. Los lugareños, aterrados, no osaban, después de este acontecimiento, acercarse a Santa Cruz desde que el astro del día empezaba a debilitarse. El ermitaño de Valdesalce estuvo también algún tiempo sin dejar su habitación, lo que contribuyó al aumento de su terror. El suceso de *la mujer negra* empezó a tomar un aspecto muy formal. «El condestable, decían los aldeanos, era sin duda muy culpado; nuestras oraciones han irritado su alma.» Otros hablaban de *la mujer negra*, como de una bruja que tenía pacto hecho con el diablo, añadiendo unos que se les había mostrado por la noche, y otros que, volviendo de los azares del campo, la vieron bailar al anocheecer alrededor de una seta, como decían lo practicaban las brujas: y algunas viejas contaban que la habían visto saltar con suma rapidez de unos en otros tejados, cantando por un tono en extremo lúgubre.

El ermitaño bajó, por fin, a visitar a sus queridos hermanos, como él llamaba a los vecinos de la villa. El semblante de este hombre era angelical, su porte agradable y cariñoso: llevaba una túnica de paño burdo ceñida a la cintura con una correa. Vagaban sobre su espalda los negros y rizados cabellos, y la barba crecía a su antojo, dando a su rostro varonil un carácter de majestad y nobleza que nunca desmintieron sus palabras ni sus hechos. La alegría de los aldeanos fué general cuando vieron bajar a su ermitaño. Corrieron a su encuentro, le contaron el suceso de *la mujer negra* muchas veces, porque se les figuraba que aún no lo había comprendido bien. Él escuchó su narración con una paciencia imperturbable: les animó, les dijo no creyesen en cuentos de brujas ni en hechizos, que tal vez aquella mujer fuese tan buena cristiana como por bruja la tenían; y concluyó prometiéndoles que él mismo iría a descifrar aquel misterio. Los del pueblo quedaron muy pagados de la afabilidad del eremita, le dieron repetidas gracias y le acompañaron largo trecho fuera del lugar, retirándose después con más tranquilidad de la que habían tenido los últimos días.

El solitario de Valdesalce esperó la venida de las sombras lleno de curiosidad: la idea de aquella mujer extraordinaria le había hecho gran impresión, y parecía hallar un presentimiento en su interior que le inclinaba a creer que era un ente bien desgraciado. Meditaba en las señales que le dieron de ella los del pueblo; dejaba escapar expresiones de compasión; hubiera querido descubrirlo todo en un momento. Mas no sabía que el cielo le preparaba una escena bien triste en la capilla de los Templarios.

La noche llegó desplegando a la vez todos los encantos que la acompañan en la estación deliciosa de la primavera. La luna apareció suspendida en el puro azul de una atmósfera tenue, que parecía tener la virtud de aligerar la vida de los seres condenados a arrastrar unos días cortos y desabridos sobre la tierra. Ayudándose con su pequeño báculo, descendía de su choza el eremita de Valdesalce, encomendando al Eterno, en duplicadas oraciones, el éxito del negocio que iba a emprender en favor de sus caros habitantes de la llanura: atravesó silencioso por medio de las sombras que proyectaban los edificios pequeños y groseros que se veían separados del resto de la población; y al cabo de algunos minutos se arrodilló ante el altar de la capilla a que no resolvían acercarse los lugareños. Acomodóse en un lugar extraviado desde donde pudiese registrar el espacio más reducido del templo, y aguardó más de una hora sin percibir el más mínimo ruido.

Al cabo de este tiempo, la puerta que él había cerrado detrás de sí, se abrió len-

tamente con un prolongado mugido; la lámpara colgada delante del ara osciló débilmente y dió muestras de expirar, confundiendo así los objetos de una manera horrosa. Una mujer de una figura interesante se adelantó hacia el presbiterio y oró por algunos momentos. Iba cubierta con un ropaje de seda negra que realizaba su cutis delicado, y convenía con su semblante abatido. Sus ojos lánguidos recorrieron velozmente la capilla, y dirigiéndose a la lámpara, comunicó la llama a un largo hachón, que difundió una claridad trémula, cuyo resplandor dió movilidad a los seres estacionarios por naturaleza. Dirigióse a un altar lateral, y separando una ligera tarima, dejó ver una escalerilla de caracol, oculta bajo una pequeña trampa, por la que desapareció. La oscuridad volvió a tomar posesión de la capilla, porque la lámpara había sido apagada por aquel ser fantástico. El eremita se dirigió a ciegas al sitio por donde se había sumergido la *mujer negra*, y, entrando en la trampilla, empezó a caminar por las entrañas de la tierra. Después de haber bajado algunos escalones, se adelantó por un callejón tortuoso, evitando cualquier ruido que pudiera producir en su marcha. Al paso que se adelantaba se aumentaba la claridad, y pocos pasos anduvo para encontrar otra segunda escalerilla, que terminaba en una estancia subterránea más extensa que la capilla. Un sepulcro servía de altar, al parecer, y algunos huesos extendidos por el pavimento mostraban bien eficazmente que sirvió un día de cementerio a los hombres.

La mujer prodigiosa se hallaba como en un éxtasis al pie de aquella tumba: su rostro estaba humedecido con algunas lágrimas; sus facciones se habían hecho gruesas y duras; la vista no cambiaba de dirección; en una palabra, todo indicaba estar entregada a un exceso veheméntísimo de delirio. El eremita permaneció mudo de admiración y de terror a la entrada de este salón fúnebre. Dos veces estuvo tentado a volver atrás, pero una secreta curiosidad se lo estorbó, y permaneció oculto hasta ver el final de esta escena. La *mujer negra* se levantó, se acercó más al sepulcro, y entregándose a un terrible frenesí, gritó con una voz robusta y más que mujeril:

¡Inés! ¡Inés! He aquí las cenizas de tus abuelos. Tu padre no está aquí. Los buitres^s han agitado sus plumas inflexibles sobre su cadáver, y han escondido las uñas y el pico en sus entrañas insepultas. ¿Quién dará cuenta de esto? ¡Inés! ¡Inés! ¡La maldición de los padres es eterna: el parricida no reposa ni aun en la tumba!

El acceso de furor se aumentó; temblaba de pies a cabeza; pronunciaba sonidos incomprensibles; agitaba en el aire la antorcha que tenía en la mano; finalmente, empezó a dar vueltas en derredor de aquella mansión de los muertos, y, haciendo un movimiento rápido desde el extremo opuesto, corrió demente hacia la escalera de la capilla. Fijó sus ojos desencajados en el eremita, cogióle por la túnica y le condujo casi arrastrando hasta el pie del sepulcro. Allí agitó la antorcha segunda vez, la acercó al rostro del morador de Valdesalce, parecía quererle reconocer, y, repitiendo mil gestos convulsivos, quedó en pie delante de él como quien vuelve de repente de un letargo de muchas horas. Su semblante tomó otra vez su carácter lánguido; se sonrió débilmente, como por fuerza, y dijo:

¡Hola! el ermitaño de Valdesalce ha venido a visitarme. Ciertamente, este sitio no es un palacio adornado con ricos tapices, pero la perspectiva de un sepulcro no debe serle tan desagradable.

Hasta entonces no había percibido el solitario más que la idea de un delirio tremendo y de una mujer criminal; mas cuando su semblante se serenó, no vió en él sino una imagen de la desgracia; y sirviéndose del mismo lenguaje que había usado aquella mujer, la contestó:

—El ermitaño de Valdesalce ha oído que una mujer misteriosa causaba terrores

en los corazones sencillos de los aldeanos con sus apariciones nocturnas en la capilla de Santa Cruz.

—¡Misterio! ¡Terroros! ¡Apariciones!—repuso ella, con admiración marcada—. No, no, os han engañado... es una falsedad; Inés Chacón no se aparece... Tocadla, su cuerpo es de la misma materia que los demás.

¡Todo era aquí maravilloso, todo enigmático! El nombre de Inés Chacón produjo en el ermitaño un repentino temblor, sus ojos negros rodaron sobre sus órbitas, y no pudo articular por algunos momentos una sola palabra.

—El eremita se ha estremecido—dijo Inés—. ¿Le aterran los gemidos de los espíritus que habitan aquí? Podemos abandonarlos cuando le plazca.

—Mujer extraordinaria, los espíritus no me intimidan, pero tus palabras excitan en mí una idea más horrible. ¿Quién eres? Habla, te juro por las almas de tus antepasados un silencio eterno e invariable.

—Pues bien, que el hombre de la soledad me escuche; no oírá de mis labios más que verdad. Esto dicho, colocó entre dos piedras el hachón que tenía en la mano, y sentándose en unos escombros enfrente de él, hizo señal al ermitaño para que la imitase. Era por cierto una escena bien asombrosa ver a dos seres tan raros y tan distintos, conversando con aparente tranquilidad de las cosas de la vida, rodeados de los despojos del tiempo y de la muerte. Después de un corto silencio, empezó Inés su narración con un tono lúgubre y enfático.

—Burgos me vió nacer. Mi padre fué el inseparable amigo del desventurado condestable, que perdió ha poco la privanza del príncipe don Juan, con la cabeza, y su caída arrastró tras sí a nuestra corta familia; diez y siete veces había visto despojarse los jardines de sus flores, siguiendo en este tiempo la fortuna de aquel favorito del rey de Castilla, cuando don Rodrigo de Aguilar, poderoso caballero de Aragón, se atrevió a fijar sus ojos en la orgullosa frente de Inés. Le amé; ¡demasiado me pesal; ya es tarde. Mi padre iba a salir desterrado de la corte, cargado con toda la indignación de un príncipe caprichoso; en este momento crítico, don Rodrigo ofreció a mi padre un asilo seguro en su fortaleza de Aragón; se obligó a mantener mi familia en el antiguo fausto y ostentación, y concluyó con pedirle mi mano, lo que mi padre le negó abiertamente.

Yo ignoraba que don Rodrigo era un jugador, un impío cargado de deudas y de vicios, que ocultaba por medio de virtudes aparentes. Ciega de amor, traté de impostor a mi padre infeliz, y le anuncié que lo creía todo una odiosa suposición suya, para no permitirme dar el nombre de esposo al aragonés, y disfrazar así su odio contra los que siguieron otras banderas que las del condestable.

El infame Rodrigo facilitó, a pesar de mi padre, una entrevista con la alucinada Inés. Tuvo en ella valor para proponerle la fuga. Después que nuestro matrimonio esté concluido—me dijo—vuestro padre cederá, y lo dará todo por bien hecho. Mi pasión abominable pasaba los límites del verdadero amor, yo estaba frenética, y mi padre, por otra parte, me prometía un porvenir nada lisonjero. ¿Lo creeréis? Consentí en habitar con él en su castillo de Aragón, y con esta idea que me halagaba, ahogué en mi corazón el cariño filial. A la media noche salimos de Valladolid, seguidos de tres criados bien apercibidos y valientes. Todavía veíamos las veletas girar en las torres de los templos de la ciudad, al débil brillar del astro nocturno, cuando un bizarro caballero, armado de punta en blanco, se opuso en medio del camino por donde debíamos pasar. Calada la visera y la lanza baja en brioso continente, acometió a Rodrigo, cuyo caballo, menos fuerte que el del incógnito, midió la arena con su cabalgador. Nuestros criados cercaron al vencedor, el cual, cubierto de heridas, sucumbió después de una porfiada lucha. ¡Insensata! Yo me daba el parabién de su ruina; de la ruina de mi padre.

Abrió un momento sus moribundos ojos, y, fijándose en su execrable hija, exclamó: «¡Pinguiera al cielo que vivieras maldita sobre la tierra; y que tus infames amores...!» No acabó. Sus fuerzas le hicieron traición; la voz expiró en sus fauces, y yo me alejé, sin saber lo que hacía, de aquel espectáculo de barbarie.

Aquí se detuvo Inés, y derramó algunas lágrimas a la memoria del que la dió el ser: pareció quererle entregar a otro acceso de delirio, mas, recobrando el espíritu, prosiguió: —Este golpe se borró pronto de mi memoria entre las caricias infernales de mi pérfido esposo, que después de haberse burlado a su sabor de la crédula Inés, me encerró en un calabozo de su castillo, donde me dió la noticia de la muerte de mi padre. Pero un conserje que él creía de su confianza le vendió, y me dió la libertad. Convencida de que nada adelantaría con querer vengarme, sino hacer más patente mi deshonor, vine a concluir mis días cerca del sepulcro de mis abuelos. Ese bosquecillo cercano me ocultó durante el día, y mientras el hombre paga el tributo del descanso a la naturaleza frágil, doy rienda a mi dolor en este miserable sitio. La maldición de mi padre, venerable ermitaño, resuena sin cesar en mis oídos, y la última noche he creído ver su sombra indignada que se alejaba de esta capilla.

Aún tengo otro secreto que revelaros. Mi vida acabará muy pronto; tomad, esta joya se la hallaron a mi padre sus asesinos entre la coraza (Inés mostró una cruz de oro guarnecida de magnífica padrería). Iba unida a un billete para su único amigo, de quien es propiedad; debía de haberle acompañado en su destierro. ¡Quizá le habrá seguido al sepulcro!...

¡Todo lo sé ya!—exclamó el ermitaño, tomando en sus manos la cruz que Inés le presentaba—. ¡Dios mío! ¡Para esto he vivido hasta hoy! ¡Oh, mi fiel Gonzalo!...

—¡Qué, sois vos!—dijo la joven frenética—. ¡Hernando de Sese, el apoyo de mi padre, se cubre con la túnica del ermitaño de Valdesalce! ¡Sí, sí, todo es horror en la tierra, y la maldición paternal pesa sobre mí con todo su vigor!

Mientras un torrente de lágrimas bañaba el rostro del sensible Hernando, el delirio se apoderó de Inés, y tomando carrera desde la mitad del subterráneo, intentó estrellarse contra aquellas paredes revestidas de cráneos humanos. Hernando de Sese corrió a estorbar el fatal proyecto, pero un nuevo prodigio detuvo a la joven en su desesperada corrida. El centro de la tierra gimió; la losa de la tumba cayó al suelo resbalando por sus bordes, y un guerrero armado de todas piezas se levantó como un espectro, en medio de ellos. La cruz roja de Santiago resplandecía en su pecho, y resaltaba más colocada en su coraza cubierta de negro pavón. Un penacho oscuro flotaba sobre el almete, como un funesto grajo que revolotea en torno de una torre enlutada por la muerte de su señor.

Entretanto que Inés y Hernando permanecían inmóviles, sobrecogidos de un estupor indefinible, la mano del caballero aparecido alzó la visera y mostró un semblante noble, en que luchaban a la par la angustia y la indignación. «No temáis—dijo con una voz tétrica—¡vivo todavía!»

—¡Vive todavía!—repitieron a un tiempo Hernando e Inés.

—Sí, vivo todavía—replicó el caballero (en quien ya se habrá reconocido a Gonzalo); los asesinos no acabaron con mi existencia, y cuando volví del profundo letargo en que me dejaron sumergido, me hallé en una habitación desconocida, donde la caridad de una virtuosa mujer me puso en el estado en que me veis. Allí supe la fuga de mi amigo Hernando, y determiné buscarle para vengar el ultraje hecho a mi familia por el impío don Rodrigo. Aguardando la ocasión de descubrirme al ermitaño de Valdesalce, encontré el asilo de mi hija infeliz, y pensé hacerla caer en mi poder, ocultándome en un segundo subterráneo que tiene entrada por ese sepulcro.

Iba a contestar Hernando, pero un gemido prolongado que se oyó a sus espaldas, no se lo permitió. Inés estaba entregada de nuevo a otro delirio más vehemente que los dos primeros. En vano su padre la estrechó en sus brazos, la prometió su perdón y la llamó repetidas veces su hija, su querida hija. Una fiebre ardentísima la consumía por instantes: hacía contorsiones y gestos repugnantes, y entre las bascas de su furor se la oía repetir con frecuencia: ¡Maldición! ¡Maldición! Y un gemido histérico y espantoso terminaba sus ecos de demencia.

Durante esta escena el hacón se consumió enteramente, y mientras Hernando subía a buscar algunos vecinos de su confianza que diesen un asilo provisional a aquellos desventurados, Inés, desasiéndose de repente de los brazos de su padre, se hizo pedazos la cabeza contra el sepulcro. La última llamarada de la antorcha mostró al triste Gonzalo el cerebro de su hija esparcido a su alrededor, y un grito de desesperación se propagó por las bóvedas del subterráneo, resonando hasta en la misma capilla.

Un momento después bajó el ermitaño acompañado de aldeanos que traían hachas encendidas. Pero no fueron más que las antorchas que alumbraron un lastimoso funeral. Gonzalo Chacón siguió el ejemplo de su hija frenética, y había expirado abrazado con su cadáver al pie del sepulcro de sus abuelos.

Ya no existe este subterráneo, pero se conserva intacta la Capilla de los templarios,

LA MADONA DE PABLO RUBENS ¹²

I

Dos jóvenes leían en un café el 23 de julio de 183... una carta que decía:

«Yo no sé, querido mío, si un hombre de carne que tiene un alma que piensa y que desea, puede efectivamente enamorarse de un ser material que ni desea ni piensa; pero te juro que estoy enamorado espiritualmente de la virgen de Rubens que existe en el altar mayor de la iglesia de las monjas de Fuensaldaña.—Esto te parecerá un cuento, pero todos los días arrostro el sol de julio y el camino quebrado y pedregoso de este pueblecillo, por ver al objeto de este amor fantástico, y paso largas horas delante de este bello cuadro, recitándole en alta voz versos que escribo cada noche de vuelta a mi habitación. Te confieso, que es una locura; pero creo que una mujer no pueda llenar nunca mi corazón como esa creación sublime. ¡Se hallará una mujer igual a la *Madona* de Rubens! No quiero hablarte más de esto, porque ni tú me comprenderás, ni yo pudiera explicarte lo que siento en mi alma; tengo en ella un paraíso.»

Calló el que leía, y ambos jóvenes se miraron uno a otro en silencio.

—Pobre Eugenio, está aburrido en aquel lugar.

—No te canses, Luis; a fuerza de pensar en sí mismo se ha hecho desgraciado... y yo tengo para mí...

—¿Qué?

—Que está loco.

—¡Loco! Acaso no vas muy fuera de la razón; si la poesía es una fiebre, como decía el viejo don Nicolás el día pasado, tal vez Eugenio va llegando a un punto demasiado alto.

—De todos modos esto es un delirio; porque no concibo relaciones de amor entre un hombre y una pintura.

Luis miró a su compañero con una sonrisa casi amarga, y añadió seriamente: «Tú no sabes lo que es un poeta delante de un cuadro de Rubens.»

* * *

Era un mes después. A las dos de una tarde de agosto, un hombre de gesto melancólico subía por la pequeña eminencia desde donde se divisaba el pueblo de Fuensaldaña. Las dobles almenas del castillejo gótico que se conserva a su entrada, se elevaron a sus ojos por detrás de la colina, como las lanzas erizadas de un escuadrón inmóvil y cansado que aguarda la hora de partir, y una ligera tensión de sus labios

mostrara apenas un placer tranquilo y un recuerdo risueño que se despertaba en su corazón. Atravesó rápidamente las tostadas callejuelas del lugar, y entró silenciosamente en la iglesia de las monjas de Fuensaldaña. Eugenio es un joven de 22 años, de color caído, cuya mirada fija y penetrante, cuyos labios ligeramente comprimidos, cuya frente espaciosa, interrumpida por una larga arruga, dan a su figura un carácter sombrío y meditabundo. Hoffmann, Schiller, Byron, han alimentado su alma; desgracias de familia han hecho su vida inquieta y tormentosa, pensador por necesidad, poeta por inspiración. He aquí el personaje que se ve en este momento en pie delante de la Virgen de Rubens. Sus ojos han perdido su luz melancólica; sus labios despliegan una sonrisa inefable, no hay arruga en su frente, sublimemente tranquila, y una lágrima clara, solitaria, indefinible, rueda por su mejilla pálida, como una ancha gota de rocío en una flor silvestre que abre su cáliz amarillo en la grieta de una rosa.

De repente levantó su voz sonora, y dejó oír, en un tono que ni era canto ni recitación, unos versos que rodaron por la bóveda, y se apagaron en la cúpula grecoromana.

Como un haz de luz que se abre en la noche, una voz se levantó en la bóveda.

Eras tú, ¡oh Virgen!, que en la errante brisa
sobre aromada transparente nube,
qué rojo sol colora,
misteriosa vagabas,
los mundos paseabas
porque eres su señora.
A tu paso sus frentes inclinaron
de añosos monumentos coronadas,
y con murmullo incierto
detúvose el torrente,
y en silencio imponente
te saludó el desierto.

Calló un momento, volvió a fijar los ojos en la Madona, y continuó con religiosa entonación.

¡Ay! Ojalá que el corazón profano
exhalara su cántico mundano
en himno melancólico de amor,
que llegara a tus pies hondo y doliente,
blandito murmullo de cercana fuente,
vago perfume de temprana flor.
Tú que pisas de rubí
vistosa, viviente alfombra,
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de ti,

.....
¡Oye mi canto, María!

Interrumpióse de nuevo; y la lágrima que había corrido por su rostro, cayó sobre la losa de un sepulcro, el del conde fundador de aquel monasterio.

—No es para ti—exclamó Eugenio, mirando su lágrima que se secaba en el mármol; tu paz o tu tormento no arrancan lágrimas en mis ojos. ¡Señora! No, palomina, vida mía, mis lágrimas no son más que para ti; mi corazón no es más que para ti; mi amor para ti. La tierra es inmunda, el hombre es bárbaro, tú eres... la felicidad, el cielo... eres María. ¡Oh, si existiera una mujer como tú!

Y levantó su acento misterioso y solemne:

El hombre *Virgen* te llama
y los arcángeles *bella*,
y el mar te llama su estrella
con el huracán que brama.
Y el Espíritu su *Esposa*,
y el Hijo te dice *Madre*,
y ciego de amor el Padre
Hija te llama y *hermosa*...
¡Perdón! Yo no encontraría
en la ignorancia del hombre,
ni una plegaria, ni un nombre
que presentarte, ¡oh María!

El sol tocó en el horizonte, y la luz del crepúsculo iluminaba escasamente el templo; el colorido del cuadro de Rubens se confundía vibrando con la parda claridad de los vidrios de colores de la prolongada ojiva. Eugenio salió cabizbajo, y volvió a tomar el camino de Valladolid. Pasó la noche como todas, escribiendo versos a la Madona y soñando fantasmas de tierra, vestidos de luz y de ilusiones del cielo. Pasaron así muchos días, la Virgen de Rubens en el altar, Eugenio en su fanatismo.

II

Al cabo de algunos meses, en el carnaval de 183... mientras al compás de una violenta mazourka, se agitaban en el teatro de Valladolid una multitud de máscaras, reían y chillaban y se movían como las figuras de una linterna mágica, un dominó negro atropellaba por la concurrencia, siguiendo a una mujer que le había tocado en el hombro, y pronunciado su nombre con una voz que resonó en el corazón. Era una mujer alta, esbelta, envuelta en un dominó rosa, asomando por las aberturas de la máscara dos ojos brillantes, húmedos, inquietos, que daban luz que penetraba en el alma, unos ojos que hacían adivinar unas mejillas de rosa, unos labios de fuego, una dentadura blanca, igual, mal encubierta en una sonrisa de ángel, guardando una lengua roja, sutil, bañada en un aliento aromado, como una hermosa georgiana en un elegante gabinete oriental. Eran dos ojos que fascinaban, que encendían en el alma del hombre del dominó negro una hoguera inmensa, cuyo resplandor reflejaba en su rostro encendido, en sus labios abrasados y secos, en sus sienes que latían con extraordinaria violencia. Eran dos ojos que sólo se ven en un baile de máscaras, con un todo de mujer que tampoco se halla sino en un carnaval, cuyo paso aéreo, cuyo caballo flotante, cuya voz de armonía y de ternura, cuyo nombre y cuyo misterio no se explica ni se encuentra sino entre los sueños de un poeta de veinte años. Esto era aquella mujer del dominó rosa, esto sus ojos, esto Eugenio que la seguía embelesado. Una ilusión, un poeta.

Un poeta que había pasado todo un año visitando, adorando, soñando con la Ma-

dona de Rubens, y que buscaba en un baile una tregua a su idealismo. Cansado, fastidiado, convencido de que aquel placer bullicioso, violento, aquel ambiente de orgía y de tierra no podía igualar ni competir con el cuadro de Fuensaldaña, se preparaba seriamente a abandonarle, cuando una mano tocó suavemente su hombro, un acento vibró en su alma estremeciéndola, y una mujer aérea pasó a su lado. ¿Dónde había oído aquella voz? ¿Qué recuerdo le traía, que tembló al oírle? ¿Por qué aquella mujer pronunció su nombre, con aquella voz inexplicable? ¿Quién era aquella mujer que huía de él, de quien él no se podía alejar, cuya voz quería volver a oír? ¿De dónde venía aquella voz? De la Madona de Rubens, porque el poeta, añadiendo lo bello a lo bello, lo sublime a lo sublime, completa un ser a su antojo, como él cree necesitarle; y Eugenio había añadido a su Madona en sus sueños aquella voz que acababa de sonar en su oído, desplomándose en su corazón.

Seguía Eugenio largo tiempo a aquella mujer, hasta que la alcanzó en la escalera inferior al tiempo de subir a la fonda. Iba hablando y riendo con otra máscara que la daba el brazo. Eugenio la tomó una mano bruscamente, unió su rostro descompuesto, agitado, encendido, con la careta inmóvil, tibia, insensible de aquella mujer, diciéndola:

—Por compasión, señora, hablad.

—¿Qué queréis? ¿Quién sois? Dejaos de bromas ahora...—exclamó el compañero de la mujer.

—¡Silencio! ¡Que hable ella! Hablad, señora.

—¡Apartaos, o vive Dios!...

—Silencio, él—hacedme oír vuestra voz sonora.

—¡Hay empeño! Bien. ¿Qué os importa mi voz? ¿Queréis hacer versos a mi voz?

—¡Oh! Que la oiga yo siempre y seré capaz de... de apagar el sol con mis manos. Una carejada de *él* y de *ella* cortó las palabras de Eugenio, que sintió la cólera derramarse en sus venas;—aquella carejada que salía de la misma garganta que aquella voz misteriosa, produjo en el poeta un efecto diabólico. Ya no era curiosidad, no era amor, era un vértigo, una fatalidad necesaria la de ver aquel rostro, por entre cuyos labios se exhalaba aquel acento indefinible,—era carejada estúpida.

Convulsó, delirante, arrancó con violencia la careta que ofuscaba su objeto y clavó sus ojos, avaros, en el rostro que iba a aparecer. La careta se rasgó de alto a abajo... y Eugenio cayó desplomado, exclamando: ¡La Madona! ¡Perdón, perdón!

III

La mañana siguiente yacía Eugenio en su lecho con una fiebre abrasadora. Quien entrara en este momento en su habitación, no hubiera podido distinguir más que un rostro de mujer iluminado de cierta manera, que parecía sostenerse en la atmósfera. Una copia de la Madona de Rubens estaba colocada sobre el caballete, y el único rayo de luz que penetraba por un pequeño agujero abierto en la madera del balcón, caía en el cuadro, precisamente en el punto en que se veía el rostro de la Madona. Con este ingenioso artificio hacía Eugenio que el primer objeto que se le presentara a su vista al despertar, fuera el único que gozara de la luz del día. Ahora le contemplaba desenchajado, y la vibración de sus nervios y la debilidad de sus ojos daban a la pintura una movilidad flotante que le desvanecía y aumentaba la calentura. Pasaron algunas horas; Eugenio, amodorrado, había dormido o soñado un sueño pesado, de plomo, que no le había aliviado acaso, pero le había librado de la amargura de algunas horas.

Cuando abrió los ojos, el rayo de sol había bajado a los pies del caballete e iluminaba algunos pinceles en desorden, y la orla festonada de hilillo de plata del dominio que llevaba la noche anterior. Esta orla le trajo a la memoria las veinte y cuatro horas anteriores.

—¡Oh! Es cierto—murmuró—, era una impiedad obligar a la Madona a castigarme en un baile, y se cubrió el rostro con la ropa. En la oscuridad se oyeron por algún tiempo sus gemidos y sus exclamaciones, mezcladas con el nombre de María, y el de Pablo Rubens, y el misterioso murmullo de los versos que recitaba.

Era la una del día cuando le avisaron que un caballero, que se interesaba por su salud, deseaba verle. Eugenio se estremeció. No hubiera permitido que su mayor amigo llegara en aquel instante a prestarle un consuelo en su aflicción, y no pudo negarse a aquel desconocido. Entró, pues, y al eco de aquella voz que le saludaba, se incorporó frenético en el lecho, rojo con la calentura, convulso con la curiosidad, con la incertidumbre. ¡Luz, luz!—gritó—. ¡Ese balcón!

Abrióronle el balcón y una persona desconocida le dijo: Me tomo la libertad de presentarme en esta casa, para explicar un enigma que nos interesa a ambos.

—Sentaos, pues, y decid. Eugenio volvió a caer en el lecho.

—Yo os conozco, joven, de haberos oído leer unos versos en una academia.

—¿Y qué?

—Oídme: una máscara os nombró anoche, y vos vinisteis a insultarla con osadía. Veo asimismo que tenéis su retrato empezado en el caballete; quiero que me expliquéis la razón de todo esto.

Eugenio, incorporado, le miraba con ira.

—¡La razón! ¿Y con qué derecho venís a exigirla de mí?

—¿Y con qué derecho, dónde, cuándo habéis retratado a mi mujer?

—¡Su mujer!

—Sí, mi mujer.

—¡Imbécil! ¿Es esa tu mujer?—dijo Eugenio, señalando al cuadro.

—Sí, lo es.

—¿Conque estás casado con la Virgen de Rubens, con la Madona de Fuensaldaña?

Ambos se miraban con asombro.

—No creo—interrumpió al fin el incógnito—que sea esta ocasión de burlarse de...

—¡Burlarse!... Por vida mía, esa mujer es la Virgen de Fuensaldaña.

—Repito que es mi mujer.

—Repito que es la Madona.

—Ya es demasiado.

—¡Oh! Venid, venid; mirad bien la delineación del ropaje. Miradla; y, saliendo Eugenio del lecho, cogióle por la garganta, forzándole a mirar el cuadro que acababa de empezar dos días antes.

El hombre miraba estúpidamente el cuadro, sin acertar a contestar nada.

—En una palabra—exclamó con resolución, después de algunos minutos—, ¿qué relaciones tenéis con mi mujer?

—Si esa es vuestra mujer, yo la amo.

—¿La amáis? Y ella...

—Es inútil hablar de ella.

—¡Oh, mi mujer! Veamos.

Y asiendo él de su cuchillo, Eugenio del puñal que colgaba a la cabecera de su cama, emprendieron una lucha desesperada, vigorizado el hombre por los celos, Eugenio por la fiebre.

Aquel combate era horrible. El hombre, rasgada la camisa por delante, dejaba ver un pecho hinchado por la cólera, que se mecía como la vela de un buque impedida por un viento desigual. Eugenio, casi enteramente desnudo, girando siempre su brazo descarnado en derredor de la cabeza de su antagonista, y haciendo oír una voz semejante al mugido sordo de un toro; y como único espectador de la escena, el rostro de la Madona de Rubens, angelical, sublime, inmóvil, sin cambiar su expresión inefable de celestial alegría, suspendido en medio de un lienzo blanco, tiznado en parte con tachones de diversos colores. Aquel remedo del cielo arrojado allí sin movimiento, sin voz, hacía más repugnante la lucha infernal de dos hombres celosos y fanáticos: uno por un cuadro, otro por una mujer.

Hubo un momento en que ambos, cruzados los pies con los pies, los ojos sobre los ojos, los dientes rechinando bañados en espuma roja, se sujetaban convulsivamente, la mano armada con la desarmada.

Entonces se oyó en la escalera una voz que colmó la rabia de los dos: para él uno era la voz de su mujer; para el otro la de la Madre de Dios. Se oyó el picaporte que se alzaba, se abrió la puerta, y la misma mujer del dominó rosa, con su cabello suelto como la Madona, entró precipitadamente en la estancia, en el punto precisamente en que su marido caía de espaldas cubierto de sangre, partido el corazón.

Un hombre tendido que agonizaba, una mujer descompuesta que miraba con un asombro indefinible, ya a su marido moribundo, ya a su retrato sin concluir, y un joven calenturiento, delirante, arrodillado a sus pies, medio desnudo y en la actitud más suplicante. He aquí la escena que presentaba el cuarto de Eugenio. Empresa insuperable fuera querer pintar el asombro de Eugenio, cuando aquella mujer, de formas angélicas, descargó sobre él una lluvia de insultos groseros, indecentes, acompañados de gestos repugnantes que revelaba el alma de la mujer más infame y desenvuelta, nacida entre los harapos del populacho más villano. Cuando, después de una larga filípica de juramentos y palabras obscenas, exclamó: *«Pero bien hecho; así me ha librado de tener que dejar a ese pajarraco, que ya no tenía plumas que arrancar»*, y volvió la espalda con el más soldadesco desenfado.

Quedó Eugenio de rodillas, los ojos en el cuadro, queriendo ver todavía el paraíso que le revelaba siempre la vista de la Madona, y que ahora le ofuscaba el zumbido estrepitoso de aquella reunión de palabrotas sórdidas, cuya idea no acertaba jamás a unir con aquellos labios de rosa, con aquel todo de espíritu y de perfección. Aquella mujer era una prostituta casada con un hombre de bien, de quien ya no esperaba cosa alguna, y que iba a ser abandonado por un inglés rico con quien aquella copia de cieno de una creación celestial, abandonó su país para siempre.

Eugenio no pudo aclarar jamás nada en la causa del asesinato de aquel hombre; los jueces le pusieron, por compasión, en el asilo de los dementes, en donde acabó sus días pocos meses ha, delirando siempre con una mujer obcecada, con un hombre asesinado, y con la Madona de Pablo Rubens, de las monjas de Fuensaldaña.

EL POETA 13

Cúpome en suerte, carísimo lector, escribir el artículo del Poeta, tipo y personaje tanto fácil de confundir con muy diferentes personajes y tipos, que figuran en el teatro de nuestra sociedad actual, y de entre los cuales procuraré sacártele cuanto necesario sea, para que aparezca a tus ojos representado su verdadero papel. Agrádame tanto más esta tarea, cuanto me proporciona más favorable coyuntura para rendir un justo y sincero homenaje a los que con honra ganaron en nuestra España semejante renombre. Famosa ocasión era ésta para hacer alarde de moderna erudición en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos; y a ser ésta mi voluntad, remontaríame a buscar el origen de los Poetas en los tiempos fabulosos, o antediluvianos, o subiendo aun a mayor altura, iría, tal vez, a parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándoles por los primeros músicos y Poetas del orbe conocido y por conocer. Mas pláceme seguir distinto rumbo, y voy a entrar en materia con la franqueza de un castellano viejo, ya que en tal lugar de la tierra me tocó nacer. Así, pues, voy a delinear el tipo de Poeta tal cual existe hoy entre nosotros, sin más introducciones ni preámbulos; y sin meterme en lo que han sido, ni debían ser los Poetas, me ceñiré a lo que son, es decir, a lo que al presente debemos entender en este país por un Poeta.

Sin embargo, como no habrá quien se atreva a negarme que todos los hombres somos hijos de nuestra madre, tampoco habrá quien me niegue que nuestra generación de Poeta es hija de la generación de Poetas del inmediato siglo anterior; por lo cual me veo en la necesidad de decir dos palabras sobre estos últimos, para entendernos más fácilmente cuando tratemos de los primeros. Todas las épocas tienen sus especiales creencias, teorías, aficiones y costumbres, a las que pagan necesariamente tributo los hombres especiales que en ella nacen. El siglo pasado fué esclavo del demonio de la filosofía, y el presente del de la poesía; en aquél, para ser hombre de pro, era preciso filosofar, y en éste, para valer, es forzoso poetizar. No sé en qué consiste que la ciencia y el oro rara vez caminan juntos, pero ello es una verdad de la que todo el mundo está convencido; los filósofos, pues, de la pasada centuria, tuvieron tan poco dinero como los Poetas de la presente. Existe, sin embargo, una notable diferencia entre aquéllos y éstos. Aquéllos tenían el prurito por poetizar su pobreza y no se avergonzaban de mendigar los desperdicios de los ricos, al paso que éstos arrostran la suya con fiereza y aparentan más de lo que poseen. Y éste es uno de los mil caprichos con que nacemos, porque en

el siglo pasado *corrían* de mano en mano las buenas onzas y doblones de Carlos III, y en éste ni aun siquiera *andan* esas malditas monedas de cinco francos en que los señores franceses nos convierten nuestros pesos mejicanos. Los Poetas que vieron la luz antes de 1800, enviaban a la musa a dar días, a pedir aguinados, a solicitar empleos, pensiones o favores como hoy día los repartidores de nuestros periódicos, los cajistas de nuestras imprentas y los serenos de nuestro barrio para pedirnos la propina de año nuevo. Complacíanse en exagerar su mala situación, celebrándolo sin vergüenza alguna, y aun elevando a virtud aquella misma miseria en que acaso no vivían, y ridiculizábanse, en fin, a sí propios sin piedad, como los mendigos que laceran sus miembros para excitar mejor la compasión del prójimo, poniéndole ante los ojos su repugnante deformidad. Entonces la poesía era un adorno secundario en un legista, en un curial o en un clérigo, que destinaba sus ratos de ocio a hacer cuatro composicioncillas amatorias, muy apreciables sin duda para la mujer que las inspiraba, pero muy insípidas para el lector juicioso, que no hallaba en ellas más que copias de copias de cuantos versos amatorios se habían escrito desde Anacreonte hasta aquellos días (téngase entendido, y lo advierto con tiempo, que no hablo aquí de don Nicolás Moratín, Cienfuegos, ni de otros varios en quienes brillaron dotes reales de Poetas, por más que cediesen al mal gusto del tiempo en que vivieron); ahora es una carrera como cualquiera otra que conduce a una posición social decorosa, y aun a destinos honoríficos del Estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez. Entonces se decía por lo bajo: Yo soy un miserable Poeta; hoy se dice con orgullo: La poesía me ha hecho independiente. Entonces un Poeta excitaba la compasión, o era buscado en las sociedades de la clase media para gozar con sus dichos agudos (vulgo bufonadas), y hoy excita la admiración y el aplauso, y es recibido sin dificultad en las mejores sociedades, donde no le resisten la más esmerada educación, ni el más extremado decoro. Entonces podía aspirar a una plaza de escribiente en las oficinas de un grande, en la mayordomía de alguna colegiata, o en casa de un escribano, si tenía buen carácter de letra; y ahora un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito, introduce a un Poeta en la secretaría de Estado o de Gobernación, en la Biblioteca real, o en una Legación al extranjero, donde al paso que goza el premio de su trabajo y talento, los perfecciona y enriquece con nuevos y necesarios conocimientos; entonces se creía que el abandono y desaliño de la persona era una señal evidente del talento, y que para ser sabio, filósofo o Poeta inspirado, era preciso ser sucio, grosero, distraído y cínico; hoy, por el contrario, la juventud que se dedica a la poesía, viste con elegancia, frecuenta la sociedad y no avergüenza a sus amigos; a sus protectores o sus apasionados con manebas y desgarrones. Entonces los Poetas se mordían con encarnizada furia, desacreditando con palabras y escritos las obras ajenas en los términos más injuriosos y descomedidos, sin ocultar su envidia, su pesar o su enemistad; ahora las producciones afortunadas de un Poeta son aplaudidas por los demás, juzgadas con recta severidad, y criticadas con noble indulgencia. Entonces un Poeta que llegaba a cierta buena situación, esquivaba las ocasiones de proteger y favorecer a otros Poetas, porque los miraba como sus enemigos naturales; y ahora un Poeta en la fortuna presenta ventajosamente a los demás en todas partes, y se llama amigo suyo; lo cual, si no es adelanto del talento, es adelanto de la educación y hombría de bien.

De aquí nació la justa ojeriza que nuestros padres tomaron a la poesía y a los Poetas, en quienes no veían sino miseria, envidia y relajada conducta; de aquí los disgustos que los hijos hemos dado a nuestros padres con este malhadado afán de poetizar, en favor del cual tenían tan pocos ejemplos que traer a la memoria. Verdad es que la mayor

parte de estos malos ejemplos son debidos, no a los verdaderos Poetas, sino a la turba de aficionados a la poesía, que no los imitan en las vigiliás, los estudios y los trabajos, sino en las estragadas costumbres que el vulgo les atribuye continuamente: porque hablando en plata, amigo lector, tengo para mí que los aficionados son la polla del arte a que se aficionan; sea esto dicho de paso y con perdón de los aficionados, que se las tienen de críticos y profesores, sin más conocimientos que su afición. Con estos antecedentes, vamos a entrar de lleno en el artículo del Poeta del siglo XIX, separándoles de otros tipos o caracteres que pueden en algún punto semejársele.

No hablo de aquel muchacho de diez y seis años que viene a Madrid fugado de la casa paterna a sentar plaza de Poeta porque ha oído decir que Byron y Walter Scott lo hicieron así, y alcanzaron grande reputación. A éste, después de vagar algunos meses sin dinero ni domicilio, haciendo y diciendo necesidades de muchacho, le caza un día algún individuo de su desconsolada familia y le vuelve a llevar a su provincia, donde al cabo se convence de la mala suerte que acompaña al talento y especialmente al de la poesía; se hace abogado, o médico, o boticario, y conservando su afecto a las bellas letras, concluye por ser un mal boticario, o médico, o abogado, y más decididamente, un detestable aficionado a la poesía. Éste entra, pues, en el tipo del aficionado y no en el del Poeta.

No hablo tampoco de aquel otro mancebito de barbería que en vez de aprender a conocer los simples, pasa el tiempo escribiendo coplas a las criadas de sus vecinos; y dejándose crecer su indomable pelo de la dehesa, su áspero bigote y desigual perilla, pone en comedia la vida y aventuras del sacristán de su lugar, y se lanza a presentarla a las empresas de teatros y a los autores, perdonándoles la vida si se la ponen en escena. A éste le ofende su amor propio el verse desairado por aquellos a quienes se dirige, y vuelve a su tienda a cantar sus coplas en la vihuela, a afeitarse a sus parroquianos y a mudar el agua a las sanguijuelas; teniendo para sí que los empresarios y los Poetas están envidiosos de su saber, y de las buenas partes de sus obras. Guarda, pues, su comedia cuidadosamente en su baúl, y vuelve a su pueblo diciendo que es Poeta; créenle los parluros bajo su palabra, y le convidan a las bodas de los pueblos del contorno para echar bombas a los postres; a la salud de los novios y los padrinos. Éste tampoco entra en el tipo del Poeta, sino en el de cirujano romancista.

No hablo tampoco de aquel imberbe muchacho que se presenta en las redacciones de los periódicos de literatura, que no pagan, a escribir lo que necesitan los redactores o el dueño del periódico. Éste anuncia con la mejor buena fe que escribirá de todo; artículos de artes, de crítica, poesías sobre todo: que escribirá los artículos de teatros si las empresas le mandan gratis su correspondiente luneta; que traducirá novelitas del francés al gascón, y aun las hará originales a pedir de boca. Si consigue su objeto, inunda el periódico de sus peregrinos artículos, que nadie lee; se da con sus amigos, en los cafés y en los sitios públicos, la importancia y el nombre de Poeta; se hace sensible con las damiselas de equívoco carácter y les lee sus versos en tono lastimero, recordándoles la buena amistad que le une con las notabilidades literarias de la capital. «Hoy como con Rubí, *chez M. Prosper*, exclama inocentemente. ¡Oh! Rubí es un buen muchacho; tenemos corridas algunas trifulcas juntos, vaciadas algunas botellas de champagne. Algunos días nos acompañan otros Poetas, literatos y periodistas de buen humor. Doncel y Valldares, los redactores del *Laberinto*, varios articulistas de los *Espanoles pintados por sí mismos*. ¡Oh!, gente toda de buen humor, bebedores y calaveras si los hay. ¡Qué vida,

amigas mías, qué vida!, eso es gloria y lo demás patarata.» Y así explicándose, toma su sombrero y parte a la plazuela de Santa Ana a pasarse por la fonda de Próspero; pero no a comer con tal compañía, sino a mirar por los alumbrados que dan a la calle si hay en las salas de comer algunos de los citados, a quienes mira y escucha desde fuera para poder mañana contar con quién comió ayer. Éste llega al fin a creerse él mismo grande amigo de todos los Poetas; cuenta sus vidas como las oye de bocas tan fidedignas como la suya, embelleciéndolas siempre con alguna circunstancia que las marque mejor; y cualquiera que le oiga, concluirá por creer que los Poetas son una raza de hombres perjudiciales en todos sentidos; que pasan sus días y sus noches en largos festines, en ridículas disputas y desafíos, y continuos y escandalosos espectáculos. A estos imbéciles deben la mayor parte de los Poetas una crónica escandalosa de que jamás han sido héroes, y de ellos hay que oye contar su propia historia sin conocer siquiera el lugar en que nació ni los lances y escenas en que su nombre figura. Éstos tampoco son individuos que pertenecen al tipo del Poeta, sino al del tonto.

Tampoco hablo de aquel otro mancebo que hace diez años que se ha plantado en los veinticinco, que ha hecho una o dos excursiones hasta París, donde ha adquirido un modo de hablar, de vestir, de andar y de vivir, en fin, si no muy acomodado a las costumbres del país en que nació y vive, muy a propósito para hacerse *remarquable*. De allí ha importado consigo una ciencia universal infusa y el título que más de moda le pareció, el de Poeta. Conoce a Alejandro Dumas, se cartea con Chateaubriand, ha comido mil veces con Víctor Hugo, ha enseñado a su esposa (de Víctor Hugo) varias canciones andaluzas (que ni ella, ni él, ni Víctor Hugo han entendido jamás); ha tomado el té en varias ocasiones con la elegante Mme. Dudevant (Jorge Sand); ha dado algunos útiles consejos a Federico Soulié, sobre sus *Memorias del Diablo*, y se ha visto suplicado por los empresarios del Teatro francés para que se estableciera en el mismo París, con el objeto de que les ayudase a dirigir su teatro. Escribe en todos los periódicos por amistad con sus directores, por darles reputación firmando sus columnas. Todas las hermosas de Madrid le confían su *album*, el cual se encarga de llenar por la estrecha amistad que le une a todas las notabilidades. Da exactas noticias de cuanto pasa en la capital y provincias de España con respecto a las artes, y conoce todas las *joyas* que encierran los liceos y teatros caseros de la nación; es decir, todas las muchachas bonitas que desgarran tan lindamente las comedias, que sólo debieran *ejecutarse* en los teatros, a quienes perjudican estas hermosas, mágicas e inspiradas actrices, que siendo muy poco para elevarse a *artistas*, se consideran mucho para descender a *cómicas*. (Y sea dicho de paso, ahora que estamos en ello, todavía no hemos visto salir de estas sociedades artísticas ningún actor que se haya ganado para el arte.) De estos teatros caseros es el panegirista este mancebo de quien voy hablando; y él es el que hace aparecer en los periódicos los artículos laudatorios de sus sacrílegas representaciones, cuyos artículos vienen generalmente a parar en unas detestables coplas a los ojos de la fulanita, al cabello de la menganita y a la deliciosa sonrisa de la zutanita, que serán a mi ver los mejores dotes de actriz que poseerán, cuando por ellos sólo se les encomia. Éste no entra tampoco en el tipo del Poeta, sino en los tres juntos del *aficionado*, del *artista* y del *mentecato*. Réstame ahora, lector pacientísimo, decirte lo que es un Poeta, segregado de estos otros entes de quienes te he hablado y con los cuales no es justo que le confundas.

El Poeta, pues, es un individuo de nuestra raza humana, que ve la luz en el lugar que el Sumo Hacedor le destina para nacer, en la aldea o en la corte, en la tierra o en el mar, y en medio de una familia noble o plebeya, opulenta o miserable, como todos los

demás hombres. Recibe la educación que le dan, y vive sujeto a todas las vicisitudes de la fortuna, ni más ni menos que el resto de sus hermanos; pero, dotado de corazón fogoso y brillante imaginación, empieza a ver y juzgar las cosas con alguna diferencia de lo que las ve y juzga el común de las gentes. Sus tutores le dedican a la carrera que mejor les parece, poniéndole bajo la dirección de los mejores profesores; pero él adelanta poco en los estudios graves y echa mano de otros libros que no son de su facultad. Poco a poco su lectura despierta en su imaginación ideas nuevas, cuyo germen había siempre sospechado, y poco a poco se decide a extender sobre el papel sus informes pensamientos, reduciendo a palabras sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones de muchacho. La historia, la retórica, la geografía..., todo lo que aprendió en el colegio, o a solas con los libros y escritos que le cayeron en las manos, viene entonces en su ayuda. Pronto concibe que sus ideas pueden expresarse propia y elegantemente; que la riqueza y armonía de su lengua patria le está brindando con una fácil versificación, cuyo desempeño no le embaraza mucho, porque su propio instinto hace brotar de su pluma sus conceptos en versos de todas medidas, que él va reconociendo conforme los va viendo escritos delante de sus ojos. Desde aquí su afición a la poesía, desarrollada completamente, le hace imponerse modelos que imitar, estudios que cultivar y obras que emprender. Aquí tienen principio sus dudas y desconfianzas; algunos versos o discursos suyos han sido celebrados ya por amigos, ya por extraños, pero siempre como pasatiempo de chico; y esto, que no satisface su corazón, le obliga a avanzar con ansia y fe por el camino que él mismo se ha trazado. Lee cuantas obras literarias encuentra, asiste a cuantas sociedades artísticas conoce, escucha a cuantos cree con reputación de literatos y Poetas, y ensaya a sus solas la manera de poner en práctica las teorías que ha aprendido de ellos, o la imitación de las obras que han sometido al fallo del público y que han sido de éste bien recibidas. Desde este momento sólo le falta ya un cuarto de hora de buena suerte; y si lo busca con asidua tenacidad, lo encontrará seguramente. Un amigo que le presenta en un liceo, una señora que le recomienda a un empresario de teatros, etc., etc., le ponen en estado de mostrar al mundo modestamente una obra de su genio. La sociedad le escucha con gusto, o tal vez le aplaude con entusiasmo; el empresario se paga de la obra y se la hace leer en una reunión *ad hoc*, y he aquí su momento feliz. Su producción agrada a estos *comités*, se determina su representación (o su impresión, según el género de la obra); por medio de ella establece su conocimiento con las personas cuyos nombres está acostumbrado a venerar, y el muchacho pasa a ser hombre y el estudiante a Poeta. En este día empieza para él una nueva era.

El teatro es en este siglo el objeto de la ambición del Poeta, porque una obra dramática reporta más gloria y más utilidad que otra alguna, y el joven ha echado ya sus cuentas para el porvenir. Éste es el Poeta; el que cuenta con hacer de la poesía su profesión y su ocupación de toda la vida. Ansioso de reputación y del aplauso en su país, canta sus glorias en inspirados poemas, ensalza sus héroes en históricas producciones dramáticas, y celebra o critica en sátiras comedidas las virtudes y ventajas, o los vicios y manías de las costumbres de su sociedad y de su siglo. El público recompensa sus fatigas con sus aplausos, y su país le agradece lo que hace por su gloria, en nombre de los héroes que celebra y las hazañas que canta, colocando su nombre entre los nombres que darán honor a su centuria.

Por lo demás, el Poeta no se distingue en nada del resto de los hombres. Sus costumbres están en armonía con sus afecciones, sus caprichos o sus convicciones, como las de todos los demás. Tal vez (lo que sucede a menudo) sus escritos están en oposición con su

carácter; y un hombre, metódico, severo y de buenas costumbres, se complace en pintarnos las escenas más bulliciosas, más cómicas o más desordenadas; al paso que otro alegre, feliz e inconstante, nos retrata al vivo grandes cuadros trágicos y profundas y misteriosas pasiones, en que la virtud y el heroísmo juegan los principales papeles. Como todas las personas que ejercen una profesión, se disgusta de las que continuamente le cuestionan sobre la suya y le hacen hablar de ella en lugares y horas incompetentes.

No usa de sus facultades poéticas sino en las ocasiones y asuntos que lo requieren; y jamás emplea sus conceptos en adular al poder, en celebrar la injusticia, ni en favorecer sórdidas ambiciones. Recibe modestamente las recompensas o distinciones con que las Academias, las autoridades o los Gobiernos premian sus talentos, y parte su gloria como su bolsillo con los que valen tanto como él, sin mirar jamás si les da la parte más considerable. Alegre o melancólico, jubiloso o calavera, bueno o malo, en una palabra, el Poeta es siempre Poeta, por más que sea su vida sedentaria o activa, su educación esmerada o abandonada, sus gustos y costumbres ejemplares o reprensibles y borrascosas o monótona la historia de sus pasados días. Esta historia corre generalmente entre el vulgo desfigurada por los mentecatos que creen que por conocer a los hombres célebres se colocan a su altura; como si el comer con un gran general, vivir con un gran orador, tratar con un gran músico, pudiera infundir valor en sus mequinos espíritus, dar elocuencia a sus lenguas infamadoras, o hacer producir a su estéril talento una brillante sinfonía, o un solemne miserere. Pero éste es riesgo que corren todos los hombres que se distinguen en algo, y que le toca al Poeta, no por Poeta, sino por hombre distinguido.

Este artículo se alargaría demasiado si nos detuviésemos más en él; haré, no obstante, una última observación, y es que casi todos los Poetas alcanzan fama de calaveras y disipados, y la mayor parte de ellos con razón; pues como sus trabajos son más de inspiración que de convicción, frecuentemente les ocurre pasar largos días en la inacción y en la holganza, en cuyos días no siempre son santas sus ocupaciones, arrastrados por su carácter y sus exagerados pensamientos, aunque esto no pasa de una vaga teoría desmentida por muchos ejemplos.

Y aquí concluye mi artículo del Poeta, ¡oh lector benévolo!, el cual, ya que no satisfaga mi conciencia, puede acaso darte una idea ligera de los Poetas; si es que no te han hecho dormir sus períodos desaliñados. En cuanto a los nombres de los que hoy viven en este trabajado suelo de España, tú los podrás deletrear si has tenido la bondad de leerme con atención. Quiero, sin embargo de esto, que sepas que los autores de *Guzmán el Bueno*, *Detrás de la Cruz el Diablo*, *Los Amantes de Teruel*, *Don Alvaro o la fuerza del Sino*, *No ganamos para sustos*, *El Diablo mundo* (poema), *Simón Bocanegra* y otros largos de enumerar, serán siempre tenidos como verdaderos Poetas, sea cualquiera su vida, su reputación y su fortuna; y por más que sus envidiosos y detractores les disputen los derechos a semejante título, sus nombres pasarán con sus obras a la posteridad, y no les faltarán, tarde o temprano, ni una corona de laurel para su sepultura después de su muerte, ni un admirador durante su vida mientras pueda latir el corazón de J. ZORRILLA.

entre otras partes de los individuos de la clase media, todos sin excepción los de las clases altas y no pocas personas de ambas clases y de ambas naciones, no sólo sujetos a algunas o a muchas de las náuticas como fenómenos psicológicos, sino también a algunas o a muchas de las náuticas como fenómenos fisiológicos y morales. En estas y en otras muchas partes de la humanidad, y en todas las naciones, y en todas las épocas, y en todas las edades, y en todas las condiciones de vida, y en todas las situaciones de ánimo, y en todas las circunstancias de tiempo y lugar, y en todas las partes de la tierra, y en todas las lenguas, y en todas las literaturas, y en todas las ciencias, y en todas las artes, y en todas las profesiones, y en todas las ocupaciones, y en todas las actividades, y en todas las relaciones, y en todas las comunicaciones, y en todas las manifestaciones, y en todas las expresiones, y en todas las acciones, y en todas las reacciones, y en todas las conductas, y en todas las tendencias, y en todas las inclinaciones, y en todas las preferencias, y en todas las aversiones, y en todas las pasiones, y en todas las emociones, y en todas las sensaciones, y en todas las percepciones, y en todas las ideas, y en todas las creencias, y en todas las supersticiones, y en todas las supersticiones caseras.

RUIDOS, MIEDOS Y SUPERSTICIONES CASERAS ¹⁴

Curiosos estudios ofrecen las innumerables aberraciones de las creencias religiosas, convertidas en supersticiones por la ignorancia vulgar. Es la superstición, según Santo Tomás, «un vicio opuesto por exceso a la religión», un extravío por el cual se tributa honor divino, o se atribuye divino poder, a seres ó cosas que no merecen aquél ni pueden poseer éste.

De aquí, de esta extraviada fe, de este exceso de aplicación de poder sobrenatural a fenómenos naturales, derivan las mil absurdas supersticiones del vulgo; y cuento entre el vulgo a la mayor parte de la humanidad, porque en todos los pueblos y en todas las religiones el extravío, el abuso y la ignorancia, producen los mismos fenómenos, y hasta los hombres más sabios, más valientes y más despreocupados, están sujetos a errores, aprensiones y medios supersticiosos, debidos con las ideas de su primera e infantil educación. En todas partes las madres y las nodrizas tienen la detestable costumbre de amenazar a los niños con el coco, para que se duerma, o para que se estén quietos; y les cuentan patrañas más o menos absurdas, pero siempre medrosas, para que no hagan lo que no deben y no tomen costumbres perjudiciales. Aquellos absurdos cuentos se graban indelebles en la imaginación de los niños, y se confunden en su espíritu con los santos relatos de la historia sagrada y con los divinos preceptos de la doctrina, que los sacerdotes y los maestros les enseñan en las escuelas: de cuya confusa amalgama brotan más tarde las más ridículas, y tal vez las más impías y sacrílegas supersticiones.

Las originadas en los cuentos de las niñerías degeneran en creencias del hogar, caseras por decirlo así, si así pueden llamarse, porque así se explican: son ideas, creencias, aprensiones, miedos y ruidos que quedan para los chicos, que difícilmente las barren de su imaginación cuando llegan a hombres. En la bodega de la casa, en los recodos sombríos de la escalera, en los rincones oscuros del desván, en la carbonera de bajo el hogar y entre los trastos arrinconados en los armarios y cuartuchos sin ventanas, en estos rincones y recovecos yacen las brujas, los hechiceros, los aparecidos, los duendes y los diablos, que producen ruidos y levantan sombras en las casas, donde el vulgo de España dice que «hay duendes», y el de las colonias hispano-americanas que «espantan o que hay espanto». Todas las viejas nodrizas, amas de llaves, porteras y niñeras, todos los sacristanes, conserjes, mayordomos y domésticos de las ciudades, las

cuatro quintas partes de los individuos de la clase media, todos sin excepción los de la clase baja, y no pocos centenares de damas ilustres y blasonados personajes, viven sujetos a alguna o a muchas de tan necias como inconcebibles preocupaciones; no cito los lugareños y campesinos, porque la creencia de casi todos está reducida a supersticiones y aberraciones disparatadas.

Ahí está el refrán: «En martes ni te cases ni te embarques», que debe de haber echado a perder muchos asuntos e impedido muchos matrimonios. Hay quien no come jamás cabeza, para evitar los dolores de la suya; quien se corta las uñas en lunes, para que nunca le duelan las muelas; quien corre a echar a la lotería porque al vestirse se ha puesto del revés las medias; quien vuelve a meterse en su casa, porque, al salir de ella, puso en la calle el pie izquierdo; me contentaría yo con un cuarto por cada individuo de los que creen que el aullido de un perro por la noche anuncia la muerte de alguno; que el regalo de unas tijeras, corta la amistad; que cruzar un cubierto en el plato es mal presagio; un espejo roto, un salero vertido, una mariposa negra, un moscón zumbador, el encuentro de un jorobado, o de un perro tuerto, auguran una desgracia; que una parturienta puede calmar sus dolores poniéndose los pantalones de su marido; que las camisas hechas en viernes atraen las pulgas; que el canto de ciertos pájaros anuncia sucesos prósperos o fatales: el delruiseñor, alegría y fiesta; el del cuco, dinero, a quien le oye el primer día que canta; el del mochuelo, la muerte.

Los indios de Méjico se hallan persuadidos de esta extraña superstición, que bien claro lo indica el cantar-axioma que tiene sobre el tecolote, nombre que allí se da a este pájaro, y que a la letra dice en melancólico ritmo:

El tecolote canta y el indio muere:
ello será mentira, pero sucede.

Hay madres que cuelgan del cuello a sus hijos un diente de ajo, para librarles de las lombrices, y todavía vemos, y las autoridades eclesiásticas y los confesores toleran, en los cristianos, una porción de supersticiones paganas, judías y musulmanas, que aún no ha podido desterrar el cristianismo ni el sentido común.

Un solo ejemplo: aún fabrican los plateros y los torneros manecitas de oro, de coral y de marfil, para librar de mal de ojo a los niños, suspendiéndolas al cuello. Pues bien, esta manecita es el más venerado amuleto musulmán, que nosotros tomamos de los moros en la Edad Media, por lo cual sería para nosotros un sacrilegio, sin la ignorancia que de estas cosas tenemos los católicos en general. La mano abierta es la representación koránica de la Divinidad; su propia mano, es para un musulmán pobre la camándula, por cuyas catorce articulaciones reconoce, enumerándolas, los catorce atributos divinos de Dios; *Dios grande*, *Dios altísimo*, *Dios clemente*, etc., y dobla un nudillo de sus dedos, empezando por el pulgar para no equivocarse en la enumeración, y para concluir la cual debe encontrarse con el puño cerrado, y hecha la adoración de Dios al reconocer estos catorce atributos de la Divinidad de Alah: Alah-akbar, Alah-ataala, Alah-arrahman, etc.

Es, pues, una superstición koránica, y, por consiguiente, una aberración cristiana el colgar del cuello a nuestros pequeñuelos, en lugar de la santa cruz, el amuleto de Mahoma: la mano abierta—y perdóneme el lector semejante observación—que más que pretencioso alarde de erudición, es una cándida prueba de mi sincera fe de cristiano. Y volvamos a los caseros ruidos, miedos y supersticiones, que son el epígrafe de este articulo.

Como no hay efecto sin causa, ninguno de estos ruidos ni de estos miedos deja de

tener una tan natural como sencilla; pero mientras esta causa permanece desconocida, conserva el sello del misterio, y la superstición le atribuye un origen sobrenatural. Nuestra superstición supone el aire poblado de seres invisibles, duendes, trasgos, endriagos, gnómos y evocaciones diabólicas de ultratumba, sin reflexionar que si las almas desprendidas de sus cuerpos, si los espíritus evocados, si los seres, en fin, del otro mundo, pudieran o tuvieran que andar sueltos por la tierra, produciendo ruidos inútiles y dando sustos injustificados a los vivos, serían unos seres informales, caprichosos, atolondrados e impertinentes, cuya conducta abogaríá muy mal por la formalidad del gobierno de la otra vida; serían prueba negativa de sus castigos y recompensas, y de la vuelta de las almas al seno de Dios, supremo bien, goce, existencia y manantial infinito de la eterna dicha, concentrada en la presencia de Dios. El vulgo, dominado siempre por la superstición, en la que su ignorancia convierte la poética aspiración del espíritu a elevarse a la suprema inteligencia, a la atmósfera divina de su Criador, no comprende que los espíritus, los seres más puros que el hombre, por estar ya despojados de la miserable envoltura del barro de su cuerpo, no podrían venir estúpidamente a entretenerse en turbar el sueño de los vivos, asustándoles con ruidos de silbidos o de cadenas, arrastrándoles o sacudiéndoles en sus camas, abriendo sus vidrieras, moviéndoles sus cortinajes o apagándoles sus lamparillas; en lugar de ver y comprender las maravillas de la creación y la faz del Criador, como moscas impertinentes y pegajosas.

La superstición es el germen de miles de perjudicialísimos errores; engendra los miedos a las brujas y a los fantasmas, a quienes no puede dar cuerpo su fantástico terror; su reino es el vacío, su escena las tinieblas, su esencia la nada; pero es la madre y la propagadora del fanatismo, de la fatalidad, de las sectas y de las herejías; y, sin embargo, las supersticiones serán inextinguibles: la humanidad seguirá creyendo, temiendo y asustándose de sombras y vaciedades, a pesar de la instrucción, el sentido práctico y el progreso de los siglos.

De los ruidos y miedos caseros, cuya causa fácil e inmediatamente se descubre, no hay que citar ejemplos; todo el mundo sabe el caso de aquel que, entrado en el aposento de su abuela, cuyo cadáver estaba enterrado en el cementerio, salió espantado de haberla vuelto a hallar acostada en su lecho, tocada con su misma cofia; y era una mona que había hecho lo que mil veces había visto hacer a la difunta. A todo el mundo que ha viajado y que ha vivido mucho, le han acontecido de estas cosas, que después de haberle infundido miedo, le han hecho reír. Yo he contado en no sé qué recuerdos míos, cómo recogí y tuve que enterrar una calavera que en unos funerales se paseó sobre el catafalco, con terror de los fieles concurrentes al entierro, impulsada por una rata que en ella se había metido y pugnaba por salirse de ella; cómo resonaron una noche unos pavorosos resoplidos dentro de un aposento aislado en que me alojaron en una quinta; y era que, habiéndolo dejado sin cerrar el tubo de plomo por donde mi lavabo desagüaba en una azotea, los perros que la guardaban, al venir a lamer el desagüe, convertían el tubo en bocina de sus resoplidos, que sonaban, medrosos y tremebundos, a los pies de mi cama.

Hay, empero, en mi vida dos o tres fantásticos rumores, dos casos de ruido y miedo caseros, con cuya causa misteriosa no pude dar, aunque debieron tenerla natural.

Mudéose la familia que me hospedaba en Méjico a una casa de antigua construcción, y elegí yo para mi habitación en ella un aposento único y aislado que tenía en su segundo piso, entre cuyo aposento y la salida a las terrazas, que por allá no hay tejados, había una grande e inhabitada cámara, en la cual estaban hacinados muchos trastos y muebles, el principal de los cuales era una catedral de cartón, juguete destrozado del primogénito de aquella familia, que ya iba a ser hombre. Subíase a esta antecámara

por una escalera de madera, a cuyo frente se abría la puerta de los terrados, y a cuya derecha estaba la de mi aposento, cuya viguería del piso era el techo de la escalera. Apoyábase ésta en la pared maestra y medianera con la casa inmediata, cuyo patio franqueaba, lisa y sin vivienda ni objeto que en ella estibar a en la altura de los dos pisos, lo cual se veía perfectamente desde el pretil del terrado, que con la pared formaba ángulo. Tomé yo aquel aposento por su buena luz, aislamiento y tranquilidad para mi trabajo, y a pesar del extraño aspecto que le daba aquella grande e inhabitada antecámara y de haberme prevenido que allí *espantaban*. Yo soy casi cobarde, pero estimo en poco el valor, porque tengo para mí que no es más que un exceso de miedo, y cuando lo tengo, procuro por pundonor no darlo a conocer. Acostéme la primera noche, y poco después de apagar mi luz, sentí los pasos de alguien que subía la escalera y que se perdieron en la antesala; pregunté en voz, alta al invisible visitador quién era y qué quería; y no respondiendo nadie a mi voz, ni penetrando nadie en mi aposento; volví a encender mi luz, y registrando el camaranchón que constituía la antecámara, no encontré a nadie.

Todas las noches sucedía lo mismo: subía alguien, haciendo sus catorce pasos crujió los catorce peldaños de la escalera; perdíanse y apagábanse aquéllos en el camaranchón, y nadie entraba en mi aposento, ni hallaba a nadie en la antecámara; y como no sucedía más, concluí por acostumbrarme; y aunque no las tenía todas conmigo, no di mi brazo a torcer; pero por más que estudié y observé y espíe, no pude explicarme jamás la causa del ruido de semejantes pasos, que debían tenerla.

Un amigo mío vendía, menospreciándola, una buena casa que tenía en una calle muy céntrica de la capital de Méjico, y me dijo que así la vendía porque no podía habitarse su segundo piso, *porque en él espantaban*. Reíme de él y dile zumba por su miedo; picóse de amor propio, y me dijo que si yo le acompañaba él arrostraría otra vez lo que en aquel segundo piso sucedía por la noche. Yo, que oí que él lo había arrostrado una vez, supe que no sería tan terrible cosa, y acepté. Pero preguntándole lo que sucedía y en qué consistía *el espanto*:—En que a las altas horas de la noche—me respondió—una persona invisible sube desde el primer piso al segundo, atraviesa la antesala y la sala, penetra en el gabinete, se pasea por él y se vuelve a ir. Sus pasos se perciben perfectamente, pero no se ve nada.

—Pues la cosa no es tan pavorosa—exclamé yo.

—Ya lo verás y me lo dirás allí—me respondió mi amostazado amigo.—Esta noche iremos.

Y fuimos; pusimos dos eriaos en la antesala, dos en la sala y nos tendimos él y yo vestidos en una cama que había en el gabinete. Había llevado él consigo una perrilla que siempre le acompañaba y un par de pistolas, que puso a la cabecera de la cama; la perrilla se acurrucó a nuestros pies y se durmió; nosotros conversamos en voz baja más de una hora. La vela ardía sobre el mármol de la mesa de noche, y pasando el tiempo y no sucediendo nada, yo me adormecí, y supongo que a mi amigo le sucedería otro tanto.

Pero de repente me despertaron a un tiempo un codazo de éste y el sordo gruñido de la perrilla, que miraba a la puerta encapotando las orejas. No me quedó duda; percibí los pasos que se acercaban, la perra rompió a ladrar cuando tras de la puerta de la sala los sentimos; y al percibirlos clara y distintamente dentro del gabinete, como si alguien se paseara de la puerta al balcón, por delante de nuestra cama, la perrilla callaba toda trémula y encogida, pero seguía con la vista el rumor de los pasos, como si viera amedrentada al ser invisible que con sus pies los producía. Pasaron, al fin, éstos otra vez a la sala, y mientras se alejaban por la antesala y se perdían en la esca-

lera, la perra volvió a gruñir y volvió a romper a ladrar sin quitar los ojos de la puerta vidriera, que el ser invisible no había necesitado abrir para entrar a pasearse por el gabinete.

Yo tenía miedo: gotas de sudor frío humedecían mis sienes, y mi amigo estaba pálido como yo.

La perrilla volvió a acurrucarse y a dormirse: nosotros salimos de la casa en cuanto amaneció; ni mi amigo ni yo nos dimos por entendidos con los criados, pero yo le dije a mi amigo: «Haces bien en vender la casa».

Y, sin embargo, un ser invisible, impalpable, un fantasma incorpóreo e ingrávido, no podía producir el ruido de los pasos de un cuerpo de positiva y corpórea gravedad.

Pero aún no he dado con su explicación, y tuve un miedo tan supersticioso como real de aquellos pasos, efecto, tal vez, de acústica de ignorado motor.

Divertidísimo es el estudio de los cuentos de los rabiosos, que se dan por el mundo, y que en el mundo mismo se cuentan. Los relatos de los hechos religiosos de los siglos pasados, que son el arte de adivinar y predecir el futuro, y el estudio de los cadáveres. En Toledo, España, que hizo cerrar Isabel la Católica...

La primera superstición al abandonar la casa... de la superstición y de los cuentos de los rabiosos. Los cuentos de Saúl evocó la nombre...

Ilustración: *Historia sagrada*, que escribe en ella, y en las historias religiosas y apariciones caseras, que alguna casa visitada por...

Ante todo repañado... bra, es la repentina, que espíritu, trastornando... tación se efectúa por... ma sin ser evocada. De... imágenes que nos pue...

Las apatónicas de... de las almas esntas... menos reveras las de... difícil saber a qué... de mil especies...

Dalancere pretende... «O es de un alma que... que es un demonio, pero... berno, y estos traen siempre...

ESPECTROS CASEROS 15

Alfonso se trata en sus traducciones y en sus trabajos de historia y de literatura. Alfonso se trata en sus traducciones y en sus trabajos de historia y de literatura. Alfonso se trata en sus traducciones y en sus trabajos de historia y de literatura.

7 Divertidísimo estudio es el de los delirios de la supersticiosa ciencia de los sabios, que se dan por muy enterados de las cosas sobrenaturales y de lo que pasa en el otro mundo. Los relatos de apariciones de muertos en las historias populares y tradiciones religiosas de los pueblos antiguos, dieron origen a la necromancia, que era el arte de adivinar y predecir lo futuro por la evocación de los muertos y la inspección de los cadáveres. En Toledo, Sevilla y Salamanca hubo cátedras de necromancia, que hizo cerrar Isabel la Católica.

La perpetua aspiración del alma a elevarse a la pura región a que Dios la destina al abandonar la materia corpórea, en que vive encerrada, engendra las alucinaciones de la superstición y la creencia en las apariciones de los espectros, sombras y fantasmas de los muertos. Los reyes idólatras de Israel y de Judá se dieron a la necromancia, y Saúl evocó la sombra de Samuel para consultarla. Pero casi todos los lectores de nuestra *Ilustración Ibérica* saben, probablemente, de historia tanto como quien estas líneas escribe en ella, y no hay para qué hablar de espectros, aparecidos o evocados en las historias religiosas y profanas de todas las épocas. Voy a limitarme a los espectros y aparecidos caseros, puesto que rara es la población en donde no hay, o ha habido, alguna casa visitada por alguna aparición más o menos auténtica.

La Ante todo sepamos lo que es una aparición. En la acepción absoluta de la palabra, es la repentina, inesperada y sobrenatural presentación de una persona o de un espíritu, trastornando las leyes naturales con su presencia. Es *evocación* si su presentación se efectúa por el poder de la necromancia; es *aparición* si se presenta por sí misma sin ser evocada. Delirio y muchos demonólogos aceptan como apariciones hasta las imágenes que nos presentan los sueños, si éstos se relacionan con cosas sobrenaturales.

Las apariciones de los espíritus, según Jámblico, son análogas a su esencia. Las de las almas santas que gozan de Dios, son consoladoras; terribles las de los arcángeles; menos severas las de los ángeles, y espantosas las de los demonios, y añade que es muy difícil saber a qué atenerse en las de los espectros, porque las hay de mil especies. Delanere pretende distinguirlos, y dice con la mayor formalidad:

O es de un alma que está en el cielo o la de un condenado; la de éste puede creerse que es un demonio, porque rara vez se permite a las almas condenadas salir del infierno, y éstos traen siempre barbas y figuras siniestras; si es un alma bienaventurada,

pero terca, que se aparece muchas veces, debe pensarse también que la aparición es un demonio, porque las almas bienaventuradas no salen del cielo más que una vez, para dar gracias a sus bienhechores.»

De todos modos—concluye—bueno es no fiarse, porque los diablos son muy astutos y pueden tomar la forma de ángeles. Ya saben nuestros lectores las reglas para reconocer los aparecidos, ¡conque mucho ojo!

Según los teólogos, debemos admitir las apariciones de que hablan las Sagradas Escrituras y los Santos Padres, de las cuales no trato ni discuto aquí. En las vidas de los santos hay muchas, una repetida cien veces con cien variantes, que es ésta: Athenodoro, filósofo estoico del tiempo de Augusto, cuya filosofía tenía, por lo visto, su espíritu libre de toda creencia y de toda aprensión, que era, sin duda, lo que hoy un librepensador, compró en Atenas una magnífica casa, en la cual nadie quería vivir porque un espectro se aparecía en ella todas las noches.

Athenodoro se instaló en ella tranquilamente, y la primera noche que en ella estuvo alojado, y estando escribiendo sus filosóficas elucubraciones, sintió de repente ruido de cadenas y vió a un viejo repugnante que, cargado de ellas, se acercaba a la mesa en que él escribía. Athenodoro siguió escribiendo sin hacerle caso; el espectro le llamó con el dedo, indicándole que le siguiera; Athenodoro le dió a entender, con un gesto mal humorado, que se esperase a que concluyese su trabajo; insistió el fantasma, y envióle Athenodoro noramala; pero asediado tenazmente por aquel extraño ser, que no cesaba de sacudir sus cadenas y de hacerle señas para que le siguiese, el filósofo se cansó, tomó su lámpara y se dispuso a seguirle para librarse de él, y el fantasma delante y el filósofo tras él, alumbrándole, dieron ambos en un patio, en uno de cuyos cuatro rincones se desvaneció el fantasma. Athenodoro marcó el lugar por donde la aparición había desaparecido, y al día siguiente dió parte de lo que le había acontecido a los magistrados. Éstos mandaron cavar el sitio marcado y hallaron un esqueleto cargado de cadenas; ordenaron que se le hiciesen honras fúnebres y se le diese decorosa sepultura, y la casa del filósofo quedó tranquila para siempre.

Lucinado, que la leyó probablemente en Plinio, da escena a esta leyenda en Corinto, y se la atribuye a otro filósofo, que, poseyendo muchos libros de magia adquiridos por él en Egipto, conjura al fantasma, obligándole a meterse en su agujero, de donde lo exhuma la justicia corintia, y dándole sepultura, se acaba todo.

En la leyenda de Antonio de Torquemada, el héroe es un estudiante español, Fulano Vázquez de Ayola, que va a la Universidad de Bolonia con dos condiscípulos y se alojan en una casa abandonada. Un esqueleto se aparece al, por su segundo apellido, vizcaino Ayola, quien primero se encomienda a Dios y después a su espada; sigue al espectro, que se sume en un pozo, de donde también lo exhuman; le dan sepultura y no vuelve más.

En la vida de San Macario es un hombre honrado, que, teniendo en depósito una cantidad de dinero ajeno, muere de repente, sin revelar a su mujer el lugar en donde lo deja guardado. Exige de la viuda, el depositario, la suma depositada, y por las oraciones de San Macario se aparece el honrado espectro a su mujer y la revela que la ha enterrado bajo la cama, donde, efectivamente, parece.

A lo que se infiere, estas apariciones se efectuaban lo mismo en la Edad pagana que en la Era del cristianismo, lo cual prueba indudablemente la existencia de otro mundo de los espíritus, desde el cual vienen algunas almas al nuestro, por razones más o menos al alcance de los sabios y teólogos, que de tales cosas están autorizados a entender. Por mi parte, repito que ni las pongo en tela de juicio, ni me ocurre la más mínima duda respecto de ellas; yo he sido el poeta de la tradición, y si no hubiera te-

nido respeto por las tradiciones, no hubiera escrito las de *El Cristo de la Vega*, del *Capitán Montoya*, de *Margarita la Tornera* y de otras muchas tan ortodoxas como si las hubiera escrito el mismísimo Padre Nicremberg, de la Compañía de Jesús.

Yo trato sólo de los aparecidos y espectros caseros, que tienen siempre un origen físico-mundano y a veces ridículo de pura broma.

Todavía, a pesar de los concilios, de las leyes civiles, del progreso del siglo, de la publicidad de los periódicos y del sentido común, que jamás alcanzará a ilustrar a los pueblos hasta extirpar en ellos tan absurdas y anticristianas preocupaciones, hay quien evoca al diablo y estafa las pesetas a los imbéciles, como hay y habrá gentes que no creen en la ciencia del médico, que puede tratar más o menos racionalmente sus enfermedades, y se entregan ciegameute en manos de una vieja curandera o de un desvergonzado saludador, por la innata inclinación a lo maravilloso y absurdo de la estúpida humanidad, que corre siempre, como el perro de la fábula, tras de la imagen de la carne en el agua.

Ya no se quema en hogueras a los brujos, pero se permite a las ladronas e ignorantes gitanas decir la buenaventura y llevar a los crédulos papanatas a que los gitanos les hagan ensalmos, conjuros y evocaciones para que el diablo les dé el premio gordo de la lotería o les haga amar de las que, por tontos, les vuelven con razón la espalda.

Entre las curiosas evocaciones que en mi tiempo han pasado, recuerdo una efectuada en Méjico, donde la gente rebosa en ingenio extremado y gracia picaresca e intencionada.

Vivía, por los años en que por allí anduve yo, una hermosísima señora, que a su hermosura reunía un cuantiosísimo caudal, y cuya familia era millonaria. Eran jefes de esta familia ella y un hermano mayor, ninguno de los cuales se había querido casar; sobre cuyo modo de vivir, juntos y solteros ambos, forjaba el vulgo una gratuita, absurda y desatinada calumnia. Era ella la mujer más apetecible y apetecida de la república mejicana, y alampábanse por su hermosura y por sus millones, centenares de mejicanos y de extranjeros, que en conquistar su voluntad fundaban su paraíso en la tierra.

Uno de esos más enamorados, no falto de caudal, aunque sí de *pesquis*, determinó, instigado por una Celestina zurcidora de gustos y escudriñadora de bolsillos, pedir al diablo ayuda para atraerse el corazón de la dama. Llevóle una noche la embaucadora a un sótano lóbrego y escondido, en donde a la luz de una tea, entre el humo de su resina y a las palabras que en un libro viejo le leía, se le apareció, por fin, un diablo espeluznado, bizco y patizambo, que con bronca voz y provocativa entonación le dijo:

—Aquí estoy, ¿qué quieres de mí?

—Que me procures a Dolores—se atrevió a responder el enamorado mancebo.

—Para mí la quisiera, gran bruto!—le dijo el diablo—y soltándole una gran bofetada desapareció, dejándole aturdido sin la dama y sin las onzas que por la evocación había él soltado. He aquí cómo pagó el diablo a los que en él fían.

* * *

Ya que he citado al diablo, creo lógico y oportuno consignar aquí que el diablo es quien más comúnmente hace el principal papel en las apariciones; más claro, éi mismo es el espectro aparecido, puesto que, como sabemos ya por el juicio y ciencia demonológicos, por virtud y poder suyo se efectúan las evocaciones de los espectros.

Pero antes de seguir adelante con estos míos, me creo en la obligación de confesar como hombre horado, que desde la Edad Media acá, y especialmente en la presente,

el diablo ha perdido las nueve décimas partes de la importancia que tenía, ya un tengo yo para mí que, sobre todo en las grandes capitales, no hay ya quien a él se le ocurra acudir ni en las más desesperadas situaciones. Los legendarios de la Edad Media abusaron de él, trayéndole y llevándolo sin tino a través de consejas y cuentos; sacáronle luego al teatro los poetas en papeles tragicómicos, como en *El diablo predicador*; cogiéronle, por fin, los zarzueleros por su cuenta y le arrastraron por las tablas, y como la poesía es el equitafio de todo lo que muere y desaparece, hoy ha parado ya en un polichinela a quien cualquier atrevido agarra por los cuernos o arrastra por el rabo, como los granujas al gato que encuentran muerto en una calleja.

Tomando, empero, al diablo más por lo serio, me ocurre una reflexión horriblemente filosófica, casi alemana, en prueba del desprestigio del diablo, y es la facilidad con que hoy se dice: «Estoy dado al diablo», «estoy llevado de todos los diablos», porque no encontramos una llave perdida, porque un editor nos hace esperar la respuesta a una carta, o porque un callo nos impide ponernos unos zapatos nuevos; pero no es esta mi reflexión horrible, ésta es un grano de azúcar que ha debido poner en el acíbar de aquélla antes de dársela a tragar a mis lectores. Mi reflexión es esta otra: La estadística del suicidio ha llegado a ser espantosa; entre España y Francia, países cristianos y católicos, acusa el año último sobre seis mil suicidas, los cuales ni aún siquiera se acordaron del diablo, en cuyos brazos se arrojaban al pegarse un tiro o al echarse al agua, prueba del desprestigio actual de Satanás.

Dejemos, pues, al diablo quieto, y supongamos cristianamente que este descrédito y desprestigio en que ha caído en nuestro siglo es uno de los castigos más duros y mortificantes para el orgullo del ser más soberbio de la creación, puesto que del que un día osó alzarse contra Dios, hoy permite Éste que le menosprecien hasta los muchachos, disfrazándose de diablos en los carnavales. De muchas cosas más ridículas le disfrazaron y más bajos empleos le dieron algunos escritores, de quienes no podía esperar tan mal trato. El Cardenal Santiago de Vitry cuenta que un santo cartujo, que en la oración, silencio y soledad cartujanas de su celda se hallaba un día, a solas con Dios y su conciencia, sintió de repente un inmoderado apetito, lo cual no era extraño en la vida de abstinencia y ayuno perpetuo de los monjes de la austerísima regla de San Bruno. Mientras el buen cenobita pedía a Dios que le librara de aquella tentación de la gula, una mujer entró en su celda, encendió la lumbre en la chimenea y, cogiendo las legumbres que para su nutrición le habían repartido, las rehogó y condimentó en la sartén, las colocó en la escudilla, púsoles delante, y se marchó como había venido. El santo monje comprendió que aquella mujer era el diablo, y después de una ferviente oración, fué a consultar con su superior si podría comerse un manjar condimentado por el diablo. El superior, atendiendo a la pobreza y humildad de su instituto, le respondió que ninguna cosa creada por Dios se debe despreciar y que todo hay que tomarlo con gratitud y dando gracias por ello al Creador. «Comió, pues, el monje, la escudilla de acelgas, y declaró después que manjar más sabroso no lo había gustado jamás».

Desempeñando semejantes papeles, no puede pasar el diablo por un gran personaje a los ojos del vulgo, que en ningún tiempo ni en ningún país ha comprendido la delicadeza de la fe y la poesía que encierran estas piadosas leyendas, que nos encantan a los poetas creyentes, quienes con fe sincera y fruición íntimas, las consignamos en nuestros libros, para que no se pierdan entre la grosera ignorancia y la inconsciente indiferencia de las multitudes vulgares. ¡Looado sea Dios, que ha conservado en el alma de quien estas líneas borrajéa, la fe y la poesía y el encanto de estas le-

ventas, que tienden a perderse borradas de la memoria por el étnico positivismo que la jerga filosófica inoculara en la generación de la segunda mitad de nuestro siglo!

En el pasado y principios de éste, los espectros y aparecidos eran, o por tales se les daba, monederos falsos, quienes ahuyentaban los inquilinos de las casas en cuyos sótanos establecían los aparatos de su fraudulenta industria; eran a veces individuos de alguna de aquellas inocentes sociedades secretas que no han servido en España más que para levantar inútiles ruidos y asustar a viejas con infantiles espantajos; eran, y son más general y casi exclusivamente, enamorados que espantaban a los testigos de los lugares elegidos para sus citas con las mujeres.

Sobre estas tres bases se apoyan todos los cuentos de duendes y apariciones caseras, ayudadas por la exaltación supersticiosa de la imaginación de la gente crédula, y alguna vez por circunstancias casuales cuya causa es al principio misteriosa y desconocida. A ninguna casa grande, vieja o destaralada le falta la tradición de una bruja, de un usurero o de cualquier otro personaje raro que en alguno de sus aposentos haya fallecido, atribuyéndole cualquier extrañeza el miedo vulgar o la popular maledicencia, la cual basta para que los que entran a habitarla, entren ya con preocupación y recelo de aquel vulgar y casi siempre infundado rumor.

De miedos caseros a muertos y aparecidos, he aquí uno del cual ignoro si alguno de los biógrafos de Espronceda hace mención, aunque ninguno la hará, porque a los hombres célebres les sucede lo que a los héroes de las novelas, que sólo se les coloca en situaciones poéticas y sólo se les hace personajes de poema, descartando de su biografía todo lo prosaico, vulgar y común a todos los mortales que vivimos en la tierra, sujetos a todas las vicisitudes de la vida terrena y mundanal.

Espronceda vivió dominado por el demonio de la política, en la cual no dió nunca pelota ni sacó de ella maldito el provecho. En la algarada del Pirineo, que atravesó con una partida de patriotas, a quienes los realistas dispersaron, obligándoles a volverse a meter en Francia, por Canfranc, sucedió que, rezagado de los suyos, como poco acostumbrado a andar a pie en fatigas de campamento, llegó a un pueblucho francés al cual muchos de sus compañeros habían antes llegado. Era boca de noche, y al pedir hospedaje en una posada, de las que allí todavía no se llamaban *hótel*, sino *auberge*, le respondieron que todos los cuartos estaban ocupados por extranjeros que de repente habían llegado, pero que, como probablemente todos debían de ser compatriotas suyos, podría ver si alguno quería partir, con él, aposento y lecho.

Metiose Espronceda, asendereado, famélico y soñoliento, de corredor en corredor y de cuarto en cuarto, y viendo una sala, en la cual un cabo de vela expirante y los últimos tizones de una chimenea, dejaban ver una cama de matrimonio, cuyo corrido cortinaje le anunciaba que alguien bajo él se guarecía, fuése resueltamente al lecho, y hallando la mitad que con la pared tocaba ocupada por un hombre con gorro de dormir, que allí, al parecer, tranquilamente dormía, despojóse de sus ropas y ocupó la mitad vacía del amplio lecho, diciendo sólo a su compañero:

—Dispense, amigo; mañana pagaremos la cama a medias.

El acostado, dormido o resignado, no respondió, y el fatigado Espronceda entró en ese estado de beatitud deliciosa en la cual, entre la vigilia y el sueño, no se da uno cuenta ni de sí mismo ni de lo que le rodea.

Impidióle, sin embargo, caer en macizo y profundo sueño, la entrada en la sala de una doncella de servicio, que después de echar a la cama una mirada recelosa, se

arrodilló ante la chimenea y se dispuso a extinguir el fuego y preparar el aposento para la noche. Una mujer era siempre objeto de curiosidad para Espronceda, y luchando con su somnolencia y su cansancio, hacía lo posible por ver la catadura de la recién entrada. Casi tras ella se introdujo de puntillas en la cámara un mozo, que empezó a requebrar, primero, y a cosquillar después, a la pizpireta muchacha, juego que comenzaba a divertir a Espronceda, que discurría un medio de interrumpirlo muy distinto del que le obligó a ello.

Insistía el mozo en sus cosquillas y rechazábale victoriosamente la muchacha, cuando ésta exclamó de repente:

—¡Ya basta, aunque no sea más que por respeto al muerto que está en esa cama!

Tiende la mano Espronceda hacia su compañero, y hallándole frío y rígido, salta de la cama; tómanle por el muerto los enamorados servidores, y salen los tres corriendo, poniendo en conmoción y susto a toda la casa.

El muerto era un viajero a cuya mujer se habían llevado piadosamente a casa de unos parientes, y cuyo lugar había tomado Espronceda.

Y tal es el germen de los muertos, aparecidos y resucitados.

UNA CARTA DE ZAMORA ¹⁶

Sr. Director de *Los Taines de El Imparcial*.

Zamora, 29 de septiembre de 1880.

Mi estimado amigo: *Esta sólo se dirige* a prevenir a usted que el lunes, 4 de octubre, no podrá usted publicar artículo mío en *El Imparcial*, y a prevenirle que no extrañe recibir en su lugar la noticia de mi fallecimiento, por insolación o apoplejía, o al menos la de alguna grave enfermedad por exceso de nutrición del cuerpo y del espíritu.

Ha de saber usted que los editores Montaner y Simón, de Barcelona, van, por fin, a publicar mi *Leyenda del Cid*, y como en ella he escrito cuatro o cinco mil versos de Zamora, sin haber estado nunca en esta ciudad, he venido a ella para localizarme y corregir los errores topográficos de mi narración.

El caso es casi una historia, e interésame a mi contársela, aunque a usted saberla no le interese.

Estaba aquí de Gobernador el señor don Carlos Frontaura, a quien usted y toda España conoce, con quien llevo muy buena amistad, aunque no sea ya esto muy común entre gentes de nuestra profesión, y a quien había yo prometido una visita a su ínsula cuando a él le pluguere darme en ella ocho días de hospitalidad. Pasaron muchos, y pasaba la estación para tal viaje oportuna, y pensaba yo que Frontaura no pensaba ya en mí, cuando el viernes recibí un telegrama suyo, que decía: «Mañana, sábado, espero a usted con Padró y muchos versos.»

Tenía yo aún el tal telegrama en la mano y leíale sin comprenderle, cuando el citado Padró en persona se me puso delante como llovido. La Diputación Provincial de Zamora tenía abierto concurso para pintar y decorar el salón de su nuevo palacio. Padró iba a Zamora a presentar los bocetos con los cuales pretendía que tal obra se le adjudicara, y Frontaura determinaba que yo le acompañara. Como usted ve, la jurisdicción de Frontaura alcanza hasta la calle de Jacometrezo, esquina a la de la Abada.

Palabra dada no admite excusa. A las seis y media del sábado, dos carruajes a mi puerta; monté en el en que Padró venía, y a la estación del Norte. Billete pagado por el Gobernador de Zamora, vagón reservado y en él tres compañeros, los que ocupaban el carruaje que con él de Padró se había ante mi puerta detenido.

Reconocímonos, y vaya usted reconociéndonos: el señor don Cesáreo Fernández Duro, eruditísimo zamorano, marino conocido en mar y en tierra por el más entusiasta

admirador de su ciudad natal, cuya historia conoce siglo por siglo, y palmo a palmo su tierra; pero no un erudito académico y enojoso, sino de sencillo trato y amena conversación, de los cuales se percibe a tiro de ballesta la educación más esmerada y la ciencia menos pretenciosa. Iba a Simancas y debía a su vuelta detenerse en Zamora, donde nos dimos cita.

Pascó, pintorescenógrafo, maniático por los paisajes, catalán de tan enrevesada palabra como talento claro y corazón sincero.

Padró, a quien usted conoce por su cuadro de «El Rey en casa de Espartero», y el famoso Rubau Donadeu, a quien creen un ogro los que no le conocen y a quien los que decía Quevedo que iban a Zamora a ver si había un río que canalizar, una Caja de Ahorros que fundar o una Sociedad cualquiera que establecer, y con quien yo no había hablado más que una vez para disputar con él sobre cosas que ni él ni yo entendíamos. Un vagón de locos, cada cual con su tema; Padró, con el de andar por los techos; Pascó, con el de decorar hasta los páramos; Rubau, con la de fundar escuelas y manicomios, establecer fábricas y aprovecharlo todo, y hacer, en fin, progresar al mundo imponiendo a los pueblos las mejoras materiales aunque sea a pistoletazos, porque Rubau es uno de aquellos locos a quienes Quevedo llama repúblicos y de Gobierno; Fernández Duro, con el de hacer de Zamora la primera ciudad de España, y yo, con el de evocar de entre las piedras de sus murallas todos los legendarios fantasmas de la Edad Media. Fernández Duro se apoderó de nuestra atención: yo vi en él un archivo viviente que iba a excusarme el trabajo de estudiar a Zamora, dándomela ya estudiada, y cuando llegamos a ella, no tenía y nada que hacer más que charlar y comer con Frontaura, que nos esperaba en la estación haciendo un Gobernador que no había más que pedir.

Los zamoranos nos han encontrado a Padró muy guapo y a mí muy chusco: y como veníamos amparados por el Gobernador más mimado del pueblo más gobernable, y por el zamorano más zamorano de Zamora, nos dieron un banquete en el Instituto, con profusión de flores, música, versos, brindis, discursos y hasta una leyenda narrada deliciosamente por Fernández Duro, y una escena y monólogo de una tragedia declamada por Manuel Valcárcel, con un brío de cinco botellas de champagne. A la influencia de éste debí que se me propusiera hasta para arcipreste de la Catedral, y al Municipio que me regalara la ventana desde donde doña Urraca dijo al Cid todas aquellas desvergüenzas que el romancero viejo la atribuye, y que yo censuro en el mío del Cid, por decoro de aquella señora infanta que murió doncella.

Llevamos aquí diez días y nos han dado doce festines y una paella, como la de Balaguer; parece que las paellas están de moda también por acá: hemos tenido cuatro serenatas y seis veladas; hemos hecho seis excursiones y una por agua, que no podía faltar siendo marino nuestro erudito mentor Fernández Duro; nos llevamos tragadas unas cuantas docenas de anguilas, de tencas y de truchas, que son, a lo que parece, la mejor fruta del país. Nos han presentado a dos docenas de muchachas capaces de condenar a todos los solitarios de la Tebaida. Hay una Soledad, rubia, con quien quisiera estar solo el mismísimo San Pablo, primer ermitaño: una Elvira, morena, que tiene por ojos dos puñales buidos, y una pálida, capaz de hacer ponerse colorada a la estatua del Comendador.

A todas estas niñas las hago yo bailar, intrigando con una sociedad de cuartetos y una orquesta de vihuelas, notables ambas, para que me den serenatas: yo las aviso a ellas, ellas a sus novios, y... ¡la mar! Puede usted creer, señor director, que me quieren todas como si fuera su primo: y la verdad sea dicha, no lo soy tanto de ellas cuanto de ellos, con quienes bailan al son que a mí me tocan: y mire usted, señor director de mi alma, me aplauden mis versos con más entusiasmo que en ninguna otra provincia me

los han aplaudido, y anoche me suplicaban la rubia Soledad y la niña del diputado don Jesús, que en su casa me hospeda, que diera por aquí una vueltecita cada dos o tres meses, porque parece que aquí no tienen viejos que hagan bailar a las muchachas, y por eso las gustan mis versos, a lo que barrunto: no por lo que las divierten, sino por los bailes a que dan ocasión.

Como usted ve, señor director, esto es un paraíso: y en él no tengo tiempo para escribir a usted artículos del tiempo viejo; porque éste es tan nuevo para mí, como que hasta ahora y en todas partes me habían a mí hecho bailar en un pie, y aquí les hago yo a todos bailar como peonzas.

No por lo dicho vaya usted a creer, mi señor Director, que me he embobado en este paraíso, y que no voy a sacar de Zamora más que la barriga de mal año; atracado saldré también, y trabajo tendré para más de dos años, con lo que contar llevo de sus basílicas bizantinas, de sus esculturales sepulcros y de sus olvidadas tradiciones: yo hablo con las piedras y con los muros, y como dice el refrán que las paredes oyen, yo me figuro que me escuchan, y me contento con lo que me dicen: porque yo no sé si oyen las paredes, pero lo que es indudable es que las piedras hablan; y ya verá usted, si Dios me da vida, lo que me han dicho a mí las piedras de Zamora.

Zamora y Toro, infantazgos de Doña Urraca y Doña Elvira, con dos ciudades hermanas, como aquellas dos hijas de Don Fernando. El miércoles fuimos a Toro, y vimos cuanto en seis horas se puede ver: pero al pasar por delante del palacio de doña María de Molina, me dijeron que estaba ocupado por unas monjas canonesas. Yo tengo una debilidad por las canonesas, y me empecé en verlas. Bajó la abadesa al locutorio, explicáronla quiénes éramos, y suplicámosla que hiciese venir a la Comunidad. El hábito de estas monjas es precioso: quisimos ver un traje completo con manto y báculo. La mujer, por más monja que sea, no pierde nunca el instinto de la coquetería. La abadesa mandó vestirse a la más bonita de todas sus subordinadas: una monjita de veintidós años, coloradita como una manzana, con dos ojitos negros orlados de largas pestañas y una boca fresca y roja como una anémona. Yo no sé si aquellas monjitas hubieran salido con gusto de entre aquellos hierros: yo hubiera querido poderlos romper, o para que salieran ellas o para entrar yo. Desde que hice a Don Juan robarme a doña Inés, me parecen Ineses todas las monjas: aquéllas me parecían entre nosotros unas palomas rodeadas de milanos, unas ovejas cercadas de lobos. Yo las prometí volver a leerlas versos y enviarlas mi poema de «María», que me pidieron, y salí de allí con las lágrimas en los ojos.

Para mí no son mujeres las que no tienen o pueden tener hijos: creo que la más alta dignidad de la mujer es la de madre de familia, y que la virginidad es una imperfección y una incompletéz.

Pero como yo he escrito el *Don Juan* cuando tenía veinticinco años, y ya tengo sesenta y tres, puedo tener de los célibes tan extravagantes opiniones, por aquello de la canción:

Las monjas en el coro
hablan de casar;
y la abadesa dice:
hablan por hablar.

Adiós, señor director de *Los Lunes*; no olvide usted que siempre le quiere bien su afectísimo amigo, J. ZORRILLA.

CORRESPONDENCIA

A UN GACETILLERO ANÓNIMO DE *EL TIEMPO* 13

Muy señor mío y cizañero bachiller: Vuesa merced no extrañe que por bachiller le tome y bachiller le llame, no porque le crea bachiller en letras, sino por meterse en bachillerías para las cuales no tiene todavía autoridad, como verá vuesa merced y los lectores de *El Imparcial* por esta cristiana corrección fraterna que voy a dirigirle, en contestación a su suelto del número del 5 de octubre, día de San Atilano, patrón de Zamora. De allá me lo enviaron el 7 por el correo, y con él me dan pie y ocasión para escribir la presente a vuesa merced, con no poco contentamiento mío, del cual sentiré en el alma que vuesa merced igualmente no participe.

Por el primer párrafo de su suelto he comprendido que debe de ser novato en el oficio, porque con él me pone en la mano las disciplinas con que voy a administrar a vuesa merced la zirra que, como maestro, me autoriza a darle.

Comienza vuesa merced diciendo: «Zorrilla es un gran poeta: el poeta más fácil y más natural entre los muchos con que puede enorgullecerse España, y el autor de *Don Juan Tenorio*, de *El puñal del Godo* y de *Margarita la Tornera*, ha adquirido títulos impercederos a la gloria, que no le escatimará la posteridad.» Mire usarced, señor bachiller: yo soy natural de Valladolid: estoy arreglado por el Criador conforme a la naturaleza de mi ser y pertenezco a la naturaleza como criatura humana, que son las tres acepciones sustantivas de la palabra natural; pero no comprendo por qué me califica usarced del más natural de los poetas españoles, puesto que Campoamor, por ser gallego, y Fernández y González, por ser andaluz, no creo que sean menos naturales; y ahí tiene usarced a Núñez de Arce, que es, como yo, de la ciudad que en el Pisuerga se espeja y el Esgueva cruza, y que tiene el mismo derecho que yo, con cualidades de mayor valía, para tener mi misma carta de naturaleza; y a no que vuesa merced me tenga por el más natural por tenerme por el más inculto y despeinado, o porque suponga que, durante mi permanencia en América he andado con taparrabo y al natural con los indios, no alcanzo por qué he de ser ni más ni menos natural que otro poeta alguno de nuestra tierra. Lo que vuesa merced quiso, y no supo probablemente decir, fué que me juzgaba el poeta más espontáneo, más popular ó más comprensible para nuestro pueblo, porque me he ocupado de contarle sus leyendas y tradiciones: que naturalmente comprende mejor por ser él el creador de

este género de poesía, a la cual mi pobre ingenio no ha hecho más que dar forma más correcta, ataviándola con las galas del buen decir. Pero vuesa merced necesitaba levantarme mucho para tirarme desde muy alto: y tanto me levantó, que no alcancé vuesa merced a echarme la zancadilla que por lo visto me preparaba; pues habiéndome ya acordado títulos a gloria póstuma e imperecedera, no me alcanzaba ya vuesa merced ni a los calcañales. Tenía, sin embargo, vuesa merced un pero que ponerme, y me lo plantó en donde pudo, siguiendo su suelto con estas palabras.

«Mas nos parece que don José Zorrilla ya no conserva el estilo vigoroso de la juventud, ni las sanas ideas de religión de que tantas muestras ha dado su lira.»

Prescindiendo de que mi lira (si alguna vez la he tenido) no ha sido nunca un muestrario en que darlas de seda, lana ni terciopelo, paréceme a mí que vuesa merced tiene la idea del estro barajada con las muestras de mi lira en su desbarajustado cacumen; porque para escribir, señor bachiller, cartas familiares como la mía al señor Munilla, no son menester estro divino ni vigorosa inspiración, y si sólo los poetas inspirados escribiesen cartas, aviadas estaban la Dirección y la Administración de Correos. Si hubiera usasced alegado decadencia en mi Legendario del Cid, y en mi LEYENDA DE LOS TENORIOS, que pudo oír en el Ateneo el año pasado, o en el PINAR, última poesía que he dado a la prensa, habría su merced notado mi falta de vigor y de estro, ya podría sobre estas mis obras recaer su juicio; pero caer en ello al leer el párrafo de las monjas en mi carta del lunes, 4, es entregar la carta y presentarme inocentemente la parte en donde sentarle a vuesa merced las disciplinas.

Antójaseme, señor bachiller de mis pecados, que la sanidad que echa de menos en mis ideas religiosas, le falta a vuesa merced en la intención con que me las echa en cara: y al mostráseme tan asustadizo y zahareño por mi opinión sobre la superioridad del matrimonio sobre el celibato, y por creer más alta la dignidad de madre de familia que la de virgen enclaustrada, me temo que su merced tiene alguna hermana monja y vive olvidado de su señora madre.

Vuesa merced, señor bachiller, temple su celo religioso, a través del cual ve poco caritativamente la paja en el ojo ajeno, y no vea en mi proposición, ligera y algo mundana, una herejía ni una impiedad, que con una plumada condena, como dice que yo lo hago, uno de los dogmas de la religión. DOGMA, señor bachiller en escrúpulos de monja, es una proposición reconocida como principio cierto, evidente, innegable e incontrovertible, así en filosofía como en religión: y mi opinión no está condenada por ningún Concilio, y vuesa merced no tiene autoridad ni delegación pontificia para calificar mi opinión de proposición antidogmática, porque yo crea, con Cristo y sus Apóstoles, que mejor es casarse que abrasarse y que en todos los estados pueden salvarse los hombres y las mujeres. Mi observación no pasa de una opinión; y si en la ligereza con que la escribí, le escandaliza a vuesa merced que yo quiera abrir la reja de aquel locutorio, o para que ellas salgan de él o para entrar yo en su convento, vendré en que debí añadir: para que ellas gozasen un momento de la luz, las flores, la feracidad y la hermosura de que Dios ha colmado la tierra, mientras yo gozará del santo perfume de castidad y de virtud, del silencio religioso, de la divina poesía que debe respirarse en la paz del claustro habitado, cuidado y enflorado por las vírgenes dentro de él encerradas, como azucenas en invierno; no para entrar en él, viejo Don Juan libertino, para robarme una doña Inés; que al cabo, señor bachiller, puesto que me llama genio y gran poeta por mi teología de la segunda parte del *Don Juan*, si me sacaba una novicia que me salvara, como mi doña Inés a Don Juan, todavía podía vuesa merced hacer la vista gorda sobre ello, atendiendo a mi salvación. ¡Válgale Dios por Don Juan, señor bachiller!, que por él se ha metido vuesa merced en un berengenal en el cual no ha podido meterme a mí; porque

convenga usarced conmigo en que lo que con su suelto pretendía, era atenuar el buen éxito de mi presentación en Zamora, presentarme como un hereje a los ojos del ilustrado clero y del creyente pueblo zamorano, para que allí manchara la limpia huella de mi poesía la baba de la calumnia.

Usarced, señor bachiller, debe tener algún amigo poeta a quien quiera más que a mí, y por quien le pese mi gloria y los aplausos que me prodigan los pueblos por donde paso; pero vueas mercedes se tienen la culpa, por haberles y haberme dicho a ellos y a mí, sin que ni ellos ni yo se lo preguntáramos, que el autor del *Don Juan* era el poeta popular, una gloria nacional, y todo el bombo que suele darse a quien se erige en la tumba o en candelero, como vueas mercedes me han puesto o creído cuando los príncipes y los magnates me sentaban a su mesa, etc., etc., costumbres de hogaño.

Vuesa merced verá, señor bachiller, cuando yo publique mis leyendas de Toro y Zamora, cómo salen escritas en el mismo tono cristiano que *Margarita la Tornaera* y el libro de *Maria*, y que podrán leerlas sin ruborizarse, escandalizarse ni atemazarlas, las madres de familia, las monjas, el pueblo y el clero de Zamora.

Y basta de esto, que ni usarced ni yo debimos tomarlo en cuenta por lo serio: y como me ha cogido vuesa merced de buen humor, vamos al último párrafo de su suelto.

Dice allí, concluyendo. «Y aquí tienen nuestros lectores al ex-poeta...» Señor bachiller, se puede ser ex-ministro, ex-claustrado, ex-periodista y ex-académico, como yo; pero no se puede ser ex-pintor, ex-filósofo, ex-arquitecto ni ex-poeta, ni aún muriéndose: y yo, a quien su merced concede en su primer párrafo títulos imperecederos y póstumos al nombre y gloria de gran poeta, mientras se lean y representen mi *Don Juan* y mi *Don Pedro*, seré poeta, y poeta popular, aunque ya no escriba más versos o esté ya expirante en el hospital o el manicomio, donde puedo muy bien morir con admiradores y amigos como vuesa merced.

Y aquí es donde suplico a vuesa merced que se me postre y se me rinda a discreción, porque está conmigo en el centro de mi terreno, en el cual, si se me rebulle, puedo no dejarle un hueso sano: el terreno de las consonantes; y aquí apeo a vuesa merced el tratamiento, porque empieza el maestro a corregir al ignorante.

Concluye su suelto con estos: «*Incompletez*, ¡qué palabra!, ganas nos dan de ponerle un consonante: pues ahí van dos: *chochez*, propia de la *vejez*.»

Esta frase no es más que una sandez,
hija de una supina estupidez,
que prueba, necio alarde de altivez,
la mala educación de la niñez.

Pésame, señor bachiller, haberos dado la importancia de tomar en consideración vuestro suelto, ni aún en chunga, y pésame la lección que os voy a dar para concluir.

Nadie os aprobará las descorteses palabras ni el consejo con que vuestro suelto concluye; nadie os abonará el haberos atrevido a un viejo, a quien su patria honra y aplaude porque sabe que no la deshonra, y porque sabe, además, que sólo tiene la estimación y el aplauso del pueblo, por recompensa de los miles de versos en que ha celebrado sus gloriosos recuerdos durante cuarenta años; ni creo que os las haya aprobado vuestro noble patrono, a quien he debido consideración y amparo mientras fué ministro de Fomento.

Menos os las aprobará nadie en Zamora, si allí habéis intentado con ellas perjudicar mi fama y disminuir mi importancia literaria. Zamora es una reina viuda que vive de sus viejas glorias, con sus recuerdos viejos y sus viejas tradiciones, dentro de sus viejos

muros, y Zamora respeta a los viejos, y los viejos gustan en Zamora, porque ya son conocidos y están probados como sus murallas. Por joven y buen mozo que seáis; id, señor bachiller, a Zamora detrás de mí, y a pesar de vuestros pujos *religioneros*, veréis que no seréis allí mejor recibido que yo, ni por el clero, ni por la nobleza, ni por el pueblo, y lo que más sentiréis, ni por la juventud femenina, que tiene en mí el germen de su alegría, el motivo de su movimiento, la ocasión de bailes y diversiones honestas, que quiebra con su presencia la monotonía de la vida de provincia; cosa que vos no sabréis hacer hasta que seáis autor de un *Don Juan Tenorio*.

Ahora, recibid con resignación la zorra de consonantes que con los inconvenientes vuestros me habéis provocado a daros, llamándome a este torneo, que es el mío. ¡Pobre bachiller! Darne a mí consonantes, es llevar chufas a Valencia. ¡A mí, que los vendol

Ahí van los míos. La vida es un tablero de ajedrez, y su mate final de este jaez: morir o llegar a la vejez:

respetarla es de nobles y da prez; ultrajarla de forma tan soez, prueba de necedad y estolidez.

Para osar a la mía tú esta vez, cogiste con absurda insensatez una pluma en una mano de almirez, y la mojaste no en tinta, sino en pez, y no manchó mi faz, sino tu tez.

Si tienes cara, muéstrala, ¡pardiez! ¿Qué casta eres de pájaro o de pez?

No me repliquéis, señor bachiller y anónimo: no cometáis la segunda torpeza empeñándoos en armar conmigo bulla y sostener conmigo una polémica, que sería para mí como para un duque de Medinaceli batirse con su barbero. Mi pluma escribe con cuarenta años de reputación, y no creáis que haréis la vuestra igualándoos conmigo. Me habéis llamado genio con derecho a fama y respeto póstumos, y vos mismo me habéis colocado en un pedestal tan alto, que ni yo puedo descender de él para controvertir con vos, ni vos subir sin alas a donde vos me habéis puesto. Y escuchadme vos a vuestra vez, señor bachiller consejero: en prosa y en verso, yo soy siempre, por más viejo que llegue a ser, vuestro maestro. Aguantad mi corrección como de maestro, y no menecéis lo que va a ser peor menear: *magister dixit*. No me mostréis vuestra faz: no me digáis vuestro nombre: por lo que declara la mala prosa de vuestro suelto, no podéis ser ningún Núñez de Arce; ningún Velarde, ni ningún Chaves, ni un Balart, ni un Valera, ni aún un Cañete; conque no podéis ser mi igual, y mucho menos mi superior. Callaos, y tened presente, puesto que me creéis o me suponéis UN GENIO, que Dios da a los genios las alas para remontarse a donde no lleguen los importunos, como al león la cola para espantarse los mosquitos.

MIS MUJERES 18

(MEMORIAS ÍNTIMAS)

AL SR. D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Me honra usted, mi querido amigo, demandándome por segunda vez mi desaliñada prosa para *Los Lunes de El Imparcial*, y acaso esperanzado de que mis presentes artículos corran en ellos tan buena suerte como aquéllos ya olvidados *recuerdos míos del tiempo viejo*. Pero han pasado sobre ellos tres años, que pesan sobre mí con sesenta y cinco más, y mi memoria comienza a entenebrarse y mi mano a llevar insegura mi pluma sobre el papel bajo semejante peso; y en estos tres últimos y pesadísimos años he cambiado de ideas, de vida, de intentos y hasta de domicilio, y he venido a buscar en el lugar en donde se meció mi cuna, la sepultura modesta en que ha prometido enterrarme el Ayuntamiento de Valladolid, aceptando las condiciones de cristiana humildad que para mi enterramiento he puesto en documento a propósito.

Algo asombraron estas condiciones a los que por obligación las leyeron o como testigos las escucharon, y no sé si a usted le asombrará también un poco el conocimiento que de ellas le doy ahora; pero yo, amigo mío, que, como ha leído usted en mis *Recuerdos del tiempo viejo*, he vagado muchos años entre muertos y he enterrado a muchos, no he familiarizado con la idea de la necesidad de morir; y no concibo que nadie que se afane por tener casa en que vivir, se olvide, ni menos se espante, de prepararse sepultura en que arrojar a pudrirse su zancarrón. Nuestra vida está limitada y encerrada en dos cajas: en la de la cuna, en que nos mecen niños para que nos durmamos y despertemos hombres a la existencia, y la del féretro, en que nos echan dormidos a la eternidad por el agujero de la fosa; y nuestro cadáver no es más que el pergamino en que escribimos nuestra biografía; una carta en que damos a Dios la noticia de nuestra muerte, y la caja mortuoria es el sobre bajo el cual se la envían certificada los que nos sobreviven por el buzón de la sepultura.

Yo no he podido conservar ni una astilla de mi cuna, pero tengo el pino y la bayeta de mi caja; y tranquilo ya sobre la tierra en que, como mi Don Juan, justo es que venga a morir en donde vine a nacer,

ando husmeando los rincones de esta mi ciudad natal, juntando las memorias de mi niñez para anudarlas con las de mi vejez, y morirme a solas con mis recuerdos, como he vivido; ajeno a las vanidades sociales, que me hacen reír, y a la política de mi país, que me hace llorar.

Para no dejarme arrastrar por aquéllas, y para no enredarme en ésta en los últimos días que de vivir me resten, voy, por si quiere usted transmitir mis palabras a los lectores de sus ya acreditados *Lunes de El Imparcial*, a hablar a usted de *mis mujeres*, es decir, de las mujeres con quienes he tropezado por esos mundos de Dios, y que de un modo favorable o adverso han mezclado los de su vida en los casos de la mía, han influido en mis opiniones y se han incrustado en mis recuerdos.

Estas mujeres, y los casos en que con ellas me he encontrado, han sido el germen de que han salido mi *Margarita la tornera*, mi doña Inés de Ulloa, mi Valentina de *La cabeza de plata*, mis *Dos Rosas*, y todas, en fin, las que en los versos de mis leyendas han salido a luz, creadas y nutridas por la tinta de mi tintero, por los puntos de mi pluma. Creo que a éstas nadie me negará el derecho de llamarlas mías, y mías las llamo a ellas y a las que echaron en mi imaginación el germen de que las engendré y las memorias de que las forjé.

Todos desde el nacer tenemos que tropezar con mujeres, y llamamos nuestras a nuestras madres, a nuestras nodrizas, a nuestras niñeras, a nuestras amigas, a nuestras queridas; y cada cual lleva consigo el recuerdo de las mujeres con quienes ha tenido que vivir, las cuales son sus mujeres, esto es, las mujeres de su vida. Y éstas son las mías, y las de quienes voy a hablar a usted, y no de mis mujeres legítimas; porque de éstas he sido yo suyo tanto a lo menos como ellas mías.

II

Aunque me diga usted que lo tomo muy desde *ab initio*, voy a comenzar por mi nodriza, que, como todas, fué, y no puede ninguna ser otra cosa, un sinapismo perpetuo para los padres que de ellas necesitaron, y un padrastró doloroso que se encona en sus familias. No amamantar a sus hijos implica desamor en las madres, cuando la enfermedad o la debilidad física no excusa y abona semejante falta en sus naturales deberes. Las clases acomodadas han hecho a la nodriza objeto de lujo, y la nodriza se aprovecha de la posición en que se la coloca. La madre que no quiere deformar su esbeltez, ni sacrificar los saraos, los teatros y la vana ostentación diaria de su hermosura en los paseos y en las inútiles visitas que constituyen la ocupación de lo que se llama mujeres de sociedad, merece perder el cariño de sus hijos, robado por las mercenarias a cuyo cuidado los entrega; y hacen bien éstas en constituirse en sanguijuelas de los bolsillos de sus maridos. Natural, sencillísima e inevitable situación que por sí misma se forma: asociación que sobre tan antinaturales bases por sí misma se establece. Un matrimonio rico, o con vanidosa pretensión de que entre los ricos se le cuente, y en decorosas condiciones sociales establecido, envía a buscar a un pueblo miserable una mujer desconocida, en quien sólo exige salud y robustez, cualidades que suelen ir acompañadas de la estupidez inherente a la holgazanería que engorda, o la poca vergüenza que no inquieta ni apesadumbra el espíritu, y por consiguiente, ni debilita ni enflaquece el cuerpo. Esta nodriza, que apenas ha comprendido seis palabras de la doctrina cristiana que el pobre cura de su pueblo ha expuesto a su escasa y cerril comprensión, no tiene idea de sus deberes para con el prójimo; y encerrada en el mezquino y estrecho círculo de sus aspiraciones, ambiciones, envidias y codicias en que se amasan el carácter y la gramática par-

da de nuestros infelices, taimados y desconfiados lugareños, en cuanto se ve instalada, considerada, vestida y alojada con un *confort* jamás por ella soñado en casa de los padres de su criatura, usurpa con los derechos que la madre la cede todos los que su ambición va creando en su alma, y pára en tiranuelo único de la casa. Yo encuentro esto muy lógico, muy natural y muy justo; y esto fué lo que sucedió en la mía: mi nodriza comió a pedir de boca, durmió a pierna suelta y engordó como un animal de rifa; mientras yo, sietemesino raquítico y enfermizo, crecía flacuecho y escapándome por el collar, como los galgos de Lucas, amamantándome cerca de tres años por no soportar nutrición más vigorosa ni suculenta que la leche, que era lo único que recibía de mi nodriza: porque el cariño y los cuidados, fuera de los de mi infeliz madre, me los prodigaba una niñera que del modo más extremoso concentraba en mí todos los suyos.

Ignoro lo que mis padres hicieron con mi nodriza hasta el 1822, que en la casa la tuvieron; pero treinta años después, a la muerte de mi padre, en 1849, se me presentó en Torquemada, sencillamente a reclamar lo que mi padre la dejaba y de mi herencia la correspondía. Trabajo costó a mi escribano y a mi capellán, no convencerla de que yo no la robaba las viñas y bodegas que, según ella, era infalible que en el testamento paterno se la dejaban, sino de que se volvería a su pueblo con el puñado de duros que yo la había dado y con los cuales intentó todavía *ponerme pleito*. Ésta fué la primera mujer con quien tropecé al salir del mundo, y cualquier cabra o burra de leche me hubieran sido más útiles para mi nutrición en los tres primeros años de mi vida.

III

Conservaron ésta los cariñosos cuidados de Marcelina, huérfana a quien recogió mi padre, después de librarla del suyo, a quien hubo que condenar a presidio de por vida, sin que yo haya sabido nunca en cuál de ellos la concluyó.

Marcelina era una muchacha de diez y seis años cuando me cogió en sus brazos; había visto morir a su madre en el hospital, a consecuencia de las palizas y malos tratamientos de su padre, presa de los más innobles vicios y dotado del carácter más indómito y pendenciero, de los que se desarrollan en las tabernas y en las solanas, entre las trampas del tahr y los navajazos del baratero.

Ignoro si ella supo tampoco nunca cómo y dónde murió; pero mi padre la procuró un acta de su defención, sin duda para que viviera tranquila sin temor de volver a caer en manos de aquel monstruoso saco de infamias. Marcelina era una muchacha de escasa estatura, pero de una gracia y una ligereza incomparables. Tenía el cabello rizado y dos rizos rebeldes que se la erizaban inquietos junto a las sienas, dos ojuelos cuyas pupilas la bailaban entre los párpados, una risa perpetua en los labios y un perpetuo cantar en la garganta; parecía una calandria. Adherida a mi familia por gratitud, por costumbre y por instinto cariñoso, que era la base de su carácter, no me abandonaba un momento, ni yo podía parar un instante sin ella. Me vestía, me paseaba, me daba la comida en sus rodillas, y me acostaba y me dormía con sus inagotables cuentos y sus inextinguibles cantares. Con sus ojos alegres, sus cariñosas palabras y los besos de sus labios, me despertaba siempre, ya me desvelara el dolor o ya interrumpiera ella el sueño prolongado de mi niñez. La de esta muchacha fué la primera impresión agradable de mi vida; estoy persuadido de que sus cuentos y sus cantares y el recuerdo de su inalterable cariño, han sido los gérmenes de que ha brotado el idealismo poético de las mujeres de mis dramas y mis leyendas; pero, ¡ay de mí!, la tristeza y las desventuras de que están impregnados y plagados mis argumentos, también tienen origen en las desgraciadas his-

torias de Marcelina y de otras mujeres, con quienes me he codeado en la sociedad de mi tiempo, que tiene todo lo malo y todo lo bueno del más decadente bizantinismo y del más esplendoroso apogeo de la Edad Media. Bien entendido, que hablo y aplico mis ideas a las virtudes privadas de la clase media; porque, en cuanto a las costumbres públicas de la clase alta y de la clase baja, sobre todo en Madrid, no conozco nada más fuera de equilibrio en la historia de los pueblos del mundo que las nuestras actuales; en ellas se agitan, febril e inconscientemente confundidos, y sin saber ninguno lo que se pesca, todos abogando por algún absurdo o alguna enfermedad, el magistrado y el usurero, el petardista y el sacerdote, el diplomático y el torero, la hermana de la caridad y la chula del café flamenco, la fe y la internacional, el poder temporal y el nihilismo, el crédito y el agio, la caridad y la especulación, las cajas de ahorros y los seguros, la estufa y las loterías.

De todo lo cual no me he ocupado yo nunca, pero no he pasado por la tierra sin verlo, y de todo lo cual pienso hablar en su día, si Dios me deja llegar a él, y en mis memorias póstumas, aunque Dios me mate pasado mañana; porque aunque no se me da un ardite de lo que de mí piensen mis contemporáneos, no quiero que la posteridad me tome por un imbécil que no vi en mi vida dos milímetros más allá de mis narices.

Y vuelvo por ahora a mis mujeres, volviendo al lastimoso recuerdo de mi pobre zinzaya Marcelina.

Ingerida en mi casa por su orfandad, apegada a mi familia por el cariño casi maternal que por mí había concebido, se imbuó de todas las ideas supersticiosas y jesuíticas de mi pobre madre y de todas las exageradas ideas políticas de mi padre, que era sargento mayor de un batallón de realistas, y por cuya casa fueron pasando el cura Merino, el cura Tapia, el Rojo Valderas, el barón de Eroles y todos los corifeos del partido de Fernando VII, dispuesto a venderle por su hermano Don Carlos V en las Provincias Vascongadas.

Cuando en 1834 y 35 vine yo a no estudiar Leyes a la Universidad de Valladolid Marcelina se había casado con el hijo de un portero de la cancellería, feo, jugador y borracho, pero cabo de realistas de caballería, a quien mi padre costeó el uniforme y el caballo. Marcelina, que había oído despechada cantar el «trágala» a los liberales bajo los balcones de mi casa, hizo tragar en el chocolate polvos de la lápida de la Constitución a una señora viuda de un liberal fusilado con Diego, que, condiscípula de mi madre, venía a tomarlo a mi casa muchas tardes; y baste la aducción de este hecho para delinear el carácter que en mi casa había tomado Marcelina.

Pero las mujeres buenas que nacen predestinadas a ser víctimas de hombres malos, rara vez escapan a su funesto sino. Marcelina, casada, paró en portera de una casa de la calle de las Damas, zurrada, deshonrada y abandonada de su marido, que parecía, más bien que ella, hijo de su padre muerto en presidio. Al fin, un día, en una acalorada reyerta matrimonial, su marido la echó por la cabeza una olla de agua hirviendo, y huyó a Navarra, más que a unirse por opinión a las huestes del Pretendiente, a huir de manos de la justicia. Marcelina perdió con las quemaduras la rica cabellera riza que coronaba su gentil cabeza, y repugnantes costurones desfiguraron su móvil y graciosa fisonomía, encarnizando sus párpados de una manera horrible de ver. Así la volví yo a encontrar en 1834; así soporté casi con asco la continuación de sus caricias; así partí con ella lo poco que mi padre me daba para subvenir a mis gastos personales, y así murió también en el hospital, como su madre: sin que yo, el único ser que la conocía y estimaba en el universo, pudiera acompañar su cadáver al cementerio, ni rezar una oración sobre su tumba.

Tal vez los apoderados míos por mi padre, que supieron que yo la daba lo poco de que podía disponer, y los curiosos y entremetidos que me vieron pasar y detenerme en su portería... la hicieron bajar a la eternidad cargada con la calumnia de seducción del hijo de su bienhechor. ¡Pobre Marcelina!

Ésta fué la segunda mujer a quien conocí.

Díjele a usted en mi anterior artículo, querido Director, que andaba husmeando los rincones de esta mi ciudad natal para anudar mis memorias de niño con mis chocheos de viejo; pero en Dios y en mi ánimo le juro a usted, mi querido amigo, que los rincones de Valladolid no se dejan hoy registrar a través de los diecinueve grados bajo cero que gozamos de temperatura, y ocultos tras una capa de nieve, que alegra los ojos y aviva los juegos de los traviesos muchachos, pero que oprime los pulmones y saca las lágrimas, y no de ternura, a los viejos, que no podemos arriesgarnos a sacar las narices de los umbrales de nuestras casas por miedo de dar con ellas sobre el resbaladizo cristal que alfombra las calles.

Mis paisanos patinan alegremente en el estanque y en el canal, y se pasean sobre el Pisuerga con la más pasmosa tranquilidad; pero euéstame a mí trabajo llevar la pluma sobre el papel con mis ateridos dedos y obligar a mi entorpecida memoria a destilar sobre éste por los puntos de aquélla el recuerdo íntimo de la mujer a quien hoy me propongo desenterrar.

Tengo, además, que sumar este tan bello como excéntrico recuerdo de entre el bolumbo de cartas, circulares e invitaciones en que me piden versos a Granada cuantos preparan una publicación o una fiesta para aliviar los desastres de Andalucía. Sumados los inexcusables y desechados los que sin más derecho que su antojo me exigen lecturas o artículos, me resultan once, de quienes he de satisfacer el justo deseo y la motivada exigencia, al menos con una carta razonada en que les exponga mi posición y mi imposibilidad absoluta de escribir once veces diferentemente una misma cosa y en tan perentorio término como todos me la demandan.

Mire usted, querido amigo; como estos artículos llevan la apostilla de revelaciones íntimas, voy a hacer a usted una que no contaba que viniese jamás a pelo en ninguno de mis escritos. Cuando tenía yo cuarenta años menos y llegaba un día en que, después de haber holgazaneado veinte del mes, me encontraba con las cuentas de dinero de todos mis acreedores y las de versos de todos mis editores, sin tiempo ya y sin fondos todavía con que quitármelos de encima, ¿sabe usted lo que hacía? Pues comía o almorzaba muy tranquilo, según la hora que fuese, y me metía en seguida en la cama, diciéndome como buen español: «Mañana amanecerá Dios y medraremos», y solía dormir doce horas como un bendito; y efectivamente, al otro día amanecía Dios, y haciendo apresuradamente en veinte horas lo que debía haber hecho sosegadamente en veinte días, medrábamos todos, mis acreedores, mis editores y yo, con un mal trabajo y un mal «a cuenta»; esto es, que amanecía Dios, pero por Antequera. Así sucederá hoy con mis demandantes de versos: voy a encerrarme encariñado con la prosa de *El Imparcial*, voy a certificarle a usted este artículo del *Lunes* antes de que las oficinas del correo se cierren, y mañana amanecerá Dios, y con su luz bendita nos enviará una idea en verso; pero mañana, que es la gran base, la grande esperanza, el único porvenir de nuestra nación, ¡mañana! Su artículo de usted no tiene mañana; ha de partir hoy, y allá va.

«Decíamos ayer, en mis *Recuerdos del tiempo viejo*, comenzando su artículo XXXII, que seguía yo el curso escolar de 1834 al 1835 aquí en Valladolid, y que vivíamos en una casita de dos balcones y de dos pisos en la calle de Chancillería un don Segundo Valpuesta, de Lerma, y un tal Soroeta, vascongado, como claramente lo indica su apellido». De quien no dije entonces una palabra fué de la dueña de la casa en que nos hospedábamos, y de lo que de ella voy a decir ahora ignora las tres cuartas partes hasta el mismo don Segundo Valpuesta, a quien he vuelto a abrazar aquí hecho todo un señor canónigo, dignidad de esta santa metropolitana Catedral, y a quien Dios me conserve, aunque no sea más que un día tras mí, para que pueda oír mi última confesión, contribuyendo a abrirme las puertas de la eternidad, como contribuyó a abrirme las del mundo social, en donde con tan sincero placer le he vuelto a encontrar vivo cuando por muerto me le habían dado.

Llamábase nuestra hospedadera Nicasia, era alavesa y conocida por el extraño apodo de la Diosa, y debió merecerle en el apogeo de su juventud y de su hermosura; pero, ¡ay infeliz de la que nace hermosa, que dijo no recuerdo quién.

Nicasia debía su apodo a haber sido elegida en Vitoria por su hermosura para representar a Flora o a Pomona en un carro triunfal, mitológicamente alegórico, a la entrada en aquella ciudad de Fernando VII, cuando volvió de Cataluña en 1829. En lo alto de aquel carro la vieron, la aplaudieron y la envidiaron todas las muchachas sus paisanas, y la codiciaron todos los alaveses que a Vitoria acudieron a ver pasar a aquel rey, que sin haber hecho nada más que pasar, dejó sobre España un rastro que todavía no se ha borrado. La mujer era tan honrada como hermosa, a pesar de la calumnia, que hace siempre presa en los calcañales de la hermosura, y casó con un carpintero defraudando las esperanzas y desechando la dorada deshonra con que la brindaron los ricos y los libertinos. Casó, y se ahorcó con la pobreza, porque a los tres años de casada, su marido, que era jugador de pelota y hombre de pelo en pecho, tuvo la desgracia de asentar a un contrincante tan furibundo puñetazo en el esternón, que murió de él a los pocos días, por cuya muerte, teniendo en cuenta el tribunal las circunstancias atenuantes de haber sido ocasionada en riña y sin más armas que las de la naturaleza, condenó al matador a seis años de presidio en el correccional de Palencia, cuyo canal se estaba abriendo por aquel entonces.

Y entonces fué cuando la maledicencia se echó sobre la hermosura de Nicasia, y concluyó por ajársela y enflaquecerla a fuerza de pesadumbres y de amarguras. Nicasia, que adoraba a su marido, de quien tenía dos niñas como dos soles, removió el mundo en pro suyo, presentándose, con recomendación o sin ella, a jueces y autoridades, hasta que logró que dejasen al presidiario en los talleres de carpintería del presidio, libre bajo su palabra; y allí cumplía su condena, viniendo de cuando en cuando a ver a su mujer y a besar a sus hijas a Valladolid, donde ella se las bandeaba con la labor de sus manos y el servicio de tres huéspedes a quienes podía ceder una salita con dos alcobas, que habitábamos Valpuesta y yo, y un aposento posterior en que se alojaba Soroeta.

Nicasia, para no dar pábulo a los cuentos que sobre el modo con que había logrado el favor para su marido, y tal vez con justo respeto a los puños de éste, no salía de casa más que a la compra, no trataba con sus paisanas en servicio en Valladolid, y no se ocupaba más que de sus niñas, a la menor de las cuales amamantaba aún cuando nosotros la conocimos.

Soroeta andaba enamoradísimo de la hija única de un propietario, con la cual se casó después, y se pasaba el día entero y la noche hasta las entonces en casa de su futura. Valpuesta estudiaba y asistía a sus cátedras con la más escrupulosa exactitud, y yo me pasaba los días y las noches leyendo a Walter Scott o vagando como un sonámbulo

por calles y callejones, y por plazas y plazoletas; así que Nicasia vivía sola, sin más trato que el de dos preciosas y misteriosas muchachas que habitaban en el segundo piso, que vivían también con la labor de sus manos, que no salían más que para buscarla o entregarla, a quienes nosotros no llegamos a visitar, y que no bajaban nunca al piso de Nicasia cuando nosotros estábamos en casa, y de las cuales diré a usted, mi querido Munilla, algo tan horrendo de escuchar como difícil de decir.

Soroeta, que no pensaba más que en su novia, Valpuesta, que no se ocupó jamás de la vida ajena, engolfado en el estudio, y yo, que andaba ya muy tocado de la chifladura de la poesía, si nos apercibimos del retiro y tranquilidad de Nicasia y del misterio de las chicas del segundo, fué sólo para congratularnos de haber encontrado tan tranquilo hospedaje.

Peró yo andaba siempre enclenque, y el frío y el calor, y la calma y el ejercicio, me producían anginas, y tenía que andar de continuo con enjuagues y cataplasmas y guardando cama, y del frío y humedad de la noche mi sietemesina y enteca personalidad. Conmigo era, pues, con el único con quien tenía alguna vez que bregar Nicasia, y yo era el único que podía apercibirme de su carácter, aprovechar sus cuidados y participar de su conversación en las largas noches que se pasaba cuidándome y entreteniéndome con sus cuentos, para que yo no me fatigase hablando, conforme el médico me lo ordenaba. Entonces era cuando Nicasia se revelaba en todo el esplendor de su naturaleza, crédula y habladora, tan sencilla y honesta como supersticiosa y fantástica. Educada de niña en casa de un tío cura que la había leído todas las vidas de los Santos y todas las historias y las tradiciones de las Provincias Vascongadas, creía y pensaba con gran temor en las brujas, y no conservaba en su memoria más que los milagros y los portentos de aquellas maravillosas historias y santas biografías. Era de ver y de oír cómo me contaba de buena fe los mayores absurdos, con la elocuencia de la convicción, con el gesto y la entonación del apasionamiento, y con el entusiasmo del anhelo de convencerme a mí, que me divertía en contradecirla y picarla en sus convicciones carlistas y clericales. Exaltábala la contradicción, indignábala mi fingida impiedad; y con aquella cabeza de negros y ondulosos cabellos, aquellos dos ojos cortados en almendra, aquella boca guarnecida de unos dientes sanos, menudos y parejos, y aquel cuerpo cenceño, al que acompañaban unos brazos un poco largos, pero cuyo arqueo y movimientos tenían una íntima gracia natural, se trasfiguraba de tal modo, que se comprendía perfectamente el epíteto de La Diosa que en Vitoria la habían aplicado. Cuando era yo quien tenía la palabra, me ensayaba con ella en la narración de aquellas leyendas y cuentos, que estaba yo muy lejos de imaginar entonces que habían de formar el repertorio de mis obras y el fundamento de una nombradía, con la cual soñaba, pero que aún no me prometía alcanzar; y parecía una bella escultura de la atención oyendo las tradiciones de la Virgen de San Lorenzo, que bajó la cabeza para atestiguar la verdad de la acusación de la mujer deshonrada contra la negativa del deshonrador; que es el *pendant* de mi Cristo de la Vega; y la historia del pozo del mismo San Lorenzo, cuyas aguas subieron hasta el brocal a entregar sano en brazos de su madre al niño que en ellas se había ahogado; y la del alcalde Ronquillo, de San Francisco, y la del Cristo de San Benito, a quien le crecían las uñas y el pelo; porque yo, que corría entonces como hoy los rincones de la ciudad en que nací, no teniendo ni más a propósito ni más numeroso auditorio, estudiaba mi futura poesía contando por la noche a aquella crédula y exaltada mujer lo que por el día había yo arrancado a las piedras de los monumentos o a las crónicas de las bibliotecas.

Prometíase ella ir a ver y adorar los cuadros e imágenes en que están aún consignados aquellos maravillosos hechos de San Lorenzo y de San Francisco, y dejábanla a ve-

ces tan espantada mis espeluznadoras narraciones, que, cuando volvían Valpuesta o Soroceta a casa y llamaban al aldabón de la calle, no se atrevía a bajar sola a abrirles, y quedábame yo a mi vez tan encantado y absorto de alguno de sus cuentos, que concebía yo los de las hadas ante aquella sencilla, inculta y vulgar narradora, cuya hermosura y cuyo apodo me recordaban las de los caballeros y trovadores errantes.

Y allá va una, de la cual he escrito yo dos capítulos, y que no me he atrevido a concluir.

IV

Y al empezar esta narración tradicional, no sé, mi querido Director de nuestro *Lunes*, si dejarla en la forma tan inculta como pintoresca en que Nicasia me la contaba, o si darla otra más pulida, lógica y comprensible; porque aquella provinciana, que ni sabía historia ni geografía, confundía las épocas, los terrenos y los personajes de su tradición. Ésta no pasaba ya indudablemente pura y sencilla por su boca, tal cual debió ser la tradición primitiva; alguna vieja cuentera o algún pretencioso bachiller de alquería, habían puesto de suyo algo con que creyeron engalanarla, consiguiendo no más hacerla menos típica y original. Nicasia concentraba en las brujas y los duendes todos los seres imaginarios que vagan por los imaginarios campos de la superstición: hadas, ondinas, silfos, gnomos, etc.; todos eran brujas para ella, y hada era, sin duda, la bruja que hacía en su cuento el papel de maravillosa protagonista. Por hada, pues, la daré yo en esta reproducción de su relato, para mejor inteligencia del que la leyere, y aún me permitiré alguna vez poner algún corolario de mi cosecha para su mayor claridad.

Y érase que se era un gran señor de Vizcaya, tan rico que no sabía lo que tenía; tan valiente que era el terror de los moros; tan justo y equitativo, que era adorado de sus vasallos, y tan sabio, que asistía a los Consejos de los reyes de Navarra, de Aragón y de Castilla, a quienes ayudaba con su mesnada de vizcaínos, alaveses y riojanos en aquellas descumunales batallas en que se pasaban la vida los reyes de entonces, describiéndose a trompazos para probar sus razones y establecer sus derechos.

Pasábase aquel gran señor las semanas y los meses de corte en corte, de torneo en torneo y de batalla en batalla; y volvía una vez todos los años a sus dominios con su mesnada, cargados él y los que aquélla componían de botín, y contando hazañas de su señor y maravillas de las tierras en donde habían guerreado. En los tres o cuatro meses que aquel gran señor pasaba visitando las tierras de sus casi regios dominios, proveía a las necesidades de sus pueblos, administraba justicia a sus vasallos, y derramaba sobre ellos, con el oro de sus larguezas, los beneficios del orden, el trabajo y la paz; porque jamás dejaba que los desastres de las guerras, a las cuales asistía con los reyes, cruzasen las fronteras de sus patrimoniales terrenos. Cuando a ellos volvía con sus soldados, era para que éstos descansaran en sus casas, repartieran con sus familias la presa traída de fuera, ayudaran a sus padres y a sus hermanos en las faenas del cultivo por el día, y bailaran y cantaran y se recogieran con toda su alma por la noche, en torno de las hogueras y fogatas, utilísimas en el áspero clima en que habitaban. Él, después de poner ley y concierto entre sus súbditos, salía con sus pajes y palafreneros, precedido de grandes traillas de perros, cuyas castas cuidaban muy científicamente de librar de mestizos, a pasar semanas enteras en fatigosas cacerías, para extinguir los jabalíes, los lobos y las muchas perjudiciales alimañas que en sus frondosos valles y en sus intrincados montes se multiplicaban; así que él tenía las puertas y corredores de sus viviendas, y las paredes de sus comedores, decoradas con colosales cornamentas de viejos venados, de colmilludos jabalíes y de cerdosos lobos; y sus colonos tenían al humo de sus chimeneas

los perniles y los solomos de las asesinadas fieras, que él generalmente repartía con ellos.

Y este buen señor de Vizcaya, que se llamaba don Lope Díaz, poseyendo a la entrada de su señorío, por la parte de la Rioja y al amparo de un peñón gigantesco partido a tajo, una heredada aldehuela, imaginó cerrar aquella embocadura fortificando el peñón, y hacer, en suma, del lugarejo de adobes, una ciudadela avanzada, llave y barrera seguras de su patrimonial y libre territorio.

Y llegó la época del año en que solía partir, con o sin mesnada, según eran los tiempos de paz o de guerra; y vieron con asombro sus vasallos que en vez de pedir sus encubiertos palafrenes y requerirles sus acémilas para sus bagajes, comenzó a pedirles tierras labradas para la cima del peñón, y buenas maderas, y bien cocidos ladrillos, para hacerles nuevas las casuchas del lugarejo.

Con lo cual, puesta al amparo de un gran castillo, la aldea de adobes, sórdida y fea, transformó en la villa de Haro:

y lo que fué una atalaya no más, puesta entre maleza, vino feudal fortaleza a admirar toda Vizcaya.

Por feudo tal, sin reparo, la empezó el pueblo a llamar, y se empezó él a firmar don Diego López de Haro.

Que es el personaje tradicional de cuya historia verdadera no sabía Nicasia más que el nombre, confuso entre tantos don Diegos y don Lopes de esta esclarecida familia, cuyo origen no podía menos la tradición de envolver en alguna maravilla diabólica o divinamente confeccionada.

Iba el ilustre y opulento don Diego a cumplir treinta años, y su inteligencia se había esclarecido en el estudio de los negocios arduos de la política; su ilustración había sobrepujado con mucho a la de los nobles de su centuria; su experiencia le había atraído la consideración y las consultas de varios Monarcas y potentados, y el continuo ejercicio de la guerra y la caza, y lo morigerado de sus costumbres, habían robustecido su cuerpo y conservado su salud, haciendo de él uno de los hombres más apuestos y bizarros de aquel país, notable hasta hoy por sus hombres vigorosos y corpulentos y su incomparable mujerío; a pesar de todo lo cual, el corazón de don Diego no había latido todavía al impulso de una pasión, y las damas de las cortes que había frecuentado habían tenido razón de dudar si albergara uno en su pecho. Él, a su vez, sin cuidarse tampoco de si le tenía, muy pagado de su castillo y de su nueva villa, hacía ya año y medio que en Haro vivía, dado sin cesar a la caza y a la administración de sus rentas, ocupado sólo en hacer prosperar sus pueblos, en una paz no turbada aún por ninguna de las cien guerras que devastaban los vecinos reinos. Pero llegó un momento en que comenzaron a enojarle los pleitos y las rencillas de los lugareños, y a cansarle las diarias excursiones por los breñales, y a hastiarle sobre todo aquella soledad nocturna de su castillo, donde sólo le acompañaban sus admiradores los sábados y los curas los domingos.

Entró don Diego en uno de esos períodos de crisis de la vida en que el hombre más

opulento, más respetado y más mimado por la fortuna empieza a andar distraído, sin que nada le contente ni satisfaga, y a cansarse de todo, y a no encontrarse bien en ninguna parte, y a no saber lo que tiene ni lo que le falta, no faltándole nada y no teniendo nada ni nadie que su voluntad coarte ni a sus antojos se oponga. Esta crisis la pasan todos alguna vez, y en ella, al mirar al Cielo, se ve la esperanza tan lejana, que casi no se espera en ella, y al sondar el corazón se encuentra sólo en él un vacío mudo, y al mirar a la tierra no parece más que un desierto, y al fin, el hombre más feliz, más rico, más inteligente, comprende que está solo, y que para estar solo de nada le sirve la riqueza ni el saber; y la felicidad para en ser una desventura si no se tiene con quien compartirla, porque Dios no creó al hombre para vivir solo, y los que no comparten con otro ser su alegría, su opulencia y su felicidad, son unos monstruos de egoísta parasitismo; Dios emparejó al hombre con la mujer, y el hombre y la mujer que andan de non y desparejados por el mundo, no cumplen con lo para que Dios les creó mujeres y hombres; y no digo sobre esto una palabra más porque no soy yo, sino Nicasia, quien cuenta esta tradicional leyenda de don Diego López de Haro.

Éste concluyó una noche al acostarse por encontrar frío su lecho, grande su alcoba, turbia su lamparilla y

Presa de incógnito afán,

llegó al fin a comprender,

que es la casa sin mujer,

como la mesa sin pan.

Pero don Diego, que ya sabemos que era un hombre formal, lógico y reflexivo, comprendió a la par que, puesto que ni en las Cortes ni en el balumbo social en que transcurrió su vida pasada había encontrado una mujer que hubiera sabido hallar y hacer latir su corazón, no era en las Cortes ni en su mundano balumbo donde debía volver a buscar lo que sentía que necesitaba; y soberanamente aburrido de la fiera soledad de su fortaleza, un buen día al amanecer bajó a su caballeriza, ensilló por sí mismo un tordo rodado cuyo vigor estaba ganoso de probar, y dejando estupefactos a sus pajes, palafreneros y servidores, se salió solo al campo sin decir ni adónde iba, ni cuándo volvería; y es que no podía él tampoco decir lo que él como los demás ignoraba. Iba en busca de aire, de gente y de tierra nueva; iba, como un verdadero caballero errante, en busca de una aventura que deseaba que le sucediera, pero que no sabía cómo prepararse ni procurarse.

Y echó por aquellos campos de Dios; y saltó arroyos, y traspuso colinas, y atravesó bosques y pueblos, y anduvo, anduvo, pernoctando en los lugares donde la noche le cogía, sin hablar palabra con sus colonos y vasallos, quienes, por más que le conociesen, le desconocían; y a la ventura y a voluntad de su tordo rodado, llegó casi a una frontera de sus dominios, al anoecer de un día nublado, y al centro de un desmonte, en el cual parándose, y lanzando un relincho su asendereado caballo, le hizo salir de su ensimismamiento y mirar con asombro a su alrededor.

Estaba al fin de una peñascosa montaña cuajada de encinas y robles, y en medio de un círculo que el hacha había despojado de troncos; tenía tras de sí un barranco con pretensiones de río, que acababa de pasar, sin apercibirle, por un puente de madera; a su derecha la arboleda, a su frente el peñasco y a su izquierda la loma empinada de la montaña, en cuya accidentada y carrascosa pendiente se abrían cuatro antros o cavernas, en el fondo de las cuales ardía un vivísimo fuego, sobre cuyo resplandor se destacaban las móviles siluetas de muchos hombres medio desnudos y que por cuatro agujer-

ros, que sin duda servían a las cavernas de chimenea y por sus cuatro abiertas bocas, despedían cuatro penachos de flotante humo y un ruido infernal de voces y de martillo.

De trecho en trecho, siete u ocho montones grandes de tierra humeaban también por muchos agujeros que en ellos se abrían, cuya resinosa humareda sacaba lágrimas a los ojos y excitaba la tos en la garganta.

Ni para don Diego, ni para los que este relato leyeron, fué ni ha de ser un arco de iglesia adivinar lo que aquello era: una explotación de carbón y hierro; pero lo que al señor de Haro asombraba, era la osadía de los que habían en sus terrenos, y sin conocimiento suyo, establecido aquella doble explotación. Recogió, pues, las riendas de su tordo, y aplicándole a los ijares los acicates, enderezó hacia donde los hornos lucían y el martilleo sonaba: y mientras con el entrecejo fruncido y mordiéndose los bigotes, iba murmurando contra aquellos intrusos un *¡quos ego!* tan amenazador como el de la Eneida, tropezó con una barrera de palo, a cuyo estorbo echó mano sin apearse, para quitárselo de delante a su cabalgadura y hacerla entrar en el acotado cerco de la herrería; pero no bien había puesto mano en el tosco travesaño que barreaba el paso, un hombre que surgió de repente de entre las malezas y entre las sombras del crepúsculo, que ya comenzaba a enlunarse la noche, le preguntó con áspera voz y tono descompasado:

—¿Quién sois y qué queréis?

—Decid antes quiénes sois vosotros a don Diego López de Haro—repuso el caballero con tono de irresistible autoridad—. A cuya orden repuso tranquilo el surgido entre las malezas:

—Aunque no somos vuestros vasallos, somos vuestros servidores—y apartándole de delante la barrera, añadió: Entrad, señor don Lope Díaz, que aquí estáis en vuestra casa.

Apeóse don Diego, y continuó de esta manera el tan mal entablado diálogo:

—¿Quién es aquí el jefe?

—Yo—respondió el incógnito.

—Pues dad orden de que me cuiden ese noble animal, si hay aquí quien sepa.

—Aquí se sabe de todo, señor don Diego, y en sitio apropósito hay aquí animales tan nobles como el que montáis; pero entrad y no os quedéis al relente, que aunque yo no os conozco personalmente, fui muy amigo de vuestro abuelo y debí a vuestro padre más de un buen servicio.

—Huélgome mucho de ello, y holgárame más de saber quién sois.

—Pues yo soy, señor don Diego, ni más ni menos que Pan-de-Oro, señor feudal de San Juan de Pie-de-Puerto, de quien no puede menos que hayáis oído hablar alguna vez en vuestra casa.

—Y más de una, a fe mía, señor Pan de Oro; extráñame, empero, topar aquí con vos en persona, siendo quien sois.

—Pues yo mismo soy en persona; conque entrad, entrad, y como no podéis menos de traer apetito y es ya la hora de hacer mi segunda comida, haremos conocimiento y nos veremos las caras a través de un clarete navarro que parece una esencia de topacios desleídos.

—Pues echad adelante, porque creo que vuestra hospitalidad me vendrá de perlas.

—De perlas y de topacios puede que encontréis aquí un tesoro, según a la buena hora que llegáis; pero aguardad un instante.

Y dando un silbido como el de una serpiente, acudió a él una especie de cíclope seguido de un par de alanos de los Pirineos, a quienes impidió su dueño que se acercaran a don Diego, con dos puntapiés, que por poco no los desquijara. Tomó el jayán las riendas del tordo, y pasando por delante de don Diego, dijo Pan de Oro:

—Ahora séguidme, y veréis aquí cosas que os diviertan y que os asombren.

Y echando a través de los chaparros del camino y de la oscuridad de la noche, comenzaron uno tras otro a repechar la loma por donde, sin duda, se iba a los hornos visibles y a las aún invisibles habitaciones del señor Pan de Oro de San Juan de Pie de Puerto.

V

Todavía recuerdo un trozo del romance en que, bajo la impresión del animado relato y de la pintoresca mímica de Nicasia, describí yo la cena de los dos personajes señoriales de esta leyenda, que a mí se me antojaban tan fantásticos como los de Hoffmann y tan excéntricos y extraños como los de los caprichos de Goya.

Lleva Pan de Oro a don Diego a través de los antros y las cavernas en que las fraguas estaban establecidas y por entre aquellos tiznados gerreros y carboneros, que le parecían los mitológicos Cíclopes de Vulcano; y después de andar por corredores y escaleras abiertas a pico en la viva peña, se metía en una gruta que parecía depósito de armas y de herramientas, en donde, servidos por un enano y teniendo entre los dos una mesa tan maciza que parece clavada en tierra, se disponen a satisfacer un hambre de muchas horas.

Dos taburetes tan sólidos como toscos, les sustentan, y les alumbraba una lámpara que parece de una iglesia, la cual, a un pezón labrado de la bóveda suspensa, alumbraba turbia, y su llama más de lo que alumbraba humea.

Todo el servicio es grosero, de barro, hierro y madera, los vasos de vidrio, y no hay ni mantel ni servilletas. En cambio el pan, aún caliente, es exquisito; la cena abundante y sazónada, y un vino que anima a piedras,

Dos perdices, un solomo de corzo, con una cesta de cangrejos con cebolla, bien cargados de pimienta, y una empastelada anguila con medio escriño de peras, del pisolabis nocturno forman la lista completa.

El de San Juan era un hombre de buen diente y ágil lengua;

comía, hablaba y bebía con satisfacción homérica. Don Diego la hacía frente sin deshonra, pero apenas si podía no reírse de su persona grotesca.

Tenía como enterrada en los hombros la cabeza, las piernas y brazos largos y la giba delantera; así, cuando hacia adelante inclinar el rostro intenta, el esternón más saliente que la barba se le queda; y aunque el bocado a la boca muy limpiamente se lleva, parece siempre que a alguno que está detrás de él se le echa.

Es bizco; pero hay momentos en que la vista endereza, y entonces en su mirada como la de una culebra, tenaz, agresiva y fija, que no solamente pesa, sino que saca las lágrimas a quien quiere sostenérsela.

Y no daba don Diego, por más que hacía, en la manera de entrar al corcovado señor de San Juan de Pie de Puerto para sacarle algo de lo que de él necesitaba saber; y en vano trataba de traer a la conversación las fraguas y las carboneras, y su propiedad de la tierra, y la ignorancia en que siempre había estado de que tales facnas y tales trabajadores se hicieran y se ocuparan en aquellos riscos; el jorobado Pan de Oro era una anguila escurridiza, que no caía en red ni en anzuelo, y sólo respondía: «todo será vuestro, todo vuestro», interrumpiendo una serie de historias de tesoros y de cacérias, de herederas ricas y de corzas blancas, entre todo lo cual andaba una mujer, que ni él determinaba ni don Diego comprendía quién fuese; pero que quedaba en la imaginación de éste como una aparición semidivina dentro de un marco de cabezas de jabalíes y de venados, de leña cortada y de piñas a medio quemar, y de caras tostadas de cíclopes y carboneros, que se reían de él, abriendo unas bocas como las cuevas en donde al llegar les había visto. Todo ello era, sin duda, efecto del poder espírituoso de aquel vino atopaciado que bebían, y aquel humo atufador que respiraban, y a los cuales don Diego no había tenido tiempo de acostumbrarse. Ello es que él tuvo que acostarse sin saber nada de lo que allí pasaba, un poco amoscado por la mala posición en que le colocaban el mareo que le aturdió y la sospecha que le escarbaba de que el señor de Pie de Puerto, si no se burlaba de él, le llevaba las noventa y nueve ventajas y le tenía a merced.

En cuanto amaneció se despertó, y hallóse en una retonda abierta en la peña viva, en un lecho de pieles, y rodeado de armas de todas especies. Levántose y asomándose a un boquete que servía de ventana, vió el arranque del monte, las fraguas, los humeantes montones en los cuales el carbón se quemaba, los mil senderos que a la montaña subían, y los mil arroyuelos que por el monte se despeñaban. Despertaron con él sus instintos de cazador, y asiendo de una ballesta y colgándose del cinturón un haz de dardos, echó por el caracol que da a la entrada de aquella especie de madriguera. Bajó al cercado, y desatando un par de lebreles de una excelente jauría, comenzó a internarse en la montaña, acompañado de aquel par de hermosos animales, que atraillados le seguían como si fuera su propio dueño.

Ya estaban en lo más espeso del monte, por cuya maleza hacía largo rato que vagaba, y ni había visto ni sentido pieza chica ni grande, ni los perros habían venteado rastro, ni el sendero por donde le conducían le parecía muy agreste, puesto que serpenteaba muy trillado y desenyerbado por los flancos de los peñascos y precipicios. De repente husmearon los perros, y exhalando un casi imperceptible aullido, sin dejar de ventear, se plantaron, esperando con visibles muestras de impaciencia a que don Diego les desentrañara. Desligó don Diego la trailla de cuero por las anillas de sus collares, y al partir los perros saltó de entre la maleza una corza blanca que se detuvo un instante a mirarlos, como si no los temiera, antes de emprender su carrera, no por la espesura para salvarse, sino por el sendero para hacerse ver y seguir por ellos. Arrancaron tras ella los lebreles, avanzando a brincos y ladrando bulliciosos, lo cual hizo a don Diego exclamar: ¡Qué estúpidos animales!, y formar en sus adentros menguada opinión del cazador que los había amaestrado y del dueño que los poseía, no obstante lo cual corrió también para ver si podía coger viva o tirar a la blanca corza.

Allá arriba, por un recodo del sendero, volvió a ver un instante a los perros ya casi apareados con la corza, pero todavía ladrando alegres como si en vez de perseguirla retozaran con ella. Siguió y siguió el rastro y los ladridos, y al dar vuelta a un peñón profusamente colgado de líquenes y de yedras, y en una plazoleta cercada de olorosas madresevas, dió de manos a boca con la más extraña y hermosa criatura que recordó haber visto jamás, a cuyos pies jadeaban tendidos los dos lebreles, y tras de quien le contemplaba la corza con aquellos dos hermosísimos ojos, aquella cola inquieta y aquel

esfuerzo que caracteriza a aquellos graciosísimos animales. La mujer, cuya riquísima cabellera, rubia como las espigas, recogida en dos gruesas trenzas, rodeaba su cabeza como una corona de oro, y cuyo traje algo oriental dejaba descubiertos su blanquísimo cuello, ceñido con un collar de topacios, y sus brazos esculturales, adornados con ajorcas de perlas, más que criatura humana pareció a don Diego una deidad no clasificada aún en ninguna de las mitologías soñadas por la humanidad en su afán instintivo de penetrar en lo impenetrable, de sondar lo infinito y de asomarse a la región inabordable de la suprema e incomprensible divinidad; y aquella mujer, que apenas representaba veinte años, sentada en un ribazo, se sonreía fascinadora, mientras don Diego la contemplaba en un embeleso del cual no hubiera sabido salir a no haberle ella sacado de él con estas palabras: «—Bien venido seáis, señor don Diego, a esta vuestra montaña, en la cual mi padre y yo nos hemos permitido venir a veranear y labraros una gruta que habito yo, y que os ruego me acompañéis a visitar y daros de ella posesión como de hacienda vuestra, donde mi padre y yo no somos más que unos intrusos, y yo servidora vuestra, si no se os antoja tomarme por vuestra esclava como adherida a vuestro terruño.»

Don Diego, que más que al sentido de sus palabras atendía al acento musical de aquella voz, que más que de garganta de mujer, de instrumento tan melodioso como desconocido salía, no supo qué contestarla; hasta que ella, levantándose y pasando su brazo izquierdo por bajo del derecho del absorto caballero, se lo llevó a través de un fragante y chaparroso enebro, precedida de la blanca corza que delante de ellos iba chospando, y seguida de los lebreles que husmeaban con delicia las emanaciones vitales de que su flotante ropaje dejaba impregnado el ambiente.

VI

Ni la tradición revela, ni Nicasia había sabido inventar, las maravillas que en su gruta hizo ver a don Diego aquella maravillosa criatura, ni lo que en ella se dijeron; pero sí indica las consecuencias de aquel venturoso encuentro, que fueron quedarse don Diego más de dos semanas en aquella rumorosa y humeante montaña, concluyendo por peñar a Pan de Oro la mano de su hija, que no era otra la desconocida y selvática deidad con quien topó don Diego, dotándola con la cesión de aquel territorio, del cual su padre parecía haberse apoderado sin más razón que la de tener aquella hija que allí había querido venir, o la audacia y desvergüenza suficientes para apoderarse de lo ajeno fiado tal vez en su ignorado poderío, o en la previsión de lo que infaliblemente iba a suceder en cuanto con su encantadora hija tropezase el enamorado don Diego. A la demanda del noble y opulento señor de Haro, respondió Pan de Oro, después de soltar una carajada, que se le figuró a don Diego que había resonado repetida por todos los ecos de aquellas cavernas, y después de uno de aquellos gestos en que parecía que le arrancaban hacia atrás del corcovado esternón la bicea y enmelenada cabeza:

«—Mi hija, señor don Diego, es vuestra con todo el tesoro de sus perlas y sus topacios, que valen más que los terrenos en que la dotáis; yo no he puesto jamás coto a su voluntad, y si ella os quiere para marido, yo me daré por muy satisfecho de que sea vuestra mujer. Su madre era una hada benéfica de quien heredó las gracias, y con ella llevaréis la dicha a vuestro hogar, en el cual lloverán con ella venturas y bienandanzas. Una sola condición tenéis que aceptar y una promesa que hacernos, a ella y a mí, antes de llevárosela a vuestro castillo de Haro, como a un genio tutelar de vuestros lares.

«—Dad por hecha la promesa y por aceptada la condición, señor Pan de Oro—dijo don Diego—y decidmelas para poderlas cumplir.

—Pues bien, señor de Haro— respondió el corcovado de San Juan de Pie de Puerto—; mi hija se ha criado en tierras lejanas y en países extraños, y no profesa religión alguna conocida; juradme que no procuraréis ni directa ni indirectamente catequizarla, ni pronunciareis delante de ella ningún nombre sagrado ni ningún juramento en el de la divinidad. Vuestro amor la irá poco a poco trayendo a vuestras costumbres y a vuestras creencias, si tal fuere su voluntad y estuviera de Dios que así aconteciere.

—Extrañas me parecen a la verdad tal promesa y tal condición; pero yo las acepto, señor Pan de Oro, en la esperanza de que al fin y al cabo habrá de concluir por pensar en todo como su marido, puesto que yo pienso captarme su voluntad a fuerza de cariño y no por imposición de la mía.

—Pues vuestra es, señor don Diego, y lleváosla muy enhorabuena con los dos tesoros de su hermosura y de su riqueza. Pie de Corza se llama, y es más ligera que la blanca que doméstica la acompaña; y si una vez la espantáis o la hacéis huir, no la volveréis a alcanzar, por corredores que sean los caballos que montéis y las traillas de galgos que echéis tras ella.

Y soltando otra de aquellas careajadas de eco tan inconcebible, y haciendo otro de aquellos gestos que parecían dislocación de la nuca, estrechó Pan de Oro entre las suyas las manos de don Diego, y quedó sancionada la unión de éste con la hermosísima hija de aquel tan deforme padre.

VII

De cómo don Diego se llevó a su castillo a Pie de Corza, ni de cómo ni quién les casó, ni se toma el trabajo de apuntarlo la tradición, ni a Nicasia se la ocurrió añadirlo, aunque no fuera más que por la buena reputación de cristiano y por la legitimidad de los hijos que de aquel matrimonio resultarían para él enamorado señor de Haro. Ello es que vivía éste con ella algunos años después, más enamorado y más feliz que nunca, en su amurallada villa y dentro de su castillo roquero; y no parecía sino que con su mujer habían venido a él, y sobre él habían caído, todas las venturas de la tierra y todas las bendiciones de Dios. Donde la señora de Haro ponía los ojos, brotaban la luz y el placer, y en nada ponía sus manos que el germen de bienestar y engrandecimiento no se convirtiese.

Las campiñas daban abundantes cosechas, los pomares lujosos y fragantes frutos, el clima mismo había cambiado con la presencia de aquella maravillosa mujer, desde cuya aparición habían cesado en Haro las enfermedades del cuerpo y los afanes del espíritu de sus vasallos, con la paz, la abundancia y tranquila alegría que la habían, al parecer, acompañado, y que a su antojo y servicio había traído sometidos. El interior del castillo era un trasunto del Paraíso terrenal, antes de que Adán y Eva se apercebiesen de la necesidad de la hoja de parra; tan hermosa se conservaba la maravillosa rubia, a pesar de los tres hijos que ya a su marido le había dado, y tan embebecido se hallaba éste en su perpetua luna de miel. Paseaban y cazaban y visitaban sus dominios en continuas excursiones y correrías; ella siempre con su corza blanca delante, y él siempre en pos de su infatigable esposa, que ni a pie ni a caballo daba jamás la menor señal de cansancio, y algunas noches de luna llena se la veía sola correr por las montañas con inconcebible velocidad, y saltar con ligereza imponderable detrás de la corza blanca, el sonido de cuyos cascabeles de oro se oía desde las más increíbles distancias, con un cristalino, vibrante y fascinador tintineo. Su móvil bulto blanco dejaba tras sí sobre la verde hojarasca una especie de estela parecida a la nebulosa de la vía láctea, y su ama pa-

recía que flotaba arrastrada por ella en aquella estela de vago vapor que tras sí dejaba, como Venus arrastrada por sus palomas sobre la espuma del mar.

Es verdad que entre las costumbres de aquella encantadora mujer, había algunas que, aunque parecían insignificantes pequeñeces, tenían algo de misteriosas. Se acostaba sola y sin doncella que la cuidase, y esperaba a su marido sin luz en el lecho conyugal; daba a luz sus hijos sola y sin auxilio de médico ni comadre, a quienes no recibía hasta que su recién nacido estaba fuera del seno materno, y ella ya en la cama, abrigada y tranquila, y nunca, en fin, había permitido que doncella la calzara ni que paje la pusiera rodilla en tierra para que apoyara su pie al montar a caballo. Su marido no había visto nunca más que uno de sus chapines, ni había conseguido, por más que lo había intentado, ver ni acariciar sus pies, que, según el chapín visto, debían de ser de hurf o de princesa china por su pequeñez, de nácar, marfil u hojas de camelia blanca, según la nivea coloración de la piel de su cuerpo, amasado con azucenas.

Aquella extraña y bellissima mujer era afectuosísima con su marido, cariñosísima con sus hijos, y con todo el mundo benevolente; la sonrisa dilataba perpetuamente las graciosas comisuras de su rosada boca, sus palabras manaban el consuelo, la persuasión y el contento, y el sonido de su voz penetraba en los oídos como una música lejana que despertaba un eco deliciosísimo en el fondo del cerebro de quien la escuchaba. Su carácter dulce no había tenido jamás el más leve impulso de mal humor, de fastidio ni de arrebató, y había dicho muy bien su padre al entregársela a don Diego, que «con ella llevaría la dicha a su hogar, en el cual floverían con ella venturas y bienandanzas». Don Diego era con ella el más feliz de los nacidos; en ella tenía concentrada su existencia y compendiado el mundo; y en vano los reyes y los potentados, sus antiguos señores o sus agradecidos obligados, le acosaban con cartas y con mensajes solicitando su vuelta a la sociedad de los hombres. Don Diego se sentía fascinado, subyugado, enamorado, en fin, como un muchacho, de aquella divinidad de alabastro, cuya cabellera parecía hecha con rayos de sol, que el contrahecho y repugnante Pan de Oro le había dado por mujer, con aquella preciosa corza blanca, que nunca de ella se separaba, y que cerca de ella, en su aposento, dormía.

Una noche despertaron sobresaltados los señores de Haro y de Vizcaya a los espantados gritos que desde su cámara oían en la inmediata, donde una esclava mora y una camarera navarra dormían afectas al servicio de su señora, que nunca de ellas había reclamado ninguno de noche. La navarra, fiada en la esclava, dormía con el sueño pesado de los holgazanes, y la esclava, rendida por larga vigilia, había dejado a una vela prender fuego a un felpo que entre sus dos camas tenían, y desde el cual a las ropas de éstas había comunicado la llama. Saltaron del lecho marido y mujer, sin curarse del decoro y abrigo de sus personas, y sin más afán que el de acudir pronto adonde las voces les anunciaban un riesgo o una desgracia aún no conocidos. Forzó don Diego la puerta del aposento en donde a las dos aturridas mujeres no se les ocurría más que gritar; y comenzando a lanzar al foso por la alta ventana sin reja, los cobertores y las almohadas que llameaban, y el tejido candescente del felpo hecho brasa, extinguieron el fuego, atajaron el peligro, y dejando salir el humo, dejaron reponerse del susto a las casi desnudas muchachas, y volvieron no mejor cubiertos a entrar en su cámara, a la luz de la lámpara que, de manos del que la tenía, había tomado don Diego. Todo ello se había reducido felizmente a una fogata de San Juan; pero olvidada su mujer por primera vez de sus nocturnas costumbres, y por primera vez expuesta a sus ojos tan escasa de ropas, se apercibió don Diego de que las formas esculturales de su esposa estaban vaciadas en el molde de Praxiteles, pero que su esbelta y torneada pierna derecha no remataba y

se apoyaba en un pie humano, sino en una patita blanca de corza, con su pezuñita hendida, igual a las cuatro de la que consigo tenía domesticada.

Quedó él tan sorprendido como ella contrariada de tan inesperado descubrimiento; pero aceptando sagaz y sin vacilamiento su desfavorable situación, dijo la extraña esposa a su desorientado marido:

—¡Pues no hace diez años que sabes cómo me llamo!

Y esperó su respuesta sonriendo, y sin procurar ocultar su inconcebible defecto a los ojos de don Diego:

—Creía hasta hoy—exclamó éste—que te lo habían puesto por tu esbeltez y ligereza.

—Pues no: fué sin duda un ajo hecho a mi madre, que tenía como yo, y como yo vivía poco menos que enamorada de una corza, de la cual es hija la que conmigo tengo. Nunca pensé revelarte mi deformidad; pero ya que el azar te hace dueño de mi secreto, dime si por mi pie de corza voy a perder el cariño que me tienes, y si destruiré en tu ilusión todas las ventajas de las demás perfecciones de mi hermosura.

Don Diego contempló unos instantes y tomó en su mano la patita que servía de pie al ser indefinible que por mujer tenía, y al fin dijo:

—De ningún modo: mi amor no verá tu tan extraña imperfección más que como un primer sólo a ti otorgado por la caprichosa naturaleza.

Y volvieron a acostarse y a apagar la luz; y nadie sabe si volvió don Diego a tomar en cuenta la patita de Pie de Corza, o si, tomándola efectivamente por un primer, pulió su pezuñita y cuidó de su conservación como las acanaladas y rosadas uñas de sus nacarinas manos.

Don Diego continuó, pues, siendo el marido más feliz de la tierra; pero como nada hay en ella perdurable y sin fin, que por algún bien o por algún mal no sea acarreado, sucedió que un día que andaban por el campo, acometieron unos perros ajenos a la corza que con ellos iba: de cuyo acometimiento resultó instantáneamente lo que sólo en sueños hubiera podido ocurrir a don Diego, y fué: que la corza, enderezándose sobre sus patas traseras, se sirvió de sus dos delanteras y dobles pezuñas agudas como de dos dobles cuchillos, tan rápida y diestramente, que dejó a uno de los dos perros despanzurrado y abierto como un melón pasado, y al otro con tales heridas y rajaduras, que aullando y perdiendo por ellas toda la sangre arterial, fué a dar con su degollado cuerpo en un próximo barranco.

—¡Ave María Purísima!—exclamó don Diego ante tan fenomenal acontecimiento—; pero no bien brotó de sus labios esta santa invocación, exhalando Pie de Corza un hondísimo y lastimero suspiro, partió hacia las montañas, como si el viento la arrebatara, seguida de aquel blanco y graciosísimo animalejo tan esbelto, tan veloz y tan misterioso como ella.

Lanzó don Diego en su busca corredores y verederos: corrió él mismo sobre su rastro a lomos de un bayo árabe sin par en la carrera: los verederos volvieron despistados, los corredores rendidos, y él tuvo que tornarse a pie desde muy lejos a su fortaleza de Haro, dejando exánime a su reventado corcel, a quien hizo expirar corriendo tras de la lejana visión de su mujer y su corza blanca, a quienes creía siempre ver delante de él, pero allá, lejos, cada vez más lejos, destacando sus mirmidónicas y fugitivas siluetas sobre la misma línea del horizonte.

VIII

Dice un proverbio oriental que el humo que se escapa del tizo, la esencia que rompe el frasco en que está contenida, y el hada que rompe su encanto, son tres cosas que se

van por el aire y que no vuelven jamás al punto de donde partieron. Pie de Corza era un hada de cuyo origen sólo podría dar razón a don Diego su padre Pan de Oro, el tan mal engarzado señor feudal de San Juan de Pie de Puerto.

IX

El cerebro y la memoria de Nicasia eran un almacén de cuentos y leyendas parecidas a la que acabo de relatar. La sencillez pintoresca, la movilidad grácil y original con que me las contaba, y la imagen de la belleza que la había adquirido el apodo de Diosa, han quedado esculpidos en mi imaginación hasta hoy. Fermentaba entonces en mi ser aquella exaltación romántica, aquel anhelo febril de ser algo, aquella hiel de pesares y secretos de familia, que hicieron fermentar los elementos de un veneno amarguísimo que emponzoñó mi alma, haciéndome al fin dar sin hilo conductor en el laberinto de la poesía, que sólo produce naturalmente la pérdida del tiempo y la perdición del alma, que vaga perdida hasta la perdición del cuerpo por los espacios imaginarios.

Mi predisposición a lo fantástico y maravilloso, las lecturas con que sustituía yo entonces los estudios que no hice, y la revolución social y política que se efectuaba en nuestro país, hacían de mi espíritu un molde caldeado a la temperatura más apropiada para recibir la masa informe con la cual había yo de modelar los monstruosos personajes de mis dramas y mis leyendas.

¡Qué germen de poesía y qué mujer para clasificada entre los poéticos recuerdos!, pensarán los que se dedican a pensar en los otros, olvidándose de pensar en sí mismos. ¡Qué tipo de recuerdo mujeril!, una pobre pupilera de estudiantes, mujer de un carpintero condenado algunos años a un establecimiento penal.

¿De dónde se toman ahora los tipos de los personajes de nuestras novelas, de nuestros dramas, de nuestras zarzuelas, piececillas y canciones? De las tabernas, de las encrucijadas, de las cárceles, de los lupanares y de las salas de espera de los juzgados, de los jurados y de los tribunales.

Pues entonces, hombres de muy metidos en derecho ajeno..., no hay que hacer asco a los pobres tipos de MIS MUJERES.

A REY MUERTO... 19

Buscando un día en Roma la casa en que murió el famoso pintor napolitano Sal-
 vator Rosa, tan enemigo de los españoles, que perteneció a la compañía de la Muerte
 en pro de Massaniello, entramos en un viejísimo edificio que reunía todas las circuns-
 tancias que las noticias de la casa del pintor que buscábamos acusaban en nuestras
 notas: en la subida del Pincio, hacia la villa Médicis, en el fondo de un jardín cercado
 de tapia, dos pisos, dos balcones en cada piso, y en lo más pendiente y a la derecha
 de la subida.

En Roma nadie extraña la curiosidad de ningún extranjero, por excéntrica o in-
 conveniente que sea; Roma ha vivido mucho tiempo enseñándose, y no se ruboriza
 ni se ofende de que la destapen ni la registren; es una vieja que, a fuerza de dejarse
 ver y registrar, no tiene ya por qué ruborizarse, tanto menos cuanto siempre se ha
 enseñado por dinero, que en Roma se paga al umbral de todos los pórticos, ya como
 propina, ya como limosna, porque con las propinas y las limosnas pagan en Roma
 los propietarios de museos, templos y curiosidades enseñables a los porteros, conser-
 jes, sacristanes y ciceroni que las enseñan. Cuestión de costumbre, adherida general-
 mente al terruño por la tradición. Nosotros, los españoles, los buenos y viejos católicos,
 que tuvimos la sopa boba de los conventos, y que aprendimos desde niños que los
 pobres son hijos de Dios, y que de los pobres es el reino de los cielos, tenemos la
 costumbre de echarnos a pobres, esquivando el trabajo, que es lo indecoroso para
 quien nace hidalgo triunfador de moros; porque lo único que cuesta, que humilla y
 que avergüenza, es el trabajo; el pedir es una excitación a la caridad, virtud positiva;
 y el vulgo, que toma siempre los principios por conclusiones, dice: el pedir y el dar
 salva al pobre y al rico; conque a pedir y a hacer oficio a pobres.

Cuestión de principios y extravío de fines, que es lo que engendra las costum-
 bres populares: la Roma antigua vivió saqueando a las naciones por ella conquistadas,
 y la Roma papal pidiendo a las a ella sometidas; y como lo más difícil de desarraigar
 son los vicios arraigados en el terreno por la costumbre y la tradición, en España
 y en Roma pedimos todavía para no trabajar, dando al pedir un tinte de recompensa
 por imaginario trabajo, y a la limosna el título de propina.—Y volvamos a la casa
 de Salvalor Rosa, en la cual no hallamos indicio político de que tal fuera; pero en
 en centro de cuyo jardín vimos un mausoleo del cual quisimos saber la historia, y

por la de aquel monumento supimos también la de la familia propietaria y habitadora de tan alegre y descascarillada casa, que es ésta:

Pedro y Luis (sus apellidos no nos hacen falta para nada) eran dos mancebos, Pedro, de Valladolid, y Luis, de Zaragoza, que se hicieron amigos en la Universidad de la corte de D. Juan II, y cuyos padres les dejaron huérfanos y dueños de un caudal suficiente para no tener que hacer nada por obligación, que ha sido en todo tiempo el bello ideal de los hijos de este Edén que se llama España. Ambos eran grandemente aficionados a la pintura; Pedro se pasaba la vida en admirar los lienzos de los grandes maestros que las iglesias y conventos de Valladolid encerraban por entonces, y Luis registraba todos los misales y códices miniados de sus coros y bibliotecas. No satisfaciendo a Pedro, cuyas aspiraciones eran muy grandes, ni la escuela de los dos talleres de pintor que en Valladolid existían, ni las que en Madrid sostenían con señales de vida el decaído y nobilísimo arte de la pintura, determinó ir a estudiarla a Roma; y Luis, que no pensó jamás en separarse de él, le siguió en 1820 a la capital del mundo cristiano. Pedro hizo lo que todos: de escuela en escuela, de taller en taller, eligió primero un maestro, y en seis años llegó a serlo y estableció su estudio en la falda del Pincio, y en la casa en cuyo jardín hemos entrado al empezar este artículo. Era de ella y de él propietaria una viuda bien acomodada, que les cedió el piso primero, donde Pedro tuvo un estudio deliciosamente retirado e iluminado: Luis le seguía, le acompañaba, era el que de ambos se ocupaba del arreglo y administración de la casa, porque Pedro era un verdadero artista que no entendía más que de su arte.

La viuda tenía una hija que se llamaba Lucrezia, como la querida de Salvator Rosa: tipo puro italiano, de admirables proporciones, cabeza jugosa, cabello rizo, ojos rasgados y ricos de pestañas, boca fresca y risueña, y alegrísimo carácter, pero exaltado e ideal tal vez en demasía. Su madre, que la adoraba, no la había jamás ido a la mano, y la muchacha no tenía más ley que su capricho; es verdad que su alma, cándida y apasionada, no tenía más que caprichos inocentes e inofensivos, hijos de su extraviada imaginación. Pedro y Luis en el piso principal, la madre y la hija en el bajo; los de arriba siempre ocupados en casa y ellas con pocas relaciones fuera de ella; ellos acompañándolas por las noches de invierno, sucedió lo que no podía menos de suceder: que Pedro se enamoró de Lucrezia, y que después de haberla retratado seis veces, la dijo una que la quería, y que la chica... y que la madre... y que convinieron en que la boda sería la semana próxima: y que se casaron, y que vivían muy felices.

Esto es lo que pasó y lo que estaba muy en el orden que pasara; pero había pasado al mismo tiempo algo de que nadie se había apercibido: y era de que Luis estaba también enamorado de la mujer de su amigo Pedro. Luis era un caballero de la Tabla redonda: amaba a Pedro de tal modo, que a la primera confidencia que éste le hizo de su amor a Lucrezia, determinó guardar el suyo en el fondo del corazón, hasta que se ahogara por sí mismo en aquel encierro. Asistió a las bodas como padrino, siguió encargado de la administración de los bienes de ambos esposos, y a la muerte de la madre de Lucrezia, que acaeció siete meses después de la boda, quedó Luis con la dirección absoluta de la casa, en la cual vivían los dos esposos en una luna de miel que iba ya entrando en el tercer año del matrimonio. Pedro y Lucrezia se idolatraban, y no pensaban más que en idolatrarse; Luis, como un ángel bueno, velaba por ellos y procuraba tenerles la casa como un paraíso. Lo que aquella noble abnegación le costara, no lo supo nunca más que Dios: él se dió sin duda al estudio de algo que le absorbía toda su atención, porque se pasaba las semanas enteras sin salir de casa y encerrado en su cuarto todas las horas en que no ejercía su voluntario cargo

de administrador y de mayordomo. Pedro y Lucrezia continuaban siendo novios; y como no hay nadie más egoísta y olvidadizo que los enamorados, ellos se bastaban uno a otro, y no se fijaban en el modo de vivir de su amigo.

Una tarde de septiembre, al caer el sol, se sintió Pedro mal; fué Luis a buscar al doctor Luffoli, que pronunció una sola palabra: *la mal'aria*.

De ella han muerto miles de extranjeros que han tenido en Roma sus casas cerca del Tíber, fuera de Porta Popolo. En tres días acabó la fiebre con Pedro.

Los arrebatos de dolor de Lucrezia no son para escritos; no quería creer en su muerte ni separarse del cadáver de su marido; no hubo modo de arrancársele de los brazos, y, como nuestra doña Juana la Loca el de Felipe el Hermoso, determinó tenerle siempre consigo.

Era entonces Pontífice Gregorio XVI, de cuyo pleno favor y omnimoda confianza gozaba Gaetano Moroni, a quien el Papa y muchos príncipes extranjeros invistieron de altas dignidades, y que fué con Gregorio XVI lo que más tarde Forlonia con Pío IX. Lucrezia y su madre le habían conocido antes de ascender al alto puesto que ocupaba, y por su mediación consiguió Lucrezia privilegio pontificio para enterrar a Pedro en su jardín, en un mausoleo que nada tenía de monumento mortuario. Lucrezia iba a allí a todas horas a conversar con el muerto esposo, convencida, al parecer, de que al fin la respondería o se efectuaría en su favor cualquier inesperado portento.

Lucrezia no vivía sino para el cadáver que había adorado en vida; no hablaba de otra cosa, ni se ocupaba más que de la conservación y replante de su fábrica y de las flores que la adornaban: se hacía servir la comida y la cena todos los lunes, que era el día de la semana en que había fallecido, al lado del mausoleo, y desde la mesa, por un ventanillo que siempre en él abierto permanecía, le dirigía las más cariñosas palabras, y le contaba lo que comía, y recordaba los manjares que más había apetecido, y hasta preguntábale si no los echaba de menos en el país de las almas.

En esta extravagante vida la acompañaba Luis, que no se había atrevido a abandonarla en aquel extraño y romántico dolor, que tenía que la condujese, por fin, de aquella romántica monomanía a la más incurable locura.

Lucrezia no hablaba con Luis más que de su Pedro, y Luis sostenía con ella aquella eterna conversación, evitando siempre con el mayor cuidado contradecirla, ni distraerla, ni desviarla de aquella idea fija que la asediaba; y Lucrezia, que no tenía más que a él para sostener aquella idea y aquella conversación, no podía pasar diez minutos sin Luis; y Luis, quien por mucha consideración y consecuencia que con el difunto amigo quisiera guardar, ya no podía hacerle la más leve ofensa con la asidua compañía de su mujer, no se atrevía a romper su amistad con ella, por el quijotesco decoro de faltar a la memoria del muerto.

Una vez que la indicó la conveniencia de separarse, le dió Lucrezia uno de esos espectáculos de crisis nerviosas, y se sofocó en un turbión de quejas y recriminaciones que le dejaron en absoluta imposibilidad de cambiar de situación.

—Eso es—le dijo la desolada viuda—: eso es; ya le fatiga a usted el oír hablar, el recuerdo sólo de aquel con quien pasó la vida: el de quien tenía usted la mitad del alma; el que en usted fiaba su casa, su fortuna, su reputación; de quien era usted el todo hasta que se casó conmigo. Pero no, no es su memoria lo que usted desdeña y lo que a usted le cansa: es mi amor para él, mi idolatría por su memoria; mi compañía es lo que a usted le tiene ya harto. Ya se ve, cuidar de una pobre mujer que no tiene ya a nadie en el mundo, ser con ella caritativo y generoso, y no dejarla ser víctima de su pesadumbre, compartiéndola con ella, es muy cansador: es

verdad... y dicen que los españoles son ustedes tan caballeros con las mujeres... ¡Dios mío! Váyase usted, Luis; váyase usted otra vez a España. ¿Qué tiene usted que ver con las italianas?»

Y esto diciendo con una exaltación y una volubilidad casi epilépticas, cayó en los brazos de Luis atacada de un acceso augurador tal vez de una futura enfermedad de ánimo, como dice la gente vulgar.

Y Luis permaneció con ella en los brazos, sin darse cuenta de si en ellos tenía un germen de vital esencia o un saco de mortal ponzoña; pero de cuyas deliciosas emanaciones se embriagaba su alma, teniendo estrechada por primera vez entre su pecho aquella gloria de mujer; a quien jamás se había atrevido a decir que la amaba por respetos a los sagrados derechos de la amistad, y a quien, a lo que parecía, jamás había de podersele decir por respeto a tan gran dolor.

¿Qué porvenir era, pues, el que allí le esperaba? ¿Cuándo ni cómo había de aceptar aquella mujer una declaración de su parte, sin tomarla por una doble injuria hecha a un tiempo a su marido y a ella por el único amigo que habían tenido en la tierra?

Luis no procuró alivio alguno al acceso de Lucrezia: cuando pasó la convulsión y quedó inerte, se limitó a sostenerla, esperando la acción de la naturaleza, y continuó absorto en contemplar aquella escultural belleza, cuyo calor vital y cuya respiración sentía. Volvió, al fin, en sí, y comprendiendo la posición en que había estado, sintió su rostro encenderse con el fuego del pudor. Luis, respondiendo a su pensamiento no formulado en palabras, la dijo: «No podía hacer otra cosa: temí que se golpeara usted con la convulsión, si la dejaba.»

—Es verdad—dijo ella.

Y, reponiéndose de repente, como sucede a las mujeres que de tales accesos se ven afectadas, exclamó:

—Vamos a hablar con Pedro; hace días que tengo una idea.

—¿Cuál?

—La de escribirle; puede que conteste. Su alma debe de andar por alrededor de su cuerpo, y los espíritus son muy ingeniosos. El alma es la que ama, y la suya tiene que amarme sin duda. ¿Qué le parece a usted?

Esechábala y contemplábalas Luis, tratando de cerciorarse de si estaba en su juicio: de pronto, una sonrisa distendió las comisuras de su boca, un rápido y pasajero rayo de luz iluminó sus pupilas, y la respondió:

—Pues ¿quién sabe? Probaremos. Escríbale usted.

Lucrezia escribió una carta a su difunto Pedro; Luis la colocó en el ventanillo de su mausoleo, y como si se tratara sencillamente de una correspondencia entre vecinos de una misma población, esperaron la respuesta del otro mundo. Es posible que la romántica exaltación de Lucrezia influyera en su imaginación hasta el punto de hacerse la esperar; pero Luis, de seguro que no la aguardaba; y sin embargo, vino.

A la cuarta noche, una noche de plenilunio de junio, en la cual, según los cabalistas, los espíritus vagan libres por el universo, al irse a sentar a la mesa en el jardín y volver sus ojos al ventanillo, percibió en él Lucrezia algo que blanqueaba sobre su piedra gris. Hizoselo notar a Luis, cuya sorpresa rayó casi en miedo, y palideció Lucrezia al apercibirse del efecto que en Luis hacía aquel algo, de cuya existencia acababan ambos de apercibirse. Luis, al fin, era hombre, y, llegándose al ventanillo, tomó en su trémula mano aquel algo inconcebible y se lo presentó a Lucrezia, que vaciló en aceptarlo, no muy segura de saber lo que con ello debía de hacer. Era una carta, pero no como las ordinarias de papel, sino una cajita muy plana de sándalo, de la cual

se exhalaba el aroma un poco musulmán de una riquísima esencia de rosa, que al olor del sándalo dominaba. La curiosidad mujeril de Lucrezia, acotada por el miedo supersticioso, vacilaba en abrirla; y Luis, quien, sin duda, se creyó obligado a manifestar su masculino valor, la invito, no muy seguro de su propio ánimo, a que rompiera el secreto. Venció, por fin, la curiosidad, y apareció dentro de la caja, y en una finísima plancha de marfil miniada con maravilloso artificio y con intachable corrección de dibujo y de caracteres, la contestación a la carta de la exaltada viuda. Era un trabajo de miniatura de inconcebible prolijidad y delicadeza: un escrito casi microscópico encerrado en una orla de flores, piñas, capullos, agallones y vástagos del gusto del Renacimiento, comparable a los dibujos de las Loggie de Rafael y a las orlas de las copas y los escudos de Benvenuto. El oro, el minio y el cobalto estaban gastados en aquel caprichoso trabajo con un arte y una perfección, que hubieran envidiado los alarifes y miniadores damasquinos que Alhama y Abú Agil emplearon en la construcción de los laberínticos alicatados y casetonadas techumbres de la Alhambra. Lo escrito en aquella miniada placa decía así:

«Sólo en esta noche de plenilunio y en una extraordinaria conjunción de astros, me ha sido posible combinar, querida Lucrezia mía, los medios de contestar a tu carta por primera y última vez, pues hasta después de muchos años, muchos más de los que tú puedes vivir, no volverá a efectuarse la favorable y cabalística conjunción. Mi mayor apuro en este almo país de los espíritus, ha sido el poderme procurar los medios suficientemente groseros y materiales para confeccionarte esta terrestre misiva; pues los útiles de que por acá nos servimos son tan puros e inmateriales, que no caben en la atmósfera vital de la miserable tierra. En fin, esos garrapatos que furtivamente te envío, hubieran hecho reír y me hubieran valido el desprecio de los espíritus, mis compañeros, si por ellos hubieran sido vistos; yo he imitado como he podido los signos terrenos de que me acordaba para enviarte mi pensamiento, tan imperfecta y bárbaramente amalgamados como cabe no más en la torpe comprensión humana, para que tú pudieras siquiera percibirlos.»

Y esto leyendo, contemplaba Lucrezia asombrada aquel doble prodigio de miniatura y caligrafía, cuyos renglones subsiguientes de esta manera continuaban diciendo:

«Si la felicidad de que gozo pudiera aumentarse por algún deleite humano, la fe que me guardas y el cariño con que mi memoria y mis restos conservas, seguramente me la duplicarían; pero cuando un alma sale del cuerpo en que habitó en la tierra, rompe con ésta y con todo lo que en ella deja, quedando los que en ella la amaron sujetos a las terrenas necesidades de la vida de ese globo, el cual, desde la región en que flota mi espíritu, no me parece más que una nuez parda. Atesora bien, y no pierdas mi recuerdo, Lucrezia mía; pero no me consagres ya inútilmente tu juventud y tu vida, de la cual no me debiste más que lo que de ellas a Dios plugo concederme; y pues Dios te apartó de mí y te dejó libre, no es justo que tú desprecies lo que Dios te da en ese mundo sublunar. La vida terrena se compone de terrenos goces y de amistades terrenas, que la muerte corta y prolonga según la voluntad de Dios, a quien debes sinceras gracias por haberte dejado ahí en mi lugar un amigo que fué la mitad de mi ser en esa mortal mansión, en la cual no hay más que resignarse a vivir aprovechando los pobres recursos de vitalidad, dicha, amor y perfectividad de que la pobre humanidad disputa. Adiós, Lucrezia mía, no me olvides nunca, ni te separes de Luis, que te ama como yo te amé.»

Y si por alguna causa, que ni tú podrías comprender ni yo explicarte, realizara yo el imposible de bajar en algún plenilunio a visitar el monumento en donde lo que de mí queda velas depositado...

Aquí se interrumpía bruscamente en aquella miniada y ebúrnea tarja la epístola del muerto, o porque no cupo más de lo escrito en ella, ó por venir el resto en algún segundo marfil que se extravió, o por algún misterio con cuya explicación no pudo dar entonces Lucrezia, ni yo a lo oír su historia por vez primera, ni podrán, en fin, dar ahora mis lectores. Quedó absorta Lucrezia contemplando, a la luz de las dos bujías con guardabrisas que alumbraban en el jardín su cena de los lunes, aquella primorosa miniatura, y quedó contemplándola a ella Luis, resguardando sus ojos de la luz o recatando su mirada de las de Lucrezia.

Duró toda la semana la admiración del marfil miniado y la conversación sobre el misterio de su aparición en el ventanillo del mausoleo. Lucrezia comenzaba tal vez a sentirse bajo la influencia de su superstición italiana, y su miedo comenzaba a calmar y a dar diverso rumbo a la exaltación de su póstumo amor a su difunto marido. ¿Podría acontecer—se preguntó primero a sí misma, y después a Luis—que un espíritu escribiese una carta desde el otro mundo en contestación a otra de éste?

—Pero si no viene del mundo de los espíritus—contestaba Luis—¿de dónde puede proceder tan primorosa contestación? ¿Quién conoce en Roma miniaturista capaz de tan maravilloso trabajo? ¿Quién puede hacerlo tan concluido, en tan breve tiempo como ha mediado entre nuestra carta y la contestación? Y Lucrezia, más sobresaltada por la posibilidad del hecho que de aquellas dudas de Luis resultaba, que satisfecha de ver cumplido su fantástico capricho, se amparaba del amigo vivo contra la posible reaparición prometida, aunque a medias, en la última frase de la carta del difunto. Luis la tranquilizaba con la esperanza de alguna inesperada explicación de aquel misterio, halagando o coartando con sus esperanzas y sus dudas la extravagante monomanía amorosa de Lucrezia, en cuyas manos estaba siempre aquel testimonio inconcebible de su correspondencia póstuma con el alma de su marido.

Mientras, arrastrada por su delirante imaginación, su dolor por su muerte se había revelado en poéticas ilusiones, todas las lúgubres realidades de su muerte y enterramiento no habían sido más que una guirnalda de siemprevivas, en cada una de cuyas flores se encerraba una memoria tan melancólica como grata y un recuerdo tan dulce como bien sentido; un germen de poesía mortuoria, si se puede calificar así; un sentimiento triste, pero halagüeño, comparable y compañero de la poesía del elegante traje de luto, que tan bien sentaba a la sentimental belleza de la rubia y nacarina viuda. Pero desde que aquella visible y palpable prueba del miniado marfil estaba en sus manos, la realidad del miedo supersticioso al muerto anegaba el póstumo amor al marido, y el amparo que de algún vivo se sentía necesitada, la hacía ampararse más y buscar más asiduamente la compañía de Luis, al cual, en último resultado, comprendía que era el único ser a quien podía pedir y de quien debía esperar amparo, puesto que el difunto así en su miniada misiva declaraba, que en su lugar le dejaba como representante suyo.

Y así, entre temores y esperanzas, en continua contemplación del marfil y en interminables conversaciones sobre el amor pasado y la amistad futura, en demandas de patrocinio por Lucrezia y en promesas de protección por Luis, pasaban los días y las semanas; y llegó el plenilunio de agosto, y Lucrezia no se atrevió a confesar a Luis el miedo que la acosaba y la repugnancia que sentía a continuar haciéndose servir la cena cerca de aquel panteón, en el cual podía realizarse la inexplicable e incomprensible manifestación de la presencia del espíritu de su amante y adorado Pedro, por él anunciada de tan vaga e indeterminada manera en su última interrumpida frase. Luis insistió, sin embargo, en que en aquella noche, más que en ninguna, se debía honrar a quien tan amante se había mostrado siempre en vida y en muerte,

y de quien ni vivo ni muerto podía haber nada desagradable que esperar ni siniestro que temer. Pero aquella noche Lucrezia no pudo menos de mostrarse más ansiosa de la protección del vivo que de la vecindad del difunto; y bien pudo ver aquél que cenó con tan poco apetito como tranquilidad, y que más se cuidaba de asegarar sus manos asiéndose de las suyas, que de aproximarlas al ventanillo del mausoleo para explorar dentro de él la ondulación levísima que en su atmósfera producir pudiera el paso por él de ningún espíritu.

Por primera vez el relente nocturno la sobreexcitó el sistema nervioso, y tuvo Luis que conducirla, trémula de calorío, hasta la puerta de su aposento, en el cual tuvo que acostarse también la doncella que la servía, y Luis en una cámara próxima y al alcance de su voz.

* * *

Pasó el estío y comenzaba el otoño: esa estación de la melancólica poesía de los recuerdos, opuesta a la de la primavera, que trae la de las alegrías y las esperanzas. Lucrezia parecía haber cambiado de carácter y pensamientos: la alegre y perpetua sonrisa había desaparecido de sus labios, las gárrulas conversaciones no brotaban ya de su lengua, ni de su garganta las joviales y bulliciosas canciones. Silenciosa y pensativa vagaba como una sombra muda por los aposentos de su destartalado caserón, mientras Luis pasaba seis u ocho horas diarias encerrado en el suyo. Sólo a las horas de las dos diarias comidas, y una después de cada una de ellas, permanecía Luis a su lado, distrayéndose con relatos de viajes y tradiciones de su tradicional España. Lucrezia, en aquellas dos horas, volvía a su expansiva alegría habitual, y parecía que sólo la palabra y presencia de Luis la tornaban a su ser. El relente perjudicial y las emanaciones palúdicas no permitían ya continuar la costumbre de servir la cena al aire libre cerca del mausoleo, ni el acaso meticuloso decoro de Luis autorizaba largas Veladas a solas en el salón bajo con la viuda de su amigo; pero como Luis no tenía amigos ni costumbre de perder las noches en cafés ni en las reuniones más o menos artísticas en que las pasa la sociedad romana, él se encerraba en su aposento del piso alto y Lucrezia se acostaba, por fin, en el suyo del *mezzanino*, aburrida de hacer labor y de conversar con su doncella. Pero había un pensamiento que zumbaba dentro de su cerebro como un molesto mosquito, y que jamás había ni a sí misma formulado en palabras. ¿Qué hará Luis allá arriba tantas horas? La pobre viuda, que jamás se había apercibido en vida de su difunto de la solitaria que Luis pasaba en su cuarto, extrañaba ahora, naturalmente, sus cotidianas y acostumbradas encerronas, porque la de Luis era la única compañía que la quedaba; y se entristecía con aquel que ella consideraba desdeñoso abandono, en el cual creía que se ocultaba algo mortificante para su amor propio.

Luis recibía todos los trimestres una letra de Valladolid, valor de los réditos de sus fincas y de un capital impuesto que en Castilla conservaba. Salía, pues, dos veces de casa cada tres meses: la primera, a presentar su libranza a la aceptación del banquero, y la segunda, ocho días después, a realizar su cobro. Lucrezia no había nunca puesto los pies en la habitación de Luis; éste pagaba una especie de mandadero que arreglaba todos los días dos veces su cuarto, y ni la doncella ni la cocinera de Lucrezia habían visto jamás lo que en él había. La curiosidad de Eva y una comezón caprichosa de sorprender algún secreto de Luis, inspiró a la viuda el deseo de registrarle; vaciló y resistió antes de ponerle en ejecución; pero el día en que Luis fué a cobrar su letra, cedió a su mujerial capricho, subió a escondidas de sus criadas al segundo

piso, abrió resueltamente la puerta, y sin darse tiempo de reflexionar sobre aquel abuso de confianza, comenzó a examinar los cajones de una gran mesa que vió junto al balcón, toda cargada de frascos, platillos, paletas y cajas, que revolvió casi inconscientemente con impaciencia febril. En el cajón del centro había varias cajitas de tres y cuatro pulgadas en cuadro, dentro de las cuales halló tres retratos en miniatura de una misma persona: el suyo con el traje de boda, con el que Pedro la había retratado un año después, y con el de luto que entonces vestía. Sobre la mesa había espárcidas algunas hojas de pergamino con leyendas, rótulos y versículos latinos, italianos y españoles, miniados, orlados e ilustrados con portentoso primor; la vista de cuyos objetos la trajo inmediatamente a la memoria la carta que del otro mundo supuso enviada, de cuya misiva eran indudablemente hermanas todas aquellas miniaturas, por ser evidentemente obra de la misma mano. La nueva luz con que semejante descubrimiento iluminó su inteligencia, hizo brotar en su corazón un sentimiento que, sin ser nuevo, se desarrolló de repente bajo su verdadera faz, haciendo clara y vigorosa manifestación de su verdadero ser, y reclamando imperiosamente su verdadero nombre: el amor.

En vano escribirán los moralistas infolios para condenar un instinto tan fuerte como legítimo, inocular por el Criador a sus criaturas: el deseo brutal es el instinto de procreación de la bestia; el amor es la fusión de dos almas, alojadas durante el período vital en dos cuerpos, en un sentimiento sublime de cariño y de adhesión indisoluble que produce los ángeles, es decir, los niños; eso es el amor, y toda la moral del ascetismo se estrellará contra cualquiera de los vulgares proverbios populares: «La mujer y la gata, de quien la trata... el fuego junto a la estopa... a rey muerto... etcétera».

Luis sorprendió a Lucrezia abismada en la contemplación de su retrato, y... ni ellos necesitaron explicarse lo pasado, ni yo cansarme en hablar más de ellos a mis lectores de *El Imparcial*.

Los hijos de Luis y de Lucrezia eran los propietarios y moradores de aquel caserón con aires de palacio, en el cual no pude averiguar si murió o no el romántico paisajista napolitano Salvator Rosa.

AL ILUSTRE ZAMORANO

DON CESÁREO FERNÁNDEZ DURO 20

Los dibujos de las obras que en el salón de sesiones de la Diputación Provincial de Zamora dejó hechos nuestro amigo el pintor de Historia D. Ramón Padró, y que hoy publica *La Ilustración*, motivan estas breves observaciones mías, que me tomo la libertad de dirigir a usted, encabezándolas con su nombre, como muestra sencilla de consideración y de agradecimiento por la invitación que me hizo para ir a Zamora, al aceptar Padró el encargo de su trabajo, cuando lo ganó en el concurso.

Cuéntanse para mí aquellos alegres días entre los más felices y limpios de nubes de los de mi existencia, y quédanme de ellos, y fotografiadas las llevo en la memoria y en el corazón, las imágenes de aquellos mis obsequiosos hospedadores, D. Jesús y D. Alonso Santiago, y de aquellos ángeles de su hogar, que por sus corredores cruzaban y se sentaban a su mesa en forma de dos encantadoras niñas, tan risueña y fresca la una como pálida y vagarosa la otra, y las de aquella bulliciosa turba de francos amigos y de alegres muchachas que por doquiera nos acompañó, desde el festín del Sr. Hernández en el Instituto, hasta el de la quinta de Avedillo; desde el Gobierno de la provincia, cuyo bastón empuñaba con seriedad inconcebible el nunca serio gobernador Frontaura, hasta el andén de la Estación, en donde nos despedimos con la infantil algaraza de muchachos que salen de una escuela; y todo este balumbo de gratísimos recuerdos, y todo este montón de imágenes queridas, tornan a surgir y a reflejarse en el espejo de mi memoria con la vista de los dibujos de Padró; y sólo a usted puedo hablar de estos recuerdos íntimos y de aquellas horas pasadas entre las ruinas de las torres y la basílica de la ciudad de Doña Urraca, entre aquellas gentes leales y francas, a quienes por mediación de usted conocí, y a quienes envió en estos renglones un cariñoso saludo y un cordialísimo abrazo. ¿Se acordarán ellos aún del viejo poeta que por allí pasó? ¡Quién sabe! La poesía no es más que ruido, y el ruido se lo lleva el aire.

Pero no se trata de mí, sino de Padró y de sus dibujos; explicar éstos es inútil, teniéndolos a la vista. Partiendo del principio de que «el blasón es en los pueblos, como en los linajes, el resumen de su historia, grabado por medio de símbolos que le condensan en breve espacio», Padró estudió, analizó y utilizó la historia de los símbolos de los cuarteles del de Zamora, y evocó su visible representación en los lienzos con que debía cubrir los muros del salón cuya decoración se le encomendaba; y allí

está la creación por Viriato de la enseña bermeja, primer lazo de unión de los zamoranos, formada con el trofeo de las haces romanas, atadas con las ocho bandas rojas, recuerdo de las ocho batallas consulares ganadas a la Señora del mundo, Roma; allí está el puente de Mérida, que franquearon a Alfonso IX los intrépidos zamoranos, que quedó desde entonces en su blasón, agregado al brazo de Viriato; y allí está Fernando V, el Católico, enlazando la banda verde que llevaba al pecho con la enseña bermeja, tras la cual le ganaron los zamoranos su mejor batalla, puesto que decidió la guerra con Portugal y aseguró a su esposa Isabel el trono de Castilla. Allí están las dos graciosas figuras de doña Urraca y doña Elvira, señoras de Zamora y Toro, impregnadas de histórico carácter y expresión genuina de la poesía legendaria; y las del Santo rey D. Fernando y D. Juan Segundo, en Toro y Zamora nacidos, y la del heroico viejo Arias Gonzalo, que envió uno tras otro sus hijos a morir en el palenque por la honra de la ciudad, que no podía aceptar como vil a infame, siendo *muy noble* y *muy leal*, la responsabilidad de la inexplicable traición del nuncio bien conocido Bellido D'Olfos. Todos estos históricos cuadros y legendarios personajes, concebidos en la madurez concienzuda del estudio, y ejecutados con vigorosa franqueza, entonación caliente y felicísimo conjunto, están unidos, enlazados y encuadrados por guirnaldas y ramos, sostenidos por genios entre pilastras y cariátides, y sobre tapices de fondo de oro, que dan a la sala una ostentosa y soberana decoración.

De cuantas horas de afán y de desvelo haya costado a Padró la realización de su proyecto y el cumplimiento de su palabra, sólo pueden darse cuenta los pocos iniciados en los secretos y las amarguras del arte. Padró, pintor, hijo de escultor y hermano de pintores, español ante todo y catalán por añadidura, se encargó del decorado, relieve, mobiliario y de todos los trabajos de ensamblaje y ataracea de la magnífica estancia, y lo hizo todo en Barcelona, y llevó a Zamora oficiales y trabajadores catalanes, que fueron allí modelo de sobriedad en su conducta y asiduidad en el trabajo. Padró corría de Zamora a Madrid, de Madrid a Barcelona, de Barcelona a Zamora, ya tras del mueblaje, ya delante de la ensambladura, y contaba las horas que le faltaban a unos, y no dormía en las noches en que no habían podido cumplir los otros; y mientras, la crítica, la maledicencia, la envidia y la calumnia ponían ante sus pies obstáculos en que tropezase, y esparcían por la atmósfera en que respiraba espinas imperceptibles, que fueran a clavarse en su corazón y en su amor propio, para que sangraran en sus pupilas y se las cegaran de lágrimas. ¡Qué vida la del arte entre nosotros! Padró, que tiene una constancia de mártir, que está acostumbrado a vivir en el aislamiento del trabajo asiduo, que había optado y se preparaba a decorar el gran anfiteatro del Colegio de Medicina de San Carlos, de Madrid, y soñaba con la misma obra para el salón de Ciento de Barcelona; que nunca se echa fuera de las competencias de los concursos, con ese afán de honra y de trabajo que acosa siempre al verdadero artista, y acosado además por su fiebre de actividad catalana, pasó los días y las noches más amargas de su vida entre las impacencias de los que no sabían lo que costaba de tiempo, dinero y trabajo el que le habían pedido, y las dudas sobre su probidad y su palabra, que la ruin maledicencia del vulgo se complacía en propalar.

Porque este es el gran castigo de Dios para la gente y las obras de arte: que tienen que someterse y someterlas al juicio y a la merced del vulgo, que las mide y las pesa como varas de lienzo o libras de vianda.

Por fin, ya pasó todo y la obra está hecha y colocada en su lugar. A saludarla y a despedirla para Zamora fueron al estudio de Padró en Madrid el Presidente del Consejo de Ministros, las comisiones e individuos de las academias e institutos, los egregios poetas Núñez de Arce y Velarde, el erudito Pedro Madrazo, su paisano el popu-

lar poeta catalán Víctor Balaguer, y con su sanción y entre sus plácemes y abrazos partió Padró con sus cajones y rollos para Zamora. Ya está instalado el salón de su Diputación, y tócame a mí, como castellano cronista, como agradecido huésped de aquella ciudad, y como amigo del insigne zamorano, que ha regalado sus libros a la biblioteca del zamorano Instituto, pedir, en nombre de Padró y de Cesáreo Fernández Duro, la bendición de Dios para Zamora, por ser la primera de Castilla que abre a las artes sus arcas y sus salones.

Zamora era una de las ciudades más famosas en los anales de nuestra historia; riquísima en blasones, en monumentos, en recuerdos y en poesía de la Edad Media; pero apartada de nuestros centros de comercio y de nuestras vías centrales de comunicación, se vió obligada a permanecer muchos años, como una viuda feudal, envuelta en sus negras tocas de luto, a la húmeda sombra de los desgarrados tapices del salón de su bizantino castillo. Rodaron en tanto sobre España las revoluciones del siglo: tendió el progreso sobre sus tierras los railes de la ferro-vía, y por el aire los alambres del telégrafo, y la noble y opulenta viuda, cumplido el luto por su decoro a su viudez impuesto, desojó sus murallones de su vieja tapicería; ensanchó sus estrechos ajimeces para que entrara en sus estancias la luz de la civilización; dió a fundir el hierro de sus armaduras y de sus rastrillos para hacer calderas de vapor; compró trilladoras y segadoras a sus laboriosos colonos; cargó los trenes con los vinos y trigos de sus cosechas, y se enriqueció, sin deshonra de la vieja nobleza de sus pergaminos, con el trabajo y el comercio, que son las noblezas del siglo actual.

Despojóse, al fin, de sus vestiduras de luto, y obediendo a sus antiguos instintos aristocráticos, tapizó, amuebló y decoró de nuevo su feudal mansión con el lujo *confortable* y cómodo de la vida y el arte modernos; y vistiéndose, viuda rejuvenecida y millonaria, con las modernas galas, se dispuso a contraer con el progreso unas segundas nupcias, y preparó sus bodas con el arte. La Diputación provincial le cedió por alcoba el salón de su nuevo palacio, y sobre el viejo blasón de doña Urraca por lecho, Zamora se casó con la pintura; la gloria feudal de la Edad Media, con la del arte de nuestra época.

A estas bodas asistí yo: cinco mil versos que de Zamora llevaba escritos fueron el epitalmio por mí ofrecido a la desposada: cumplí yo; Zamora puede olvidarme, porque nada me debe.

Pero de hoy más no tiene que cansarse en explicar quién es y por qué ostenta sus blasones a los forasteros y transeúntes: no tiene más que abrirles el salón de su palacio: sus paredes hablan; no tiene más que decirles: «Mirad: éste es mi lecho nupcial; me he desposado con el arte; ése es mi contrato matrimonial, ilustrado por el pincel del artista».

Dios te bendiga, Zamora, como te bendice tu viejo poeta, JOSÉ ZORRILLA.

a pasar de la famosa obra que por espacio de un año en París cuando se casó, y de cuya señora no sé todavía qué familia al fin que estubo tiene un hermosa cantillon.

La señora (puesto que la sea, Fernán Caballero), mevas libros lida con fruición en Méjico, pero con quien más a illo se encuentran en la tierra.

La Gertrudis Avellaneda, a los ocho meses por Dios en un cuerpo de hombre: si sabría cómo y por qué, pero de cuya vida y marcha por el camino del viaje de la vida no me ha ocurrido pedir ni decir nada.

Laura, a cuya sepultura me pediste una de acasarme segunda vez, guada con de su sombra estád arreaga de los siglos de la infeliz vida, de mí no puede haber nada y de mí invención coronación; si sé de nada.

Es verdad que usted me pediste el trabajo de estas semblanzas: pero también es que me negué rotundamente a aceptarlas. Algo podría decir, y, etc. etc. etc.

JOSÉ VALERO ²¹

Sr. Director de *La España Moderna*.

Muy señor mío y de mi consideración: Invitado por usted en los últimos días del año de 1890 a colaborar en esta Revista, acepté sin vacilar y sin imponer condición alguna, dándome por muy honrado en que en sus números del 1891, aparecieran impresos mis ya maduros y casi pasados versos, y mi ya no muy bien pergeñada prosa, al lado de los trabajos literarios de Castelar, Valera, Menéndez y Pelayo y otros, a quienes estoy acostumbrado a admirar o a respetar, y de quienes siempre que leo escritos, tengo en ellos algo que aprender.

Pero no fué esto decirle a usted que me sometía tan completamente a la voluntad de la dirección de esta Revista, que aceptara de antemano y asimismo sin condición ni vacilación alguna, la imposición absoluta de los asuntos de mis artículos; que es lo que con asombro veo anunciado en la nota puesta a la introducción de mi cuento *Averigua quién te dió*, publicado en la página 120 del número del corriente enero.

¿Por dónde le ha podido venir a usted la idea de que yo me considerara capaz de apechar con una serie de semblanzas de personajes, tales como los que en la citada nota señalan? ¡Pues a fe que son el puñado de las tres moscas las tales damas y los caballeros tales!

La emperatriz Eugenia, con quien no he tenido ocasión de hablar más que una vez, a pesar de la famosa serenata que por encargo ajeno la dirigí en París cuando se casó, y de cuya señora no sé todavía qué opinión ni en qué estima tiene mi morisca cantilena.

La señora (puesto que lo era) Fernán Caballero, cuyos libros leía con fruición en Méjico, pero con quien nunca llegué a encontrarme en la tierra.

La Gertrudis Avellaneda, alma macho metida por Dios en un cuerpo de hembra: Él sabría cómo y por qué, pero de cuya unión y marcha por el camino del viaje de la vida no me ha ocurrido pedir ni darme razón.

Larra, a cuya sepultura me guardaré bien de asomarme segunda vez, puesto que de su sombrío ataúd arranca el enigma de mi inútil vida, de mi inconcebible fama y de mi inverosímil coronación; *et sic de coeteris*.

Es verdad que usted me propuso el trabajo de estas semblanzas; pero también lo es que me negué rotundamente a aceptarle. Algo podría decir, v. gr., del duque de Ri-

vas, cuando era para mí Ángel de Saavedra, y alegre, decidor, franco, leal y cariñoso compañero y hermano en Apolo para los que le estimábamos en lo mucho que valía; de García Gutiérrez, con quien solía yo andar a solas días enteros por solitarios y extrañados sitios, y por hosterías y merenderos, a los cuales no hubieran sabido ir a buscarnos nuestros más amigos y allegados; pero todo esto, que sería tal vez muy curioso, muy característico y muy singularmente a propósito para individualizar, perfilar y miniar sus semblanzas, serían sólo pormenores filigranados de la vida privada, que, además de no añadir una chispa de luz a sus figuras luminosas, me expondría a vulgarizarlos, a oscurecer o amenguar la grande silueta que trazan ya en el todavía un poco revuelto cuadro de la historia de nuestra revolución literaria y política del segundo tercio de nuestra centuria.

Conste, pues, que yo no me supe explicar o usted no me supo comprender, o se ha arriesgado usted demasiado al fiarse en que la nota en cuestión concluiría por comprometerme a aceptar la carga y a emprender el trabajo de las anunciadas semblanzas; demasiado pesada aquélla para mis viejos hombros, y evidentemente incompatible ésta con mis antecedentes literarios. No podrán, por consiguiente, los lectores de la *España Moderna* encontrar en sus páginas mis por usted imaginadas y prometidas semblanzas; porque ni yo soy hombre de dar grandes lanzadas a moros muertos, como hoy veo que hacen algunos, ni de echármelas de dómine corrector, convirtiéndome en rata roedora de los zancajos de los que han ido delante de mí y supieron más que yo; como veo que hacen hoy algunos que se titulan críticos y filósofos. Yo no tengo, a Dios gracias, ni vanidad, ni envidia; ni me he sentido nunca con pujos de maestro, ni me ha empequeñecido jamás la pesadumbre del bien ajeno. Conque quedamos en que no habrá semblanzas, por considerarme yo muy poco hombre para aplicar mis juicios ni levantar figuras a nadie.

Recuerdos leivos, datos efímeros y poco trascendentales sobre personas y cosas por mí conocidas y presenciadas, sí que me atreveré a consignar en mis artículos; bocetos borrosos, sin aspiraciones a cuadros bien estudiados y a mi conciencia concluidos, y sin meterme en críticas ni filosofías de naturalista modernismo; que ya a muchos aburren y a nadie enseñan, y que barrunto que ya comienzan a trascender desde muy lejos a pedantería pretenciosa de enmarañada metafísica, y a palabrería de ciencia tan indigesta como mal digerida por los que ya alardean de profesores en ella. Estas mis superficiales memorias y deshilyanadas narraciones, no pasarán, pues, de recuerdos de viejo que se complace, como todos los viejos, en volver alguna vez sus ojos al oriente juvenil de la candidez y de las esperanzas, desde el occidente de la experiencia y de los desengaños; porque por más que los filósofos del realismo nieguen hoy hasta el sentido común a la poesía, alcanza a veces ésta y encierra en veinte versos más filosofía que ciento de las enrevesadas y laberínticas conferencias en que se empeñan en explicarnos sus tan inexplicables como incomprensibles filosofías; porque

Nuestra memoria es un mar, que a sus playas solitarias, en sus olas siempre variadas, trae las mismas sin cesar. Los viejos se tornan niños, su memoria hacia atrás vuela, y el ayer se les revela entre luz, oro y armiños: a los viejos nos consuela ver el arcón do, en escriños, guardaba el pan nuestra abuela; pasar por la callejuela por do, a rastra o con carinos, nos llevaron a la escuela, y vagar por la plazuela donde los primeros guños hicimos a una chiclela, aún impúberos lampiños.

Es una segunda vida
reflejo de la pasada,
de la cual no queda nada,
de la cual nada se olvida.

Mutua compenetración
de niñez y senectud,
es lampo de juventud

que nos alumbró el panteón;
es la fiel reproducción
del panorama vital,
donde a la luz celestial
de la antorcha de la fe,
toda la vida se ve
de una ojeada final.

Por las razones algo filosóficas de esta poesía, y para probar a usted, señor Director de la *España Moderna*, mi buena voluntad y deseo de complacerle, asimilando este artículo a las por usted anunciadas y por mí rechazadas semblanzas, en él va una lejana reminiscencia de Valero, fallecido ha pocos días en Barcelona. Él ha ignorado siempre que yo le conocía y le estimaba tan de tiempo atrás, y que su imagen ha vivido mezclada en mi imaginación con las más halagüeñas de mi adolescencia; conservándola yo en ella desde la noche de su presentación en el teatro del Príncipe con el papel de don Agapito en la *Marcela*, de Bretón. ¡Friolera, si ha llovido desde entonces! Y a consecuencia de tan dilatado transcurso de tiempo, me veo aquí forzado a dar a usted algunos pormenores retrospectivos, para fijar la época y abrir la escena de este recuerdo del tiempo viejo que voy a evocar.

II

Mientras por los años de 1826 al 31 fundaban el Parnasillo don Juan Bautista Arriaza, Gil y Zárate, Carnerero, Serafín Calderón, Bretón, Grimaldi y otros que se atrevían a pensar y entender en literatura y artes en los últimos años del reinado del iliterato Fernando VII, en aquel bodegón con rótulo de café que hoy es contaduría del Teatro Español; y mientras fermentaban los gérmenes de la triple revolución política, literaria y artística que debía estallar el 33 a la muerte de aquel mal aconsejado monarca, cambiando completamente la faz de nuestra revuelta España, crecía yo encerrado en el Real Seminario de Nobles, restablecido, instalado y dirigido por los Jesuitas, en el edificio varias veces incendiado que es hoy Hospital militar. Allí estudiaba yo a revientaeinhas el griego, las matemáticas, el dibujo, la música y otras asignaturas, que, como mal aprendidas, para poco me sirvieron, y la retórica, la poética y las humanidades, que me sirvieron después para meter mucho ruido y llenar muchos libros de desatinos en verso, que me dieron tanta fama como luero a los que me los dieron viento. Era yo un chicuelo flacucho y enclenque, con tan poca fuerza en los brazos como ánimo en el corazón, y un aire que cogí al salir sudando de la sala de esgrima, me produjo primero unos dolores lumbales que me tuvieron bismado muchas semanas, después una otorrea acompañada de anginas, y, por fin, una pertinaz oftalmía que obligó a mi padre a sacarme del Seminario para curarme en casa; teniendo que andar varios meses con una visera verde, que debía darme, sin duda, cierta fantástica analogía con los quinqués de barra y los velones de bronce.

Era mi padre por entonces alcalde de Casa y Corte y Superintendente general de policía, por cuyo cargo habitaba el piso bajo del palacio que hoy es de los duques de Santona, en cuyo principal tenía las oficinas de la Superintendencia. La inmediatez de nuestra morada al teatro del Príncipe, la circunstancia de no tener hijos ninguno de los magistrados que componían la sala de alcaldes, a que mi padre pertenecía, y la de estar a estos encomendada la presidencia de los teatros, hizo que mi padre me enviara todas las noches al palco del magistrado que presidía; y todos sus compañeros aceptaron la

presencia de aquel chico callado e inmóvil, que, acodado en la esquina del antepecho del palco-presidencial, no chistaba en toda la noche, atento siempre a la representación, ocultando sus pitarrósos ojuelos bajo la visera-pantalla con que por prescripción absoluta facultativa los conservaba resguardados.

Y he aquí el origen de mi afición al teatro y la razón de poder hoy hablar de representantes, actores y obras presentadas, estrenadas en el del Príncipe, nueve, diez y más años antes de mi aparición en el mundo literario en 1837.

Don Juan Grimaldi, de raza italiana, de nacionalidad francesa y naturalizado español, hombre de perspicacia y talento privilegiados y de *savoir-faire* oportunísimo en los negocios, se había ingerido entre los fundadores del Parnasillo, y ganado de todos la voluntad, concluyó por imponerse a todos y apoderarse del teatro que se propuso regenerar. Entre sus viejos bastidores se encontró con Guzmán, Latorre, Luna, Caprara, Silvostrí, Azcona, Fabiani, la Martín, la Llorente y la Concha Rodríguez, con quien más tarde se casó; actores todos que, encastillados en las tradiciones de la vieja escuela de Máiquez y de Rita Luna, formaban un núcleo de compañía, de la cual vió al vuelo Grimaldi el partido que podía sacar una inteligencia y una voluntad de hierro como las suyas. Tradujo y ensayó *La Huérfana de Bruselas*, *Roberto Dillon* y *El Jugador* y otros espeluznadores dramas de aquel entonces, en cuya representación obligó a Carlos Latorre, como quien doma a un león, a deponer el coturno de la tragedia de *Edipo*, *Fingal*, etcétera, de cuyo clásico carácter no había querido salir. Grimaldi, en el otoño del 28, dió con el filón de *La pata de cabra*, cuyos pingües rendimientos le permitieron empezar a presentar, primero con más decoro y al fin con lujo, *La conjuración de Venecia*, el *Marino Feliero* y los otros dramas que sirvieron de puente para pasar de aquella escuela de Casimir-Delavigne, todavía un tanto respetuosa con el classicismo académico, a la atrevida, innovadora y revolucionaria de Dumas y de Víctor Hugo. Mientras Grimaldi la preparaba y realizaba esta evolución, educando y transformado para ella a sus actores, pasaron seis años; en ellos Bretón y Gil y Zárate habían representado algunos dramas y comedias, de los cuales no se preocupó mucho aquel público, no interesado aún en conocer a los autores de las comedias, que sólo iba a ver como mero pasatiempo; ni a los cómicos, a quienes tenía en poco, en general, la gente de aquella época; pero en el 1831 logró Bretón un éxito ruidosísimo con la *Marcela*, ensayada cuidadosamente por Grimaldi, que quería bien a Bretón, y en cuya comedia, y en el papel de don Agapito, presentó por primera vez en el teatro de Madrid a Valero, que era un muchacho de veinte a veintidós años, que andaba por los teatros desde los siete, y que contribuyó más que nadie a la primera ovación de Bretón de los Herreros. Su *Marcela* contó por cientos las representaciones, y en ellas quedaron aceptados Bretón como el primer autor de comedias y Valero como el cómico de más porvenir y de mayores esperanzas.

Bajo la empresa, administración y dirección de Grimaldi, y diciéndolo más gráficamente, *bajo su dominación*, alcanzó el teatro sus mejores años, desventuradamente pocos: en ellos puso Grimaldi *Lucrecia Borgia*, *Margarita de Borgoña*, todos, en fin, los atrevidos engendros de la escuela romántica; y como había contribuido no poco a que María Cristina crease el Conservatorio, se propuso reforzar, inculcando la sangre joven en su compañía de actores ya algo machuchos, y sacó de él a Julián Romea, a Matilde, presentándoles en la escena con otros cuyos nombres mi ya casi perdida memoria se resiste a recordar. Todos ellos en manos de Grimaldi fueron materia dúctil y legión obediente, que riñeron régias batallas por el arte teatral, y le elevaron en Madrid a la altura que ya iba exigiendo la cultura e ilustración que se infiltraba en nuestra educación y ensanchaba nuestros instintos, modificando nuestras costumbres. Pero Grimaldi, farto, sin duda, del teatro, y seguro de posición más digna con la protección de la Reina Cris-

tina, enamorado, además, de la Concha Rodríguez, abandonó el teatro, casándose con ella y privándonos de los más valiosos elementos del arte. Emancipados los cómicos de la intransigente y sultánica, pero insustituible, dirección de Grimaldi, cada cual aspiró a la supremacía artística y a sobreponerse o a desprenderse de los demás. Julián había alcanzado con el Gloucester de *Los Hijos de Eduardo*, una ya preeminente posición: Carlos Latorre, profesor y maestro de Julián en el Conservatorio, gozaba de la categoría profesoral, y Valero, incapaz de refrenar su genial inquieto y mal dispuesto a someter la conciencia de su valía y de su mérito individual a quien no fuera un genio superior e indiscutible, se lanzó audazmente y con el éxito más inesperado a abordar los papeles más excéntricos y arriesgados del nuevo repertorio; imponiéndose a viva fuerza al público asombrado con el tremendo papel de Ricardo D'Arington.

En vano aquel público, inconsciente todavía de su poder, intentó revelárselo en una de sus últimas y más repugnantes escenas: Valero llevó hasta la más inadmisibile exageración su trabajo escénico; hasta que, espantados, dominados y avasallados los estupefactos espectadores, se postararon vencidos: Valero salió de aquella desesperada lucha vencedor engreído y resuelto a osar a todo, saltando todas las vallas que a sus atrevimientos se le pusieran, y abordando las representaciones de caracteres y personajes más excéntricos e inverosímiles, creaciones absurdas de los cerebros calenturientos de ingenios exaltados por el frenesí del epiléptico Romanticismo. Separado ya de Latorre y de Romea, y desbordándose en todos los excesos y arrebatos del ingenio, hizo la tragedia, el drama, la comedia y el sainete, alardeando en todos los géneros de sus facultades excepcionales, de sus inagotables recursos, y haciendo en todos maravillas de ejecución arrebatadoras, con un aplomo, con una constancia, con una tenacidad, que alucinaron y avasallaron a sus pies a todos los públicos de provincias, y al de Madrid cuando de ellas volvió triunfante al teatro de Novedades. Yo no le vi en ella.

El Valero de aquella temporada me es totalmente desconocido; yo me había expatriado voluntariamente, huyendo de mí mismo, el 47, y no volví hasta el 66; pero si solo, o con empresas de un escaso capital, hizo lo que hizo, supongo e imagino fácilmente lo que haría en las favorables circunstancias en que se halló colocado en Novedades, en *Baltasar*, *El Payaso* y en las demás obras características por él escogidas o para él preparadas.

III

Yo le encontré en Sevilla en abril del 42, y en Granada en mayo del 46, y allí me hizo ver su repertorio de entonces; en el Luis XI estaba inimitable; Ligier, el actor francés para quien se escribió, le era inferior. Aquel rey viejo, suspicaz y supersticioso, era por Valero caracterizado con una filigrana de pormenores en traje, movimientos, acción y fisonomía, y con una atención y cuidado tan sin distracción, que no dejaba distraerse un instante la atención del espectador; en *Los dos preceptores* y en *Un viejo riendo y otro llorando*, hechos con Pepe Calvo (el padre de Rafael), no había medio de contenerse: era forzoso desternillarse de risa. A mi vuelta de América, le volví a hallar sumido noche y día en un teatro de segundo orden de Barcelona, con su misma adhesión al arte y el mismo entusiasmo, representando los mismos papeles en que había derrochado su colosal ingenio, su atlético vigor y su indomable osadía; vistiéndose y desnudándose con las ventanas abiertas, lavándose con agua fría tras el calor de la representación, y exhibiéndose, como en *Baltasar*, con el cuello, el pecho y los brazos completamente desnudos.

Valero fué un actor que no puede ser juzgado por reglas ni medido por compás; tuvo la ventaja de tener un carácter, una figura, una manera de ejecución, propios suyos; todo era en él peculiar e individual: excéntrico, exaltado, desordenado, falto de método, pero no de observación ni de estudios en todos sus papeles había algo culminante, si-

quiera fuese disparatado; y en aquellos de verdadero galán, en *Don Alfonso el Casto*, en *Guzmán el Bueno* y en otras obras del género que se llamó heroico, con el cual estaban en desacuerdo su fisonomía aborbonada, su cuello corto, su voz a veces insegura y falsa y los desplantes a que le habían inclinado *La Carcajada* y otros dramas de su calibre, siempre se hacía tolerar, escuchar, y en todos encontraba él una situación en que dominar y hacerse aplaudir.

Valero fué actor por naturaleza, por instinto, por vocación, por concepción y por necesidad; no pudo ser otra cosa, ni vivir en otra atmósfera que en la del teatro; necesitó su lucha diaria, su afán continuo, su perpetua exaltación y su incesante trabajo; pensó, y vivió persuadido de ello, que el del teatro es un arte absolutamente convencional; y que estando todo en el teatro prevenido y previsto de antemano, desde la hora justa de abrir sus puertas y levantar su telón, y convenido y aceptado que la batería y los fanales son la luz del sol, que los bastidores son los muros de un palacio o los tabiques de una casa, las bambalinas la bóveda del cielo o de un edificio, y el traje, el calzado, la fisonomía y hasta la camisa de un actor, la de un rey de Francia o de Aragón, o del verdugo de Pekín, sobre aquel tablado que se supone embaldosado de mármol o alfombrado de césped, dentro de aquellas prendas de vestuario y de aquella camisa, no cabe ni puede haber nunca un ser real, sino un actor; no una persona, sino un personaje, tan convencional e imaginario como todo lo que compone una representación teatral; y que en la única región del arte, en el único sitio del mundo en donde no cabe, y con quien jura, y con quien está en completa incompatibilidad el naturalismo, es en el teatro. Por eso fué Valero un grande artista y no renegó jamás de las convicciones que la práctica de su arte le había inspirado.

¿Quién fué Valero? ¿Con qué carácter, con qué profesión se presentó en el mundo y cruzó por él desde la cuna al sepulcro? Con lo cómico; y no habiendo sido más, y habiéndose mantenido hasta la muerte fiel a su condición en el papel que le tocaba y se había obligado a representar, cumplió como bueno, y valió tanto como César Augusto. Conque ¡plaudite, cives!

Sólo su confesor y Dios tienen derecho a juzgarle por su vida privada.

III

Antes de emprender su último viaje a América, dió Valero unas cuantas representaciones en el teatro de Jovellanos para despedirse, probablemente con la esperanza de allegar unas pesetas para el viaje. Allí me asombró y me entristeció haciendo aún el *Luis XI* y *La Carcajada*.

En el segundo entreacto entré a verle: se vestía solo, no tenía fuego en su cuarto; se vestía con tanta prisa y destreza como cuando tenía treinta años; no quería hacer esperar al escaso público que tenía, y yo le contemplaba, imaginándome ver, a través de su rostro arrugado, su casi desdentada boca y sus ojos casi despestañados, al don Agapito de la *Marela* del 1831, con su piel estirada, su boca desdeñosa y los vivarachos e inquietos ojos. Los míos se arrasaron con dos lágrimas, que me esforcé en vano en ocultarle; y él me dijo, sin levantar los suyos de las calzas de seda que se estaba poniendo:

—No hagas caso, Pepe: tal es la vida.

Y añadió, tras una pausa que ambos necesitábamos para no llorar:

—¡Quiero despedirme, con unos versos, de los pocos morenos que me quedan fieles, y tú sólo debes escribirme los.

—¿Esta noche?—le pregunté.

—No, mañana: tú no improvisas.

—Los tendrás.

Y le mandé al día siguiente unas quintillas, no buenas, pero sentidas; cuyo borrador siento no hallar, para concluir con ellas esta carta-artículo.

Al fin de la representación de la siguiente noche, las dijo con apuntador; pero no pudo concluir las: las lágrimas sofocaron la voz en su garganta, mientras a mí me ahogaban las mías en el palco proscenio de la derecha. Volvió a mí sus nublados ojos, y yo le saludé con el pañuelo: me sonrió al retirarse; no me atreví a bajar a despedirme de él, y... no nos volvimos a ver.

Y sin más, señor Director de *La España Moderna*, queda de usted hasta el mes próximo amigo y servidor, q. b. s. m.—JOSÉ ZORRILLA.

NOTAS DEL TOMO II

NOTAS DEL TOMO II

NOTAS DEL TOMO II

El número 3 es un fragmento de la *Legenda de Don Juan Tenorio*, el 1.º y el 2.º que son una serie de fragmentos de la *Legenda del Cid*; el II, se había ya publicado en el tomo I de las *Poesías de Zorrilla*.

En esta parte se insertaron aquí estas poesías, y al ser el lugar correspondiente. La primera poesía *La catedral* se había publicado por primera vez en *La Ilustración Española y Americana* de 1 junio 1871, conmemorando la dedicatoria a Galla, el cual la había recibido anteriormente en varias reuniones catedrales.

Los números 5, 6 y 7, pertenecen a un poema titulado *La Melancolía y el drama*, que Zorrilla no llegó a concluir.

2. (PÁG. 311). *La Legenda del Cid*, *Barrita en verso* por Don José Zorrilla y dedicada por D. J. Luis Echegaray.—Barcelona, Moutser y Simón, editores, Calle de Ancha, número 206-A, 1868.

Como se observará, en los versos de dedicación a la obra está ya una vez más repetición de *Barrita*, aprobación Zorrilla, con algunas variaciones, varias ediciones de la revista *La Ilustración Española y Americana* (Barcelona 1869).

Tampoco volvió Zorrilla en añadir al *Manuscrito del Cid* con respecto a su versión, con una o muchas modificaciones, diferentes notables.

3. (PÁG. 371). *Primeras ediciones* de *Las poesías completas de don José Zorrilla*, Valladolid.—1885. Imp. Lib. y abastecido de papel de V. Román, impresor del Real Colegio Nacional.

En las dos ediciones publicadas en el 1885, a que se refiere Zorrilla en las primeras publicaciones de *Primeras ediciones*, aparecieron en el número correspondiente un apéndice que principia en 1885, pero ocurre que en las ediciones del mismo, que corresponden en la Biblioteca Nacional y en la Hemeroteca Municipal de Madrid, no figura el citado apéndice correspondiente, aunque sí verificó referencias a él.

4. (PÁG. 371). *Discurso leído ante el Real Instituto Español por el Excmo. Sr. D. José Zorrilla en la recepción pública de su obra de teatro de 1863 y 1864* del Excmo. Sr. Ministro de Fomento, Madrid, Imprenta y Fundición de Miguel Tello, Duran y Cía. editores de S. M.—Instituto Español, 22, 1863.

5. (PÁG. 387). *El teatro del Excmo. Sr. D. José Zorrilla*—Historias, Administración de Correos Internacionales 1882.

NOTAS DEL TOMO II

1. (Pag. 283.) *Los Zorrilla*. Gómea y Suárez. Madrid. Librería de Fernando E. Gómea y Suárez. 1880.

2. (Pag. 283.) *Los Zorrilla*. Gómea y Suárez. Madrid. Librería de Fernando E. Gómea y Suárez. 1880.

3. (Pag. 283.) *Los Zorrilla*. Gómea y Suárez. Madrid. Librería de Fernando E. Gómea y Suárez. 1880.

4. (Pag. 283.) *Los Zorrilla*. Gómea y Suárez. Madrid. Librería de Fernando E. Gómea y Suárez. 1880.

NOTAS DEL TOMO II

I. (Pag. 283.) *Los Zorrilla*. Gómea y Suárez. Madrid. Librería de Fernando E. Gómea y Suárez. 1880.

1. (Pag. 71.) *Lecturas públicas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid y en el Teatro de Jovellanos en 1877 por su autor D. José Zorrilla*. Madrid. Librería de V. Suárez, calle de Jacometrezo, 72.—1877.

El autor del prólogo, José Félix del Moral, es indudablemente el mismo Zorrilla, que se llamaba José Zorrilla Moral.

III. En este tomo están contenidos los trabajos poéticos siguientes: 1. El canto del fénix.—2. Alborada monorrítmica.—3. La verbena de Sevilla, en 1420.—4. A Rosa.—5. A Luisa.—6. Cábalgata mejicana.—7. Jarabe mejicano.—8. A la muy noble y muy más leal ciudad de Burgos.—9. Fragmentos de *El Cid*.—10. Fe y poesía.—11. El reloj.—12. La siesta.

El número 3 es un fragmento de la *Leyenda de Don Juan Tenorio*; el 8 y el 9 son una serie de fragmentos de la *Leyenda del Cid*; el 11, se había ya publicado en el tomo I de las *Poesías* de Zorrilla. Por esta razón no insertamos aquí estas poesías, y si en el lugar correspondiente.

La famosa poesía *La siesta* se había publicado por primera vez en *La Ilustración Española y Americana* de 6 junio 1877 (suplemento), dedicada a Grilo, el cual la había recitado anteriormente en varias reuniones aristocráticas.

Los números 5, 6 y 7, pertenecían a un poema titulado *La Mejicana y el drabe*, que Zorrilla no llegó a concluir.

2. (Pag. 31.) *La Leyenda del Cid. Escrita en verso por Don José Zorrilla e ilustrada por D. J. Luis Pellicer*.—Barcelona. Montaner y Simón, editores. Calle de Aragón, núms. 309-311. 1882.

Como se observará, en los versos de dedicatoria *A la muy noble y muy más leal ciudad de Burgos*, aprovechó Zorrilla, con algunas variantes, varias estrofas de la poesía *A Ana*, inserta en *La flor de los recuerdos* (Habana, 1859).

Tampoco vaciló Zorrilla en acudir al *Romancero del Cid* para trasladar a su leyenda, con más o menos modificaciones, diferentes romances.

3. (Pag. 271.) *Granada mía! Lamento murzabí, recuerdo del tiempo viejo*, por D. José Zorrilla, Valladolid.—1885. Imp., Lib. y almacén de papel de F. Santarén. Impresor del Titro. Colegio Notarial. Las dos octavillas publicadas en *El Día*, a que se refiere Zorrilla en las palabras preliminares de *Granada mía*, aparecieron en un número extraordinario de aquel periódico, a principios de 1885; pero ocurre que en las colecciones del mismo, hoy conservadas en la Biblioteca Nacional y en la Hemeroteca Municipal de Madrid, no figura el citado número extraordinario, aunque sí repetidas referencias a él.

4. (Pag. 279.) *Discurso poético leído ante la Real Academia Española por el Excmo. Sr. D. José Zorrilla en la recepción pública el día 31 de mayo de 1885 y contestación del Excmo. Sr. Marqués de Valmar*. Madrid. Imprenta y Fundación de Manuel Tello. Impresor de Cámaras de S. M.—Isabel la Católica, 23. 1885.

5. (Pag. 287.) *El cantar del Romero. Leyenda en verso por Don José Zorrilla*.—Barcelona. Administración de Crédito Intelectual, 1886.

6. (Pág. 343). José Zorrilla. *Gnomos y mujeres*.— Madrid. Librería de Fernando Fé. Carrera de San Jerónimo, 2. 1886.

Como se deduce del prólogo, el original de *Los gnomos de la Alhambra* pertenecía a fecha muy anterior, pues estaba destinado a formar parte del poema *Granada*. También las poesías de *Mujeres* eran en su mayor parte anteriores.

7. (Pág. 374). Aquí, como terminación del poema, ponía Zorrilla *Granada mía*, anteriormente publicado en Valladolid (1885).

8. (Pág. 376). Publicó primeramente Zorrilla el relato fantástico que aquí comienza, referente a su entrevista con los gnomos de la Alhambra, en *Los Lunes de El Imparcial*, de 23 de febrero de 1885.

9. (Pág. 384). Esta poesía, antes de insertarse en *Gnomos y Mujeres*, se había publicado en *Los Lunes de El Imparcial*, de 3 de mayo de 1880, precedida de las siguientes palabras: «A C. A. de A., condesa de G.—Estas quintillas fueron escritas para el álbum de una Rosa; pero aquella rosa no era mujer, hija de hombre, sino de capullo de rosa; era la Reina de las flores, la heroína fantástica e incorpórea de un cuento que *El de las flores* se titulaba. El cuento ha sido olvidado, y el álbum no ha llegado nunca a formar libro; estas quintillas, pues, como versos no han sido dedicados ni dirigidos a nadie, ni por nadie han sido leídos; como flores, a nadie tampoco han sido nunca ofrecidas: estas quintillas son un puñado de flores y una columna de versos que he conservado yo frescas e inéditos diez años en el archivo cerrado y en el plantel casi seco de mi memoria, de donde se me antoja hoy arrancarlos y echarlos a tus pies para que los recojas o los pisés. Alfombra de tus pies o ramillete de tus manos, flores o versos, ya a mí no me pertenecen, y tuyos son.»

10. (Pág. 386). Antes de insertarla en *Gnomos y Mujeres*, publicó Zorrilla esta poesía en el tomo III de *Recuerdos del tiempo viejo*, donde lleva esta fecha: Marzo, 25, 1878.

11. (Pág. 407). Antes de insertar esta poesía en *Gnomos y Mujeres*, la había publicado Zorrilla en el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* de 1878, con el título *Junio*, entre las doce composiciones que otros tantos poetas dedicaron a los meses del año.

12. (Pág. 419). *La Mandrágora* se había publicado en *La Ilustración Ibérica*, y, fragmentariamente en el tomo II de los *Recuerdos del tiempo viejo*.

También otras poesías de *Gnomos y Mujeres* se habían publicado con anterioridad. Las *A Leila y A Teodora*, hacía ya muchos años, durante la estancia de Zorrilla en París; la de *A una pálida*, en *La Ilustración Española y Americana*, en 1877; la de *A Aurora*, en la *Revista Contemporánea*, de 1877, con algunas variantes y dedicada a Carmen Cortijo de Revilla; la de *A una valenciana*, en *Los Lunes de El Imparcial*.

13. (Pág. 431). José Zorrilla. *JA escape y al vuelo Carta-cuenta. A la Ezcma. Señora Condesa de Guazub*. Madrid. R. Velasco, impresor, Rubio, 20. 1888.

14. (Pág. 459). José Zorrilla. *De Murcia al Cielo*. Madrid. R. Velasco, impresor, Rubio, 20. Teléf. 551. 1888.

15. (Pág. 479). José Zorrilla. *Mi última brega (Los rincones de Valladolid)*.— Por todos medios y modos, y voy a ver si en mi vejez ¡ gusto a todos de una vez / o riño una vez con todos.— Valladolid. 1888. Imprenta de Eduardo Sáenz. Calle de San Felipe Neri, núm. 5.

Tuvo el propósito Zorrilla de publicar un libro bajo el título de *Mi última brega*. Sólo imprimió esta primera parte, que era la *Introducción y prospecto*, y luego algunos fragmentos sueltos, insertos en *El Ateneo* y en *La Ilustración Española y Americana*.

16. (Pág. 493). José Zorrilla. *La leyenda de Don Juan Tenorio (Fragmento)*. Ilustración de J. L. Pellicer. Barcelona. Moutaner y Simón, editores. Calle de Aragón, núms. 309-311. 1895.

Es este solamente un fragmento de una extensísima leyenda de los Tenorios, que Zorrilla pensaba escribir, y que, como otros muchos de sus proyectos, no pasó de tal.

17. (Pág. 559). Se observará que en esta carta hay palabras y conceptos repetidos. Indudablemente Zorrilla, después de escribirla, dió otra forma a algunos párrafos, y por error fueron juntas ambas

redacciones a la imprenta. Téngase en cuenta que la impresión de *La Leyenda de Don Juan Tenorio* fué póstuma.

18. (Pág. 599). *Últimos versos de Don José Zorrilla inéditos y no coleccionados*. Madrid, 1908.

Este libro, como se observará, constaba de tres partes:

I. *Introducción* (inédita y sin fecha).

II. *A Valladolid*. (Tres composiciones. La primera, leída en la inauguración del Teatro Zorrilla, de Valladolid, y publicada ya en el almanaque de *La Ilustración Española y Americana*, 1886; la segunda, destinada sin duda a *Mi última brega*; la tercera, perteneciente a las publicadas en *El Liberal*).

III. *Ciudades*. (Las publicadas en *El Liberal*, más la titulada *Barcelona y Valencia*, que está en los *Recuerdos del tiempo viejo*; la de Murcia, que no es otra sino las quintillas que sirven de introducción a *De Murcia al Cielo*, y la de Valencia, también anterior).

No incluimos aquí, pues, la poesía Murcia, porque la hemos visto en *De Murcia al Cielo*, ni *Barcelona y Valencia*, porque la veremos en los *Recuerdos del tiempo viejo*, donde está mucho más completa.

19. (Pág. 600). En esta sección de *Poesías sueltas* incluimos las que no se coleccionaron en volumen. Pertenecen, pues, a épocas muy diferentes, desde las que escribió Zorrilla en su mocedad, cuando estudiaba en el Seminario de Nobles, hasta las que compuso en los últimos días de su vida. He aquí algunas indicaciones sobre cada una de ellas:

Los fuentes del Prado. Esta poesía es la más antigua conocida de Zorrilla. La ha publicado el Padre Luis Fernández en su notabilísimo libro *Zorrilla y el Real Seminario de Nobles*. Cuando Zorrilla era alumno de este Seminario, dirigido por los Jesuitas, recitóla en la Academia poética que bajo el epíteto de *Madrid* tuvieron los caballeros seminaristas el día 25 de septiembre de 1831. Contaba, pues, Zorrilla 14 años.

El triunfo de la Filosofía. Compuesta también para el Seminario de Nobles y publicada por el Padre Fernández en su citado libro. Pareció érita un año después que *Los fuentes del Prado*.

El trovador y El contrabandista se publicaron en *El Artista* (1835).

Poesía leída en el cementerio de San Nicolás.—Leyó Zorrilla esta poesía el día 18 de abril de 1841, con motivo de la traslación de los restos de don Pedro Calderón de la Barca desde la iglesia del Salvador al cementerio de San Nicolás. Se publicó en la *Revista de Teatros* de 2 de mayo de 1841.

Horóscopo. Se publicó también en la *Revista de Teatros*, 1.ª serie, tomo 1.º, pág. 42.

Una verdad como un niño. Poesía dirigida a Wenceslao Argualls de Izco, director de *La Risa* (1843-44), donde se insertó.

Primera impresión de Granada. Se publicó en *El Pasatiempo*, revista de aquella ciudad, en 13 abril de 1845.

Improvisación. Se publicó en el libro *Corona poética del Dos de Mayo* (Madrid 1849).

Vuelta a la patria. Se publicó en varios periódicos al regreso de Zorrilla de Méjico a España (1866).

A Pedro Antonio de Alarcón. Se publicó en *El Museo Universal* de 19 agosto 1866. Es contestación a la que, también desde *El Museo Universal*, y en su número del 5 de agosto, le dirigió Alarcón.

A la Estudiantina burgalesa. Leída con motivo de una serenata que aquella estudiantina dió a Zorrilla en septiembre de 1866.

A Antonia. Se publicó en el libro *Miscelánea Vallisoletana* (cuarta serie), de Narciso Alonso Cortés. Posee el autógrafo don Luciano Huidobro, cronista de Burgos.

A Narciso Serra. Se publicó en el *Suplemento a La Ilustración Española y Americana* de 8 enero de 1878. Llevaba la siguiente nota de Zorrilla: «Improvisación escrita por el autor el día del entierro de Serra, en cuya ceremonia recibió el honor de ser invitado a llevar unas cintas del carro que conducía el féretro.»

A S. M. el Rey Don Alfonso XII en la muerte de S. M. la Reina Doña Mercedes. Publicada en el libro *Corona fúnebre dedicada a la buena memoria de S. M. la reina Doña María de las Mercedes* (Q. D. D. G.) por el periódico ilustrado *La Academia*, 1878.

En la muerte de S. M. la Reina Doña María de las Mercedes. Publicada en el libro *Siempre vivas que depositan varios ingenios en la tumba de Su Magestad la Reina Doña María de las Mercedes de Orleans y Borbón*—1879.

Noce te insum. Leída en el teatro de Valencia y publicada en la *Revista Contemporánea* de 15 diciembre de 1878. Zorrilla refundió más tarde los apartados III, IV y V de esta composición en la titulada *Est Deus in nobis*.

Plelo del matrimonio. Teodoro Guerrero y Ricardo Sepúlveda publicaron en 1873 un libro ti-

titulado *El matrimonio*. Plecto en verso, que alcanzó gran notoriedad. Contenia los alegatos en que varios poetas exponían sus opiniones, ya en pro, ya en contra del matrimonio. Hicieron Guerrero y Sepúlveda otras ediciones de este libro, y en las últimas agregaron segunda y tercera parte. La composición de Zorrilla—que aparece en el plecto como *testigo del demandante*, esto es, de Sepúlveda—, figura en la segunda parte.

Fragmento de una lectura inédita. Publicada en *Los Lunes de El Imparcial*, de 22 de marzo de 1880.
En el álbum de la hija del famoso felibre provenzal Luis Roumeuz. Publicada en *Los Lunes de El Imparcial*, de 3 de mayo de 1880.

Roma y Cristo. Estos sonetos, que forman parte de una serie no publicada, aparecieron en *Los Lunes de El Imparcial* de 3 de mayo de 1880.

Al pie de un dibujo de Zorrilla, de Padró, y Traducción de Víctor Balaguer.—Publicadas por el Padre Luis Fernández en su citado libro *Zorrilla y el Real Seminario de Nobles*.

En el álbum de S. A. la Infanta Doña Isabel. Se publicó en *La Ilustración Ibérica* de 4 y 11 de agosto de 1883.

Fragmentos de «Mi última brega». El primero, publicado en *El Ateneo* de 1.º enero 1888; el segundo, en *La Ilustración Española y Americana* de 15 junio 1888; el tercero, en *El Ateneo* de 5 mayo 1889.

Al publicar en estas revistas fragmentos de *Mi última brega*, Zorrilla repitió muchas estrofas, combinándolas y barajándolas de diferente manera.

A Emilio Castelar. Se publicó en *El Ateneo* de 15 de marzo de 1889. Llevaba la siguiente nota: «El Autor no ha publicado hasta ahora esta poesía, respetando el duelo del Sr. Castelar; y lo hace hoy en esta Revista, para dar al incomparable orador público testimonio de la amistad que le profesa y la gratitud que le debe.»

Soliloquio. Se publicó en *El Ateneo* de 1.º de junio de 1889.

Recuerdo del tiempo viejo. Poesía leída por Zorrilla en el acto de su coronación, celebrada en Granada el día 22 de junio de 1889.

Ille ego qui quondam... Publicada en *El Liberal* de 17 de junio de 1889. Pensaba Zorrilla leer esta poesía en el acto de su coronación; pero publicada en el citado periódico en la fecha dicha, y aplazado el acto de la coronación, tuvo Zorrilla que leer la antes citada.

Dedicatoria de un retrato a la condesa de las Infantas.—*A la memoria del niño Ignacio Nolasco y Bueso*.—*En el abanico de la condesa de las Infantas*.—*En el álbum de Angeles Seco de Lucena*.—*En el álbum de doña María del Carmen Fernández de Sancho*.—*En el abanico de Carmen Pérez de Herrást*.—Publicó estas poesías don Manuel Sancho y Rodríguez en su libro *Crónica de la coronación de Zorrilla* (Granada, 1889).

A Dón Carlos Calderón. Romance publicado por Emiliano Ramírez Ángel en su *Biografía anecdótica de Zorrilla*.

Introducción a un cuento titulado «Abrigua quien te dió».—*Fragmento de la leyenda inédita «Los dos resucitados»*. Se publicó la *Introducción en La España Moderna* de enero de 1891, y el *Fragmento en la Revista Hispano-Americana* de junio de 1882. Una y otra, sin embargo, no son más que fragmentos de cierta leyenda titulada *Dos escondidos y una tapata*, que Zorrilla comenzó a publicar en París en 1855. Hacia Zorrilla estos cambios de título para que pareciera que se trataba de leyendas distintas.

Una copia manuscrita de esta fragmentaria leyenda, que tuvo la amabilidad de regalarme doña Blanca Arimón, sobrina del poeta, y que yo doné a la Casa de Zorrilla, lleva un interesante prólogo en prosa y una dedicatoria en verso a doña Adela Tículat de Cevallos.
Písta poética. Se publicó en el *Almanaque de «La España Moderna» para 1892*. Con anterioridad, en el *Almanaque de La Ilustración* de 1891, se habían publicado algunos fragmentos.

Colón. Se publicó en *El Liberal* de 12 octubre de 1892.

Noche Buena. Se publicó en *El Liberal* de 24 diciembre de 1892.

1892-1893.—Se publicó en *El Liberal* de 1.º de enero de 1893.

La ignorancia. Poesía póstuma. Se publicó en *El Imparcial* de 25 de enero de 1893.

A Isabel la Católica. Presentó Zorrilla este soneto, poco antes de morir, en un concurso destinado a premiar con 1000 pesetas, donativo de don Waldo Vizoso, el mejor soneto dedicado a Isabel la Católica por el descubrimiento de América. El jurado, compuesto por la Sra. Pardo Bazán y los Sres. Valera y Castelar, concedió el premio a este soneto de Zorrilla, cuando el poeta había ya fallecido.

NOTAS A LAS OBRAS DRAMÁTICAS

1. *Vicir loco y morir más.* Al imprimirse por primera vez, en el tomo I de las *Poesías* de Zorrilla, este capricho dramático, llevaba la siguiente dedicatoria: «El siguiente Capricho, al que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una persona determinada y en determinadas circunstancias. El Autor espera que el público le acoga benignamente, y la persona a quien va dirigido, le reciba como prueba de amistad.—A D. Miguel de los Santos Álvarez.» Llevaba, después del título, la fecha *2 de septiembre de 1837*; en el primer acto, después del título *El ponche*, la de *20 de enero de 1836*; en el segundo acto, después del título *Una muerte por amor*, la de *12 de julio de 1836*.

Las obras dramáticas de Zorrilla, hasta *Traidor, inconfeso y mártir*, inclusive, quedaron incluidas en la edición de París de las *Obras completas*. A su texto nos atenemos, pues el propio Zorrilla, que estaba en París, pudo hacer correcciones y enmiendas respecto a las primeras ediciones de Madrid; mientras que otras de fecha posterior, hechas sin intervención de Zorrilla, son simple reimpresión de aquéllas (de las de Madrid). Sólo en caso de errata o duda acudimos a otra edición. De las restantes obras dramáticas de Zorrilla, *El Encapuchado* entró en la colección de Manuel P. Delgado; las otras tres — *Amor y arte*, *Pítilos* y *Don Juan Tenorio* (zarzuela)—, no llegaron a ser coleccionadas.

2. *Más vale llegar a tiempo que rondar un año.* Se insertó en el tomo IV de las *Poesías* de Zorrilla (1839). Años más tarde, en 11 de enero de 1845, se estrenó en el Teatro de Variedades.

3. *Ganar perdiendo.* Se insertó en el tomo V de las *Poesías* de Zorrilla (1839).

4. *Juan Dandolo.* Se estrenó en el Teatro del Príncipe el día 24 de julio de 1839, en una función celebrada con motivo de los días de la Reina Gobernadora.

5. *Cada cual con su razón.* Se estrenó en el teatro del Príncipe el día 26 de septiembre de 1839.

La primera edición (Madrid, Repulles, 1839), llevaba la siguiente dedicatoria: «A los actores que han de representar esta comedia.—Al publicar esta producción de mi corto ingenio, arriesgo, amigos míos, mi pobre reputación. Si el público la aprueba, para vosotros serán sus aplausos, puesto que tanto interés habéis tomado por ella. Si la desecha, dispensad los inútiles afanes que con ella os ha causado vuestro amigo.—José Zorrilla.»

Llevaba además las siguientes palabras preliminares:

«El autor de *Cada cual con su razón* no se ha tenido jamás por poeta dramático. Pero indignado al ver nuestra escena nacional invadida por los monstruosos abortos de la elegante corte de Francia, ha buscado en Calderón, en Lope y en Tirso de Molina, recursos y personajes que en nada recuerdan a Herrián y Lucrecia Borja. Y por sí de estas sus creencias literarias se le antojara a sus amigos o a sus detractores señalarle como partidario de escuela alguna, le aconseja que no se causen en volver a sacar a plaza la ya mohosa cuestión de *clasicismo y romanticismo*.

«Los clásicos verán si en esta comedia están tenidas en cuenta las clásicas exigencias. La acción dura veinte y cuatro horas; cada personaje no tiene más que un objeto, al que camina sin episodios, ni detenciones, y la escena pasa en la casa del marqués de Vélez.

«Los señores románticos perdonarán que no haya en ella verdugos, esqueletos, anatomías ni asesinatos. Pero aún puede remediarse. Tómese cualquiera la molestia de corregir la escena final, y con que el marqués dé a su hija un verdadero veneno, con que él apure después el soberano licor que en el vaso queda, con que el rey dé una buena estocada a don Pedro, y la dueña se tire por el balcón; no restará más que hacer sino avisar a la parroquia de San Sebastián, y pagar a los curas los responsos y a los sepultureros su viaje al cementerio de la puerta de Fuencarral.

«Madrid, 27 de agosto de 1839.»

6. *Lealtad de una mujer y aventuras de una noche.* Se estrenó en el Teatro del Príncipe el día 7 de marzo de 1840.

7. *El zapatero y el rey.* Se estrenó en el Teatro del Príncipe el día 14 de marzo de 1840.

8. *El zapatero y el rey*. Segunda parte. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 5 de enero de 1842.
9. *Apoteosis de don Pedro Calderón de la Barca*. Se estrenó en el Teatro del Príncipe el día 18 de abril de 1841, en la función celebrada con motivo de la traslación de los restos de Calderón desde la iglesia del Salvador al cementerio de San Nicolás de Bari.
10. *El eco del torrente*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 5 de febrero de 1842.
11. *Los dos virreyes*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el 16 de abril de 1842. Procede este drama de una novela italiana de Pier Angelo Fiorentino, traducida al castellano por don Antonio Ferrer del Río, con el título de *El gran Virrey de Nápoles*.
12. *Un año y un día*. Se estrenó, juntamente con su cuadro de introducción *Cain, pirata*, el día 12 de octubre de 1842, en el Teatro de la Cruz.
13. *Sancho García*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 29 de noviembre de 1842.
14. *El puñal del odio*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 7 de marzo de 1843, en el beneficio de Bárbara Lamadrid.
15. *Solronia*. Se estrenó el mismo día y en el mismo teatro que *El puñal del odio*.
16. *La mejor razón, la espada*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 24 de junio de 1843.
Esta obra no es en realidad de Zorrilla. Trátase de una refundición de la comedia *Las travesuras de Pantoja*, de Moreto, en la cual Zorrilla hizo muy pocas reformas, entre ellas la de suprimir algunas escenas y alterar la distribución de los actos.
17. *El molino de Guadalajara*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 22 de octubre de 1843.
18. *El caballo del rey don Sancho*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 11 de noviembre de 1843.
19. *La oliva y el laurel*. Esta alegoría, escrita para las fiestas de la proclamación de la reina doña Isabel II, se estrenó el día 1 de diciembre de 1843, en el Teatro de la Cruz.
20. *Don Juan Tenorio*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 28 de marzo de 1844, en el beneficio de Carlos Latorre.
21. *La copa de marfil*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 10 de mayo de 1844.
22. *El Alcalde Ronquillo*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz el día 21 de enero de 1845, con motivo del beneficio de Carlos Latorre.
23. *El Rey loco*. Se estrenó en el Teatro del Príncipe el día 15 de enero de 1847, en el beneficio de Carlos Latorre. No obstante decir, después del título, «primera parte», Zorrilla no llegó a escribir la segunda.
24. *La reina y los favoritos*. Se estrenó el día 5 de mayo de 1847, en el Teatro del Príncipe. También aquí puso Zorrilla «primera parte», sin que luego escribiera la segunda.
25. *La calentura*. Se estrenó en el Teatro del Príncipe el día 5 de noviembre de 1847, en el beneficio de Florencio Romea.
26. *El Escamulgado*. Se estrenó en el Teatro del Príncipe el día 5 de septiembre de 1848.
27. *La Creación y el Dilevrio*. Ambas, que forman juntas el llamado «espectáculo teatral», se estrenaron en el Teatro de la Cruz el día 12 de octubre de 1848.
28. *Traidor, inconfeso y mártir*. Se estrenó en el Teatro de la Cruz, en el beneficio de Matilde Díez, el día 3 de marzo de 1849.
29. *Amor y arte*. Se estrenó en el Teatro Principal, de Barcelona, el día 5 de abril de 1862, en

el beneficio del barítono José Carbonell. El asunto de esta zarzuela, como se observará, está tomado de la leyenda *Los Rosas y los Rosales*, de la cual Zorrilla conservó algunas tiradas de versos. Uno de los números musicales está formado por la poesía *Las golondrinas*, abreviada.

30. *El Encapuchado*. Se estrenó en el Teatro Principal, de Barcelona, el día 19 de marzo de 1870.

31. *Pilatos*. Se estrenó en el Teatro Español, y en el beneficio de Manuel Calvo, el día 14 de marzo de 1877.

32. *Don Juan Tenorio*. Zarzuela. Se estrenó en el Teatro de la Zarzuela el día 31 de octubre de 1877.

A más de estas obras dramáticas, estrenáronse en 1878, bajo el nombre de Zorrilla y de su cuñado don Luis Pacheco, las comedias *Agua pasada...* y *El Doctor Diógenes*. La primera no llegó a imprimirse. Si, en cambio, la segunda: *El Doctor Diógenes, Comedia en tres actos y en prosa, escrita sobre el pensamiento de una obra francesa. Por Don José Zorrilla y Don Luis Pacheco. Estrenada con extraordinario éxito en Madrid, en el Teatro de APOLO, el 25 de mayo de 1878*. Madrid. Imprenta de José Rodríguez.—Calvario, 18.—1878. Puede afirmarse que en la redacción de esta comedia no tuvo la menor intervención Zorrilla, razón por la cual no la incluimos en esta colección.

NOTAS A LA PROSA

1. *Recuerdos del tiempo viejo*. Por D. José Zorrilla.—Barcelona. Imprenta de los Sucesores de Ramirez y C.^{ta}—Pasaje de Escudillers, número 4.—1880.

Se publicaron los *Recuerdos del tiempo viejo* en *Los Lunes de El Imparcial*, a partir de 6 de octubre de 1879. Luego los coleccionó Zorrilla en tres volúmenes, si bien con supresión de algunos de los artículos publicados en *Los Lunes*.

Aparte de otros errores que pueden achacarse a engaño de la memoria o a insuficiente ordenación de los datos, y aun a deseos de embellecer el relato, en estos *Recuerdos* Zorrilla equivocó algunas fechas.

2. (Pág. 1778). Esta es la misma poesía que, bajo el título *A una valenciana*, incluyó Zorrilla en *Gnomos y Mujeres*.

3. (Pág. 1809). Error de Zorrilla. Debe decir: «En junio del 45 fui yo a Francia, de donde regresé en enero del 46, por el fall cimiento de mi madre.»

4. (Pág. 1839). También aquí se equivoca Zorrilla. No fué en el invierno de 1848, sino en el de 1849. Más adelante, y en varios lugares, escribe Zorrilla 1869 en vez de 1859. Lo damos ya corregido.

5. (Pág. 1845). Aquí empieza el segundo tomo: *Recuerdos del tiempo viejo. Por Don José Zorrilla. Tomo II*. Madrid. Tipografía Gutenberg. Calle de Villalar, núm. 5. 1882.

6. (Pág. 1906). «Del 29 de septiembre de 1879», quiso decir Zorrilla.

7. (Pág. 1998). Empieza el tercer tomo: *Hojas trasapeladas de los Recuerdos del tiempo viejo. Por José Zorrilla. Tomo III*.—Madrid. Eduardo Mengibar, editor. 23—Caballero de Gracia.—23.—1882.

8. (Pág. 2025). También aquí corregimos las fechas, equivocadas por Zorrilla.

9. (Pág. 2098). La poesía *Pulvis es* se había publicado en la *Revista Contemporánea* de 30 de octubre de 1878.

A continuación, y sirviendo de remate al tomo III de *Recuerdos del tiempo viejo*, sigue la poesía *El Pinar*, que pasó a *Gnomos y Mujeres*.

10. *El Tenorio bordelés. Recuerdo legendario de D. José Zorrilla*—Madrid. Administración de la Galería literaria. Calle de las Tabernillas, 2.—1897.

de Es, como se ve, publicación póstuma. Esta novelita, según el plan de Zorrilla, debía constar de tres partes; pero no pasó de la primera.

Años después de publicado *El Tenorio bordelés*, en 1909, salieron a la venta otros ejemplares, con cambio de portada, que llevaba el pie de imprenta *J. Fernández Arias*. Iban insertas, en facsimil, dos cartas escritas en 1884 por Zorrilla al editor, don Diego Murcia, en que le anunciaba el envío del original.

11. *La mujer negra*. Se publicó en *El Artista* correspondiente al 30 de agosto de 1835. Fué el primer trabajo literario de Zorrilla que vió la luz pública.

12. *La Madona de Pablo Rubens*. Se publicó en *El Porvenir* de 26 de mayo de 1837.

13. *El Poeta*. Se publicó en el tomo *Los españoles pintados por sí mismos* (1851), y luego en el tomo III de las *Obras de Zorrilla*, edición de París.

14. *Ruidos, miedos y supersticiones*. Se publicó en *La Ilustración Ibérica* de 14, 21 y 28 de Abril de 1888.

15. *Espectros caseros*. Se publicó en *La Ilustración Ibérica*, números 17, 24 y 31 de mayo de 1884.

16. *Una carta de Zamora*. Se publicó en *Los Lunes de El Imparcial* de 4 de octubre de 1880.

17. *Correspondencia a un gacillero anónimo de El Tiempo*. Se publicó en *Los Lunes de El Imparcial* de 11 de octubre de 1880.

18. *Mis mujeres*. Se publicó en *Los Lunes de El Imparcial* de 19 y 23 de enero, 9 y 16 de febrero y 9 de marzo de 1885.

19. *A rey muerto... Se publicó en Los Lunes de El Imparcial de 16 y 23 de marzo de 1885.*

20. *Al ilustre zamorano don Cesáreo Fernández Duro*. Se publicó en *La Ilustración Española y Americana* de 30 de septiembre de 1882.

21. *José Valero*. Se publicó en *La España Moderna* de febrero de 1891.

Las aclaraciones que, al comienzo del artículo, hace Zorrilla sobre su colaboración en *La España Moderna*, obedecen al hecho de que esta revista, al publicar en su número anterior la introducción al cuento *Averigua quién te dió*, había estampado la siguiente nota:

Hoy comienza el ilustre Zorrilla su colaboración en LA ESPAÑA MODERNA.

En el próximo número empezaremos a publicar una serie de artículos, semblanzas de los más ilustres personajes de este siglo, retratados por la mágica pluma del poeta. La Emperatriz Eugenia, la Avellaneda, Fernán Caballero, Pizarro, Espronceda, Duque de Rivas, Quintana, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Serra, Bretón, y tantos otros, irán destilando ante los ojos de nuestros lectores.

La España Moderna, Madrid, Tipografía Gutenberg, Calle de Villalar, núm. 2, 1882.

La España Moderna, Madrid, Tipografía Gutenberg, Calle de Villalar, núm. 2, 1882.

La España Moderna, Madrid, Tipografía Gutenberg, Calle de Villalar, núm. 2, 1882.

La España Moderna, Madrid, Tipografía Gutenberg, Calle de Villalar, núm. 2, 1882.

La España Moderna, Madrid, Tipografía Gutenberg, Calle de Villalar, núm. 2, 1882.

La España Moderna, Madrid, Tipografía Gutenberg, Calle de Villalar, núm. 2, 1882.

La España Moderna, Madrid, Tipografía Gutenberg, Calle de Villalar, núm. 2, 1882.

INDICE DEL TOMO II

ÍNDICE DEL TOMO II

LECTURAS PÚBLICAS

Prólogo.....	1
El Canto del Fénix.....	11
Álborada monarcada.....	13
A Rosa Genoveva.....	16
A Luisa.....	20
Cabalgada.....	21
Jarabe.....	22
Pe y Nave.....	23
La abeta.....	24
LA LEYENDA DEL CID	
Introducción.....	25
La leyenda del Cid.....	29
GRANADA MÍA	
Cuatro palabras del autor.....	301
TRENO I.....	303
TRENO II.....	303
TRENO III.....	303
TRENO IV.....	304
TRENO V.....	304
Despedida.....	304
DISCURSO	304

En otros de sus publicaciones periódicas, esta revista, según el plan de Zorrilla, debía constar de tres partes, una en prosa de la primera, una en verso de la segunda y una en prosa de la tercera.

Alas después de publicado el *Tercero* de los *Ensayos*, en 1861, cesaron a la vez otros proyectos, con cambio de persona, que llevaba el pie de *Revisor* y *Director* de los *Ensayos*, en fin, en fin, dos cartas escritas en 1861 por Zorrilla al señor don Juan Manuel, en las se anunciaba el envío del original.

11. *La mujer mora*. Se publicó en *El Sol* de correspondencia al 23 de agosto de 1855. Fue el primer trabajo literario de Zorrilla que vio la luz pública.

12. *La Madama de París*. Se publicó en *El Porvenir* de 20 de mayo de 1857.

13. *El Poeta*. Se publicó en el libro *Los españoles ilustrados por el sistema* (1851) y luego en el tomo III de las *Obras de Zorrilla*, edición de París.

14. *Ensayos sobre el suplicio de la guillotina en las Revoluciones*. *El Sol* de 14, 21 y 28 de abril de 1859.

15. *Requisitos para ser poeta*. Se publicó en *Los Bazarillos*, números 17, 24 y 31 de mayo de 1861.

16. *Una carta de Zorrilla*. Se publicó en *Los Lunes de El Imparcial* de 19 de octubre de 1860.

17. *Correspondencia*. Se publicó en *Los Lunes de El Imparcial* de 11 de octubre de 1860.

INDICE DEL TOMO II

18. *Mis amores*. Se publicó en *Los Lunes de El Imparcial* de 19 y 26 de mayo, 3 y 10 de febrero y 9 de marzo de 1861.

19. *A mi esposa*. Se publicó en *Los Lunes de El Imparcial* de 10 y 17 de marzo de 1861.

20. *El poeta morisco don Pedro Fernández Duro*. Se publicó en *La Ilustración Española y Americana* de 29 de septiembre de 1862.

21. *Justo Palcos*. Se publicó en *La España Moderna* de febrero de 1861.

Las ilustraciones que al comienzo del artículo, bajo Zorrilla, sobre las celebraciones en *La España Moderna*, obedecen al hecho de que esta revista, al publicar en su número anterior la mencionada cuenta *América* escrita por él, había estampado la siguiente nota:

«Hay algunos escritores que en colaboración con *La España Moderna*...

En el próximo número empezamos a publicar una serie de artículos, esbozados por los más honrosos personalidades de este siglo, retratados por la magna pluma del poeta. La Emperatriz Eugenia, la Archiduchesa, Fanny Clavelin, Víctor Balaguer, Duque de Rivar, Quintana, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Harcourt, etc., etc., etc., y otros otros, iban destinando ante los ojos de nuestros lectores...

ÍNDICE DEL TOMO II

	Págs.
LECTURAS PÚBLICAS	
PRÓLOGO.....	7
El Canto del Fénix.....	11
Alborada monorrítmica.....	14
A Rosa (serenata morisca).....	16
A Luisa.....	20
Cabalgata mejicana.....	21
Jarabe mejicano.....	22
Fe y Poesía.....	23
La siesta.....	25
LA LEYENDA DEL CID	
Introducción.....	31
La leyenda del Cid.....	39
GRANADA MÍA!	
Cuatro palabras del Autor.....	271
TRENO I.—Granada.....	273
TRENO II.—¡Ay de mi Alhama!.....	273
TRENO III.—El Rey.....	274
TRENO IV.—El terremoto.....	274
TRENO V.—El poeta.....	275
Despedida.....	276
DISCURSO POÉTICO	279

EL CANTAR DEL ROMERO

PRÓLOGO DEL AUTOR.....	287
Introducción.—El bufón de Vidiago.....	291
PRIMERA PARTE.—Ida.....	296
SEGUNDA PARTE.—Mariposa.....	308
TERCERA PARTE.—Vuelta.....	324

GNOMOS Y MUJERES

INDICE DEL TOMO II

PRÓLOGO DEL AUTOR.....	343
PRIMERA PARTE.—Los gnomos de la Alhambra.....	345
Canto primero.....	345
Canto segundo.....	348
Canto tercero.....	350
Canto cuarto.....	355
Canto quinto.....	359
Notas a <i>Los gnomos de la Alhambra</i>	375
SEGUNDA PARTE.—Mujeres.....	382
I.—Introducción.....	382
II.—Versos y flores (a la Excm.a Sra. D. ^a Carmen Aragon de Azlor, Condesa de Guaqui).....	384
III.—En la última hoja del álbum de la misma.....	385
IV.—El pinar.....	386
V.—A una jorobada.....	392
VI.—A Leila (serenata morisca).....	396
VII.—A una pálida.....	397
VIII.—La actriz (a Luisa C.).....	398
IX.—A Clara.....	402
X.—A Teodora.....	402
XI.—A Elisa.....	403
XII.—A Carmen.....	404
XIII.—A Aurora.....	405
XIV.—A Leila (cantares).....	406
XV.—A Gabriela.....	406
XVI.—Cándida.....	407
XVII.—A Enriqueta.....	413
XVIII.—A una bailarina.....	414
XIX.—A una valenciana.....	416
ABANICOS: En el de Ascensión R.....	417
En el de Mariana R.....	417
En el de Pepa R.....	418

	Págs.
En el de la Señorita de Fernández Duro.....	418
En el de Ascensión.....	418
En el de Asunción Siló.....	419
APÉNDICE. La Mandrágora.....	419
EL ESCAPE Y AL VUELO!	
Carta-cuenta a la Excm. Sra. Condesa de Guaquí.....	431
Guetaria.....	435
Zumaya.....	436
Iziar.....	437
Deva.....	438
Motrico.....	440
Azpeitia.....	446
Loyola.....	447
Juin-Torra.....	452
Despedida.....	455
DE MURCIA AL CIELO	
Dedicatoria.....	459
En Murcia.....	461
En el cielo (la leyenda del rawi moro).....	466
El poema de las flores.....	471
La serenata.....	474
EL ÚLTIMA BREGA	
Los rincones de Valladolid.—Introducción y Prospecto.....	479
A Valladolid.....	487
LA LEYENDA DE DON JUAN TENORIO	
PRIMERA PARTE.—La cuestión de familia.....	494
ÚLTIMOS VERSOS	
I.—Introducción.....	569
II.—A Valladolid.....	574
III.—Ciudades: Ávila.....	586
Tarragona.....	590
Alicante.....	593
A Sevilla.....	595

113	Cádiz.....	598
114	Jerez.....	602

POESÍAS SUELTAS

	Las fuentes del Prado.....	609
	El triunfo de la Filosofía.....	610
	El trovador.....	613
	El contrabandista.....	614
	Poesía leída en el cementerio de San Nicolás en la traslación de los restos de Calderón.....	615
	Horóscopo.....	616
	Una verdad como un puño.....	617
	Primera impresión de Granada.....	619
	Improvisación.....	620
	Vuelta a la patria.....	620
	A Pedro Antonio de Alarcón.....	622
	A la estudiantina burgalesa.....	625
	A Antonia.....	625
	A Narciso Serra.....	627
	A S. M. el Rey Don Alfonso XII en la muerte de S. M. la Reina Doña Mercedes.....	628
	En la muerte de S. M. la Reina Doña María de las Mercedes.....	628
	Nosce te ipsum.....	629
	Del «Pleito del matrimonio».....	634
	Fragmento de una lectura inédita, escrita en 1871 y refundida en 1879.....	637
	En el álbum de la hija del famoso felibre provenzal Luis Roumieux.....	640
	Roma y Cristo.....	640
	Al pie de un dibujo de Zorrilla, de R. Padró.....	642
	Traducción de Víctor Balaguer.....	642
	En el álbum de S. A. la Infanta Doña Isabel.....	642
	Fragmentos de «Mi última brega».....	644
	Cuestión personal (de «Mi última brega»).....	649
	A Emilio Castelar.....	652
	Soliloquio.....	653
	Recuerdo del tiempo viejo.....	654
	A Granada, en la ceremonia de la coronación.....	658
	DEDICATORIAS Y ELOGIOS.—En un retrato dedicado a la Condesa de las Infantas.....	660
	En el abanico de la misma Condesa.....	661
	En el abanico de Carmen Pérez de Herrasti.....	661
	En el álbum de Ángeles Seco de Lucena.....	661
	En el álbum de doña María del Carmen Fernández de Sancho.....	661

A la memoria del niño Ignacio Nestares y Bueso.....	661
A don Carlos Calderón.....	662
Introducción a un cuento titulado «Averigua quién te dió».....	663
Fragmento de la leyenda inédita «Los dos resucitados».....	665
Tisis poética.....	674
Colón.....	682
Noche Buena (a L. y C. Conde).....	686
1892-1893.....	688
La ignorancia.....	691
A Isabel la Católica.....	694

OBRAS DRAMÁTICAS

Vivir loco y morir más.....	697
Más vale llegar a tiempo que rondar un año.....	717
Ganar perdiendo.....	746
Juan Dandolo.....	778
Cada cual con su razón.....	805
Lealtad de una mujer y aventuras de una noche.....	836
El zapatero y el rey. (Primera parte).....	872
El zapatero y el rey. (Segunda parte).....	919
Apoteosis de don Pedro Calderón de la Barca.....	958
El eco del torrente.....	966
Los dos virreyes.....	1001
Caín, pirata.....	1033
Un año y un día.....	1048
Sancho García.....	1079
El puñal del godo.....	1115
Sofronia.....	1127
La mejor razón, la espada.....	1140
El molino de Guadalajara.....	1168
El caballo del rey don Sancho.....	1216
La oliva y el laurel.....	1257
Don Juan Tenorio.....	1267
La copa de marfil.....	1319
El Alcalde Ronquillo o el diablo en Valladolid.....	1344
El Rey loco.....	1383
La reina y los favoritos.....	1416
La calentura.....	1451
El Excomulgado.....	1464
La Creación y el Diluvio.—La Creación.....	1492
El Diluvio universal.....	1501

	Págs.
Traidor, inconfeso y mártir.....	1530
Amor y Arte.....	1579
Entre clérigos y diablós o el Encapuchado.....	1602
Pilatos.....	1647
Don Juan Tenorio (zarzuela).....	1680
APÉNDICE A LAS POESÍAS.—Al señor doctor don Francisco Esteban	1725
Ingunza.....	1725
Las flores.....	1726
PROSA	
OBRAS DRAMÁTICAS	
RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.....	1729
El poeta Zorrilla.....	1734
Al joven poeta don José Velarde.....	1736
<i>De cómo se escribieron y representaron algunas de sus obras dramáticas</i>	1764
Sancho García.—El caballo del rey don Sancho.....	1768
El puñal del godo.....	1775
Interrupción.....	1780
Los dos virreyes.....	1799
Cuatro palabras sobre Don Juan Tenorio.....	1807
Paréntesis.....	1816
Traidor, inconfeso y mártir.....	1842
Barcelona y Valencia. (Poesía leída por Zorrilla en Barcelona).....	1845
El último fuego del hogar.....	1875
Tras el Pirineo. (Segunda parte de los Recuerdos del tiempo viejo).....	1884
En el mar. (Tercera parte de los Recuerdos del tiempo viejo).....	1900
Allende el mar.....	1939
En La Habana.....	1955
APÉNDICES.....	1996
Al egregio poeta sevillano don José Velarde.....	1998
Hojas traspapeladas de los Recuerdos del tiempo viejo.....	2017
Losada.....	2023
Historia de mi condiscípulo Juan Aurelio Rico de Oropesa.....	2034
Correspondencia. Al doctor don José de Letamendi.....	2047
Allende el mar.....	2051
Gertrudis Gómez de Avellaneda.....	2052
A la poetisa cristiana, el poeta árabe.....	2057
Hermosas y jorobados.....	2077
El juramento de la mulata.....	2098
<i>Pulvis es.</i> Al egregio poeta castellano Gaspar Núñez de Arce.....	2098

EL TENORIO BORDELÉS

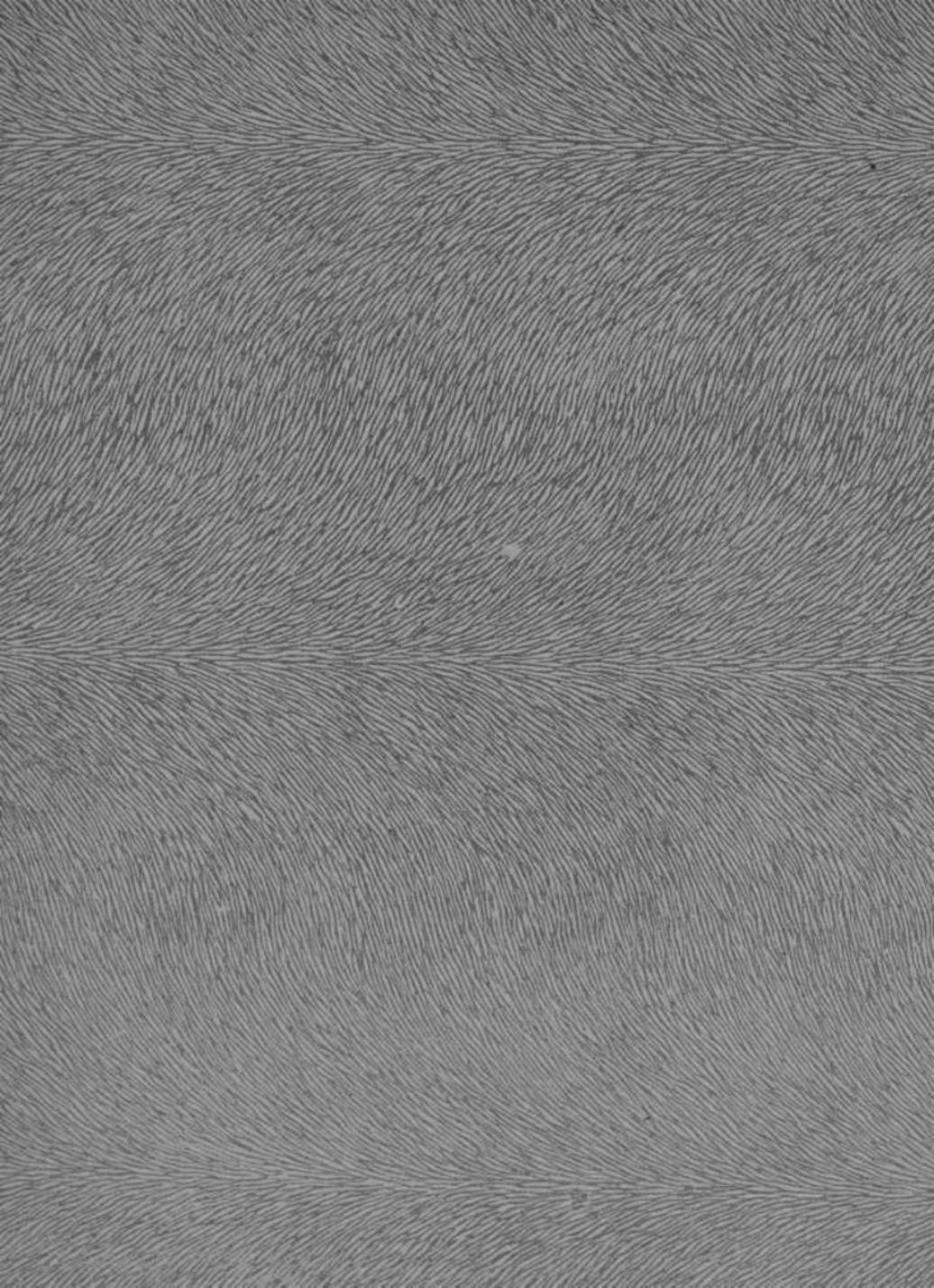
PRIMERA PARTE	2105
---------------------	------

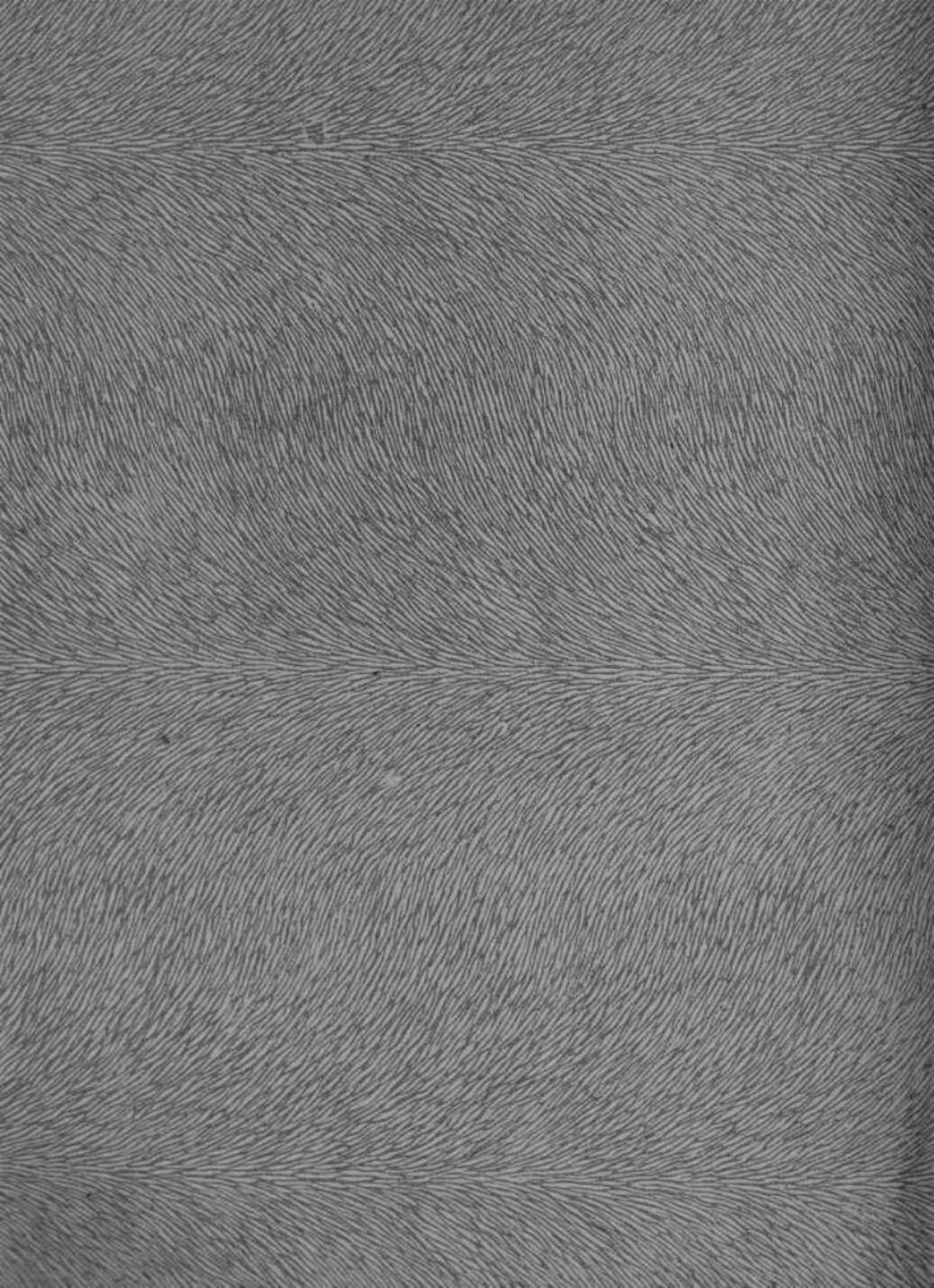
ARTÍCULOS

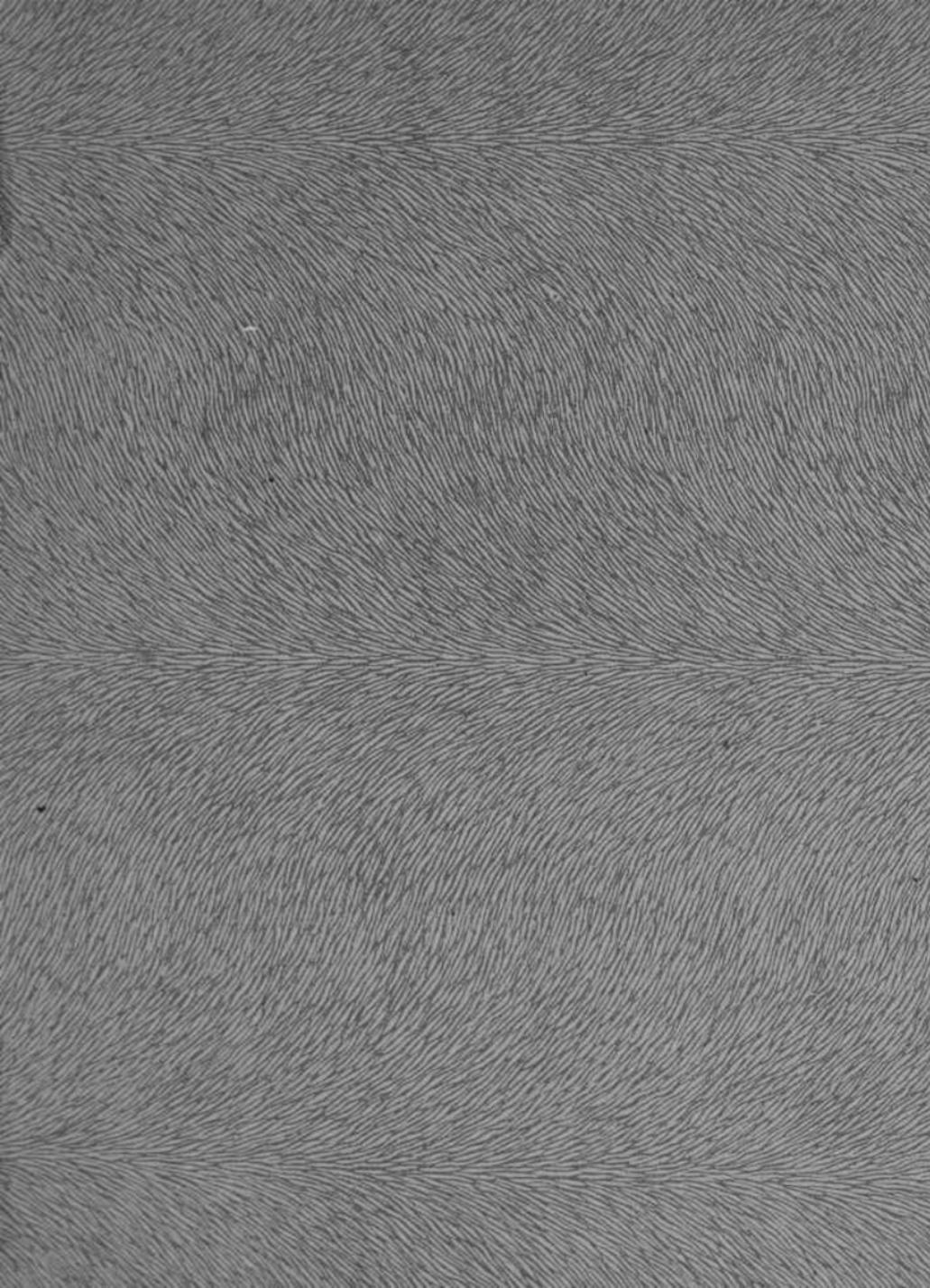
La mujer negra o una antigua capilla de templarios.....	2125
La Madona de Pablo Rubens.....	2131
El poeta.....	2137
Ruidos, miedos y supersticiones caseras.....	2143
Espectros caseros.....	2149
Una carta de Zamora.....	2155
Correspondencia a un gacetillero anónimo de «El Tiempo».....	2159
Mis mujeres (memorias íntimas).....	2163
A rey muerto.....	2181
Al ilustre zamorano don Cesáreo Fernández Duro.....	2189
José Valero.....	2193
NOTAS.....	2203
ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO	2213

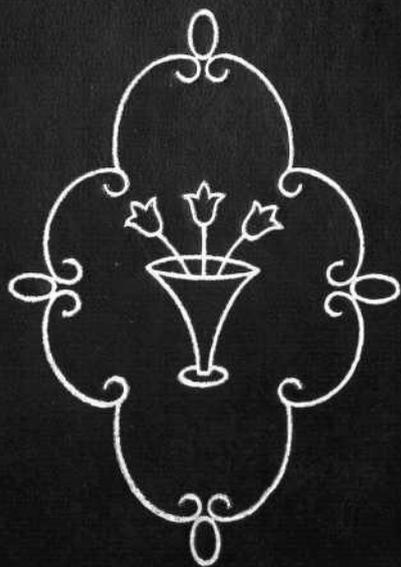
TERMINÓ LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA EN LOS TALLERES «ÁLDUS»,
DE SANTANDER, EL DÍA 28 DE MARZO DE 1944, CENTE-
NARIO DE LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DE DON
JUAN TENORIO. CONSTA DE DOS VOLÚME-
NES, ENCUADERNADOS EN PIEL, CUYO
PRECIO, UNIDOS, ES DE DOS-
CIENTAS SETENTA PESETAS.

TERMINÓ LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA EN LOS TALLERES «ALDUS»
DE SANTANDER, EL DÍA 28 DE MARZO DE 1944, CENTE-
NARIO DE LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DE DON
JUAN TENORIO. CONSTA DE DOS VOLUME-
NES, ENCUADERNADOS EN PIEL, CUYO
PRECIO, UNIDOS, ES DE DOS
CIENTAS SETENTA PESETAS.









JOSE ZORRILLA



OBRAS COMPLETAS



TOMO 11

G 32386